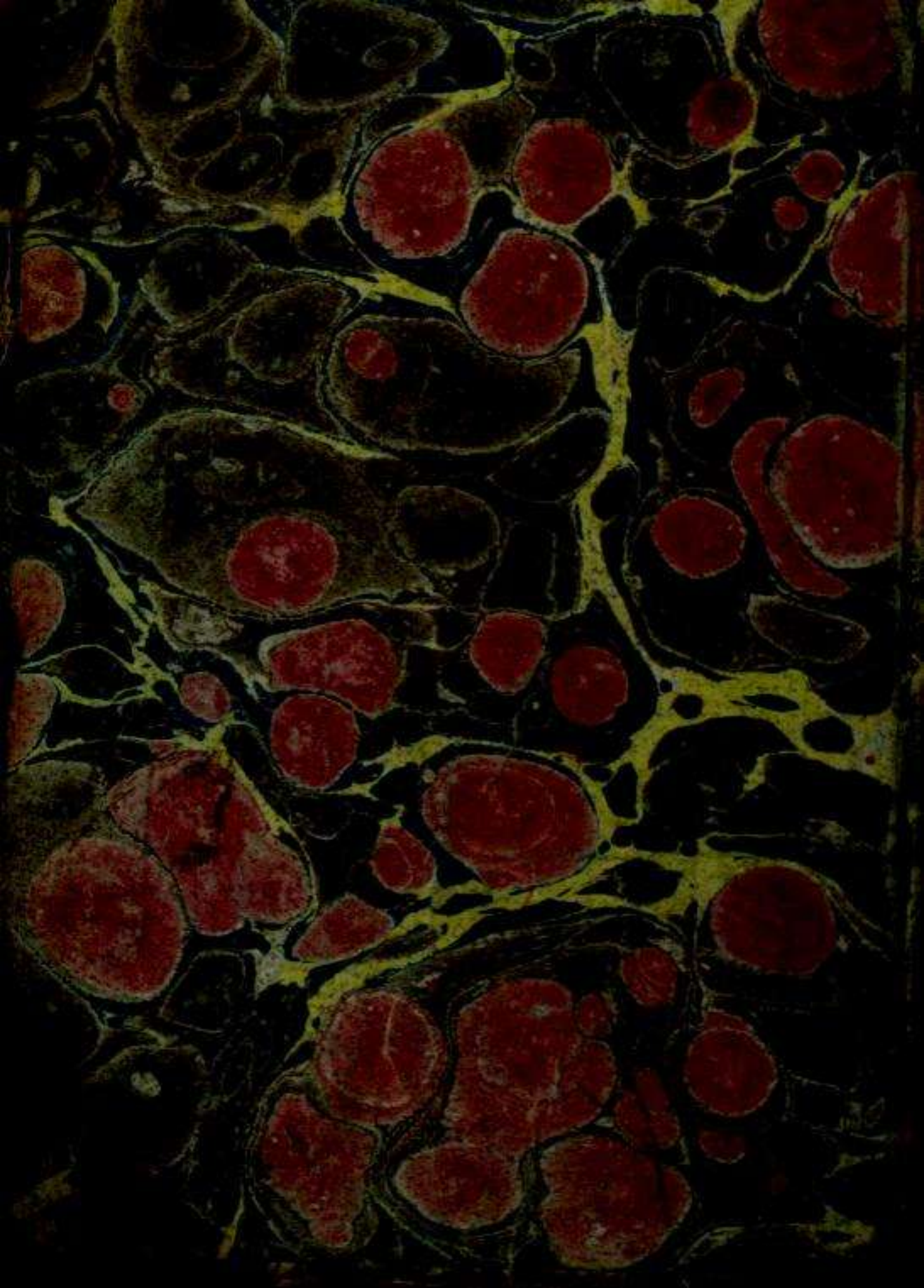
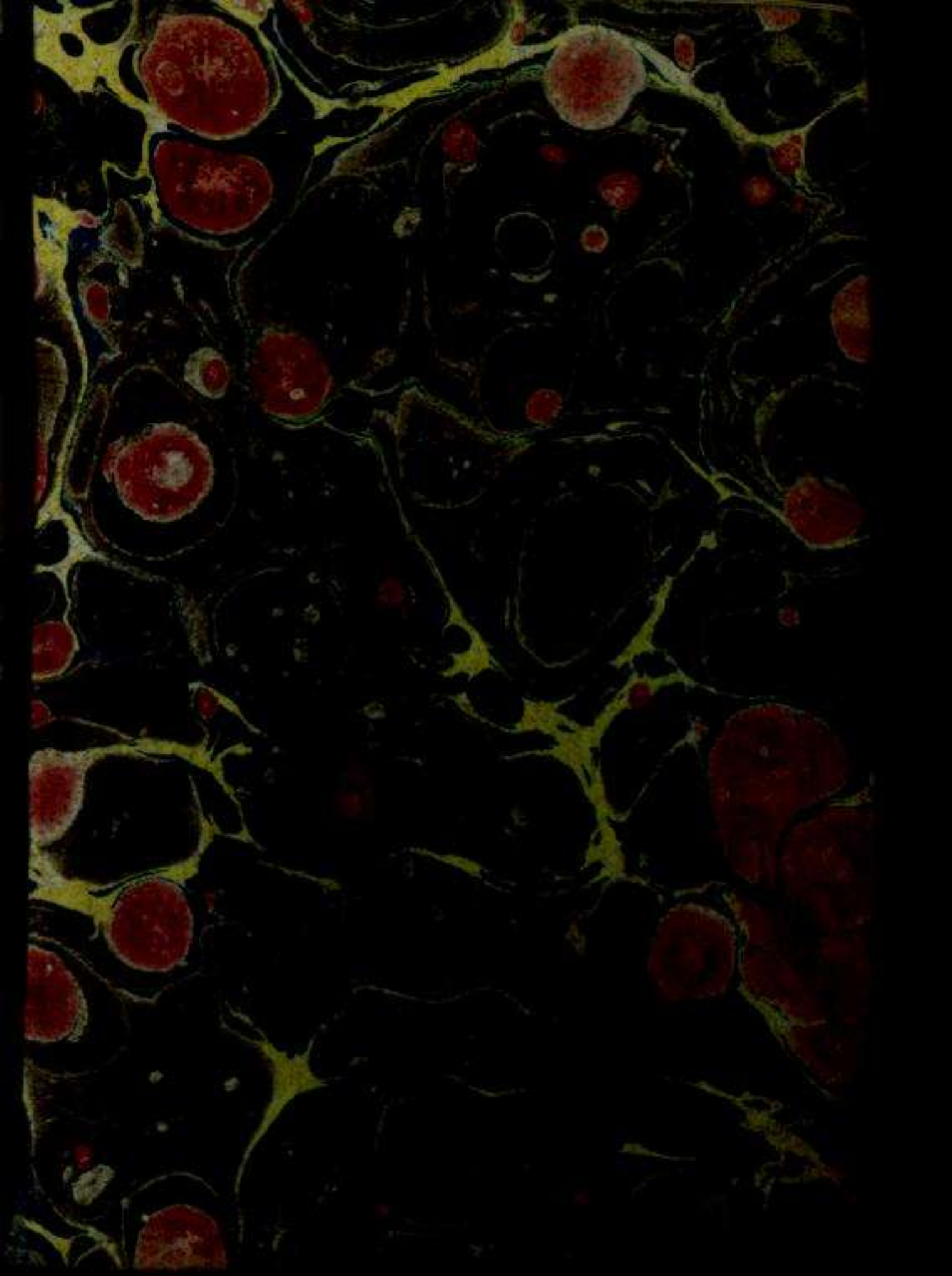
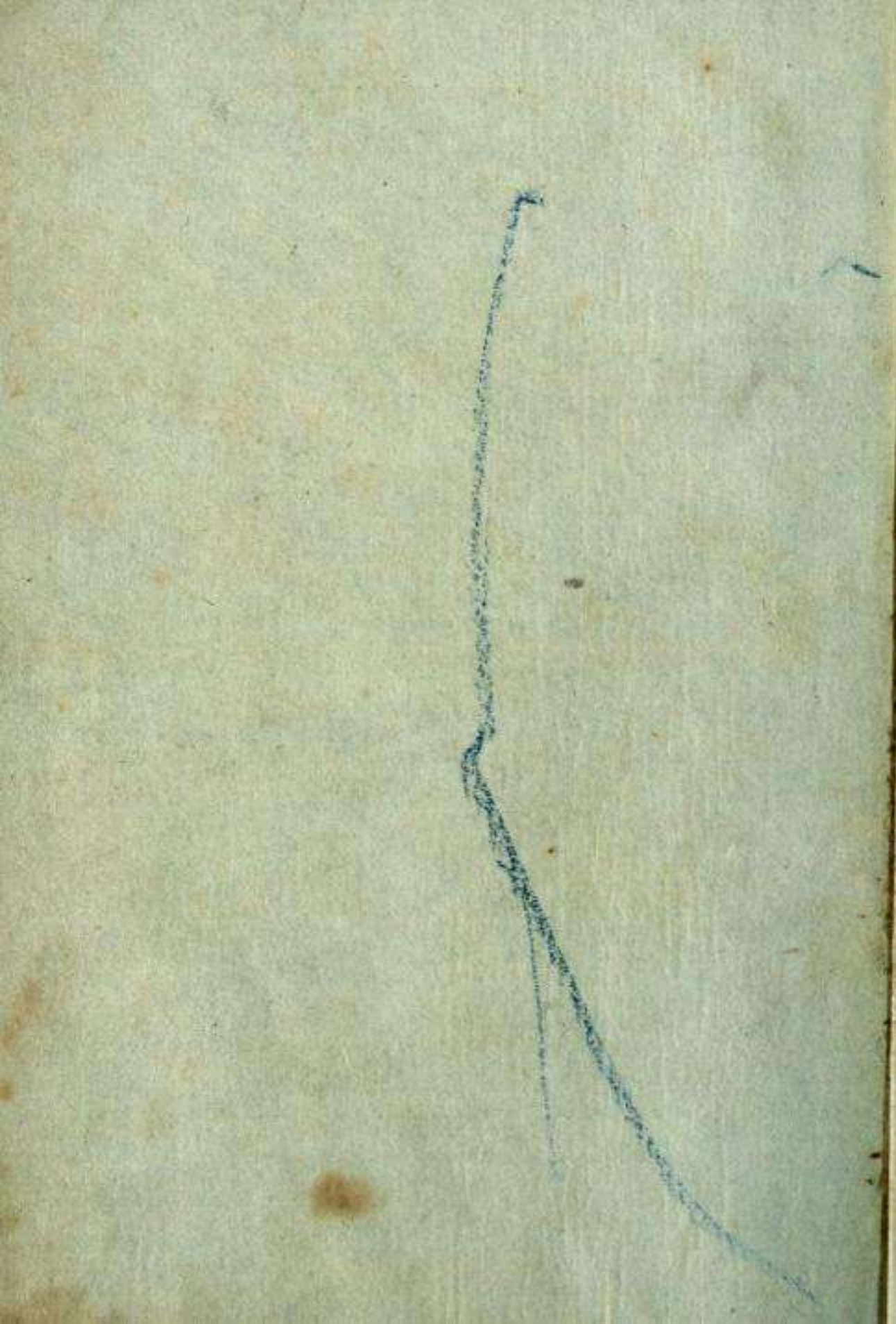


8
20







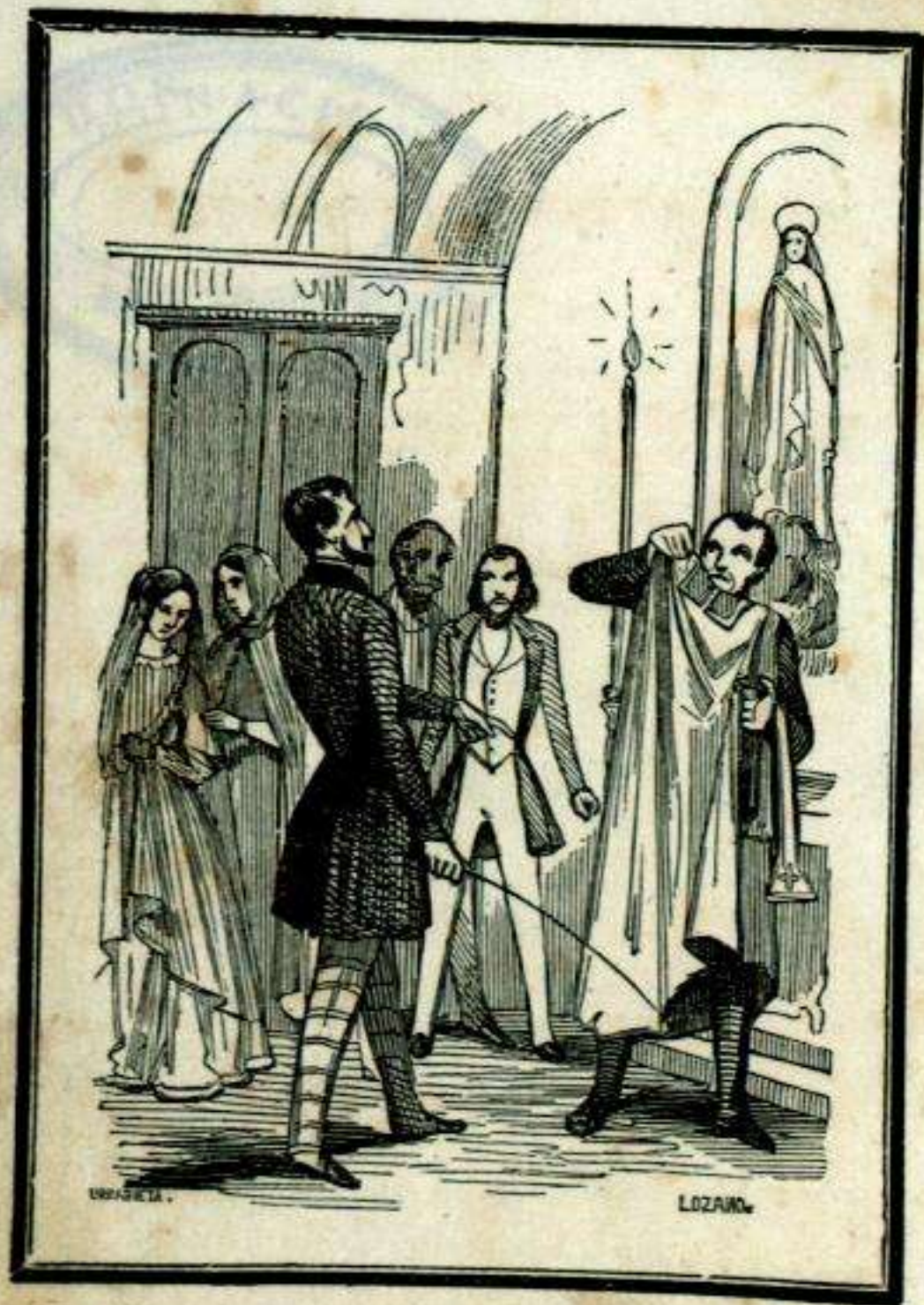
288

ZARLO



MARTIN

EL ESPOSITO.



...señor cura, abajo ese hábito ó te le arranco viejo canalla...

MARTIN EL ESPOSITO,

6

MEMORIAS DE UN AYUDA DE CAMARA.

ORIGINAL DE EUG. SUE,

traducida por EL DONCEL.

TOMO XI.

MADRID—SOCIEDAD LITERARIA—1847.

Imprenta de D. Wenceslao Ayguals de Izco.

MARTIN EL ESPERITO

6

MEMORIAS DE LA AYUDA DE CÁRITAS

ORIGINAL DE ESTE LIBRO

Trasladada por el Doctor

TOMO XI

Alonso-Sociedad. LIBRERIA - 1847

Imprenta de D. Francisco Aguado de 1847

LA DESPEDIDA.



ESPUES de haberme separado de Bamboche, continuó Vascona, me alejé de Paris temerosa de volverle á hallar y ceder á sus instancias; continué pues cantando en los cafés de las ciudades por donde iba pasando. Aunque mi nuevo público, era tan despreciable,

como el anterior que nos oía cuando formábamos una parte de la tropa de Lebrelin, sin embargo, me esforzaba en dar á mi voz, á mi acento, á mi fisonomía, la mayor espresion posible; todo en mí era un objeto de estudio y de observacion á fin de conseguir conmover y cautivar á mis espectadores. Llegué hasta ensayarme en componer las letras y aires de algunas cancioncillas, que fueron bien recibidas por el público que me escuchaba. Preocupada por un solo pensamiento objeto de mis únicos deseos, era casi insensible á la pobreza, á los males, al innoble contacto á que obligaba mi nueva vida vagamunda, miserias, que debian hacérseme tanto mas penosas, cuanto que durante mi larga permanencia en casa del señor duque, habia conocido las dulzuras de una vida regalada; la casualidad me condujo en

una ocasion á Orleans , y allí en uno de sus cafés de mas baja esfera , canté , mi voz estaba en tono , y obtuve completo triunfo. Entre los oyentes llamó mi atencion un hombre como de cincuenta años , de aspecto inteligente , y cuyo encendido color demostraba á la legua su embriaguez , fijando tanto mas mis miradas este personage , cuanto que se hallaba vestido de una manera estrafalaria. Su estropeado redingote dejaba entrever , los restos de una vieja casaca de terciopelo azulado , algun tanto en girones , en la que con dificultad se veian algunos vestigios de antiguos bordados de similor ; sus pantalones estaban remendados , y caian sobre unas descalcañadas botas de tafete , otro tiempo encarnado.

—Probablemente seria algun actor dramático , dijo Bamboche.

—En efecto , respondió Vascona ,

este personaje que vestia en la ciudad su única herencia de Teatro, era un antiguo comediante de la ópera-cómica; su embriaguez continua habia sido causa, de que se le espulsara recientemente del teatro de la ciudad; su nombre era Vagalugares, dotado de bastante talento natural, alegre y buen compañero de broma, se veia por lo comun disputado entre los ociosos; pudiera decirse que siempre se ballaba entre dos luces, á menos, que no estuviera completamente ébrio. Aunque habia escuchado mi canto con mucha atencion, sin embargo, no me aplaudió; mas vino á mí y me dijo: Soy viejo en el arte, y conozeo bien la aguja de marcar... Si sigues trabajando, querida mia, antes de cuatro años, serás primera cantatriz en la ópera de Paris..... Yo puedo darte lecciones, si quieres, nada tengo que hacer y esto me ser-

virá de entretenimiento. Acepté su oferta en extremo reconocida.

—Y ese hombre tenía en efecto talento?

—Si este desgraciado, respondió Vascona, hubiera podido practicar las excelentes teorías que profesaba en el arte, se hubiera adquirido un buen renombre entre los cómicos de su tiempo... El profesor que me había proporcionado el señor duque, era un excelente cantor y compositor conocido, pero de ningún modo cómico, Vagalugares por el contrario, no solo conocía profundamente la música (hacia los papeles de bufo en la ópera) sino que sobre todo era un buen actor. Nadie como él conocía teóricamente los innumerables recursos de su arte, desde lo cómico-jocoso, hasta los efectos dramáticos más elevados... Porque este hombre, dotado de tan maravillosa inteligencia;

y que detallaba, analizaba del mismo modo el papel de una comedia de Moliere, de Racine ó de Corneille, con la mas increíble profundidad de sentimiento; por qué este hombre no habia podido alcanzar un puesto mediano como cantor de la ópera, es una de las contradicciones tan frecuentes como inesplicables. Acepté la oferta que me hacia y fué para mí maestro tan severo y duro que casi rayaba en brutalidad; sin embargo, en sus momentos lucidos, cuando se abandonaba á la embriaguez, sus lecciones fueron para mí verdaderas revelaciones... Desgraciadamente tuvo su término esta enseñanza. Dominado cada vez mas por su placer á los licores, cayó este hombre en un embrutecimiento, que degeneró en idiotismo, por lo cual como acto de misericordia, fué recogido, segun creo, en una casa de mendicidad:

muchas veces este desgraciado me aconsejó volviese á Paris, y que en cualquier teatro de segundo órden, á cualquier precio, tratase de ajustarme como parte, segura, me decia, de que una vez en carrera, nada importan los principios, asegurándome que si continuaba trabajando, acabaria por darme á conocer..... Partí pues de Orleans, continuando en ganar el pan á favor de mi canto, y llegué á Sceaux, de este modo..... Allí fué donde, dijo Vascona, cuya frente y mirada se cubrieron de sombría amenaza, allí fué donde hallé al conde Escipion á quien desde la escena del bosque de Chantilly no habia vuelto á ver: era un dia de fiesta, la esperanza de ganar alguna cosa, me condujo á la mejor fonda de aquella poblacion, y en ella empecé mis cantares. Daba fin á una de mis canciones, entonada delante de algu-

nas personas que se hallaban festejándose en el jardín, cuando un criado vino á anunciarme que se me deseaba oír en uno de los salones principales. Vas á tener monedas de plata, me dijo, porque son personas ricas. Seguí pues á mi guía, abrió á poco una puerta y me hallé en presencia de Escipion y dos de sus camaradas. La escena del bosque de Chantilly estaba tan presente á mi memoria, que al punto reconocí al vizconde; él sin duda no me reconoció á causa, según creo, de estar animado por el vino, así como sus amigotes.

—Canta pues, tunantuela; me dijo groseramente y casi sin mirarme. Te hemos de pagar mejor que esos canallas del jardín; toma, empieza á recojer; y me arrojó con insolencia al suelo un napoleon, que rodó por el pavimento. Me hallaba tan conmo-

vida con los recuerdos que hacia nacer en mí aquel hombre, que sin hacer caso alguno de sus modales groseros, permanecí muda é inmovil, sin recoger el dinero; mi silencio llamó sin duda su atencion, pues se levantó y dijo algunas palabras al oido de sus camaradas; al punto, corrió uno á la puerta, echó el cerrojo, y empezó conmigo una lucha de innoble brutalidad. Me defendí con lágrimas y apagadas súplicas, sin atreverme á llamar en mi socorro, pues sabia que en caso de escándalo, el amo de la fonda haria recaer sobre mí toda la culpa, y me arrojaria ignominiosamente de la posada... mi terror, mis súplicas, desarmaron algun tanto á aquellos miserables; sin embargo, Escipion, exaltado por mi obstinada resistencia, y animado por los vapores del vino, tuvo tal acceso de rabia, que me llenó de injurias,

golpeó mi rostro vergonzosamente, é hizo brotar de él mi sangre... Por un esfuerzo desesperado, me pude apartar de él afortunadamente, y corrí á la ventana que abrí, llamando en mi socorro. Mi cara se hallaba ensangrentada, y al verme los que se hallaban sentados en las mesas del jardin, se levantaron en tumulto; aterrorizado por esto uno de los camaradas de Escipion, se apresuró á descorrer el cerrojo de la puerta, por donde entró el fondista, quien de todo me hizo causante, y me arrojó brutalmente de allí. Muchos espectadores de esta escena, tomaron mi demanda, y seguro es, que sin la llegada del ayo de Escipion, el cual ayudado del amo de la fonda, hizo que el vizconde y sus camaradas huyesen por una puerta secreta; la multitud indignada, les hubiera jugado una mala pasada.

—Infame! exclamó Bamboche; siempre el mismo truan del bosque de Chantilly; es necesario poner término de alguna manera atroz á todo esto.... ya empieza á tener edad.....

— Eso solo á mí me toca..... aguardaré..... dijo Vascona con su fria sonrisa. Si os he referido esta nueva infamia de Escipion, amigos míos, es solo porque la reciente escena de esta tarde ha hecho tomar al asunto un carácter extraño de fatalidad; añadió Vascona animándose cada vez mas; sin duda el génio enemigo del vizconde, lo empuja siempre en mi camino; me lo arroja para llenarme de ultrajes, solo con el objeto de exaltar la venganza de una muger, hasta la ferocidad; continuó Vascona cuya mirada de fuego, encendido rostro, y contraídos músculos, adquirian una espresion inespliable de cólera. No era bastante ha-

berme pequeñuela rechazado sin piedad, no era bastante haberme despues injuriado, abofeteado, era necesario aun que la mala suerte del vizconde, le condujese esta noche al teatro?... Ignorais cuánto hay de desesperante para mí en todo cuanto ha pasado? Dejando á un lado la humillacion, á la vez ridícula y atroz, que he sufrido, y los insultos y silbos que se siguieron, es necesario que sepais, que solo á fuerza de grandes trabajos y privaciones, pude conseguir entrar como parte, en ese malhadado teatro. Esta tarde el director de uno de provincia asistia á la representacion, y si hubiese quedado satisfecho de mí, me ofrecia escriturarme por ochocientos francos... Por poco que esto parezca, sin embargo, era todo para mí, pues una vez en camino, me sentia con el suficiente ánimo para llegar al cabo, á fuerza de trabajo y de cons-

tancia; ya veis, añadió Vascona con desolado acento; despues del ridículo é ignominioso recibimiento de esta tarde, debo perder por esta parte toda esperanza... Ni aun sé, si debo volverme á presentar en ese mal afortunado teatro, en el que con tanto trabajo me hice admitir... No importa... solo tengo diez y seis años, continuó Vascona con voz firme, emprenderé de nuevo otros ajustes... buscaré nuevos medios... pero sin abandonar mi venganza... quiero conseguirla... ¡Oh! bendito seas, Escipion, pues el nuevo ódio que me inspiras, encenderá mi energía... bendito seas, porque si los trabajos y penas no me matan... Tú y los de tu raza...

Interrumpiéndose entonces de repente, nes miró confusa y exclamó:

—Perdon, perdon, amigos mios, por haberos podido olvidar á causa

de tales resentimientos.... mas tarde hablaremos del porvenir... pero hoy que nos hallamos reunidos, al cabo de tantos años de tristes pruebas y separacion, no pensemos sino en la dicha de habernos vuelto á ver, y en comunicarnos lo que tal vez á nadie hayamos dicho... estas confianzas, calman.... consuelan.... alientan.... Martin, mi relacion ha tocado á su término, así como la de Bamboche; ha llegado pues tu vez y esperamos con impaciencia.....

Referí entonces brevemente todo cuanto me habia acontecido desde nuestra separacion, esforzándome para no ocultar nada á los que tan francamente habian becho en mí sus confianzas; así les hablé hasta de mi respetuoso amor por Regina, y de las alarmas que me causaban las diversas persecuciones que sufría.

Ademas de la legitima confianza

que me inspiraba el afecto de Vascona y Bamboche, contaba con los conocimientos que al parecer tenia este sobre los antecedentes de Roberto, esperando que en la necesidad me seria útil la cooperacion de mi amigo de infancia.

Esta confianza, tal vez indiscreta, la hice inducido por las muestras de emocion sincera y profunda que percibí en Vascona y Bamboche, al oírme relatar la obstinada lucha que habia sostenido con mi mala suerte..... al concluir mi relacion casi me vieron desfallecer...

—*Ah! respiro; exclamó Vascona; Me has horrorizado en algunos momentos...* dijo Bamboche; al referirles, como mi encuentro providencial con Regina, me habia salvado de la infamia.

—Tú crees en Regina, como mi madre en la Santa Virgen; me di-

jo Vascona conmovida: el tuyo no es amor, sino veneracion.

—Martin, continuó Bamboche con voz grave cuando hube terminado, eres la mejor criatura que existe, y te reirás cuando te añada, que me hallo contento con ser quien soy, pues sé de este modo apreciarte mas, que si mereciese tu amistad, hallándome á tu altura...

—La amistad te ciega; dije á Bamboche sonriendo.

—Rayo de Dios! exclamó él; yo no quiero frases; pero es preciso conocer que cuanto mas bajo se halla uno colocado, tanto mejor se juzga de la elevacion de una montaña.

—Tiene razon; dijo Vascona; la amistad no nos ciega.... solo nos impide ser envidiosos ó injustos. Cree mi buen Martin, añadió con encantadora sonrisa, que no es la belleza la que mejor sabe apreciar á la belle-

za.... sino la fealdad cuando es inofensiva y está exenta de envidia.

—En fin, tú permanecerás Martín, como Vascona y yo, seremos siempre Vascona y Bamboche; nosotros hemos sido vaciados de un mismo bronce, con la sola diferencia, de que tú lo fuiste en buen molde, y nosotros en uno malo; arañar este bronce, sería entretenerse en arrancarse las uñas, y ya ves que sería juego bien simple... Después de todo qué nos hace al caso esto?... Vascona y tú me amais menos acaso, porque soy un truchiman con esperanzas de ser algo peor?..... No me amais tal como soy?

—Porque en tí, se encuentran sin embargo excelentes cualidades, le dije.

Volvió la cabeza, y me respondió:

—Solo poseo dos cualidades; ser de Vascona en la vida, y hasta la

muerte, solo de esta muger; ser tuyo, Martin, en la vida y hasta la muerte, y pertenecer á ambos; es todo cuanto poseo... mas, á qué tratar de esto? Vascona y yo te amamos menos, porque seas de un corazon tan noble como miserables nosotros? No, te amamos tal como eres. Nuestras confesiones han tenido un buen resultado; á saber: el de darnos á conocer que necesitamos los unos de los otros; en cuanto á los medios... ya los hallaremos... y como no me embrutezca..... Pensemos ahora en mí... Por el presente de nada tengo necesidad; quedais pues los dos, Vascona y tú. Es necesario que apesar del mal éxito de mi primera salida de esta tarde conserve en provincia el ajuste que esperaba..... ó mejor dicho, es necesario consiga uno mucho mas superior en Paris.

—Cómo? dijo Vascona?

—Que el diablo me lleve si lo sé, respondió Bamboche, pero lo obtendrás, como primer actriz, respondiendo de ello...

—Sí, respondemos exclamé yo; Baltasar Roger el poeta, uno de mis amigos, es fanático por Vascona; y un periodista influyente, amigo suyo, participa de la misma admiración. Baltasar tiene el mejor corazón del mundo, y estará conmovido por el acontecimiento de esta tarde, pobre Vascona mía... me comprometo á obligarle influya con todas sus fuerzas, recomendándote al periodista,

—Una vez lanzado tu nombre en los periódicos, exclamó Bamboche, tú sola Vascona, tú, dictarás las condiciones..... Cuando yo te decía que te habíamos de ajustar como primer papel... En cuanto á tí Martin ó mas bien, en cuanto á la señorita Regina, que al presente no tendrá

servidor mas celoso que yo, pues que la amas tanto como la respetas, te aseguro que no caerá en manos de Roberto Mareuil. Tú no conoces á ese hombre..... á su lado, pasaria yo por un santo..... está tranquilo sin embargo, se le pulverizará, y una vez destruido (puesto que parece el mas temible) nos ocuparemos de los otros; del príncipe de Monthar, y del padre de ese ruin de vizcondito. Esto para nosotros será solo tomar un par de bocados, nada mas; de que modo se guisarán es lo que yo no sé... pero hallaremos el medio, así como gracias á ti, hemos encontrado el de ajustar á Vascona...

Como me viese dudar, al oirle procedimientos tan resueltos y espeditivos, añadió Bamboche.

— Si dices una palabra, me obligo formalmente á hacerte casar con la señorita Regina. Pero no, continuó

Bamboche tendiéndome la mano con aire de arrepentido, fuera bromas en esta ocasion... Perdon Martin... perdon, he cometido una falta.... No es poco que aceptes mi ayuda..... pero creeme mi buen amigo, para luchar contra los Robertes de Mareuil, un Bamboche puede ser mas útil que un Martin.

—Roberto de Mareuil, me has dicho Martin, que se hallaba esta tarde en el teatro? exclamó de repente Vascona, despues de un momento de reflexion.

—Sí, le contesté, en el proscenio á la izquierda.

—Él es, dijo con prontitud Vascona. Aunque colocado en el fondo del palco, se inclinaba bastante..... hácia el escenario...

—Justamente, dije á Vascona, parecia atraído, fascinado, por tus maneras y canto.

—Estraña casualidad, respondió Vascona, fijé mi atención en él por un instante, aunque en toda la escena solo pensase en el personaje que representaba...

—Roberto de Mareuil, parecia fascinado, exclamó Bamboche mirando á Vascona con aire de inteligencia.

—Sí, respondió ella con sonrisa sordónica. Lo has oído? Un amigo del vizconde?.... Uno de los corifeos de esa raza que aborrezco?...

—Vive Dios! Qué si lo he oído?... exclamó Bamboche.

—Creo, les dije, que tambien yo os comprendo..... pero tened cuidado... Roberto de Mareuil... es...

—No te mezcles en esto, dijo Bamboche interrumpiendo; tan espinoso trabajo no te debe ocupar, pues mancharia tus manos. Además, está tranquilo... nada haremos sin tus consejos.... ; Al diablo pues, los a-

suntos por esta noche, que nos están robando el mejor tiempo!... Nada tenemos ya que decirnos y debemos entretenernos algun tanto con lo pasado; empecemos pues con los: *Te acuerdas?*... y cenemos... á mí la alegría me ha abierto el apetito; felizmente he hecho preparar una cena, para mí y para la difunta señora capitana Bambochio... A la mesa, amigos míos, á la mesa, tal vez no será tan esquisito como los manjares preparados por aquel pobre Leonidas Tiburon, os acordais de los famosos guisotes de carnero que nos hacia.

—Y de los guisos á la marinesca en que sobresalia á fuer de hombre-pez, dijo Vascona cediendo así como yo, al alegre arretrato de Bamboche.

—Y de su modo de alejar á los curiosos, dije á mi vez, cuando querian estudiar muy de cerca su piscina... os acordais?

—Vaya si lo recuerdo! contestó Bamboche, acercando al fuego una mesa, suntuosamente preparada, y que fue á buscar á su cuarto donde todo estaba dispuesto. En nuestra última representacion con la tia Mayor fue cuando Leonidas jugó mejor su apestante burla á los curiosos..... me hallaba bien distante de él, y sin embargo, creí ahogarme con el pestífero olor que despidió.

—Y te acuerdas, mi pobre Vascona, le dije, te acuerdas del peligro que te hizo correr aquella mónstruo de tia Mayor, en la pirámide humana?.....

Y bajo el irresistible encanto de las mágicas palabras. *Te acuerdas?* entre amigos de infancia, reunidos despues de una larga separacion..... entregados entèramente á los recuerdos de la vida pasada, en nuestra

amistosa cena que se prolongó hasta el día, olvidamos presente y porvenir...

A la mañana siguiente volví á la habitacion de mis amos, inquieto por saber de qué modo habrian recibido mi ausencia, dispuesto á escusarme por medio de una fábula, que ya llevaba inventada, pues que á toda costa, necesitaba permanecer al servicio de Baltasar ó mas bien al de Roberto Mareuil, de quien necesitaba inquirir los pasos. Llegué á la habitacion de los señores; la llave estaba puesta; abrí.

Cual fué mi sorpresa al ver á Baltasar, al pobre poeta, preparando su equipage! Bien pronto estuvo dispuesto, y no era lo que menos le ocupaba el plano arquitectónico del palacio que debia hacer construir.

La fisonomía de Baltasar era grave y sombría; jamás le habia visto

de aquel modo: al percibirme, me dijo afectuosamente:

—Ya estás abí? Martin?...

—Señor... le respondí algo confuso, dispensadme... si... ayer..... he faltado...

—No hablemos ya de eso, Martin... mi buen sirviente de un solo día... ya no tengo derecho para reñirte... parto.

—Qué! partis, señor?... exclamé involuntariamente, y luego añadí:

—Y vuestro amigo el conde Mareuil?

—Mi amigo! respondió el poeta dando á estas palabras casi un acento de amargura. Mi amigo?... permanecerá aquí... conservará esta habitación... le convienen la casa y el barrio...

—Pero y vos, señor?...

—Yo, mi buen Martin... voy á pasar algunos días en el campo...

No tuve duda alguna de que entre Roberto Mareuil y el poeta habia mediado una inesperada ruptura.

Despues de un prolongado silencio, Baltasar me dijo, sacando un papel de su cartera..... Te debo unos sesenta francos, en pago de las comisiones que me has desempeñado; buen muchacho.... y ya conoces que capitalizados en millones tus salarios... seria una broma muy pesada... Perdóname pues el haberte hecho aguardar tanto tiempo..... tu dinero.

—Ah! señor!...

—Desearia poder recompensar de otro modo mejor tus cuidados y celo y tus esfuerzos... porque... jamás te has atrevido á pedirme un dinero que te debia ser tan necesario..... mas, si no te lo he dado anteriormente, es..... en plata porque no lo tenia..... el trimestre de mi pensión

aun no había terminado, mas cumple mañana.

—He aquí el recibo que llevarás al punto que indica..... recogerás esta cantidad para mí, menos sesenta francos que guardarás, mandándome el resto, por medio de un libramiento contra correos, á Fontainebleau y dejando lo demás en caja.

—Estoy enterado y os doy gracias, le dije tomando el papel.

—Pero estoy soñando, contestó el poeta sonriéndose, tengo una letra tan mala que no sé si podrás leer las señas. Vamos á ver...

Con bastante dificultad leí el recibo el cual estaba concebido en estos términos:

«He recibido de Mr. Renaud, que vive en la calle de Montmartre, número 10, la cantidad de trescientos cincuenta francos por el trimestre vencido de la pension que Mr. Just ha te-

nido la generosidad de concederme.»

«Paris, etc. etc.»

— ¡Dios mio! me dijo despues de haber leído. *Siempre Mr. Just!* Qué tienes? Qué quieres decir? me preguntó el poeta. Y conté á Baltasar lo que sabia acerca de otros rasgos de generosidad de aquel hombre singular.

— Eso es extraordinario, me respondió el poeta con un aire de distraccion: preciso es que Mr. Just sea el mismo diablo; yo estaba tambien pereciendo de hambre cuando él me arrancó de la miseria. Cómo supo que yo era huérfano; que mi pobre padre, el mejor de los hombres, arruinado por una bancarrota, me habia dejado sin recursos, y que con la pasion de escribir tenia yo el convencimiento de llegar con el tiempo á conquistarme un nombre á fuerza de trabajo? Lo ignoro. Lo que hay de

cierto es, que Mr. Just que tiene el aspecto mas antipático y mas brutal del mundo, se me apareció un hermoso dia; que despues de una larga conferencia, en la que me ha parecido estar instruido de un modo hasta increíble de todo lo que me tocaba, me dejó una carta para ese monsieur Renaud, que es el que despues me ha pagado siempre esta pensión, tan útil para mí como inesperada. Yo no he vuelto á ver nunca en ninguna parte á Mr. Just; únicamente el hombre de negocios me decia siempre: «Eso vá bien; continuad así; sois un muchacho laborioso; y llegareis á... se os vigila, se sabe todo lo que haceis....» Mi único deseo, añadió el poeta suspirando, es ver un dia á Mr. Just, porque á él es á quien debería todo si llegase...

—Oh! así lo espero por vos, señor.

—Y yo tambien... entre tanto.....

yo te tengo por un excelente muchacho..... escucha un consejo. Tal vez Mr. Roberto de Mareuil me reemplace en esta habitacion adornada y te proponga que entres á su servicio.

—Y qué, señor?

—Qué? no aceptes... no te dejes deslumbrar por el atractivo del lucro..... permanece siempre lo mismo, esto es, un honrado y fiel factor; no puedo decirte mas sobre este asunto... por lo demas, añadió dignamente el poeta, como yo nunca me retracto de mis palabras podrás decir al señor conde de Mareuil que soy yo ¿entiendes bien? que soy yo quien te ha aconsejado que no le sirvas. Vamos, mi pobre Martin, otra comision y será la última, lleva esta maleta á las diligencias de Fontainebleau.

Yo estaba conmovido con el cari-

ñoso acento del poeta, y á pesar de los mil pensamientos que en mí despertaba su repentino rompimiento con Roberto de Mareuil, acordándome de los intereses de Vascona, dije á Baltasar:

—Oh! señor! vos partís cuando justamente tenia un gran favor que pedirós...

—Y qué favor es ese? sepamos.

—Ayer tarde habeis presenciado la gran desgracia que ha sucedido á la pobre Vascona.

—Miserables! pícaros! bestias! gritó el poeta. Ella es sublime... ella en este teatro es una perla encerrada en una ostra.

—Señor, ya os he dicho que he conocido á Vascona pequeñita..... ayer noche encontré un medio de volverla á ver despues del contra-tiempo que ha tenido; uno de nuestros amigos de infancia y yo hemos

permanecido esta noche cerca de ella..... todo su porvenir se ha disipado despues de semejante escándalo, porque, para colmo de desgracia, la pobre jóven contaba con un ajuste para la provincia que debió terminarse ayer noche... el director asistió á la representacion, pero despues de este suceso! ya veis! por tanto, señor, si quisierais...

—Qué es lo que puedo hacer en eso?

—Vos conocéis algunos periodistas... y dicen que si los periódicos hablasen bien de Vascona...

El poeta me interrumpió.

—Yo no deberia interesarme por Vascona, no por su talento, que admiro, ni por su carácter que no conozco, sino porque sin querer ella ha....

Pero el poeta no concluyó la frase, y continuó:

—No importa; la justicia ante todas cosas. Escribiré á Duparé el periodista, al omnipotente Duparé; justamente es fanático por Vascona... la seguirá... es una nueva revelacion, una nueva estrella que hay que señalar en el mundo, exclamó Baltasar, animándose á pesar suyo, tranquilizaos, Martin, yo haré mas que escribir á Duparé; en el momento, antes de marcharme iré á verle, encargándome ademas de avisar á Vascona, á quien dedicaré una epistola que se publicará en todos los periódicos. Mientras que Duparé toca el bombo en su folletin, los mártires de la prensa formarán el coro... y *fiat lux*... tendremos un nuevo astro.

—Oh! gracias, señor, exclamé, gracias por...

—Yo soy quien debe darte las gracias, mi querido Martin, me respondió Baltasar conmovido. Yo marcha-

ba á Paris con la hiel en el corazon, con la amargura en los lábios; pero gracias á tí llevaré un dulce y consolador pensamiento, el de hacer justicia á una pobre y sublime criatura, desconocida y perseguida... Adios, y gracias Martin! adios, querido mio! cuenta conmigo para tu protegida; sé siempre bueno y honrado, y sobre todo... y sobre todo no entres al servicio de Mr. de Mareuil.

En seguida, tomando su viejo sombrero y su paraguas, el poeta dirigió la postrera y casi melancólica mirada, en torno suyo, y dijo:

—Querido y modesto gabinete! ¡Cuántos sueños de oro he tenido en tu recinto! ¡Cuántos horas de trabajo y de esperanza he pasado aquí!

Luego encogiéndose de hombros, como si se reprendiese por este adios, exclamó:

—Vamos, vamos. Hasta nuestra

vista, Martin; cuenta conmigo para Vascona; quiero ser el Herschell de esta nueva constelacion, y si necesario fuese para tu protegida, escríbeme á Fontainebleau mandándome el dinero. Ademas que yo volveré á Paris... tal vez de aquí á uno ó dos meses... y en pasando, veré si estás en tu *rincon*; adios, muchachó... no olvides mi recomendacion, pues es de importancia para ti. No entres al servicio de Mr. Roberto de Mareuil.

El poeta partió.

Al otro dia, á pesar de los reiterados avisos de Baltasar, entré al servicio de Roberto de Mareuil.



EL CASAMIENTO.



Al mes de haber tenido lugar mi encuentro con Vascona y Bamboche, habia yo entrado al servicio de Roberto de Mareuil, no obstante las amonestaciones de Baltasar; una noche presenciaba yo escondido, la siguiente escena, que pasaba en una casita, situada há-

cia el punto mas desierto del cuartel de los Inválidos.

En el fondo de una habitacion de un piso bajo bastante destruido, se elevaba un altar improvisado; con todo, ni el tabernáculo, ni el evangelio, ni las vinageras etc. etc. nada faltaba allí; cuatro candelabros cha-peados de plata y rodeados de velas, alumbraban solos este aposento, esparciendo en él una triste claridad.

A pocos pasos del altar se veian dos taburetes colocados uno al lado de otro; el mas profundo silencio reinaba en aquella estancia, en que á la sazón no habia nadie.

Hacia un cuarto de hora que habian dado las doce de la noche, cuando el sordo estrépito de un carruage hizo estremecer los cristales de las vidrieras; despues oí el ruido de muchas puertas bruscamente abiertas y cerradas, á la par que el producido

por pasos precipitados sobre el techo de una habitacion situada encima del piso bajo en que yo me habia ocultado.

A poco, todo volvió á quedar en silencio; una muger envuelta en una capa de capucha caída, despues de atravesar con rapidez la estancia en que se veia el altar, desapareció por una puerta lateral; pero pasados algunos instantes, se entreabrió y cerró esta puerta varias veces, como si la muger que acababa de entrar en aquel sitio, quisiera espiar lo que pasaba ó mas bien lo que iba á pasar.

Un hombre de elevada estatura, que entró en seguida, examinó un momento los preparativos, y sin duda vió que habia aun demasiada claridad, puesto que apagó dos de las cuatro velas, y salió dejando el salon casi sumergido en las tinieblas, apenas disipadas por tan débiles luces.

Acababa de desaparecer este personaje, cuando se abrieron las dos hojas de la puerta del fondo... avanzando lentamente hacia el altar, un hombre acompañado de una muger.

Este hombre era Roberto de Mareuil; esta muger era Regina.

Otras dos personas les seguian á alguna distancia.

La jóven tenia el semblante tranquilo, abstraído y resuelto; las trenzas de sus espesos cabellos negros rodeaban su hermoso rostro, pálido y trasparente como un camafeo; la bata negra algo larga, su elevada talla y su cabeza erguida y fiera daban á sus pasos una gran magestad... Roberto de Mareuil estaba pálido tambien, y no obstante, su afectada seguridad, un observador hubiera sorprendido las señales de una profunda angustia bajo aquella engañosa apariencia.

Roberto y Regina se arrodillaron en los dos taburetes preparados con anterioridad, y los dos hombres de que iban acompañados se arrodillaron, tambien, pero á algunos pasos mas atrás.

La mirada de Regina se clavó por un instante en el conde con manifiesta espresion de confianza y ternura; y luego separando de repente la vista é inclinando la frente, juntó las manos y pareció ponerse á rezar con devocion. La jóven acababa de ver entrar un sacerdote revestido con los ornamentos sagrados, que caminaba á cortos pasos, llevando en las manos el santo cáliz.

Acercóse el sacerdote al altar, dió su bendiccion á los presentes y comenzó á celebrar la misa, mientras que los dos hombres, los *testigos* de Roberto y de Regina, tenian, segun costumbre, una banda de tela es-

tendida sobre la cabeza de los dos novios.

Cuando el sacerdote preguntó á Roberto y á Regina si se querian por esposos, la jóven levantó la frente y pronunció el *sí* solemne, con voz firme. Roberto, que de vez en cuando dirigia en torno suyo miradas inquietas, respondió con voz trémula.

Al tiempo de amonestar el sacerdote á los dos esposos, acerca de sus deberes, oí las campanillas de muchos caballos de posta que entraban en el patio de la casa. A este ruido Roberto se estremeció de alegría, y desde entonces contuvo tan poco su impaciente ansiedad, que levantándose de su silla antes de acabarse la ceremonia, cogió á Regina por la mano, y la dijo precipitadamente:

—Partamos, Regina, partamos.... los momentos urgen.

La jóven lanzó sobre el conde una mirada de sorpresa, y con un gesto espresivo, pareció recordarle los deberes que olvidaba de un modo tan extraño. El conde se mordió los labios, sus facciones se contrajeron, y la punta de su pié hirió convulsivamente el suelo, hasta el fin de la ceremonia sagrada.

—Venid.... pronto; dijo entonces el conde á la jóven. Y asiéndola por la mano bruscamente, dió un paso para alejarse del altar; pero Regina, desprendiéndose del conde y dirigiéndose al sacerdote, le dijo con una voz llena de dulzura y dignidad:

—Padre mio..... Ahora que tengo el honor de llevar el apellido de monsieur de Mareuil, ahora que, bendecida por vos, nuestra union es indisoluble y sagrada, os puedo explicar mi profundo reconocimiento por el santo servicio que acabais de prestar-

nos. Este servicio me prueba bastante, padre mio, que, informado de todo por Mr. de Mareuil, aprobais mi conducta y apreciáis la gravedad de las circunstancias que me han obligado á contraer misteriosamente un matrimonio que mañana no será secreto para nadie.

—Regina! gritó Roberto de Mareuil golpeando el pavimento; ignorais el valor del tiempo que estamos perdiendo...

—¿Qué teneis, amigo mio? le respondió la jóven. ¿Qué temeis? ¿No soy por ventura, vuestra esposa delante de Dios y de los hombres? ¿Habrá al presente alguna fuerza humana que pudiera romper nuestros lazos?

—Oh! No, no, exclamó Roberto con un acento de triunfo, Regina; vos me perteneceis, sois mi esposa para siempre.

—Bah, bah! ¿Y tú crees eso? dijo de repente uno de los dos hombres que habian servido de testigos.

—Este hombre era Bamboche.

—Sí, señor conde, repuso. ¿Crees verdaderamente que esa señorita es tu muger?

A estas palabras de Bamboche, Roberto de Mareuil, lívido, espantoso de cólera y de desesperacion, se lanzó de un salto sobre mi amigo de infancia; pero este, con una fuerza atlética le cogió por las dos manos, y deteniéndole, á pesar de sus esfuerzos, dijo á Regina respetuosamente:

—Perdonadme, señorita; pero era necesario dejar seguir las cosas hasta el fin. Ahora vais á saberlo todo.

Al oír esto, el sacerdote, que se preparaba á salir de la sala, se detuvo tan sorprendido como el compañero de Bamboche, el segundo tes-

tigo, que no era otro que el Anfibena.

Regina, paseando sus miradas des-pavoridas sobre cada uno de los actores de esta escena, incomprendible para ella, permanecía inmóvil como una estatua.

—Cerrad las puertas; gritó Bamboche.

Despues aplicó el oido. Casi al mismo tiempo se oyeron las llaves de las dos puertas sonar en las cerraduras. Saliendo de mi escondite, al cual volví al punto, cerré una de aquellas puertas... la muger de la capa capuchina habia cerrado la otra.

—Ahora, señor conde, dijo Bamboche á Roberto, dejándole en libertad de moverse; veamos vuestras gracias.... pero abajo las manos, ú os aplasto la cabeza con este chisme.

Y Bamboche sacó rápidamente de su bolsillo un mazo, arma terrible en

las manos de un hombre exaltado y vigoroso.

Roberto, recobrando al punto su sangre fría y su audacia, se acercó vivamente á Regina, exclamando:

—Regina..... nos han tendido una villana red; pero nada temas, yo te defenderé hasta morir.

Diciendo esto, rodeó á Regina con uno de sus brazos como para protegerla.

—Dios mio! Dios mio! Roberto! murmuró la jóven con voz apagada, abrazando á Mr. de Mareuil con espanto. ¿Dónde estamos? ¿Qué quiere decir esto?

Y dirigia á Bamboche sus miradas.

—Yo no sé lo que pretende ese miserable... es capaz de todo, quiere robarnos tal vez, ó esplotar el misterio con que nos hemos visto obligados á cubrir nuestro casamiento,

respondió Roberto á la jóven. No importa; no temas nada de ese bandido... aquí estoy yo.

—Pero Roberto, replicó Regina con estupor. Vos me habeis dicho que ese hombre, testigo de nuestro enlace, era uno de vuestros amigos. ¿Y ese hombre tambien?... siguió señalando al segundo testigo, al Anfisbena.

Aterrado por esta observacion, Roberto, repuso balbuciente:

—Indudablemente, y no comprendo... yo tenia á los dos por amigos míos, por hombres honrados.

—Hombres honrados nosotros? dijo Bamboche lanzando una carcajada. Luego dirigiéndose al Anfisbena: dime tú, viejo ladron ¿entiendes al señor conde? Nos llama *honrados*! Vaya! en dia de boda es necesario ser generoso.

—Regina; gritó Roberto fuera de

sí. Tienen razon, son unos infames! Sí, yo os lo confieso; apremiado por el tiempo, temiendo dar publicidad á nuestra union y comprometer nuestro enlace, dirigiéndome á personas de nuestra clase, me he visto en la necesidad de bajarme hasta el extremo de pedir á estos miserables que nos sirviesen de testigos; pero.....

Regina, con un movimiento lleno de dignidad, se desprendió bruscamente de los brazos de Roberto.

No era ya el espanto, sino una dolorosa sorpresa lo que se pintaba en el rostro de la jóven, que gritó:

— Bien, Roberto! me habeis engañado! Me habeis envilecido! Traer como testigos de nuestra union á dos miserables, á dos infames, como vos decis, es un insulto cruel, es un sacrilegio!...

— Luego volviéndose al sacerdote,

que sumergido en un increíble estu-
por, parecia creer apenas lo que es-
cuchaba y lo que veia, le dijo Regi-
na con un acento de vergüenza y de
dolor:

—Ab, padre mio! ¿podreis per-
donar....

—Basta, señorita; dijo Bamboche
interrumpiendo á Regina; basta, yo
os lo suplico.... todo esto ha durado
para vos demasiado.

Despues añadió, dirigiéndose al
sacerdote, y acompañando sus pala-
bras con un gesto amenazador.

—Vamos pronto, señor cura; aba-
jo ese habito ó te le arranco, viejo
canalla...

Y en un instante el falso ministro
se vió despojado de la sobrepelliz y
la estola.

Este falso cura era Lebrelin.

—¡Dios mio! ¿Dónde estoy? gri-
tó Regina, cuyo miedo iba en au-

mento. ¿Dónde estoy? ¡Dios mio! tened piedad de mí.

Y loca, con las manos unidas, suplicantes, cayó de rodillas delante del altar.

—Pues qué, exclamó Roberto á su vez mostrando sorpresa é indignacion; seria ese hombre un sacerdote fingido?

—No es mala la sorpresa! dijo Bamboche.

Luego dirigiéndose á Lebrelin.

—Comprendes á Mr. Roberto de Mareuil? El, cándida oveja, ignoraba que tú te habias hecho cura... así por casualidad!

Lebrelin rechinaba los dientes de rabia; pero, contenido por el pavor que le inspiraba Bamboche, se limitó á enseñarle los puños, gritando:

—Ah bribonazo! traidor! lo menos me haces perder mas de cien mil francos.

Despues añadió , pateando con furor, y dirigiéndose á Roberto de Mareuil :

— Y vos , Mareuil , comprendeis algo de lo que está pasando ? qué interés puede tener ese pícaro en perderlo todo , cuando él mismo ha sido el que ha dirigido el negocio ; cuando todo habia concluido é iba á pedir de boca ?

— Oh ! vos no sabeis el interés que tengo en arrancaros la máscara , contestó Bamboche ; es un interés muy sencillo... vais á verlo.

Dirigiéndose despues á Regina , siempre arrodillada , y que creia hallarse bajo el peso de algun horrible ensueño :

— Perdonadme , señorita , la dijo , si me veo en la precision de prolongar algunos instantes mas esta escena tan penosa para vos , pero debeis saberlo todo . Os acordais , esto hará

unos ocho ú nueve años, de haber encontrado en el bosque de Chantilly tres pequeños mendigos que os pidieron limosna?

—Sí, me acuerdo de eso, dijo Regina, que parecía despertar.

—Sola vos, continuó Bamboche, habeis tenido para aquellos tres niños... palabras de dulzura y de piedad. Yo era uno de ellos... Exasperados, no obstante, por la dureza de las personas que os acompañaban, aquellos niños quisieron en un momento de desesperacion llevaros consigo, apoderarse de vos. No he olvidado, señorita, ni nuestra pérfida conducta, ni el interés que nos manifestasteis, y hoy me desquito. La fortuna ha querido que yo sea un verdadero descamisado, y digo la fortuna, porque si hubiese vuelto á ser hombre de bien, no estaria seguramente en relaciones de asuntos y de a-

mistad con el señor conde de Mareuil que está aquí.

— Nada respondió Roberto; meditaba sin duda el medio de salir de aquella desesperada situación.

— Si el señor conde de Mareuil no estuviese mas que lleno de deudas, contraídas por satisfacer á las mas brutales y degradantes pasiones, todo ello acaso no seria nada; su amor, ó al menos su gratitud hácia vos, señorita, hubieran podido producir su arrepentimiento. Pero lejos de eso... no solo os engaña y os hace traición de una manera infame, sino que...

Como el conde, irritado, iba de nuevo á lanzarse sobre Bamboche, este dijo con una voz imperiosa á Lebrelin y al Anfisbena:

— Mantened al señor en una posición *decente* ó sino... puesto que estoy de humor, iré mañana á contar

en otra parte cosas que os atañen.

A estas palabras Lebrelin, el Anfisbena y Roberto de Mareuil, cambiaron una mirada rápida y feroz, que me hizo saltar del sitio en que me hallaba, pronto á auxiliar á Bamboche. Yo estaba armado y dispuesto á todo; pero mi amigo de infancia contestó con una desdeñosa audacia:

—Basta de niñerías. Yo solo no os temo á vos, y sacó de su bolsillo un par de pistolas que colocó sobre el altar.

—Ademas, prosiguió dirigiendo una mirada al sitio en que yo me hallaba, ahí está pronto un escelente y robusto muchacho que no me abandonará.

—Será ese maldito Martin! estoy seguro, gritó Lebrelin.

Al oír pronunciar mi nombre, Roberto trémulo, pareció reunir un momento sus recuerdos y apretó los

puños con rabia, mientras que Regina, silenciosa, con la mirada tenazmente fija en Roberto, parecía no notar el incidente promovido por mi nombre.

—Sea Pedro, Pablo ó Diego el que esté ahí dispuesto á echarse sobre mí, siguió Bamboche, poco importa; pero os mando á los dos que contengais los arrebatos del señor conde. Quiero decir tranquilamente todo lo que me resta.

Roberto de Mareuil, redoblando su audacia, se encogió de hombros con desden y dijo á Bamboche:

—Hablad, hablad... no os interrumpiré; y vos, Regina, oidle tambien, yo os lo ruego... en nombre de nuestro amor.

Regina no respondió nada; sus ojos permanecian fijamente clavados en Roberto, quien no pudo sostener aquella mirada inmóvil y amenaza-

dora. La fisonomía de la jóven no expresaba ya entonces ni dolor, ni terror, sino una indignacion mezclada de desprecio, cuya terrible esplosion parecia detener solo una sombría curiosidad.

—Concluiré en dos palabras, continuó Bamboche. El señor conde estaba preso por deudas y dijo á Lebrelin, á ese digno usurero que estais viendo: «Puedo hacer una buena boda, que me pondrá en situacion de pagaros. Devolvedme la libertad provisionalmente; si no *atrapo* el dote conducidme otra vez á la prision!!—Corriente: para obligaros mas, respondió el otro, me hareis falsas letras de cambio, contrahaciendo mi firma; una vez casado con tales ventajas, os devuelvo vuestros falsos billetes contra los cuartos que me debeis... pero si no sabeis dominar al heredero os juro

que ireis á galeras. Espoleado por este temor, preciso será que verifiques el enlace. El enlace se ha consumado, en efecto...

—Continuad, continuad, dijo Regina con calma impasible.

—Regina! si supieseis!... exclamó Roberto, yo...

—La jóven interrumpió al conde con una mirada de desprecio, y dijo á Bamboche:

—Seguid, seguid..... La leccion es terrible para mí, pero la sufriré hasta el fin.

—Conservad ese valor, señorita, y todo irá bien. El negocio del *fin-gido cura* se arregló entre el señor conde y mis dos cómplices, viendo la imposibilidad de hallar un verdadero sacerdote: sin embargo, como era indispensable, para que el señor conde se apoderase de vuestra fortuna, no solo que os creyeseis vos

casada, señorita, sino que vuestro matrimonio estuviese perfectamente arreglado, Mr. de Mareuil, luego que fueseis mayor de edad, os hubiera hecho contraer otra union en el estado civil. Esta, real y válida, se conseguiria con el pretesto de regularizar vuestro primer matrimonio ante el sacerdote, matrimonio que legalmente, nada significa. El señor conde, ya lo veis, está muy aferrado á su código conyugal.

—Que yo me haya dejado atrapar en el garlito! murmuró Lebrelin.

—Mucho sientes, viejo canalla: perdonad, señorita, así hablamos entre nosotros; mucho sientes que yo haya tenido que tomar parte en el complot, con el fin de hacerle fracasar. Si he dejado que las cosas hayan llegado hasta el punto en que las vemos, señorita, ha sido para mostraros claramente la vileza del

señor conde, al propio tiempo que para probaros mi gratitud, á mi manera, impidiendo que deis la mano á un hombre deshonrado..... que hubiera causado la vergüenza y la desgracia de vuestra vida.

—Oh gracias, señor! vuestra conducta es en estas circunstancias la de un hombre de honor y de corazon, dijo Regina con una sombría calma, y siguió dirigiendo su mirada fija, implacable, como la de un juez, á Roberto de Mareuil, sin decirle una sola palabra.

Este silencio, al cual la fisonomía de Regina daba una espresion terrible, era mas elocuente que las mas amargas y vehementes recriminaciones.

Roberto aniquilado, desvanecido, parecia estar fascinado por aquella mirada de un inflexible encarnizamiento. En fin, queriendo ensayar

un esfuerzo desesperado, exclamó:
 — Es cierto, sí, Regina, yo he sido culpable; he sido criminal; pero si supieseis á qué estravíos os puede arrastrar un amor insensato! si supieseis cuán inmensa es mi pasión por vos.....

— Vascona, exclamó Bamboche interrumpiendo á Roberto, ven, hija mia, y trae la carta tan apasionada que ante ayer aun, te escribia este buen conde...

Al nombre de Vascona, Roberto se puso lívido; su arretrato fué tal, que se apoyó contra la pared de la sala para no caer.

— No os podeis formar idea, señorita, continuó Bamboche dirigiéndose á Regina, de cuán viva es la pasión de este gentil hombre por esta pobre niña; esa pasión nació el día mismo en que este digno conde os encontró en el Museo... por la noche

vió trabajar á Vascona en los Funámbulos y, á fé mia, quedó fascinado, lo cual no le ha impedido pensar en casarse con vos, señorita; todo lo contrario, porque, una vez enriquecido, hubiera realizado las magníficas promesas que hacia á Vascona. Varias, pues, hija mia.

Abrióse una de las puertas laterales, presentóse Vascona siempre cubierta con su capa, cuya capucha medio levantada descubria su rostro en el cual se echaba de ver una alegría verdaderamente diabólica; sus ojos brillaban con un sombrío resplandor, y una sonrisa glacial contraia sus labios sardónicos, al enseñar una porcion de cartas abiertas que tenia en la mano.



LVI.

LA EVASION.



L ver á Vascona, Roberto aturdido, exclamó con un acento de violenta cólera:

— ¡Este es el infierno!

Vascona se acercó lentamente á la señorita de Norlieu, y la entregó las cartas del conde. Regina, siempre tranquila, tomó una de ellas, la recorrió con una mirada atenta, y

:

la devolvió á Vascona, diciéndola con una voz firme:

—Os doy gracias, señorita. Está bien.

—Mi reconocimiento hácia vos, señorita, dijo Vascona, es el que me ha impulsado á descubrir á ese hombre.

—Vuestro reconocimiento?

—Sí, señorita, y tambien el deseo de espiar un delito, un gran delito contra vos.

—¿Contra mí?

—Hace algunos años, en el bosque de Chantilly...

—¿Erais vos? dijo vivamente Regina. ¿Vos?

—Sí, señorita, yo... ese... y ella señaló á Bamboche; y otro niño. Pero olvidando la generosidad de vuestro porte, de vuestra proteccion, nos atrevimòs...

—Habiais sido tratados de un mo-

do tan duro, que vuestra cólera era perdonable; pero recordaré siempre; prosiguió Regina volviendo entonces los ojos hácia Roberto con disgusto y aversion; que hoy me habeis prestado un gran servicio.... me habeis librado de la vergüenza...

Mr. de Mareuil irritado hasta el extremo, confundido bajo el peso de su ignominia, y despojándose de su aspecto hipócrita, exclamó de repente con una horrible espresion de rabia y malignidad, dirigiéndose á Regina.

—¿Y bien? ¿qué hay? Sí, yo os he engañado, os he hecho traicion, os hubiera sacrificado á esa criatura infernal; pero si yo estoy deshonorado, vos lo estareis tambien..... se sabrá que os he robado de la casa paterna, vuestro padre no querrá recibiros, vuestra vergüenza será pública; se creerá que habeis sido mi da-

ma, y yo estaré vengado, fiera y orgullosa muger. Sí, se dirá..... á tal madre tal hija...

A esta injuria, que heria en lo mas vivo todo lo que habia mas sagrado en el mundo para Regina, la memoria de su madre, la jóven, á la vez sublime y terrible de indignacion, se lanzó rápida como el rayo, é hirió á Roberto en la cara, diciéndole:

—Miserable!...

—Bien.... noble jóven! gritó Vascona con trasporte.

A no ser por Bamboche, que se arrojó delante de Roberto, el cual furioso y livido, se precipitó sobre ella, Regina hubiera corrido el mayor peligro; pero, rudamente contenido por la poderosa mano de Bamboche, Mr. de Mareuil, á pesar de sus esfuerzos, no pudo hacer mas que prorumpir en imprecaciones y amenazas; siendo impotente su rabia.

—Oh! tú serás deshonrada... siempre! murmuraba, sujetado por Bamboche, que le dijo con una sangre fría burlesca:

—Vamos, pues, mi querido conde; dejaos de esas infames ilusiones... mis medidas están perfectamente tomadas. Esa señorita, bajo la conducta de un guía seguro y fiel, volverá á la casa paterna... nadie habrá notado su corta ausencia, y Vascona y yo guardaremos el secreto. Esto como habreis podido observar es lo mas sencillo del mundo. Esos dos bribones, mis honorables amigos, permanecerán mudos. Respecto de vos, mi apreciable gentil-hombre, si teneis tiempo de hablar antes de huir ó de ser detenido... en vano os esforzareis en disfamar á esa señorita... nadie os creerá.

—Huir él? exclamó Lebrelin exasperado. Antes será preciso que yo

me vengue en alguno, me vengaré en él... irá á galeras y...

Muchos golpes violentamente dados desde afuera, en los postigos de las ventanas de la sala en que pasaba la escena que refiero, interrumpieron á Lebrelin; al mismo tiempo se oyeron estas palabras, pronunciadas con una voz fuerte:

—En nombre de la ley... abrid.

Al oír estas temibles palabras, todos los personajes de que hablo se quedaron sobrecogidos y llenos de espanto.

—¡Diablo! dijo Bamboche; no esperaba yo tanta política por parte de la policía. Confesemos que es demasiado atenta.

Después colocándose junto á Regina.

—No temais nada, señorita, confiad en mí.

Aprovechándose de este movimien-

to, Roberto de Mareuil, sin ser notado por Bamboche, se apoderó de las pistolas que este habia puesto sobre uno de los ángulos del altar.

—En nombre de la ley... abrid.

Repitieron los de afuera.

Ramboche habia permanecido cerca de Regina; de repente tiró de un puñetazo los dos candelabros y las velas. Quedó en tinieblas el aposento y ya no pude ver mas.

Conociendo las entradas y salidas de la casa, me precipité fuera del sitio en que habia estado hasta entonces, abrí la puerta cerrada un cuarto de hora antes, á invitacion de Bamboche, y me introduje en la pieza en que se habia celebrado el falso enlace, y de la que se escaparon á tientas y helados de miedo, Lebrelin, el Anfisbena y Roberto de Mareuil.

Con el objeto de saber donde es-

taba Bamboche y de reunirme á él, dí un grito que en nuestra infancia nos habia servido muchas veces de señal. Reparando entonces que pasaba por delante de una puerta abierta (lo cual conocí por una corriente de aire fresco que hirió de repente mi rostro) permanecí un momento inmóvil y oí, en la direccion de un corredor que comunicaba con esta puerta, la voz de Bamboche, que respondia á mi señal; guiado por su voz, y siguiendo el corredor, llegué al jardín de la casa.

La noche era tan oscura, que no se distinguian los objetos á dos pasos.

—Eres tú? me dijo aceleradamente Bamboche.

—Sí.

—Dónde está el fiacre?

—En la calleja espera, cerca de la puertecilla.

—Señorita, dijo Bamboche á Regina, nada hay perdido, seguid al guia que os he dado y os llevará á vuestra casa. Apresuraos, id pronto, no teneis un momento que perder. Todo lo habia yo previsto, todo, menos la visita de la policia. Vamos, Vascona, poneos á nuestro lado; allá abajo percibo una luz.

Oí á Bamboche y á Vascona alejarse corriendo, mientras que Regina, asiéndose fuertemente á mi brazo, me decia con una voz sofocada y trémula de terror:

—Oh! salvadme, señor, salvadme de la deshonra...

—Seguidme, señorita, la dije.

Y la llevé medio arrastrando, y asiéndola fuertemente de la cintura, porque la veia próxima á desmayarse y era necesario ir corriendo. La calle de árboles que seguíamos conducia á una puertecilla, donde espe-

raban un fiacre, el cochero en el pescante con el látigo en la mano y la puertecilla del coche abierta... yo habia elegido al hombre que me habia recogido muerto de hambre.

Subí, por decirlo así, á Regina al carruage, y dirigiéndome al cochero:

—Calle de Faubourg-du-Roule... ya os diré donde debemos parar; yo voy á la trasera del coche para que dirijais con mas libertad los caballos.

El cochero sacudió á los animales.

Yo iba á colocarme, como he dicho, en la trasera del coche, cuando me sentí violentamente detenido, y á la luz de los faroles del fiacre que se alejaba, distinguí un momento las lívidas facciones de Roberto de Mareuil. Al ver al carruage tan lejos de nosotros, gritó con todas sus fuerzas:

—Deteneos! deteneos!

Yo impedí los gritos del conde tapándole la boca con mi mano, temiendo que le oyeran los agentes de policia, cuya cohorte acababa de penetrar en la casa.

Gracias á mi fuerza, superior con mucho á la de *mi señor*, conservé, á pesar de sus desesperados esfuerzos, la ventaja en esta corta lucha; aunque en su rabia me mordió cruelmente la mano, conseguí ahogar su voz hasta que el fiacre desapareció al volver una calle.

Contaba yo con la agilidad de mis piernas para alcanzarle, creyendo que, cuando menos, Regina tendria el valor de detener al cochero á algunos pasos del palacio de Norlieu, y de entrar en él por la pequeña puerta que, despues de haber servido á su evasion, habia quedado entreabierta gracias á nosotros.

Cuando quise terminar mi lucha

con Roberto, él mismo fué quien, á su vez, me abrazó con todas sus fuerzas, diciéndome:

—Ab! eres tú? mi fiel servidor? Esta vez no te escaparás...

—Sí, yo soy, le dije, tratando de desprenderme de él. Queriais cometer una infamia y yo lo he impedido.

—Muy bien! tú me vendias! tú eras el cómplice de Bamboche y de Vascona... y tú me has perdido, fiel Martin, murmuró entre sí, rechinando los dientes de furor.

Desplegando en seguida en aquel momento supremo un vigor increíble, consiguió meter su mano entre mi cuello y mi corbata para tirar de esta y comunicarla un movimiento de torsion tan poderoso que yo me sofocaba.... me abandonaban mis fuerzas,

—Sabes, fiel servidor, dijo el

conde con una risa feroz, y continuando en tenerme medio estrangulado, sabes que un conde de Mareuil no es un forzado de galera? yo me mataré, pero antes morirás tú.

Esta lucha encarnizada, terrible, se verificaba en medio de una profunda oscuridad; pero á un movimiento que sentí hacer al conde con su mano derecha, para escudriñar su bolsillo, mientras que con la izquierda retorcia fuertemente mi corbata, me acordé de las pistolas de Bamboche que el conde habia cogido del altar á la llegada de la policia; de repente sentí el frio del cañon de una de estas armas apoyado contra mi frente.

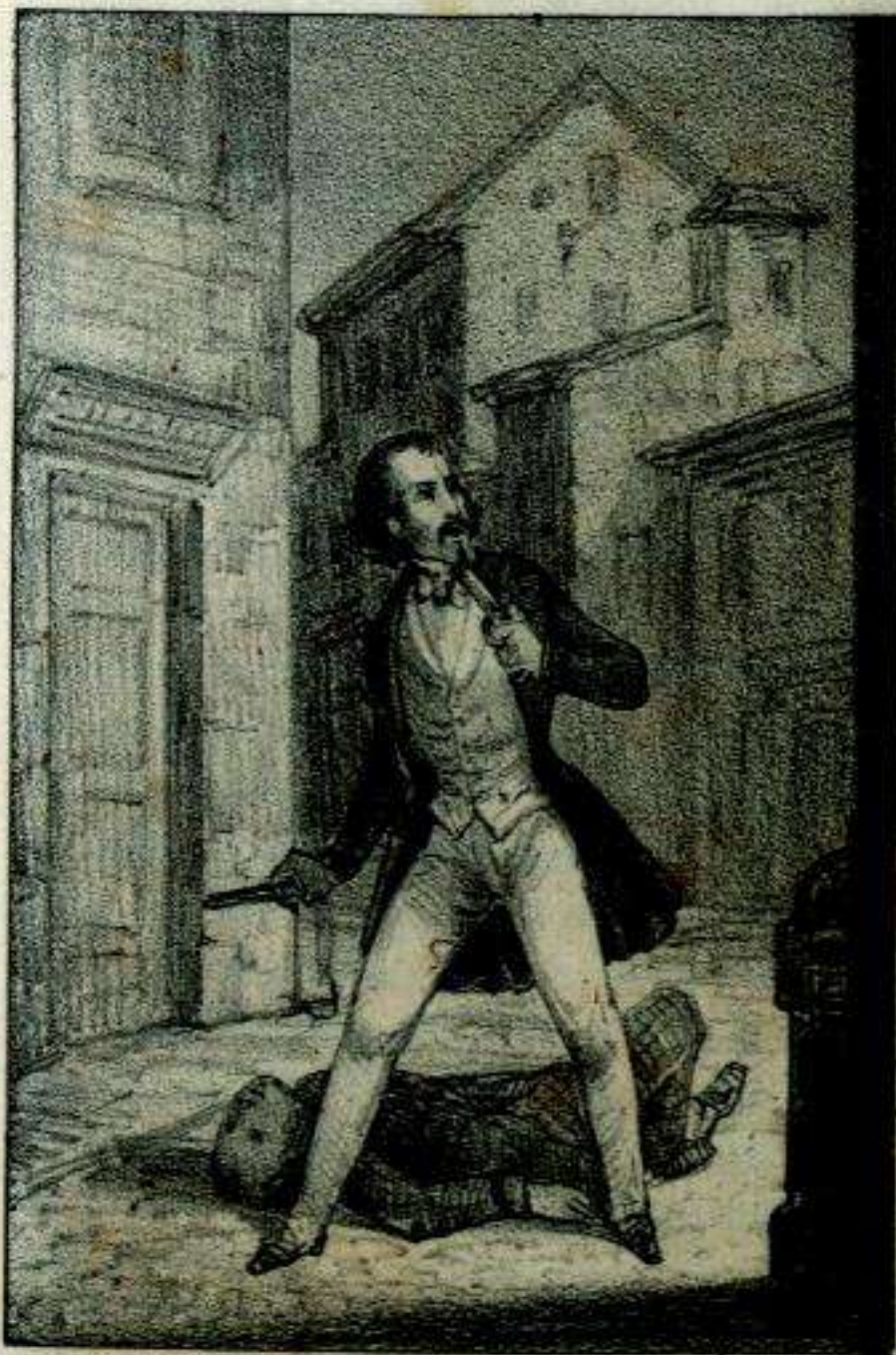
Un esfuerzo postrero por mi parte hizo desviar el tiro, pero no impidió que saliese... una llama ardiente me deslumbró; parecióme que un hierro rojo me atravesaba la garganta,

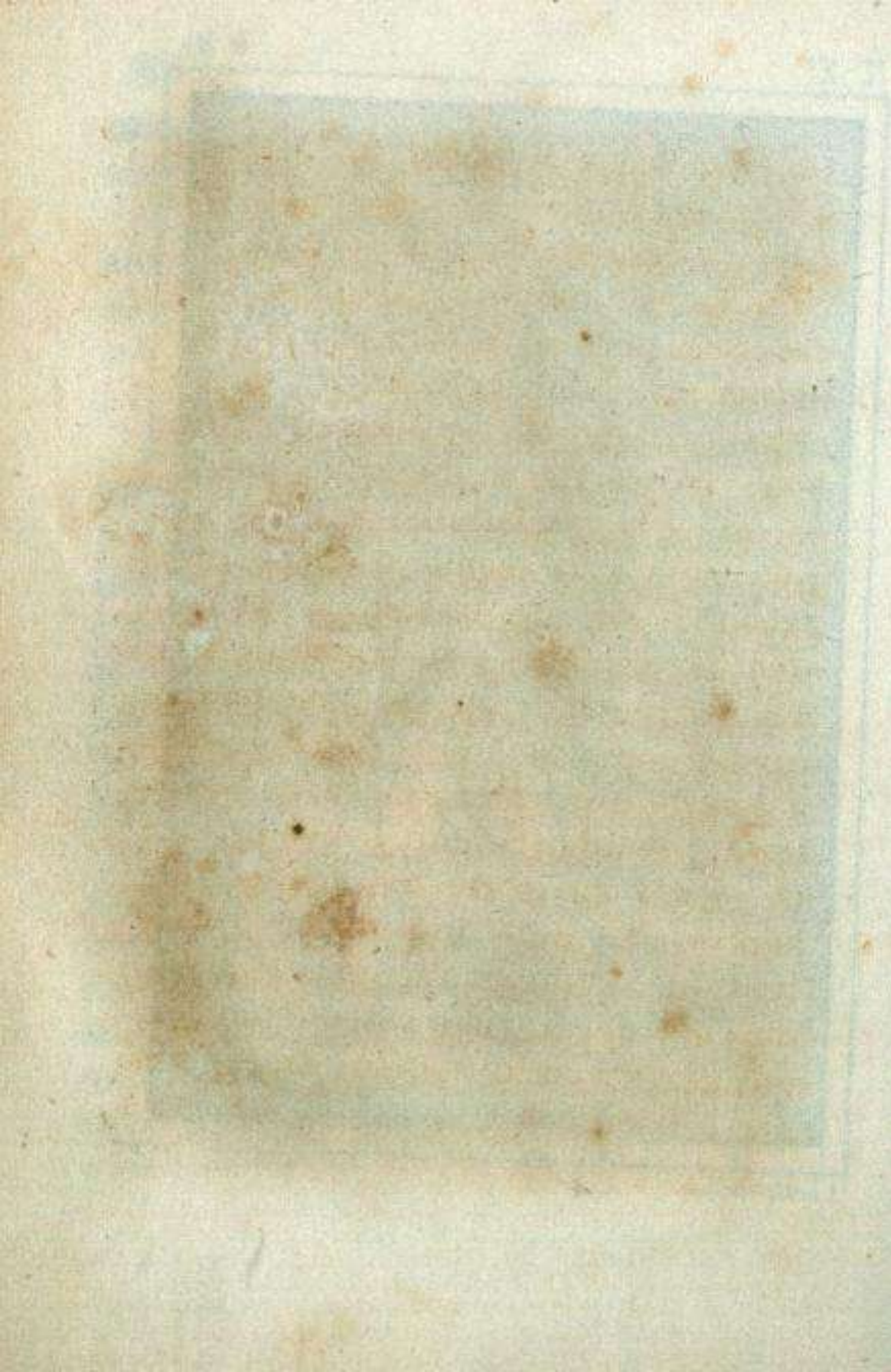
mientras que una espantosa conmoción me tiró de espaldas.

En el momento en que mi cabeza chocó en el suelo, oí una segunda detonación y perdí el conocimiento.

En cuanto á los sucesos que habian precedido al falso enlace del conde y de Mlle. de Norlieu, se adivinan facilmente. Roberto de Mareuil habia contraido relaciones con Regina, y á fuerza de instancias, y pasión fingida, habia sabido conducirla al imprudente paso tan felizmente frustrado por Bamboche.

Aunque siempre desconocido é invisible para Regina, yo fuí el único confidente de esta correspondencia entre ella y mi señor, para que mi celo no pareciera desmentirse. Habia en mi conducta, yo lo conozco y me acuso algunas veces, una especie de





traicion hácia Roberto de Mareuil. Mi fin era laudable, porque se trataba de destruir la odiosa maquinacion de este hombre y de desenmascararle; pero el medio era torcido, pérfido. Sin embargo, espantado por el peligro que corria Mlle. de Norlieu, no vacilé en hacer lo posible por salvarla, usando del único medio que tenia á la mano: además obligando á Mr. de Mareuil á escoger otro agente que yo, la reputacion, el honor de Mlle. de Norlieu podian quedar comprometidos por indiscreciones de que yo era incapaz. Por lo demás, Bamboche que habia hallado un medio de ganar mucho antes la confianza de Roberto, por medio de Lebrelin, evitó la repugnante combinacion del fingido casamiento. La idea pertenecia al conde, la egecucion á Bamboche.

Mas tarde he sabido la causa del

rompimiento de Baltasar y de Roberto de Mareuil.

Este, cuando la representacion de los Funámbulos, habia experimentado á la vista de Vascona, una impresion tan súbita, tan profunda, que, sin ocultársela al poeta, le dijo: «Ahora tengo un motivo mas para casarme con Regina y sus millones; quiero ser el amante de esta Vascona... y la convertiré en una de las mugeres mas elegantes de París, aunque me cueste montones de oro.»

Baltasar, bastante deslumbrado hasta entonces por la amistad para vencer los escrúpulos que levantaba en él la codiciosa especulacion del conde, se irritó con este último rasgo de cinismo, y rompió para siempre con Roberto, despues de repetidas y vanas tentativas para inspirarle pensamientos mas dignos, pintándole

con los mas negros colores su odiosa conducta.

Con todo, Baltasar no olvidó el juramento que me habia hecho respecto de Vascona. A los dos dias de aquel en que la pobre jóven habia sido tan injuriosamente tratada en los Funámbulos, á consecuencia de una chanza ó chiste del vizconde Escipion, se leia en uno de los periódicos mas influyentes de Paris un largo artículo acerca de Vascona, escrito y firmado por un célebre crítico, amigo íntimo de Baltasar. Este artículo referia, en primer lugar, y con una indignacion sincera, la especie de asesinato de que Vascona habia sido víctima en el teatro de los Funámbulos; despues, entrando á apreciar el talento de esta jóven, hasta entonces desconocida, el crítico hablaba de ella con una admiracion, un calor tan persuasivo, tan íntimo; apoyaba su

entusiasmo en un análisis á la vez tan delicado, como sabio y profundo, del juego, del canto y del extraordinario poder dramático de Vascona, que anunció, desde aquel dia la mas grande trágica de nuestra época, y escitó con su artículo una atencion, una curiosidad universal. Una multitud, pero de lo mas selecto, dió en concurrir desde entonces á los Funámbulos.

El director, aturdido con este éxito inesperado, corrió á suplicar humildemente á la pobre figuranta, que no se habia atrevido á reaparecer en el teatro, que volviese á egecutar su papel de *génio del mal*. Cuando Vascona tornó á presentarse, produjo un entusiasmo general; consiguió una completa ovacion. Porque... extraña coincidencia; como el incontestable talento de Vascona se hallaba á la altura de los elogios casi hiper-

bólicos que de ella habian publicado los amigos de Baltasar, una vez excitada la atencion pública sobre este nuevo prodigio dramático, la prensa se hizo el eco de las alabanzas que se prodigaban á la jóven actriz. En fin, Baltasar, fiel á sus promesas, publicó en el periódico de su amigo el crítico, una *Epístola á Vascona...*

Cosa rara; esta epístola, verdadera obra maestra, que rebosaba fantasía y génio, sublime, entusiasta, y llena de la mas tierna melancolía, de la mas noble emocion, cuando el poeta describia la lucha dolorosa, incessante, de una jóven de diez y seis años, pobre, desconocida, aislada, sin apoyo, que tenia que vencer los obstáculos sin número de que están herizadas las avenidas del mas miserable teatro; esta epístola, ya gallarda como un romance, ó tierna como una elegía, ya amarga é incisiva co-

mo una sátira, ya loca, bizarra y atrevida como un sueño fantástico, esta epístola, en fin, generosa como una buena accion, fué tambien para Baltasar la señal de un éxito pasmoso. Su talento, conocido solo hasta entonces de algunos amigos, fue públicamente revelado por medio de esta epístola; su nombre resonaba de boca en boca, y sus obras, hasta entonces despreciadas, ó mas bien ignoradas, comenzaron á ser buscadas, releidas, y apreciadas en su justo valor.

Pocos dias despues de la aparicion de esta epístola, recibí de Baltasar un alegre billete concebido en estos términos:

«¡ Gloria á tí! mi digno Martin; tu amigo de infancia ha armado un ruido infernal con su nombre; los libreros se dan de cachetes á mi puerta, pero yo no los admito á mi presencia, sino

andan en cuatro patas, y traen entre sus dientes un bolsillo de *cequíes* de oro.»

«He ahí mi venganza, no puede ser mas simple ni mas noble. Formalmente, mi querido Martin; nada de esto hubiera sucedido, á no haberme rogado tú, que se hiciese justicia á la incomparable Vascona, y que yo mismo la rindiese homenaje; gloria y honor á tí, otra vez, mi buen Martin; tú has concluido la obra comenzada por mi incógnito protector *Just*, á quien actualmente puedo devolver la pension que tan generosamente me pasaba; otro que sea tan desgraciado como yo lo era, podrá aprovecharse de mi plaza.»

«Concluyo con el siguiente gero-glífico, que está á la altura de tu sencilla y respetable inteligencia.»

«Una buena accion tiene siempre su recompensa.»

«Tu *ex-señor* y siempre apasionado: Baltasar.»

El brillante triunfo de Vascona, fué un nuevo alimento á la loca pasión de Roberto de Mareuil; esta pasión favorecía demasiado á nuestros proyectos, y al inexorable ódio que Vascona habia declarado á *la raza de los Escipiones*, como ella decia, para que nuestra amiga no pareciese fomentar el insentato amor que inspiraba. Ella colmó al conde de las mas ardientes esperanzas, y se estableció entre los dos una correspondencia apasionada, que, revelada á Mr. de Norlieu, debia ser un arma terrible contra Roberto.

Este hombre se vengó en otra parte cruelmente de mí, porque no solo tenia yo que sucumbir á la herida que habia recibido, habiéndome atravesado la bala los músculos del

cuello, sino que indispensablemente tenia que quedar ciego, por la explosion del tiro disparado á quema-ropa; durante un año casi estuve completamente privado de la vista.

Despues de esta lucha con Roberto, los agentes de policia, que fueron á prender á Bamboche, que se escapó de sus pesquisas, me encontraron bañado en mi propia sangre á algunos pasos del conde de Mareuil que se habia levantado la tapa de los sesos, y me trasportaron al Hôtel Dieu.

.....

.....

Cuando recobré los sentidos, tendido en una cama de este hospital, tenia los ojos vendados. A un movimiento que hice para quitarme la venda, un enfermero que me vigilaba sin duda, me dijo:

—No os quiteis la venda, jóven,

pues no por eso vereis mejor.

—¿Pues qué, es de noche? ¿Dónde estoy?

—Estais en el Hôtel-Dieu, y es de dia claro.

—Entonces ¿por qué razon no he de ver mas?

—Porque sois ciego.

Al oir estas espantosas palabras, arranqué el vendaje; abrí los ojos, á pesar de los atroces dolores que sentia... nada ví mas que vagas tinieblas.

A este golpe terrible, mi primer pensamiento fué para Regina. Yo habia quedado para siempre inútil, no la podia servir de nada, no podia velar por ella, porque, los pasados sucesos me probaban que, por pobres y oscuros que fuesen mis sacrificios, podian, no obstante, ser útiles á la señorita de Norlieu. Me pregunté tambien á mí mismo con inquietud,

que es lo que habria sido de Vascona y de Bamboche; secretos presentimientos me decian que este y el Anfishena, eran objeto de las pesquisas de la policia; pensaba en fin, con ansiedad que quedaban dos pretendientes á la mano de Mlle. de Norlieu, quien, libertada del conde de Mareuil, podia fijar su eleccion en el príncipe de Moutbar, en ese jóven dotado al parecer de tan escelentes cualidades, tan seductor, y cuyo brillante exterior ocultaba una degradacion profunda...

Desgraciadamente mi ceguera, mis crueles dolores, la ausencia ó la fuga de Bamboche, debian dejarme, respecto de Regina, en una larga y terrible incertidumbre.

Un acontecimiento singular, vino sin embargo, á fijar mis dudas.

Yo estaba en el Hôtel-Dieu hacia un año: la herida de mi cuello se

habia cicatrizado; pero el estado de mi vista no se mejoraba. Formaba yo parte de la division confiada al doctor Clemente, uno de los primeros cirujanos del Hôtel-Dieu. Este hombre, que gozaba de una reputacion europea, y de una poderosa originalidad, se habia desde el principio interesado por mí, segun me ha contado despues, por la valerosa resignacion con que yo soportaba horribles dolores, y por la dignidad, sencillez y reserva, con que habia respondido á los muchos interrogatorios que me hizo un juez, relativos al trágico suceso de que habia sido una de las víctimas; mi language, el modo con que manifestaba mi gratitud al doctor Clemente por el interés con que me cuidaba, aumentaron mas las atenciones y deferencias de este.

Hacia algun tiempo que el doctor me habia sometido á un nuevo trata-

miento, del cual se prometia los mas felices resultados. El dia veinte, que era el señalado para levantar cierto aparato que cubria mis ojos, el doctor convidó para ver esta operacion, curiosa sin duda, á uno de sus profesores, á quien hizo una reseña histórica de mi enfermedad, en tanto que los ayudantes hacian los necesarios preparativos.

—¿Y cuánto tiempo hace que se halla en este estado? preguntó el compañero del doctor Clemente.

—Un año, contestó este; despues añadió dirigiéndose en voz baja á su amigo: Oh, Dios mio! compadeceos de él. Este pobre jóven entró aquí justamente la víspera del dia en que os cité para que tuvieseis conmigo una consulta, acerca de mademoiselle de Norlieu; porque, lo confieso... yo no podia, ni puedo esplicarme, los estraños síntomas ner-

viosos que en ella se habian desarrollado repentinamente.

—Creo, que no nos engañábamos; replicó el amigo del doctor, al atribuir aquellos singulares síntomas á alguna emocion violenta y súbita..... no obstante, nuestra querida enferma negaba tenazmente haber experimentado el menor sobresalto. Y á propósito ¿qué tal sigue?

—Peor que antes de casarse; contestó el doctor Clemente. Así es, que la visito y la atiendo con el mayor celo y solicitud... ¡es una muger tan extraordinaria! ¡qué corazón! ¡qué alma tan elevada! ¡tan pura!

—Por lo demas, es imposible encontrar una union mas feliz; el príncipe de Moutbar es uno de los hombres mas amables y mas distinguidos que pudieran desearse.

—Así parece; repuso bruscamente el doctor Clemente.

Luego distinguiendo sin duda á uno de los practicantes que habia ido á buscar algunos objetos necesarios para quitar el aparato, el doctor añadió:

—Ah! hé ahí lo que yo esperaba... vamos ahora á levantar el aparato...

Es inútil é imposible dar cuenta de las emociones que esperiménté durante aquella operacion que iba tal vez á volverme la vista, en el mismo instante en que oia la noticia del casamiento de Regina y el príncipe de Moutbar, casamiento que por tantas razones habia yo temido.

Recobré la vista.

Despues de largas y minuciosas precauciones para impedir que la luz me hiriese de un modo demasiado brusco, pude al fin contemplar el rostro de mi salvador.

LVII.

EL DOCTOR CLEMENTE.

DESPUES de terminada mi curacion, entré de ayuda de cámara en casa del doctor Clemente. El mismo me habia propuesto esta plaza despues de una larga conferencia, en la cual, refiriéndole fielmente los principales acontecimientos de mi vida, escepto lo pertene-

ciente á Regina, le anuncié que saliendo del Hôtel-Dieu, me veria yo enteramente falto de recursos.

Aceptando el generoso ofrecimiento del doctor, sin tentar siquiera los medios de evitar esta nueva servidumbre, obedecia yo al mismo pensamiento que ya me habia llevado al servicio de Baltasar, ó mas bien de Roberto de Marcuil; á la esperanza de no permanecer extraño á la vida de Regina. Por lo mismo que la casualidad me habia instruido del interes lleno de solicitud que el doctor Clemente la profesaba; por lo mismo que este matrimonio, que tanto temia yo por la señorita de Norlieu, se habia verificado, mi mision de lealtad ignorada, lejos de haberse cumplido, me imponia nuevos deberes. De esta union con el príncipe de Moutbar, podian resultar para Regina nuevas desgracias.

Será preciso, en fin, declarar un sueño que me parecia entonces casi insensato?... Yo me figuraba muchas veces que teniendo, por mi condicion en casa del doctor, alguna entrada en la de la princesa de Mouthar, podria acaso introducirme un dia á su servicio. Y entonces, con qué cuidados, con qué ardiente solicitud podria yo velar por mi *señora*?

El doctor Clemente era un hombre de unos sesenta años, de estatura regular; tenia una cabeza enorme; espesos cabellos crespos cubrian su ancha frente contraida muchas veces por un fruncimiento leonino de los músculos; el conjunto de su rostro, sombrío y curtido, era desagradable, tenia una espresion dura, casi feroz; no obstante, sus ojos, de un color azul puro y claro, aunque cubiertos á me-

días por espesas cejas negras siempre herizadas, tenían á veces la espresion mas dulce y simpática. Sus formas eran rudas y ásperas; y vestido siempre con un descuido sórdido, llevaba invariablemente anchas botas, sobre un pantalon de paño gris, un largo re- dingote azul raído, un chaleco negro y una corbata blanca torcida como un cordel al rededor del cuello. Así se presentaba ante las personas mas notables y aun las de mas alto rango, que disimulaban discretamente las rarezas de este hombre ilustre, porque su saber y sus triunfos prácticos como médico y como cirujano eran infinitos.

Jamás olvidaré el primer dia que pasé al lado del doctor Clemente; fuí con él al Hotel-Dieu en un fiacre de que se servia habitualmente para hacer sus visitas. Quise respetuosamente colocarme junto al cochero,

pero me detuvo y me dijo con su voz áspera y fuerte:

—A dónde vas?

—Voy á ponerme junto al cochero, señor.

—Pues qué no tienes sitio á mi lado!

—Perdonad, señor, pero el respeto... yo...

Levantó la cabeza, subió el primero, y me hizo seña para que me sentase á su lado.

Luego que el fiacre se puso en marcha, el doctor me dijo:

—Tú has sufrido, has luchado, eres sincero, veo en tí *un hombre*. Eso me gusta; te acomodará á mis hábitos..... y no tendrás que quejarte de tu suerte en los tres ó cuatro meses que pasemos juntos; despues si me tienes contento...

—Cómo, señor? le dije con sorpresa, interrumpiéndole, en tres ó

cuatro meses? despues me despedireis?

—En tres ó cuatro meses lo mas, y tal vez antes, me contestó el doctor, yo habré muerto...

—Vos, señor? exclamé y por qué para entonces?

—Y por qué tú tienes que morir un dia?

—Señor, porque todos somos mortales. Pero cómo preveer...

—Con una grave enfermedad incurable, la esperiencia y el ojo médico, conoce uno su suerte de un modo invariable, me contestó con un aire extraño; despues añadió, he aquí tus obligaciones: limpiar mi ropa, cosa que no me importa mucho en verdad... llevar exactamente la lista de las visitas que hago y que recibo... llevar tu cuenta y presentármela al fin de cada semana, porque yo me hago pagar cada ocho dias, sin cu-

yo requisito me veria atrocemente robado. Sí, continuó con un desden amargo, los ricos tienen siempre dinero para mantener cortesanas, comprar caballos, regalarse, amueblar palacios, y no tienen nunca un miserable sueldo para el médico, á quien deben, sin embargo, la salud que les permite acariciar á esas queridas, montar esos caballos, darse un buen trato y henchirse de orgullo en sus palacios. Pero yo vendo la salud á ese mundo así como otros venden vino ó paño... Págueme quien me deba sino...

Fijando luego sobre mi su mirada penetrante, el doctor me dijo bruscamente.

—Este modo de comerciar te parece innoble, es cierto?

—Señor...

—Dí la verdad, continuó con una voz casi amenazadora.

—Te he llamado á mi servicio, sobre todo porque me has parecido *sincero*... he despedido al que tú has reemplazado porque me habia engañado, indicio seguro de un natural vulgar y malo: he buscado por largo tiempo lo que debo hallar en tí, un alma leal, elevada, aunque tu condicion sea ínfima. Pruébame que no me he equivocado..... y muchas veces pensaré alto delante de tí. Veamos qué dices de mi codicia eh?

—Pues bien, señor, le respondí con resolucion, yo me habia formado otra idea del arte de curar... Segun mi opinion, era...

—Un *sacerdocio*, no es cierto? Esa es la palabra usual, dijo interrumpiéndose con una carcajada sardónica.

Despues siguió:

—Pase el sacerdocio..... pero aun siendo así; no vive el sacerdote de lo que le produce el altar?

Al llegar aquí nuestro fiacre se detuvo delante de la fachada de un soberbio palacio. Sin duda se esperaba con impaciencia á mi amo, porque apenas se presentó cuando un criado puesto de centinela, gritó corriendo á abrir la portezuela del coche.

—Ah, señor doctor! el señor marqués se encuentra en una situación desesperada! no hay que perder un instante. Un coche acaba de partir para buscaros al Hotel-Dieu, y otro para vuestra casa! tanto se temia que nos hubiescis olvidado!...

—Bueno, bueno, dijo rudamente el doctor: han venido mis ayudantes?

—Esos señores están aquí hace cosa de media hora...

—Esperame, me dijo mi amo, tengo que practicar una operacion difícil; pero pronostico mal..... este marqués es el rey de los avaros y de los...

Y el doctor Clemente entró en el palacio.

Durante la ausencia de mi amo, reflexionaba yo sobre la vituperable codicia de que él se gloriaba. Su deseo de ser remunerado de sus servicios por los ricos á quienes visitaba, me pareció legítimo; pero esta justa pretension hubiera podido manifestarse con menos aspereza; yo experimentaba tambien un triste sentimiento, acordándome de la prediccion del doctor Clemente, acerca de su muerte, bastante próxima, segun él, y que él preveia sin duda, gracias á la especie de intuicion que comunica frecuentemente la ciencia.

Esa estincion de la vida que el doctor pronosticaba habia de verificarse á una hora fija, me parecia una cosa extraordinaria. Entonces acudieron á mi imaginacion los singulares rumores que, en las salas del Hotel-Dieu,

corrian acerca de este célebre médico. Hablábase de su vida privada como de una de las mas misteriosas, de las mas estrañas. Millonario, porque su clientela era tan enorme como su avaricia, decian que vivia en la mayor estrechez: viudo hacia muchos años, su hijo único, uno de los primeros que salieron de la escuela politécnica, y á la sazón ingeniero, debia heredar solo esta fortuna inmensa, porque hacia quizás veinte años que el doctor Clemente ganaba mas de 100,000 frs. anuales, no gastando de ellos, segun dicen, mas de 10,000.

Finalmente, las historias mas increíbles, por no decir las mas absurdas circulaban acerca de la casa que habitaba, situada en una de las calles desiertas del Marais, en la cual nadie penetraba, recibiendo el doctor sus consultas en una sala de una casa inmediata á la suya.

La cínica declaracion del doctor no podia dejarme la menor duda sobre su afan de ganar, afan tanto menos concebible, cuanto que se le creia poderosísimo y cuanto que tenia contados sus dias: sin embargo, el generoso interés que me manifestaba, y especialmente la solicitud casi paternal que parecia inspirarle Regina, se conciliaban, á mi ver, dificilmente con su afectacion de insaciable avaricia. Los avaros tienen seco el corazon; y un hombre capaz y digno de apreciar á la princesa de Moutbar, no podia, á mi entender, tener un alma egoista y baja.

La vuelta del doctor interrumpió mis reflexiones: saltó al fiacre, con los ojos centellantes de gozo, y exclamó (recuerdo sus palabras en toda su grosera energía):

—Está fuera de peligro... pero ha pagado, el viejo ~~...~~

Sacando despues del bolsillo de su pantalon un paquete de billetes de banco, me dijo enseñándomelos con un aire de triunfo:

—Veinte mil francos!

—Veinte mil francos! repetia yo con estupor.

—Ganados en siete minutos... solo ese tiempo ha durado la operacion.

—Veinte mil francos! repetia yo... es una cantidad enorme.

—Enorme? contestó él enco-
giéndose de hombros desdeñosamen-
te, enorme?... para un viejo usurero
que tiene mas de dos millones de
renta y que á penas gasta doscientos?
A no ser por la operacion que acabo
de hacerle estaria rabiando como un
perro... para qué le servirian los dos
millones de renta á haber muerto?
pero qué linda escena de comedia!
añadió mi amo frotándose las manos

alegremente... llego: el marqués se hallaba en el lecho del dolor. Una hernia estrangulada!..... caso mortal si los hay. Mis ayudantes estaban ya allí. Al verme gritó el marqués: «Oh, mi querido doctor; salvadme, en nadie espero sino en vos.... yo sé que la operacion puede ser mortal, pero vos sois un Dios salvador, vos... si... un Dios!»

Le examiné atentamente, y le dije: si la operacion no se hace, y no se hace con destreza, antes de un cuarto de hora habreis cesado de vivir.

—«Mi admirable doctor, yo os deberé la vida!»

—Bien puede ser. Pero vamos á cuentas; quién paga aquí?

—Yo, doctor..... bien lo sabeis; pero no hablemos de eso..... pronto, pronto...

—Por el contrario, hablemos de eso, os conozco muy bien; seriais capaz

de no pagarme en dos ó tres años ni un solo sueldo, y aun tal vez tendria que pleitear con vos. Así, pues, ó me dais veinte mil francos inmediatamente, ó buenas noches.

Al oír estas despiadadas palabras, no pude impedir un movimiento de horror. El doctor no pareció apercibirse de él y continuó:

— «Jesus, Dios mio! contestó el marqués, veinte mil francos... así... uno tras otro... todo de un golpe... todo de una vez! Eso es un asesinato terrible..... y la hora pasa. Dios mio! Dios mio! querido doctor, ved que pasa la hora.

— Ya lo veo, que pasa..... mirad, ya van dos minutos, le dije.

— Puesto que pasa la hora, exclamó el marqués con una voz desgarradora... operadme, doctor.

— «Puesto que pasa la hora, pagadme, marqués.»

El temor de morir le hizo triunfar de su avaricia; entregó la llave de un baul á un pariente suyo, siguiéndole con una mirada en que se pintaba la consternacion, al ver que me ponía en la mano los veinte mil francos.

—Pero no es esto todo; el marqués exclamó en lo mas fuerte de la operacion. *Mil francos de renta!* Ay!

Y despues de contemplar nuevamente los veinte mil francos con un ojo de codicia, añadió el doctor Clemente:

—No tengo mas que un remordimiento, y es no haber exigido cien mil francos, como me sucedió con cierto milord duque de Castelby, ferroz derrochador: el marqués los hubiera dado... pero, principio á tener escrúpulos, y á ver, como dices tú, todo lo que hay de innoble en este afán de ganar...

En este momento, nuestro carruaje se detuvo en no sé ya que sombría y siniestra calle del barrio de Saint-Marceau; despues subimos al último piso de una casa medio destruida. Mi amo abrió la puerta de una guardilla y se presentó á nuestros ojos el cuadro de la mas espantosa miseria. Estaban allí un marido, su muger y tres niños macilentos, estenuados, medio desnudos; la muger de una belleza notable, daba el pecho á un recién-nacido; el hombre, á penas cubierto de harapos, daba color á esos vasos de cuerno, llenos de toscos grabados, en los cuales los tenderos venden las especias.

La llegada del doctor Clemente, absolutamente desconocido de aquellos desgraciados, les causó una sorpresa llena de inquietud y nos miraban en silencio, casi con temor.

— Os llamais Augusto Levasseur;



Estaban allí un marido, su mujer y tres niños macilentos....



Estaban allí un marido, su mujer y tres niños pequeños...

dijo mi señor dirigiendo á aquel infeliz una mirada investigadora, y observándole con una atención penetrante, como si hubiera querido leer en el fondo de su pensamiento.

—Sí, señor; contestó con embarazo aquel jóven, cuyo rostro enflaquecido por la miseria, y cubierto de una barba descuidada, tenia una notable espresion de inteligencia, de dulzura y de franqueza.

—¿Os habeis recibido de doctor en medicina, en Montpellier? prosiguió mi amo.

—Sí, señor; respondió con timidez el jóven doctor, cambiando con su muger una mirada de sorpresa creciente.

—Vuestros exámenes han sido de los mas brillantes; vuestra conducta excelente siempre, repuso el doctor Clemente; habeis hecho magníficos trabajos anatómicos.... sois tan hábil

cirujano como buen médico, y sin embargo, postergado por la rivalidad, no pudiendo ganar la vida en Montpellier, donde os habeis casado por amor con esa digna y hermosa señora que está á vuestro lado, habeis venido á Paris, esperando correr aquí mejor fortuna.

—Pero, señor, contestó el jóven médico con admiracion: quién ha podido deciros?

—En Paris, continuó mi señor, sucede lo mismo que en Montpellier; sin proteccion alguna, vos no habeis encontrado ningun apoyo, ninguna benevolencia entre vuestros profesores, los cuales para vivir, se ven obligados á disputarse los enfermos con encarnizamiento; porque aquí, como en todas partes y por todo, los grandes se comen á los pequeños. Pero como necesitabais mantener á vuestra familia, os habeis visto en la

precisión de recurrir hasta á los mas bajos expedientes para reclutar algunos enfermos; os habeis visto reducido á adular á los porteros, á fin de que os recomendasen á los inquilinos de la casa, ó bien á prometer una propina á la frutera de la esquina, á fin de que os alabase á los criados que van por la mañana á comprar leche... Yo sé todo lo que pasa, conozco otras muchas bajezas mas, engendradas por una concurrencia despiadada, fatal; y vos, vos hombre de corazon, hombre de saber y de inteligencia, os habeis sometido á esas bajezas, porque os era preciso dar de comer á vuestros hijos, á vuestra muger.... que es un ángel; sí, bien lo sé, un ángel... de valor y resignacion.

A estas palabras, el jóven, no pudiendo vencer su emocion, tendió la mano á su muger, y los dos comenzaron á derramar lágrimas.

Mi amo, sumamente conmovido tambien, continuó:

— Y á pesar de tantas humillaciones sufridas, vuestra clientela no se formaba; erais pobre, tímido, modesto, y ademas viviais en una pobre casa mal amueblada; no inspirabais ninguna confianza; en fin, vuestra miseria llegó al extremo de tener que vender vuestra ropa para comer; entonces no os quedaba ya ningun medio para presentaros en público, y os acogisteis á esta guardilla donde vos y vuestra familia hubierais perecido de hambre, á no haber encontrado algunos recursos en vuestro talento de colorista; por este medio ganais unos quince sueldos por dia, trabajando diez y ocho horas; de eso vivis vos y vuestra familia..... Ahora!.....

— Caballero! exclamó el jóven con una espresion de dolorosa dignidad;

yo no me he quejado nunca..... y no sé de que manera vos, á quien no tengo el honor de conocer, sabeis esas tristes particularidades de nuestra existencia; ignoro cual es el objeto que aquí os conduce... caballero, ignoro hasta vuestro nombre, y...

—Mi nombre? dijo el doctor Clemente, interrumpiendo á su jóven comprofesor; me llamo.... me llamo *Mr. Just.*



LVIII.

EL DOCTOR CLEMENTE.

(Continuacion.)



L nombre de Just me recordó el misterioso protector de que Bamboche, Vascona y Baltasar me habian hablado. Ya no habia duda; el doctor Clemente ocultaba sus beneficios bajo este nombre.

—Ahora, continuó; vamos al a-

sunto; pues tengo prisa. No podeis permanecer en Paris; careceis de la intriga y de la táctica necesarias para medrar aquí. Vos sereis postergado; en Paris sobran escelentes médicos, al paso que las tres cuartas partes de las aldeas y pueblos de Francia, están explotados por ignorantes ó empíricos. Veamos, si quereis aceptar mis proposiciones; diez mil francos al contado, una plaza de mil quinientos francos anuales, y una bonita casa en una villa de Berri, en Moutbar.

Al oír esta inesperada proposición, el jóven y su muger se miraron con un estupor mezclado de duda; este porvenir les parecia sin duda demasiado bello.

—Dios mio!... Caballero, perdonadme; dijo el jóven con voz alterada; pero esa oferta nos parece tan extraordinaria, que no nos atrevemos

á creerla ; sin embargo , todo nos dice que nos hablais sèriamente.

—Un instante ! esclàmó mi amo. Hé aquí las condiciones: mediante los mil quinientos francos y una bonita casa, sereis el médico del príncipe y de la princesa de Moutbar, (su castillo está pegado al pueblo), por todo el tiempo que permanezcan en su estado, situado en el Berri. Podreis en otras partes adquirir una clientela segura; porque en cinco ó seis leguas á la redonda, no hay en aquel pais mas que un sangrador ignorante como un bruto, y que mata por sí solo mas labriegos que el cólera. Pero, añadió el doctor Clemente con amargura; un sangrador es escelente para asistir aldeanos.... siempre que estos le paguen; la ley autoriza esos semi-facultativos! Eso es muy sencillo; pan negro para los pobres, pan blanco para los ricos... Es pues, la salud, es la

vida lo que llevareis á un radio de cinco ó seis leguas, abandonado hasta ahora á los empíricos; y como vos sois tan bueno, tan humano, tan ilustrado, bareis inmensos servicios á aquellas desgraciadas poblaciones rurales. Una palabra aun. Respecto de los diez mil francos, y el doctor Clemente colocó diez billetes de banco en la mesa del jóven; pagareis su interes en visitas gratuitas á los pobres y en compra de los medicamentos á que no alcan- cen sus facultades. Esta es una im- posicion que me han encargado haga. Tomad ademas una letra para el ad- ministrador del castillo de Moutbar. La casa en que vivireis, es una de las dependencias de la habitacion. Todo está arreglado anteriormente con la princesa, contando con vues- tro consentimiento; si aceptais po- deis partir cuando querais...

—Acepto, caballero; exclamó el

jóven juntando las manos con efusion. Si todo esto no fuese un sueño, estarían satisfechos nuestros deseos mas caros. Creednos, solo á pesar nuestro, pudimos decidirnos á venir á Paris, porque...

—Porque amais mucho el campo; interrumpió el doctor; vos, y vuestra celestial esposa, sois aficionados á la botánica, testigo el bello Herbario que recolectasteis los dos en Montpellier, y del cual os habeis separado con tanto sentimiento.

—Pero señor, dijo el jóven médico mirando á su esposa con una nueva sorpresa; cómo sabeis semejantes pormenores?

De repente, ví palidecer á mi amo de un modo terrible, aunque parecia luchar enérgicamente con el dolor; sus facciones se alteraron profundamente, y llevó con rapidez su mano al corazon, como si hubiese sentido

un dolor agudo. Pareciendo hacer entonces un violento esfuerzo sobre sí mismo, dijo con una voz entrecortada:

—Habeis aceptado..... Corriente. Una persona de confianza vendrá mañana de mi parte para finalizar el trato.

Y el doctor Clemente, avanzó un paso hácia la puerta.

—Caballero, exclamó el jóven médico; yo no acepto tantos inconcebibles beneficios sin saber.....

—No veis, pues, que la emocion me mata? dejadme.

Interrumpióle mi señor con un acento tan imperioso, que el jóven médico se quedó mudo, inmóvil, en tanto que el doctor Clemente salia precipitadamente de la guardilla.

Mi amo tuvo que apoyarse en mí para bajar la escalera, y que pararse muchas veces, llevando con fuerza su

mano al corazón, como si quisiera contener sus latidos: su respiración era entrecortada, difícil; se hubiera dicho que estaba oprimido por una horrible sofocación.

De esta manera llegamos al fiacre, subió á él el doctor, después de haber dado al cochero las señas del palacio Moutbar.

—Dios mio! señor, grité yo alarmado, qué teneis?

Sin responderme mi amo, me agarró del brazo y me rechazó dulcemente. Parecióme comprender la significación de esta señal, y esperé en silencio el fin de la crisis que mi amo estaba sufriendo.

Entonces presentí vagamente que acababa de presenciar uno de los accesos de aquella enfermedad incurable, de que el doctor aseguraba había de morir pronto.

Sin embargo, poco á poco se fué

haciendo su respiracion menos difícil, disminuyóse su palidez y me pareció que sufría menos. No pudiendo entonces contener por mas tiempo mi admiracion, pensando en la generosa accion de que acababa de ser testigo, y en tantas otras que la casualidad me habia revelado.

—Ah, señor! exclamé, comprendo ahora la razon porque haceis que los ricos os paguen tan caro las visitas!

El doctor Clemente, sin responderme, me indicó que guardára silencio; apoyó su cabeza en uno de los ángulos del fiacre, cerró los ojos y permaneció sin movimiento, como si se sintiese quebrantado, aniquilado:

Yo examinaba en silencio aquel semblante que espresaba tanto poder, tanta energía; aquella espaciosa frente surcada por tantos años de estudio y de meditaciones, aquella boca de

contornos firmes y severos. Ignoro si lo que acababa de saber de la admirable generosidad de mi señor influyó en mi juicio, pero entonces su fisonomía me pareció austera y serena, como la que se atribuye á los sábios de la antigüedad.

Mi corazón palpitaba violentamente, cuando el carruage en que íbamos se paró delante del palacio Moutbar.

—Os acompaño, señor? pregunté al doctor.

—No, quédate ahí, me respondió. Y la gran puerta del palacio, se cerró detrás de él. Esperando su vuelta, yo bajé del coche, y llevado por una irresistible curiosidad examiné el exterior de la casa Moutbar. Esta era uno de aquellos palacios tan numerosos en este cuartel aristocrático. El patio debía ser inmenso, porque fuera de la fábrica no veía yo

mas que los grandes techos en paredes cortadas y casi rectas, coronadas de toscas chimeneas de piedra labrada que representaban trofeos militares; á la izquierda se extendia la larga pared de un jardin. Esta pared, que formaba el ángulo de una calle inmediata, se prolongaba enrededor; á su estremidad noté una pequeña puerta por donde indudablemente se podia salir con misterio del palacio. Entonces me acordé de los hechos de caprichosa degradacion de que habia sido testigo en mis dos encuentros con el príncipe de Moutbar; el primero en la taberna de los *Tres-Toneles*, y el segundo en la puerta de un bodegon de los boulevarts exteriores. Tal vez por este sitio me decia yo, seria por donde el príncipe disfrazado con miserables vestidos, salia de su rica morada hereditaria para ir á entregarse á los mas tristes

escesos. Despues de haber examinado curiosamente aquella puerta, á fin de averiguar si se habia abierto recientemente, volví al fiacre. Bien pronto vino á reunirse á mí el doctor.

—*A mi casa*, dijo bruscamente al cochero.

Abismado despues en penosas meditaciones, no me dirigió la palabra hasta que llegamos á su casa. Durante este tránsito, le ví por dos ó tres veces elevar los ojos al cielo, encogiéndose convulsivamente de hombros, como si hubiese tomado á Dios por testigo de alguna grande iniquidad.

La dolorosa tristeza, que parecia experimentar mi señor al salir del palacio de Montbar, escitaba mi inquietud y mi curiosidad. Habría hecho el doctor algun terrible descubrimiento? Amenazaria alguna desgracia á

Regina? El fiacre se paró delante de la casa del doctor, situada en el fondo del Marais, en una calle tan desierta que las yerbas crecían entre las piedras. Al reiterado repique de una campanilla, se abrió una puerta por donde entramos mi amo y yo en aquella solitaria morada.

—Suzon, dijo el doctor á la anciana doméstica que nos recibió; este es el excelente muchacho de que te he hablado; pónle al corriente de sus obligaciones y que no entre en mi gabinete hasta que llame yo.

—Y *tu* desayuno, Clemente? dijo Suzon.

—Yo avisaré, respondió el doctor, desapareciendo por un corredor que daba á la especie de antecámara donde estábamos.

La vieja criada que tuteaba á su amo, me dijo por señas que la siguiese. Atravesamos dos piezas, si-

tuadas en el piso bajo, y llegamos á un jardín inculto, plantado de algunos grandes árboles de corteza negruzca, y en el cual se veían el brocal destruido de un pozo sin agua y los restos de una estatua de mármol, carcomida de musgo, medio hundidos entre altas yerbas, que me recordaron la triste verdura de los cementerios.

Siguiendo á mi conductora, entré en una espaciosa habitacion, cuya ventana daba á la calle.

—Esta es vuestra habitacion, me dijo Suzon; esta campanilla que veis aquí es la del amo; estotra es la de Mr. Just, su hijo.

—El señor doctor tiene un hijo que se llama Just? pregunté con emocion.

—Sin duda... y yo soy quien le ha educado, respondió Suzon, no sin cierto orgullo.

Entonces comprendí que, por mo-

destia, el doctor Clemente prodigaba sus numerosos beneficios bajo el nombre de su hijo.

Suzon continuó:

—Cuando Mr. Just está en Paris, vos servis, durante su permanencia aquí, á él y al amo. Ordinariamente me ayudareis á arreglar y asear la casa..... despues ireis al gabinete de consulta del amo, que está aquí al lado, á anunciar las visitas y á llevar la lista de ellas. A las seis, se toma el café, al medio dia se almuerza y á las siete se come con el amo.

—Con el señor doctor? exclamé, en su mesa?

—Seguramente, á menos que el amo no tenga visitas imprevistas. Ahora son las once; al medio dia que es la hora de la comida, yo daré unos golpes en este tabique, porque por lo que hace á la del desayuno, el amo se desayuna solo.

Y sin darme tiempo para responder una palabra, me dejó Suzon.

Muy admirado de esta singular y patriarcal costumbre de mi nuevo amo, que hacia comer á sus criados á su mesa, eché una curiosa ojeada á mi nueva habitacion. Nada mas triste y por decirlo así, mas monástico, que el aspecto de esta silenciosa casa; pero habia yo visto tan de cerca la terrible miseria, me habia hallado en circunstancias tan cruelmente contrarias á mi carácter, que pensando en todo lo que descubria á cada instante de generoso y respetable en el carácter del doctor, tomé posesion de mi habitacion con un sentimiento de felicidad y quietud inesplicables.

Una buena cama, algunas sillas, un grande armario, una cómoda y un bufete, tal era mi menage, muy sencillo, en verdad, pero muy aseado.

Al tirar de uno de los cajones del

bufete, para meter en él mi preciosa cartera, que no habia abandonado nunca, hallé en el fondo del citado cajon algunos papeles arrugados ó medio rotos, que sin duda habia dejado allí mi predecesor. Saqué estos papeles para tirarlos en la chimenea, pero mi vista se paró maquinalmente sobre un pedazo de papel en el que habia trazado un plan. Mi atencion y mi curiosidad se despertaron al punto, leyendo en este plan el nombre de la calle y el número de la casa donde vivia el doctor; y despues de examinarlo un momento, reconocí facilmente, recordando la disposicion de las piezas que acababa de recorrer, que este plan era el de nuestra casa; pero se aumentó mi sorpresa viendo una línea roja que, partiendo de la ventana del aposento que yo ocupaba, atravesaba muchas habitaciones é iba á terminar en una espaciosa sala si-

tuada en el primer piso, y trazada en este plan por medio de una calavera groseramente dibujada. Qué significaba esta especie de indicacion, de camino, de itinerario á través de la casa? no pude saberlo. Sin embargo, escitada mi curiosidad por este descubrimiento, examiné con mas atencion los papeles arrugados y rotos, que al principio habia tirado, no viendo en ellos mas que listas de las visitas hechas por el doctor Clemente, siendo sin duda el borrador del registro que hacia llevar mi amo al criado que me antecedió. Arrojé al fuego estos pedazos insignificantes de papel, reservando no obstante, el plan que contenia el estraño dibujo que escitaba en mí una curiosidad mezclada de inquietudes.

Ocupado estaba en examinarlo aun, cuando entró la anciana doméstica, á quien le enseñé este papel.

Ella lo miró, y aunque no daba, según me dijo, ninguna importancia á semejante descubrimiento, me aseguró que daría parte de ello al doctor, añadiendo despues:

—El amo acaba de llamar para desayunarse. Venid cogereis el desayuno en la cocina y se lo llevareis á su gabinete. Seguidme, yo os conduciré.

El desayuno del doctor, se componia invariablemente de una taza de leche y una rebanada de pan. El doctor no bebia nunca vino; su comida, de una sobriedad extrema, se reducía á una sopa y algunas legumbres cocidas en el caldo; sin que por esto quisiera él someter á los que le rodeaban á este régimen frugal, que seguía hacia mas de veinte años, tanto porque así le agradaba, cuanto por arreglarse á los preceptos higiénicos.

Suzon me entregó un plato que

contenia el frugal desayuno, y marchó delante de mí. Pensando entonces involuntariamente en la especie de itinerario marcado en el plan que hallé en mi bufete, vine en conocimiento de que seguía exactamente aquella indicacion, y que, si era exacta, debía, despues de haber subido la escalera, llegar bien pronto á la pieza señalada en el plan con una calavera toscamente dibujada. No me engañaba; Suzon se detuvo delante de una puerta que me señaló diciendo:

— Ahí es, entrad.

El doctor estaba escribiendo, y me hizo una seña con la mano, para que colocase el plato sobre una mesita inmediata á su bufete; como no me dijo que saliese, creí debía quedarme para servirle. Esperando sus ordenes, examiné curiosamente el sitio en que me hallaba, el cual era una espa-

ciosa habitacion cuadrada, muy alta y sin ventanas , que recibia solo la luz por una bóveda de cristales ; grandes armarios con vidrieras adornaban uno de los lienzos de la sala , los cuales contenian una magnífica coleccion anatómica. En frente habia una biblioteca sencillamente construida de madera de abeto amarilleada por el tiempo, y cuyos estantes encerraban infinidad de libros de todos tamaños. Las innumerables señales de papel blanco que sobresalian del corte de estos libros manchados, rotos y arrugados por su frecuente uso, indicaban bastante los prolongados y continuos estudios del doctor Clemente. Esta biblioteca, insuficiente sin duda, estaba amontonada sin orden, viéndose gruesos *in-folio* esparcidos por el suelo. Otra parte de la sala estaba destinada á colecciones geológicas y mineralógicas y á hervarios,

clasificados con la mayor escrupulosidad. En un rincón, noté también un hornillo de química, con los indispensables accesorios de alambiques, retortas y ampolletas, colocadas en mesitas. En fin, en frente de la inmensa mesa llena de libros, de instrumentos de todas clases, de papeles, cartones, en medio de los cuales el doctor Clemente, siempre ocupado en escribir, estaba sepultado; dos retratos llamaron mi atención. Representaba el primero, el busto de una jóven admirablemente hermosa, cuyo tocado consistía solo en la bella disposición de sus cabellos, y cuyos hombros y pecho, cubría á medias un velo de blanca gasa.

El segundo retrato, era el de un jovencito de rostro varonil y bello, y de mirada dulce y arrogante; llevaba el uniforme de la escuela politécnica, y sus facciones tenían cierta semejan-

za con las de la jóven que primero llamé mi atención.

Sin duda el doctor Clemente me observaba en silencio hacia algunos momentos, porque me dijo con una espresion de orgullosa satisfaccion:

—Es una fisonomía encantadora la de ese jóven, es cierto?

—Ciertamente; le contesté volviéndome hácia él.

—Pues es mi hijo; repuso mi amo, cuyo semblante austero, parecia espresar de repente, todo lo que hay de mas puro y de mas divino en el amor paternal. Es mi idolatrado Just, y aunque ahora tenga algunos años mas que cuando se retrató, aunque el sol de Africa haya quemado su color, y una gloriosa cicatriz haya marcado su frente, le reconocerás al punto en ese aire de dulzura, de franqueza y de energía que siempre ha conservado.

—Es aun militar, señor?

—Capitan de ingenieros para servir, y de los mas distinguidos de su arma. Pero ese es el menor de sus títulos. Por un voto no entró en la Academia de las ciencias; pero es seguro su nombramiento en la próxima eleccion, sin contar con las magníficas proposiciones que se le han hecho para ir á fundar en el extranjero establecimientos metalúrgicos, ofreciéndole sesenta mil francos anuales, y mas tarde una gran parte en las utilidades. Hé ahí lo que vale el saber! Hé ahí la verdadera riqueza! Pero no vayas á creer, Martin, añadió mi amo animándose, que mi hijo es un pedante de esos de A mas B; es amable, vivaracho y alegre como ninguno; canta como un ángel, dibuja perfectamente, y puedo asegurarte que nunca el uniforme se ha ceñido á una cintura mas naturalmente ele-

gaute; además es valiente como un leon, y dulce como un niño... y luego un corazon! dijo el anciano con emocion; Un corazon! y despues de un momento de silencio, continuó: No hay en el mundo mas que uno con quien pudiera compararsele.

—El vuestro, señor?

—No; hay en el suyo fibras delicadas que mi rudeza no tiene; por su delicadeza y sensibilidad, es un corazon de muger el de mi Just; por eso tambien le comparo al de la muger mas noble que conozco.

Involuntariamente pensé en Regina, por quien el doctor Clemente parecia tener la mas tierna solitud.

El anciano continuó:

—En otra parte verás bien pronto á mi hijo y le amarás, puesto que de aquí en adelante formas parte de mi familia. Esto no te estrañe, porque

yo tengo algo de patriarca en mi manera de mirar á los criados; añadió sonriendo dulcemente. Suzon te ha dicho que los dos comeis conmigo: respecto de tus obligaciones domésticas, la diferencia de edad que existe entre tú y yo, te las hará casi naturales, nada hay de humillante en los servicios que un jóven presta á un viejo.

—Seguramente, señor, le contesté, penetrado de tantas bondades. Por otra parte, el que me ha recogido y educado me ha enseñado con su ejemplo que no hay, como me decia, *ninguna posicion en la vida, por ínfima que sea, en la cual no pueda el hombre conservar su dignidad.*

—Ese es un juicio sano y propio de un talento elevado, respondió mi amo, encantado con esas palabras que tantas veces me habia repetido Claudio Gerard. Todo lo que me has re-

ferido de la vida, del carácter y de las costumbres de ese hombre, me dá también, una alta idea de él y.....

Interrumpiéndose luego repentinamente como si se acordase de alguna cosa, el doctor continuó:

—Pero ahora que me acuerdo, no me has dicho que ese hombre de tan gran corazón era maestro de escuela de un pueblo?

—Sí, señor, y se llamaba Claudio Gerard.

—No era maestro en un pueblo cerca de Evreux?

—No señor: el pueblo en que él enseñaba, está en el Mediodía.

—Entonces no es él, me dijo mi amo.

—Cómo es eso, señor?

—En su última carta mi hijo, que está encargado de trabajos geológicos cerca de Evreux, me decía que, habiendo permanecido por espacio de

algunos dias en una aldea del pais, se encontró allí por casualidad con un pobre maestro comunal, cuyo nombre no me indica, pero cuyo carácter y talento le sorprendieron tan vivamente que me ha escrito: padre mio, *este hombre es uno de los nuestros y.....*

—Ese es Claudio Gerard, exclamé: las palabras de vuestro hijo me aseguran de ello. Oh! Dios os bendiga, señor; á vos deberé el hallarle.

—No me has dicho, sin embargo, que la municipalidad á que pertenecía está en el Mediodia?

—Sí, señor; pero cuando yo me separé de su lado debia, muy á pesar suyo, de ser trasladado á otro punto y él ignoraba aun donde le mandarían. Todas cuantas cartas le he escrito se las he dirigido á su antigua residencia. Ignoro si habria partido ya cuando ellas llegaron, si se las

han remitido ó si se habrán estraviado en el camino; pero ciertamente no las ha recibido, porque ya me hubiera contestado. De él es, señor, estoy seguro, de él es de quien os habla vuestro hijo, porque Claudio Gerard es, en efecto, digno de ser *uno de los nuestros*.

—Me parece eso mismo: hoy escribiré á Just, le preguntaré si el maestro de que me ha hablado se llama Claudio Gerard, y de aquí á pocos dias sabremos á qué atenernos. Ahora dáme mi desayuno.

Luego que mi amo se desayunó me entregó una llave, y señalándome un viejo mueble de caoba, compuesto de muchos cajones puestos unos encima de otros, me dijo:

—Abre el primer cajon de ese armario, y sácame un gran registro que hay en él.

Obedecí y entregué á mi amo una especie de in-folio, cuyo lomo era de badana, encuadernado en pergamino verde, in-folio que, por su mal estado y arrugas, parecia tener muchos años.

El doctor abrió este registro, que estaba casi lleno, porque escribió algunas líneas en una de las últimas hojas. Contando entonces las restantes, dijo hablando consigo mismo:

—Oh! quedan bastantes.

Despues de haber mirado durante algunos instantes el libro de asientos, con aire satisfecho y melancólico, me dijo mi amo:

—Toma, coloca ese registro en su puesto, y abre despues el cajon de abajo, donde meterás esos billetes.

Diciendo esto, me entregó los diez billetes de mil francos restantes de los veinte mil recibidos por la mañana del marqués avaro y millonario.

—Egecuté sus órdenes y añadió:

—Cuenta cien luises, y deja cincuenta de ellos, en cada uno de los lados de mi bolsillo, porque, á fé mia, está vacío.... toma, dijo entregándomelos.

Con mucha dificultad habia yo sacado el segundo cajon, que estaba muy lleno; en una caja separada ví un número muy considerable de billetes de banco, con los cuales puse los que mi amo acababa de darme. Otras dos cajas, de diferentes magnitudes, estaban llenas de monedas de oro y plata en tan grande abundancia, que apenas se notó el hueco que dejaron los cien luises que tomé de la caja que contenia el oro.

Cerrado el cajon, entregué la llave de él á mi amo, quien me dijo entonces, llevándome cerca de un bufete colocado en una piececita contigua á mi gabinete, y que no tenia

mas salida que la puerta por donde entramos:

—Mientras vuelvo, te vas á entretener en poner en limpio las primeras hojas de esta memoria, sobre una organizacion del servicio médico, en la cual trabajo hace muchos años. Ojalá pudiera vivir el tiempo suficiente para concluir! porque en este desgraciado pais, todo se abandona, todo se desmoraliza, todo se pierde por falta de organizacion. Una despiadada concurrencia acostumbra á los hombres á ser despiadados; así es que para llegar al fin no se paran en los medios; la dicha es para los fuertes; la desgracia para los débiles, añadió suspirando, y despues continuó: despues de terminar la copia de esos papeles, puedes hacer lo que gustes hasta la hora de comer.

Y el doctor me dejó solo.

La confianza con que me habia honrado, á mí desconocido para él, declarándome, desde el primer dia el sitio donde ocultaba considerables cantidades, me conmovió; seguro de mi probidad, no me admiraba que se me creyese probo; sin embargo, este último rasgo aumentó aun mi gratitud y mi veneracion hácia mi nuevo amo.

Dos dias despues pasó una escena doblemente interesante para mí, y que completaba dignamente la esposicion del carácter del doctor Clemente, de este hombre de tan extraordinaria originalidad.

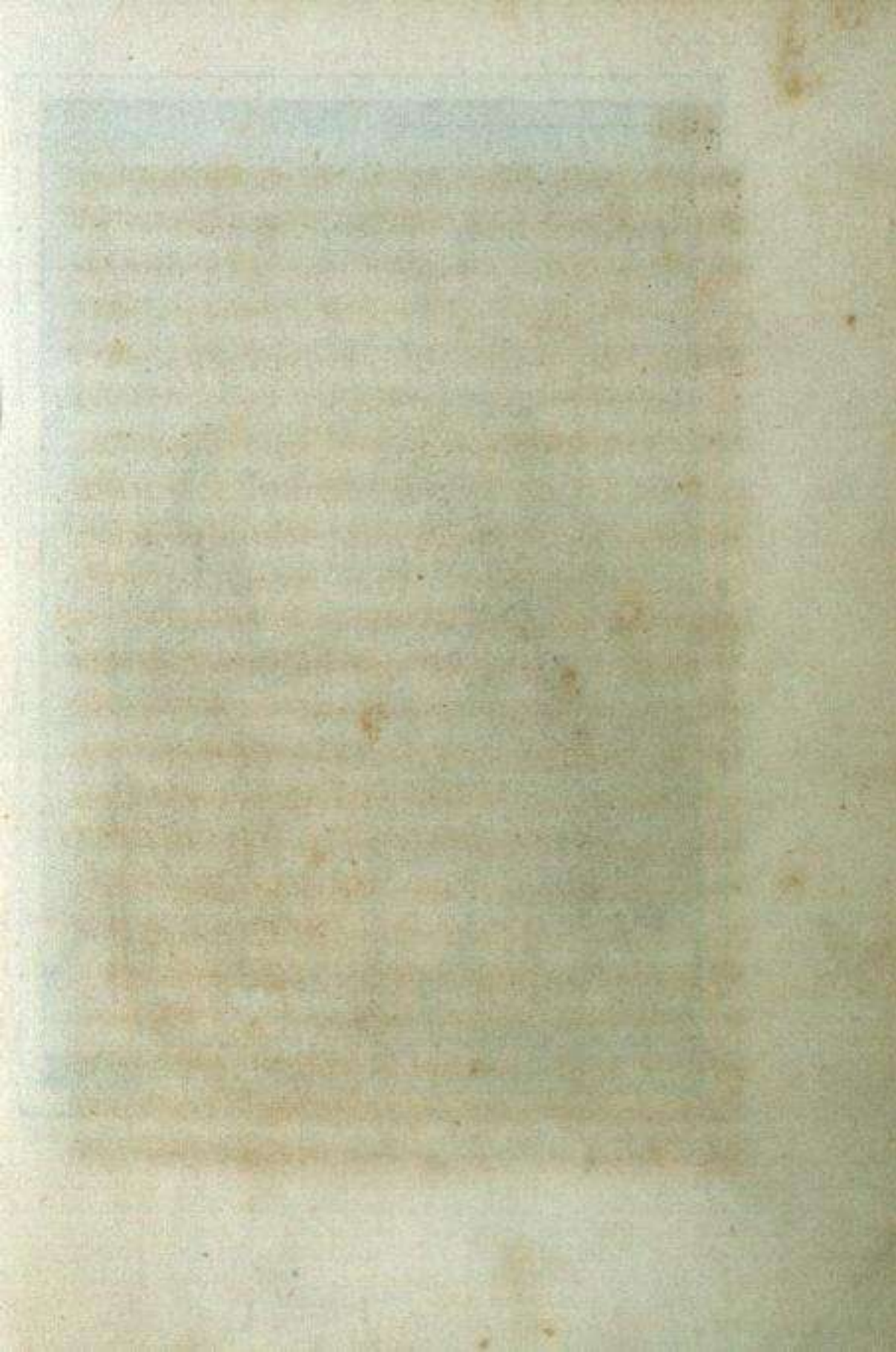
Ocupado estaba en escribir, dictándome mi amo, la continuacion de aquel plan de *organizacion médica*, lleno de consideraciones tan nuevas como prácticas, tan elevadas como generosas, porque él consideraba esta inmensa cuestion bajo el punto de

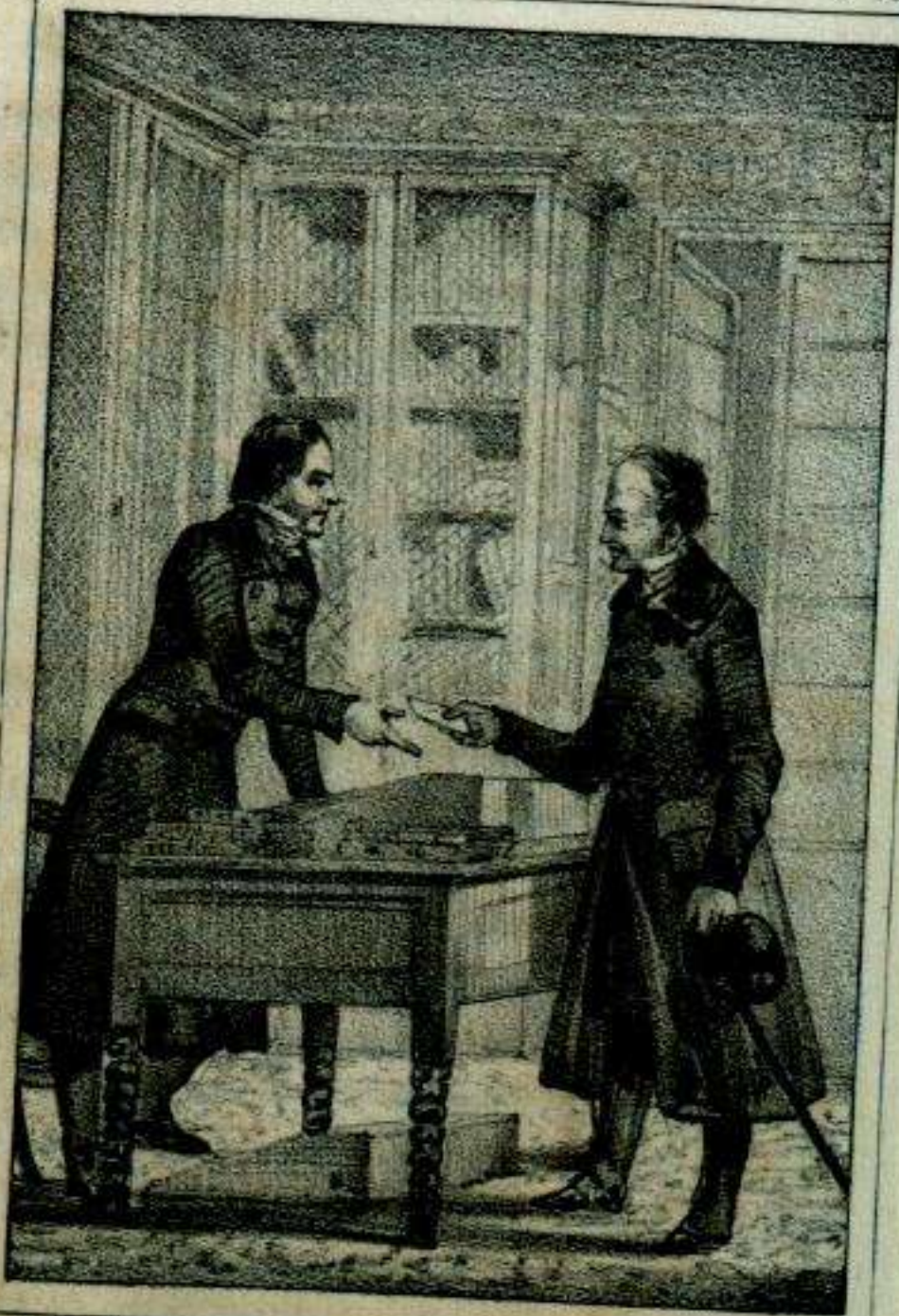
vista de la higiene y de la salud de las poblaciones, de las ciudades y de los campos, cuando Suzon anunció á Mr. Dufour d'Evreux, encargado, decia, de entregar á mi amo una carta de Mr. Just, su hijo.

—Un amigo de mi hijo? dijo vivamente el doctor á Suzon; dile que entre..... al momento; los que traen tales comisiones siempre serán bien recibidos en mi casa.

Bien pronto ví aparecer un pequeño viejo, limpito y puesto como suele decirse de *veinticinco alfileres*. Aunque hacia mucho tiempo que habia pasado la moda del polvo, llevaba *faces* y una coleta listada de negro, que caia sobre la golilla blanquizca de su casaca azul *liebrecilla*; un calzón de raso negro completaba el traje un poco añejo de este personaje.

Así que se presentó Mr. Dufour, me retiré, como de costumbre, á





J. Lazano d' y m.

Lit.^a de Aypuals.

una pieza inmediata, que no tenia mas salida ni entrada que el gabinete del doctor. Habiendo este dejado inadvertidamente sin duda entreabierta la puerta, tuve que oir, sin querer, la conversacion siguiente:

—Con qué traeis una carta de mi hijo, caballero! dijo mi amo á monsieur Dufour.

—Sí, señor doctor. Héla aquí.

Hubo un instante de silencio, durante el cual mi amo se enteró del contenido de la carta; despues dijo:

—Deseais consultarme, caballero?

—No, señor doctor.

—Cómo? replicó mi amo con un acento de sorpresa, oid lo que me escribe mi hijo:

«Mi buen padre: Mr. Dufour, uno de los mas grandes propietarios de Francia, desea consultarte y serte particularmente recomendado..... Yo me apresuro á complacerle y le en-

trego esta carta para tí, rogándote recibas como á mi mismo á Mr. Dufour, en cuya casa fui acogido con la mas cordial hospitalidad, cuando los trabajos geológicos me condujeron á una de sus propiedades. Recibe mi tierno abrazo.»

— Despues de esta lectura, continuó mi señor:

— Eso es lo que me escribe mi hijo, caballero; os agradezco infinito la hospitalidad que le habeis concedido y por ello os quedo obligado; pero si no venis para consultarme, cual es, pues, el motivo por el cual he tenido el honor de recibir vuestra visita?

— Esta carta, señor doctor, no era sino un pretesto para llegar hasta vos.

— Un pretesto?

— Y nada mas... señor doctor; yo poseo ocho millones de capital en fincas.

—Muy bien, caballero, y qué?...

—Soy viudo, señor doctor, y no tengo mas que una hija de diez y ocho años á quien adoro...

—Pero..... caballero, á qué estas confiancias?...

—Señor doctor, mi hija es encantadora, no me ciega el amor paternal, y ademas, ha sido educada como debe serlo una riquísima heredera...

—Mi hijo ama á vuestra hija? Es esto, caballero?

—Así lo espero, señor doctor, porque creo que mi hija ha simpatizado con vuestro hijo durante su permanencia en mi casa. Ella no me ha dicho respecto de esto ni una sola palabra; pero vos lo sabeis; un padre que idolatra á su hija es perspicaz. En fin, señor doctor, hablemos claro. Yo doy á mi hija, en casándose, una finca tasada en cinco millones y que produce ciento veinticuatro mil

libras de renta, en buenos arrendamientos testimoniados. El resto de mi fortuna pertenecería á *nuestros* hijos despues de mi muerte; ya lo veis, me *egecuto* paternalmente..... y me voy derecho al asunto. Espero que me imitareis, señor doctor; porque la voz pública, y si necesario es decíroslo, los informes que he tomado, os atribuyen una fortuna por lo menos igual á la mia.....

Despues de un momento de silencio, replicó mi amo:

—Primeramente, una palabra, caballero; no creo que mi hijo esté instruido de vuestro viage, puesto que me hubiera hablado de él.

—Vuestro hijo, señor doctor, ignora mi viage así como tambien mi hija. Mr. el capitan Just ha sido llamado á veinte leguas de Evreux para otros trabajos; nos hemos despedido cordialmente, pero sin que haya me-

diado entre nosotros una palabra de casamiento. Despues de la partida de vuestro hijo fué euando, viendo á mi hija tan pensativa, tan triste, me acordé de ciertas circunstancias y supuse, ó mas bien, adiviné que allí habia algun amor. Y como este enlace reuniria todas las conveniencias de posicion, edad, carácter y fortuna.... fortuna sobre todo...

—Fortuna, sobre todo?... dijo mi señor interrumpiendo á Mr. Dufour. Y creéis...

—Vaya, vaya, señor doctor! Vos conoceis perfectamente que si vuestro hijo, apesar de todas sus cualidades, sus talentos y su hermosa figura, no tuviese otra cosa que la capa y la espada..... no hubiera venido yo.....

—Caballero, respondió mi amo interrumpiendo aun á Mr. Dufour; antes de proseguir esta conversacion,

debo advertiros que despues de mi muerte dejo á mi hijo, por toda herencia, *mil escudos de renta*.....

—Mil escudos de renta! exclamó Mr. Dufour.

—Pero si se casa, continuó el doctor, le entregaré en dote esos mil escudos de renta; eso es todo lo que podrá esperar de mí, lo mismo en vida que en muerte.

—Os chanceais, señor doctor: vos ganais, como todo el mundo sabe, mas de cien mil francos por año, hace veinte años, y vivis, segun me han informado, con la mas... con la mas... honorable... economia; es, pues, imposible que...

—Gano, en efecto, por lo menos cien mil francos anuales, caballero; el año pasado sin ir mas lejos me ha producido mi profesion ciento veinte mil francos y mas.

—Por eso yo, caballero, tenia ra-

zon en decir que os chanceabais.

—Caballero, repuso mi amo, si antes de venir aquí hubieseis consultado á mi hijo acerca de vuestro viaje, basado especialmente *en conveniencia de fortuna*, no dudo que él os hubiera referido lo que le dije así que entró en la edad de la razon.

—Y qué es lo que le digisteis, señor doctor?

—Oid, caballero. «Mi querido hijo, le dije, yo te doy una excelente educacion práctica que te abrirá muchas carreras honrosas: trabajando, podrás ganar holgadamente tu vida; pero como la sociedad está constituida de tal suerte, que no existen solidaridad, ni fraternidad entre los hombres, y como, por mas laborioso, por mas honrado que sea mi pobre hijo, no puede esperar ningun socorro de esa sociedad madrastra, en el caso en que la enfermedad ó impre-

vistos acontecimientos le impidan su trabajo ó te reduzcan á la miseria, te aseguraré *mil escudos de renta* y quedarás así, suceda lo que quiera, libre de la necesidad. Si este auxilio no te bastase, si quisieras gastar superflua-mente y tener lujo, lo ganarás con tu trabajo, con tu inteligencia... *á cada uno segun sus obras*. En cuanto á mí, mi querido hijo, habré cumplido mi deuda paternal, dándote con la educación que hace al hombre, con la profesion que le hace útil, el dinero que le pone á cubierto de la necesidad y de la dependencia: un padre no debe á su hijo, ni mas ni menos.»

—Bien, señor doctor; exclamó Mr. Dufour, esas son lecciones de moral, escelentes, por otra parte, que todos los padres ricos dan y deben dar á sus hijos para separarlos de la ociosidad; pero en el fondo, los padres tienen un orgullo en dejar á sus hijos una

grande opulencia que les permita vivir sin trabajar, y pasar la vida más feliz del mundo.

—Ciertamente, caballero; dijo el doctor sonriéndose, hay en este becho: *hacer á nuestros hijos dueños de una gran fortuna que no han adquirido por su trabajo*, algo tan escandaloso, que los padres mas infatuados con la opulencia, se ven obligados á decir, al menos por pudor, á sus hijos, lo que yo he dicho al mío por deber y por convicción: *trabajad y no conteis con mi rica herencia*.

—Pero, en fin, exclamó Mr. Dufour; ¿qué es lo que vais á hacer de la inmensa fortuna que poseeis si desheredais de ella á vuestro hijo?

—Escuchadme, caballero; cada uno tiene sus caprichos, dijo mi amo con un acento burlon.

—De modo, caballero, exclamó involuntariamente Mr. Dufour exas-

perado, que por lo visto teneis vicios ocultos.

El doctor Clemente se reia rara vez; pero á esta estraña acusacion lanzó una carcajada tan sonora, que vi á Mr. Dufour saltar en su silla.

—Conozco de que proviene vuestra hilaridad, caballero; continuó Mr. Dufour; la inoportunidad de mis palabras la ha provocado, sin embargo, oidme una palabra aun. Vos amais á vuestro hijo, le amais tiernamente. Ahora bien, si él amase á mi hija, si su union con ella debiera asegurar su dicha, y esta dicha dependiese de algunos de esos millones de que quereis desheredarle...

—Una de dos, caballero; ó mi hijo no es amado, en cuyo caso poco importa que él sea ó no millonario, ó es amado de vuestra hija, con tanta sinceridad como desinterés..... y entonces, qué importan los millones?

—Cómo qué importan? sin estos millones no autorizaria yo el enlace, señor doctor.

—Es que entonces, si vuestra hija ama á mi hijo, ella se casará á pesar vuestro; tengo el honor de asegurároslo así.

—Es que la desheredaré.

—Qué importa? Mi hijo tendrá sus mil escudos de renta y su carrera: él y su muger, vivirán sin necesitar de vos ni de nadie; y si quieren vivir con fausto, mi hijo aceptará las ventajosas proposiciones que se le han hecho en el extranjero.

—Pero eso es muy eventual, caballero; y si tienen familia?

—Mi hijo tendrá con que educarla; despues sus hijos cumplirán la obligacion que Dios ha impuesto á todos, *trabajarán* como ha hecho su padre, como ha hecho su abuelo, hablo de mí, que he venido á Paris

descalzo... Con esto, caballero, añadió mi amo levantándose; permitid que os deje... tengo algunas consultas...

Después de esta conversacion, en que se veian en toda su austera elevacion, la sabiduría de mi amo y su extraordinario amor á su hijo, no pude menos de recordar como punto de comparacion, la deplorable suerte de Roberto de Mareuil, víctima infeliz de la estéril ociosidad, de la herencia, y la educacion no menos descuidada, no menos fatal del vizconde Escipion, educacion que parecia presagiarle tambien un porvenir tan funesto.



LIX.

EL CASTIGO.



ERÁ preciso dar algunos pormenores de localidad, para esplicar un acontecimiento que pasó en casa de mi amo, á los cuatro dias de entrar yo á su servicio. Su dormitorio, situado en el primer piso y encima del mio, estaba separado de su gabinete por un

corredor bastante largo que habia igualmente en el cuarto bajo, y sobre el cual se abria mi puerta; una escalera colocada en medio de este corredor conducia al piso principal, y la meseta estaba en frente de la puerta del gabinete del doctor: la comunicacion entre esta pieza y mi habitacion era tambien fácil y pronta.

Suzon, la anciana criada, dormia al lado de la cocina, al otro extremo del corredor, y las ventanas de su aposento caian al jardin.

Por la noche, despues de haber tomado para el dia siguiente las órdenes de mi amo, me retiré á mi habitacion, resuelto á pasar una parte de la noche estudiando el aleman; el doctor habia acogido con suma benevolencia mi deseo de saber esta lengua, asegurándome que él mismo estaba interesado en que la aprendiese, porque entonces, de-

cia, podria serle de una grande utilidad para su correspondencia con los sábios extranjeros. Un profesor habia ya ido, me habia dado dos lecciones; y gracias á mi ardiente deseo de instruirme podia ya continuar estudiando solo con la ayuda de la gramática.

Me puse á trabajar.

La noche era tempestuosa; el agua azotaba los vidrios de las ventanas; ningun ruido dominaba en aquel viejo y solitario barrio á los mugidos del viento, cuya violencia agitaba á la vez los cuarterones interiores de mi ventana.

Un escelente fuego ardia en mi pequeña chimenea, contemplándome feliz con tener para mucho tiempo una casa hospitalaria y tranquila. El estudio me encantaba, y experimentaba tambien un bienestar tanto mas profundo, quanto que me complacia

con una especie de satisfaccion melancólica, en recordar mis malos tiempos; dias desastrosos, en que habia sufrido tan cruelmente la miseria, el frio, el hambre, y en que desesperado, y cediendo á las persecuciones del Anfibena, habia pisado un abismo de infamia.

Comparando mi suerte actual con aquel siniestro pasado, experimentaba en mi corazon un sentimiento de gratitud y de ternura inefable; sentia una felicidad inesperada, al pensar que, sin las austeras lecciones de Claudio Gerard, y mi culto religioso por Regina, hubiera perecido... como tantos otros infelices abandonados.

Seria la media noche, cuando, vencido por el sueño, me acostaba, despues de haber apagado la luz y corrido las cortinas: me dormí, mecido, digámoslo así, por el ruido de la tormenta que mugia afuera; mi últi-

mo pensamiento fué un pensamiento de conmiseracion profunda hácia aquellos que en esta terrible noche se hallaban sin asilo... como yo mismo me habia hallado.

No sé cuanto tiempo habria que me habia acostado, cuando desperté por una sensacion de frio muy intenso. Me senté en la cama y descorrí las cortinas. El vacilante y pálido reflejo de un reverbero suspendido casi en frente de la casa, derramaba en mi habitacion una débil claridad, porque, con gran sorpresa mia, ví que la ventana estaba abierta: la lluvia seguia cayendo á torrentes, y el viento zumbando furiosamente: creí haber cerrado mal por la noche los cuarterones de la ventana de mi habitacion, y que habian cedido á la violencia del viento, y me iba á la ventana para cerrarlos, cuando, mas y mas admirado, noté que la puerta estaba

igualmente abierta. Sobrecogido por una vaga inquietud, me vestí apresuradamente y, aplicando el oído, me pareció oír que alguno se aproximaba andando con precaucion por el corredor á que daba mi habitacion, y que por la escalera conducia al gabinete de mi amo. De repente un resplandor bastante vivo penetró por el hueco de la puerta... me lancé fuera, pero tropecé con un hombre de blusa, tendido en el umbral; la linterna sorda que llevaba se apagó; una mano vigorosa me asió de la garganta, me empujó violentamente á mi habitacion, y despues sentí la punta de un cuchillo en mi cuello desnudo, y una voz que dijo:

—Si te mueves eres muerto!

—Bamboche! exclamé reconociendo la voz de mi compañero de infancia, y distinguiendo vagamente sus facciones á los pálidos reflejos del re-

verbero, que penetraban por la ventana abierta.

—Martin! exclamó Bamboche retrocediendo un paso; alguno habia en esa cama, eras tú?

—De dónde vienes? qué has hecho? le pregunté en voz baja con espanto.

—Tú aquí? y qué tal estás?... Ah! me alegre, dijo Bamboche, mudando de voz.

—Acabas de robar á mi amo, es cierto?

—Sí. Y qué? replicó él resueltamente.

—Amo mio! exclamé con una inflexion llena de terror, queriendo atravesar la puerta; le habrás matado acaso?

—No, no ha oido nada, me dijo Bamboche oponiéndose á mi salida; no he visto á nadie, te lo juro por nuestra amistad.

— Le creí; su acento era verdadero.

— Robar tú! le dije indignado.

— No es á tí á quien he robado.

— A mi bienhechor...

— Tanto peor..... todavía le queda dinero; no he cogido mas que un puñado de billetes de banco.

— Pero tú robar! eso es infame.

— Y qué quieres?

— Robar..... eso es bajo. Y tienes corazon para eso, tú...

— Ea, basta de moral.

— Bamboche, no saldrás de aquí con ese dinero.

— Bah! bah!

— En nombre de nuestra amistad...

— Tengo hambre, y tengo un hijo que tambien la tiene.

— Tú?

— Sí, una niña. Cuando fuí á buscarte á casa de Claudio Gerard, estuve en una posada de la ciudad in-

mediata. Al lado del jardín había una casa de locos.

—Y allí... exclamé horrorizado acordándome de la semi-confidencia de Claudio Gerard, has visto allí á una hermosa jóven?

—Sí, que me hizo señas de que me acercase á ella; yo ignoraba que fuese loca... estaba medio beodo... pero cómo sabes?...

—Ah! eso es horrible!

—En fin, ya está hecho; repuso Bamboche; hace quince días que he vuelto á ver á la misma muger, siempre demente; he podido arrebatársela mi hijita... no tengo ni siquiera un sueldo, y era preciso robar... robar para ella.

—Y has de dar ese pan á tu hija? Nunca.

—No tenía otro medio.

—Sí...

—Cuál?

—Haciéndote soldado... parte; mi amo cuidará de tu hija, yo te lo juro, y de tí tambien... mas tarde.... él se apiadará, pero nada de robo...

—Tengo el dinero en mis manos y me lo guardo; esto es mas seguro.

—¿A pesar de mis ruegos?

—Sí.

—A pesar de nuestra amistad?

—Sí.

—A pesar de mí, hermano, le dije con una voz sofocada, tomando su mano, y derramando copiosas lágrimas, á pesar mio.

Bamboche se estremeció, vaciló un instante y exclamó:

—Y bien, sí, á pesar tuyo.

—Mátame, pues!

—Y tú, siguió con aire de desconfianza, grita: ¡al ladron!

De repente se oyó, á causa de la ventana abierta, á alguna distancia, en la calle, el ruido pesado y regular de

la marcha de una ronda de noche que se aproximaba.

—Qué viene una patrulla! exclamé.

—Ya estás reforzado; me dijo Bamboche con una espantosa sonrisa, viéndome correr á la ventana, que cerré precipitadamente.

Algunos segundos despues, vimos brillar, en la oscuridad de la calle, los fusiles de los soldados, que pasaron lentamente. Bien pronto el ruido de sus pasos se perdió á lo lejos en medio de los silbidos de la tormenta.

—Martin, exclamó Bamboche cuando volví á su lado, he dudado de tí... perdon, perdon por mi hijita.

—Espera, le dije con amargura; espera á que pase la patrulla para salvarte... todo duerme aun en la casa, podrás huir con lo que has robado, y no quedará ningun indicio contra tí.... no tengas miedo.

—Y tú me dices eso, Martín!

—En cuanto á mí, continuó, es diferente. Mi amo sabe que conozco el sitio donde guarda su dinero. Yo soy aquí recién llegado..... no se acusará á nadie mas que á mí; no te denunciaré, esto bien lo sabes, porque yo respeto los juramentos hechos á la amistad.

—Martín!

—Yo pasaré por el ladron... tenia contigo una deuda de reconocimiento, te pago.... y en paz.

—Oh! Martín! tú me desprecias.

—Mi amo puede despertar... véte.

—Escúchame.

—Quieres que nos perdamos los dos?

—Tú me crees capaz de una baja-za! exclamó Bamboche tirando á mis piés el paquete de billetes de banco que habia robado.

Iba yo á arrojarme en los brazos

de mi amigo de infancia, cuando de repente se oyó un ruido de pasos, sordo, rápido, encima de nosotros, en la estancia de mi amo, como si este se hubiera lanzado en persecucion de alguno, y le oimos gritar con fuerza:

—Al ladron! al ladron!

—No estabas tú solo, Bamboche? exclamé.

—No, el Anfisbena se quedó arriba... llenando sus bolsillos.

—El Anfisbena?

—Le habian hablado del robo.

—Quién?

—El criado á quien tú reemplazas.

Entonces comprendí la significacion del plan indicador que hallé en el bufete de mi habitacion.

Los gritos se redoblaron acercándose mas.

—Esa es la voz de mi amo.... talvez se encuentre en peligro. Pón-

te en salvo, Bamboche, exclamé.

Y me precipité hácia la puerta, mientras que de un salto corrió Bamboche á la ventana que abrió.

Apenas habia dado yo dos pasos por el corredor, cuando el Anfisbena, que huia, me dió un violento empellon. Yo le cogí por el cuerpo, pero con el miedo de que le detuvieran dobló sus fuerzas, se desprendió de mis brazos y me arrojó fuertemente á mi habitacion, en la que tropecé con un mueble y caí pidiendo auxilio.

—Hola! hola! parece que gritas, dijo el Anfisbena, y se precipitó sobre mí. Entonces ví brillar la hoja de su cuchillo, y casi al mismo tiempo sentí un rudo golpe en la espalda, seguido de una frescura aguda. Con todo llegué á luchar aun con mi adversario, cuando Bamboche se arrojó sobre él gritando:

—Detente, pícaro viejo.

El bandido me estrechó tan fuertemente, que caímos los dos rodando al suelo, y oí la voz de Bamboche.

—Di que eres tú quien le ha dado muerte, no olvides á mi hijita; yo te mandaré las señas; recoge los billetes de banco... adios, hermano.

Y de un salto desapareció Bamboche por la ventana abierta.

Acababa de escapar, y yo me iba desembarazando penosamente del Anfisbena, cuando entró en mi habitación el doctor Clemente con una bugía en una mano y en la otra un cuchillo de caza; algunos segundos despues, Suzon, medio vestida, entró tambien con una luz.

—Mi querido Martin! estás herido! gritó mi amo viéndome levantar todo ensangrentado.

—Se ha batido con el ladron y le ha matado, gritó Suzon con pavor á la vista del cadáver.

Antes de que yo hubiera podido responder, el doctor se precipitó hacia mí; desgarró mi camisa por el sitio en que estaba ensangrentado, miró la herida y exclamó:

—Gracias á Dios, la hoja ha resbalado sobre el hueso... tu herida no es peligrosa, mi valiente Martin.

Y el anciano me estrechó contra su corazón.

—Qué felicidad que no haya sucedido una desgracia! dijo Suzon juntando las manos; despues, espantada de una convulsion súbita del Anfisbena, retrocedió gritando:

—Señor... mirad. ... el ladron se mueve aun...

—El? dijo el doctor examinando el semblante moribundo del Anfisbena tendido de espaldas, quien, por dos veces, entreabrió la boca por un último movimiento convulsivo. No le restan dos minutos de vida.

En efecto, una especie de estertor cavernoso se exhaló del pecho del bandido con su postrer suspiro; una espuma sangrienta enrojeció sus labios, y cayó en la inmovilidad de la muerte.

Aturdido, sofocado por un vértigo, despues de esta escena terrible, me ví precisado á sentarme en el borde de mi cama.

—Perdon, señor, dije al doctor, pero la emocion... el arrebató...

—Señor, mirad ese paquete de billetes de banco, dijo Suzon recogiendo la suma abandonada por Bamboche, y todo este oro que ha caido del bolsillo de ese traidor..... no seria malo registrarle, pero no me atrevo.....

—Suzon, dijo vivamente el doctor, corre á tocar la campanilla que corresponde á la habitacion del portero de la casa inmediata; yo habia

:

olvidado esa señal de alarma en el primer momento de despertar.

—Es cierto, no habíamos pensado en eso.

Y Suzon desapareció al momento.

—Toma, mi buen muchacho, dijo mi amo sosteniéndome y acercando un vaso de agua á mis labios; bebe un poco, vuelve en tí... vamos.... yo curaré tu herida, tranquilízate que no será nada. Mientras viene Suzon voy á restañar tu herida.

—Oh, cuán bueno sois, señor!

—Te espones á que te asesinen para impedir que me roben y me hablas de bondad! dijo el doctor continuando en limpiar mi herida, pero cómo ha sucedido todo esto?

—Señor, dije vacilando un poco, porque iba á mentir y no quería comprometer á Bamboche. Me habia acostado, y despues de correr mis cortinas me dormí profundamente,

pero un frío agudo me despertó y solo entonces ví mi ventana abierta.

—Y no habías oído nada? dijo el doctor mirando los postigos que estaban cerca de mi cama. Ya se vé! esto es muy sencillo. Ese miserable rompió el cristal exteriormente, y con el auxilio de instrumentos de su oficio, practicó una abertura en el postigo, por la cual pasó el brazo para abrir la ventana. En tu primer sueño no has debido oír nada, en efecto.

—Nada, señor, y en el momento en que me levantaba muy inquieto escuché vuestras voces.

—Saliendo de mi gabinete, el ladrón desapareció en el corredor y echó al suelo un mueble... Despertado por el ruido, cogí una luz, abrí mi puerta y viendo á un hombre huir por el corredor, me apoderé de un arma y me lancé tras él gritando *al ladrón!*

—Entonces fué, y oyéndoos, señor, cuando me precipité en el corredor; armado de una daga quise detener á ese bandido; en nuestra lucha me hirió y le contesté matándole.

—Ese miserable debia conocer las entradas y salidas de la casa; sabia que yo habia despedido á mi criado y creeria que nadie estaba aquí.

—Dios mio! señor! grité, oyendo hablar á mi amo con una voz entrecortada, y viendo sus facciones cubiertas de una palidez mas lívida cada vez, en la que se pintaba un gran padecimiento. Señor, qué teneis?

—Nada, no es nada, me contestó el doctor, apoyando, sin embargo, una mano en la cabecera de mi cama, mientras que llevaba la otra á su corazón, como si en él experimentase algun dolor agudo.

No es nada, continuó con una voz mas sofocada; las emociones violen-

tas me hacen daño.... y este robo, el asesinato... tú concibes que... pero, añadió pareciendo hacer un violento esfuerzo sobre sí mismo:

—Siempre tendré tiempo de curarte felizmente, aquí viene Suzon.

En efecto, Suzon entraba acompañada de dos hombres, el portero de la casa inmediata y su hijo.

—Suzon, pronto, mi caja de instrumentos, exclamó mi amo; no me siento bien, pero tendré tiempo de poner el primer aparato sobre la herida de ese buen muchacho.

Y sobreponiéndose á sus dolores atroces con un valor heróico, mi señor, aunque tuvo que tomar aliento por tres veces, curó mi herida con mano firme; pero apenas concluyó la operacion, se vió atacado de una crisis tan violenta que hubo que trasportarle á su habitacion.

Luego que se metió en cama, me

dijo con una voz apagada, porque yo habia querido acompañarle:

—Escribe á mi hijo que venga así que reciba tu carta. Suzon te dirá como has de poner el sobre. Quiero ver aun á mi idolatrado Just.

—Cómo, señor? exclamé asustado del acento con que mi amo habia pronunciado estas últimas palabras, temeis acaso.....

El me interrumpió, sonriéndose tristemente.

—Contaba con vivir algunos meses; pero.... las emociones vivas.... y despues, hace algun tiempo que he sufrido muchas.... y creo que han apresurado el término. Escribe, pues, al instante á mi hijo.





LX.

UNA BUENA COLOCACION.



BIEN pronto conocí con una dolorosa sorpresa, que el estado del doctor Clemente empeoraba; sus facciones se alteraron mas y mas; pero en medio de sus grandes padecimientos, no le abandonó la serenidad. Lo único que le inquietaba era el saber si su

hijo llegaría á tiempo de poder recibir su postrer abrazo.

Yo juzgaba á mi amo incapaz de hablar de su próximo fin, á no estar convencido de ello; sin embargo, no podia resignarme á creer la realidad de sus siniestros pronósticos. La vieja doméstica, menos incrédula que yo, no ocultaba su sombría tristeza. A la entrada de la noche, tuvo el doctor una crisis dolorosa, durante la cual pareció haberse privado de sentimiento. A esta crisis sucedió una calma pasagera; tomó el doctor una pocion, cuya preparacion indicó á su criada, y se adormeció.

Solo, y á la cabecera de su lecho, contemplaba yo aquella venerable fisonomía, siempre dulce y apacible, aunque desfallecida. A la vista de aquel hombre tan poderoso por el saber y por la inteligencia, tan grande por el corazon, cuyos latidos se es-

tinguian tambien, estaba yo traspasado de sentimiento. La habitacion en que el doctor se hallaba, mucho mas pobremente adornada que la mia, parecia atestiguar el desinterés de aquel hombre que, despues de haber ganado millones, debia morir en una pobreza sublime.

A las diez de la noche, salió el doctor de su sopor, y volviendo la cabeza á mi lado, me dijo:

—Qué hora es?

—Las diez van á dar, señor.

—Te he preguntado muchas veces qué hora es?

—Sí, señor.

—Mal síntoma! Cuanto menos es el tiempo que nos resta, tanto mas nos inquietamos por su duracion. Siempre he notado lo mismo en todos los moribundos. Ya no volveré á ver á mi querido Just; á penas podrá estar aquí pasado mañana, y yo

no duraré tanto..... Hemos hablado tanto él y yo de mi hora postrera, para habituarnos á la idea de esta *ausencia*, que nuestra despedida no tendria nada de penosa. En fin! añadió con un suspiro de resignacion.

—Señor, le dije. Todavía podreis ver á vuestro hijo; abusais de....

No participando de mi esperanza, el doctor me contestó:

—Hablemos de otra cosa. Bien conocerás mi querido Martin, que no te habré sacado de una posicion casi desesperada, para dejarte en la misma á mi lado. Tú eres inteligente, honrado, generoso, tienes la experiencia de la desgracia..... que es la mejor escuela..... yo aseguraré tu suerte.

—Señor...

—No para que permanezcas ocioso; la ociosidad deprava; pero de este modo tendrás un medio de conse-

guir algun puesto honroso. A tu edad y con tu amor al trabajo llegarás... ¿Sientes acaso alguna determinada vocacion?

— Señor, le contesté vacilando.

— La servidumbre no te conviene, al menos tal como por desgracia se comprende y se practica; porque á mi modo de entender, el criado deberia formar parte de la familia... y en esta condicion, tambien hay grandes reformas que hacer. ¡Oh! el tiempo! el tiempo!... exclamó con una dolorosa espresion, añadiendo en seguida: Volvamos á tí.

— Yo sé señor, que nunca volveré á encontrar un amo como vos... sin embargo...

— ¿Quieres servir aun? me preguntó el doctor mirándome con sorpresa.

— Sí, señor, pero...

— Qué?

—No hay mas que una persona en el mundo, á quien yo serviria de buena gana.

—¿Quién es? ¿Acaso mi hijo?

—No, señor, á pesar de que conozco la nobleza de su corazon.

—Quién es, pues?

—Señor.... concededme una gracia.

—Habla.

—Disimuladme si os pido que me prometais no interrogarme acerca de los motivos de la demanda que voy á haceros. Estos motivos son honrosos, puros, yo os lo juro...

—Te creo y los respetaré.

—Bien, señor. Si un dia, por cualquier acontecimiento, tuviese que separarme de vos, os suplicaria que por medio de vuestra proteccion, me hicieseis entrar al servicio de...

—Acaba.

—De Mma. la princesa de Moutbar.

A estas palabras, mi amo, al principio casi petrificado, pareció después experimentar una satisfacción tan inesperada, que á mi vez le miré con sorpresa.

—Hay pensamientos simultáneos bien estraños; dijo con un aire pensativo.

—Qué decis, señor?

—Si yo hubiera sospechado que en vez de aceptar la independendencia que te ofrecia, podias pensar en servir á alguna persona, te hubiera pedido como un favor..... como un sacrificio, que entrases en casa de Mad. de Moutbar.

—Es posible?

—La conoces tú?

—Señor...

—Esta pregunta se me ha escapado.... será la última. Ahora bien; ya la conozcas ó no personalmente, Madama de Moutbar es la mejor, la mas

noble criatura que existe; y como un dia ú otro puede amenazarle un gran peligro, juzga cual será mi dicha al saber que está á su lado un servidor como tú.

—La princesa está amenazada de algun peligro?

—Pero tú velarás por ella, porque afortunadamente tu servicio exigirá que estes allí..... siempre allí.

—Oh! sí, siempre allí; exclamé. Pero quién puede atentar á la vida de la princesa?

Despues de un momento de silencio, mi amo dijo:

—Las desgracias que amenazan á Mma. de Moutbar son de muchas clases. Hija admirable ha perdido el cariño de su padre; esposa amante temo que esté indignamente engañada por su marido. La tristeza la conducia al sepulcro, pero hace dos meses que se ha revelado contra el do-

lor; su grandeza de ánimo se ha sublevado contra la injusticia de su suerte. Desde entonces afecta tranquilidad, alegría, amor á los placeres, pero yo la conozco muy bien, todo eso es aparente. Ella trata de engañarse á sí propia, para librarse de crueles padecimientos; su belleza parece mas resplandeciente que nunca; pero la belleza de Regina me ha parecido la belleza suprema de aquellos á quienes la fatalidad debe herir muy pronto.

—Cielos! qué decis?

—Contra esos males tú no puedes nada; pero hay un peligro material, inminente, del cual, por tu misma condicion de servidumbre, podrás talvez preservar á la princesa.

—Ob! decid, decid, señor.

—Hay un hombre de un carácter implacable, indómito, de una voluntad de hierro, de una rara energía,

de una riqueza inmensa. Este hombre es capaz de todo, es capaz de sacrificar su propia existencia por satisfacer sus pasiones ó su ódio, su ódio sobre todo.

—Y ese hombre?...

—Ese hombre ha sido herido en lo que hay de mas doloroso en un hombre de su temple... en su orgullo. El habia pedido la mano de mademoiselle de Norlieu.....

Me estremecí; el nombre del conde Duriveau me vino á los labios. El anciano siguió sin notar mi emocion:

—Dos veces ha sido desdeñado este hombre por Mlle. de Norlieu, desprecio tanto mas sensible para él, cuanto que era duramente motivado por esta altiva y valerosa jóven. De ahí nació el ódio implacable de ese miserable. Hace muy pocos dias supe de una manera positiva, demasiado

positiva, que, cuando el casamiento de Mlle. de Norlieu con el príncipe, el hombre de que te hablo, dijo, *mademoiselle de Norlieu me ha despreciado insolentemente... Yo me vengaré de ella á cualquier precio, y es desgraciadamente muy probable que se acerque la hora de su venganza, porque ha dicho recientemente: Mi venganza marcha!* este hombre se llama el conde de Dariveau.

—No olvidaré ese nombre, señor.

—No lo olvides. Para conseguir sus fines es capaz de todo. Los medios mas bajos, mas tenebrosos y mas diabólicos serán los que ponga en práctica; sobornar á los criados, introducir quizás en la casa de la princesa uno que le sea afecto, tender á esta desgraciada jóven algun lazo horrible para que caiga en él.... qué sé yo! figúrate todo lo que el alma mas negra, mas despiadada, y mas

intrepidamente perversa, puede tram-
mar de mas abominable, y aun esta-
rás muy lejos de la realidad.

—Pero ese es un mónstruo! es-
clamé.

—Es un mónstruo; y por lo mis-
mo que ese hombre puede ser horri-
blemente peligroso para la princesa,
al saber que estarás al lado de esta en
su casa, muero feliz y contento. Te
encargo mucho que observes todo en
torno tuyo: espia, escucha, vigila,
pregunta; desconfia de todo lo que te
parezca sospechoso; desconfia tan
bien de todo lo que creas inocente y
sencillo, porque el ódio de ese hom-
bre sabrá revestirse de todas las apa-
riencias, tomar todos los rodeos para
llegar á su fin. Que tu vigilancia no
descanse ni un instante, porque ten-
go un presentimiento de que salvarás
acaso de un gran peligro á esa muger
angelical.

—Pero habeis al menos avisado á la princesa del peligro que corre?

—Sí, pero con su valor se ha reido de mis temores, teniendo, decia, una especie de atrevido placer en desafiar el ódio de aquel hombre. Asustado de esta desdeñosa indiferencia, he querido prevenir al príncipe... pero entonces me ha suplicado Mad. de Moutbar que oculte todo á su marido.

—Eso es muy estraño, señor!

—Ciertamente; es estraño que queriendo yo dar ese paso por interés mismo de la princesa, me haya rogado de un modo tan tenaz, invocando intereses tan sagrados...

Miré al doctor con sorpresa, pero no se esplicó mas y continuó:

—En fin, sus instancias fueron tales, que le juré por mi honor no decir nada al príncipe.

—Señor, yo puedo hacer por ella

bien poco en mi posición, pero Madama de Moutbar no tendrá un criado mas fiel ni mas vigilante que yo; no poseo mas que mi vida, pero mi vida la pertenece.

—Pero dime, repuso mi amo. Te conoce ya la princesa? Preciso es que yo sepa esto, para ver el medio de poner mi recomendacion.

—Soy completamente extraño y desconocido á la princesa, señor.

—Y te ofreces á su servicio con tanto valor?... Vaya, nada temas, no intentaré penetrar tu secreto.

Y el doctor continuó, despues de un momento de reflexion:

—Eso es... escribiré á la princesa, por conducto de mi hijo que cuidará de mandarla mi carta. Estoy seguro de que Regina cumplirá esta última voluntad de un anciano amigo, y te admitirá á su servicio.

—Vuestro hijo, señor!

—Sí, de esta manera dejaré á Madama de Norlieu dos protectores fieles, que velarán por ella en dos esferas diferentes...

—Vuestro hijo conoce ya á la princesa, señor?

—Muchas veces le he hablado de ella, y le he enseñado á amarla y á respetarla. Ella, por su parte, me ha oído tambien hablar con frecuencia de mi hijo, con todo el cariño que él merece, y por último me ha suplicado en varias ocasiones, despues de su casamiento, que presente á Just ante ella. No, padre mio, me ha contestado él alegremente, cuando le he hablado del deseo de Regina. Me volveria loco de amor por la princesa; esperad á que entregue mi corazon á otra muger, y entonces podré verla impunemente. He contado esta locura á Mma. de Moutbar que se ha reido mucho de ella; en-

tonces se reía, pero ahora que se trata de graves asuntos, conocerá mi hijo cuán sagrada es la misión que le confío, cuyos pormenores pondré por escrito si tengo fuerzas para ello.

Y el anciano cuya voz se iba extinguendo por instantes, fatigado al parecer por esta plática, cayó en una especie de postración. Mi corazón se condolía sin poderlo remediar.

Tan orgulloso, tan feliz cuanto me consideraba, desafiando todas las humillaciones, para cumplir secretamente mi noble misión... pero con la condición de cumplirla solo; otro tanto sufría al pensar que me debía auxiliar en mi tarea el hijo de mi amo, quien, con el brillo de todas las ventajas exteriores, y dotado de raras cualidades de espíritu y de corazón, sería admitido en la amistosa intimidad de Regina, mientras yo

proseguiría trabajando desconocido de todos...

Lo confieso para vergüenza mia: dominado un momento por estos viles y celosos pensamientos, tuve la cobardía de retroceder ante mi primera resolución, cobardía doblemente indigna, porque los peligros de Regina parecían aumentarse.... Pero esta odiosa debilidad iba á sofocar en mí todo sentimiento generoso; estuve á punto de confesar á mi amo, que renunciaba á mi proyecto, no teniendo ni bastante valor, ni bastante virtud para realizarle.

Afortunadamente, despues de dolorosos esfuerzos, salí vencedor de esta lucha, dirigiéndome al doctor:

—Señor, una gracia tengo que pedir os aun.

—Habla, pues.

—Quereis..... yo os lo ruego, no decir á vuestro hijo las circunstan-

cias particulares en que entro al servicio de Mma. de Moutbar.

—Cómo?

—Por dos razones, cuya importancia yo solo puedo apreciar, y que nada tienen de deshonrosas... ¿Hareis el favor de ocultar á vuestro hijo que me hallo, quizás, al menos por mi cariño bien desinteresado, y esto lo juro, en otra posicion que la que acepto con gusto?...

—Lo deseas así?

—Qué vuestro hijo no vea en mí, sino un honrado servidor, por quien os interesais, y á quien solo deseais asegurar *una buena colocacion* en casa de la princesa?

—Tu secreto te pertenece, será sagrado para mí. De todos modos yo no hubiera, sin tu consentimiento, hablado una palabra á mi hijo de lo que me has confiado..... Le rogaré, pues, ó mas bien, dijo el anciano

con un acento melancólico, le escribiré inmediatamente en los términos que desees, respecto de lo que te concierne y...

El doctor Clemente no pudo concluir; la puerta de su habitación se abrió bruscamente y se presentó el capitán Just.

A la inesperada vista del capitán, se enderezó en la cama exclamando: Hijo mio! mientras que su rostro pálido tenia una indecible espresion de sufrimiento agudo y de gozo inefable... porque si bien esta emocion repentina y profunda le daba un terrible y postrer golpe, la inesperada felicidad de volver á ver á su hijo, triunfaba del dolor material.

Al entrar en la habitación de su padre, la fisonomía del capitán Just estaba alegre; todo lo ignoraba. Aprovechándose de una suspension de algunos dias en sus trabajos, se apre-

suró á ir á ver á su padre, ignorando la alarmante situacion de este.

Por una deplorable fatalidad, Suzon, ocupada en su aposento, habia ignorado la llegada del capitan, el cual habia sido recibido por el hijo del portero de la casa inmediata. Este jóven, despues de los acontecimientos de la víspera, se habia quedado en nuestra casa, para mas seguridad. Atolondrado con la repentina llegada del capitan Just, y no atreviéndose á prevenirle del triste espectáculo que le esperaba, se habia limitado á decirle que el doctor estaba en cama; como era bastante tarde: el capitan Just no habia concebido la menor inquietud.

Pero así que entró y que oyó al anciano gritar arrebatado de alegría,

—Hijo mio! Suzon instruida entonces de la vuelta del capitan, y temiendo que su presencia causase una

violenta emoción al anciano, corrió pálida, sin aliento y asustada, con el fin de prepararle al menos para esta entrevista.

Era ya demasiado tarde.

La aparición de la vieja doméstica, su aire alarmado, la dolorosa alteración de las facciones del doctor, esplicaron todo al capitán, quien se arrojó en los brazos de su padre con una profunda angustia.

Después de algunos instantes de silencio, durante el cual padre é hijo habían permanecido abrazados, mientras que Suzon y yo conteníamos á duras penas nuestras lágrimas, el doctor dijo con voz débil, pero tranquila :

—Vamos, sosiégate, querido Just..... no se acibare esta hora con un llanto inútil. A qué viene entristecerse al despedirse dos amigos como nosotros? Si se separan un mo-

*

mento; no es para volverse á reunir mas tarde?

Pronunciando estas sencillas palabras, la augusta serenidad del semblante del anciano revelaba su fé profunda en la union é inmortalidad de las almas.

Just, aunque participase de la fé de su padre, no podia imitar su estoicismo; en pié, á la cabecera de su cama, cubriéndose el rostro con las dos manos, trataba de ocultar sus lágrimas.

—Hijo mio, dijo el anciano con un tono de dulce reconvencion, dando media vuelta y buscando con su mano trémula la mano de su hijo, á qué esas lágrimas? no sabes ya que se trata, no de una separacion eterna, sino de una *ausencia*?

—Oh padre mio! padre mio! exclamó Just con una voz llena de sollozos.

Y cayó de rodillas al pié del lecho del anciano.

—Mi querido hijo... una vez aun; por qué te afliges? Qué hay, pues, de triste en estas palabras: *hasta nuestra vista?* no están nuestras almas puras, tranquilas y confiadas en la justicia del Dios de los buenos?

Despues de la primera expansion de su dolor, el capitan Just recobró la calma estóica á que su padre le habia acostumbrado. Enjugó sus lágrimas, y dijo con una voz firme:

—Te aseguro, padre mio, que el recuerdo de nuestro último adios no será jamás cruel para mí: todos los dias, por el contrario, pensaré en él con alegría, porque cada dia abreviará para mí la duracion de nuestra separacion.

—Pasa el tiempo con tanta rapidez para los buenos como nosotros! dijo el doctor sonriéndose dulcemente;

me parece que he nacido ayer; pero tengo los instantes contados..... y tengo que hablarte de cosas graves y encargarte algunas comisiones antes de mi partida.

— En seguida haciéndome una seña:

— Martin, me dijo mi amo, toma la llave que está en mi cómoda y véte á buscar en el armario de mi gabinete el registro que conoces.

Obedecí dirigiéndome al gabinete del doctor.

FIN DEL TOMO UNDÉCIMO.

MARTIN

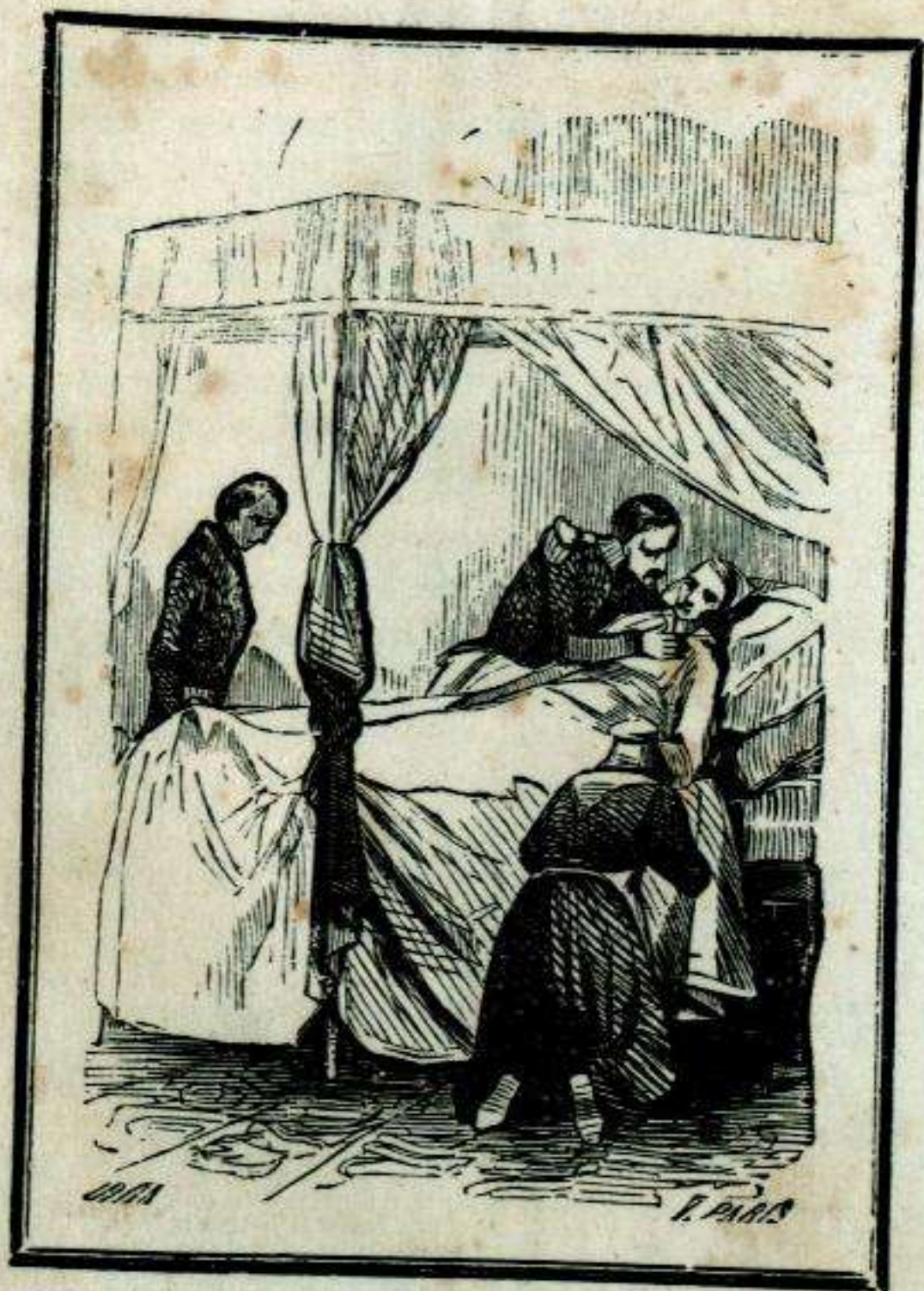
EL ESPOSITO.

MARTIN

ST. BOSTON



... and the ... of the ...



...mi tierno hijo, gracias á tí, nuevo dichoso...

MARTIN EL ESPOSITO

6

MEMORIAS DE UN AYUDA DE CAMARA.

ORIGINAL DE EUG. SUE,

traducida por EL DONCEL.

TOMO XII.

MADRID—SOCIEDAD LITERARIA—1847.

Imprenta de D. Wenceslao Ayguals de Izco.

MAINTEN EN DEPOSITO

MEMORIAS DE LA AYUDA DE CAMARA

ORIGINAL DE N.º 201

Impreso por el Autor

TOMO VII

MADRID—SOCIEDAD EDITORIAL—1887.

Imprenta de D. H. Encinas Aguado de 1887.

LXI.

EL PADRE Y EL HIJO.



STUVE algunos momentos ausente.

El doctor Clemente se habia sin duda aprovechado de mi ausencia para hablar á su hijo de la visita matrimonial que le habia hecho Mr. Dufour, el millonario de Evreux; porque al tiempo de entrar yo decia el capitán Just:

—Jamás, padre mio. Mlle. Dufour es encantadora, pero nunca he pen-

sado en ella. Por otra parte, siempre he creído como tú que el matrimonio, sin la posibilidad de un divorcio libertador ó vengador, no es un lazo equitativo, sino una pesada cadena, cuyo peso soporta casi sola la muger.

—Hijo mio, dijo el anciano al capitán, despues de haber aprobado con la cabeza sus palabras y tomado el registro de mis manos: En este libro encontrarás, y se lo dió al capitán, el total exacto del dinero que he ganado en cuarenta y tantos años. Todo ello asciende á dos millones, setecientos y pico de francos, cuyo capital depositado me hubiera producido á estas horas una fortuna de cinco á seis millones.

—Todo eso has ganado? exclamó el capitán Just en su orgullo filial. Y solo con tu trabajo?

—Sí, con mi solo trabajo, querido Just; en ese registro verás el em-

pleo que he dado á esas considerables sumas.

Tú me das cuenta de tu honradez? á mí? á tu hijo? en esta hora? respondió el capitán con un acento de penosa sorpresa y de sublime desinterés. Para qué? No me has dado una carrera, y asegurado mas de lo que necesito para vivir?

—No es de mi honradez de lo que debo darte cuenta, hijo mio, sino de mis actos.

—De tus actos?

—Escúchame. Siempre te he amado con la mayor ternura y te he dado pruebas de ello; pero tenias millares de *hermanos de humanidad*, pobres hijos abandonados de una sociedad madrastra, y no obstante, llenos de inteligencia, de corazón, de valor y de buenos sentimientos. No les faltaba mas que los medios, los instrumentos de trabajo; ocasion y

dinero para conquistarse un nombre en las artes, en las letras, en las ciencias...

Just miró á su padre con una sorpresa mezclada de admiracion; principiaba á comprenderlo todo.

—Cuando se me daba á conocer alguno de esos pobres desheredados, prosiguió el anciano, me aseguraba severamente de si merecia ó no asistencia; si lo primero se le socorria... no en mi nombre, hijo mio, sino en el tuyo, en nombre de *Mr. Just*, á fin de que tu nombre fuese bendecido!

Just no encontró una palabra que responder; generosas lágrimas se desprendieron de sus ojos.

El doctor continuó:

—Si en vez de dejarte, despues que muera, ocioso y millonario, te dejo una modesta subsistencia, un porvenir asegurado y una noble car-

rera que honras, mi querido hijo, es por obedecer á un pensamiento que debería inscribirse al frente del edificio social. Hé aquí mi pensamiento: NADIE TIENE DERECHO Á LO SUPÉRFLUO, MIENTRAS HAY QUIEN CARECE DE LO NECESARIO. Por dar lo *necesario* á millares de hermanos tuyos, hijo mio, no te he dejado lo *supérfluo*. Ya sabes el empleo de nuestra fortuna.

Imposible me sería explicar la grandeza y sencillez de aquella escena, la magestad de la voz y de la fisonomía del anciano, y la religiosa admiración con que su hijo le escuchaba aun, cuando ya el doctor había cesado de hablar.

En cuanto á mí, esta escena imponente, me hería doblemente; comprendía y admiraba tanto mas el pensamiento austero del doctor Clemente, cuanto que involuntariamente pensaba yo en la vida pasada del des-

graciado Roberto de Mareuil, y en el porvenir del vizconde Escipion, víctimas ambos de la ociosidad, que es un resultado casi fatal de una opulenta herencia.

—Just..... he obrado bien? dijo el anciano.

—Oh, la mas gloriosa de las herencias! exclamó el capitan Just con trasporte, besando piadosamente el viejo registro que le habia entregado el doctor. Gracias padre mio..... yo me siento engrandecer contigo!

—Acércate, acércate, mi noble y digno hijo! exclamó el doctor con una emocion inefable, tendiendo los brazos á su hijo, que se arrojó en ellos.

Y los dos permanecieron un momento estrechamente abrazados.

Bien pronto el doctor, dirigiéndose á mí y á Suzon, nos dijo con bondad:

—Dejadnos, amigos míos... tengo que hablar á mi hijo. No me olvidaré de tí, Martin.

Hacia cerca de media hora que nos habíamos separado de mi amo y del capitán Just, cuando el sonido precipitado de la campanilla, que venía de la habitación del doctor, nos llamó. Suzon y yo corrimos apresuradamente; nuestro amo estaba espiando.

—Mi buena Suzon, dijo con voz apagada. No he querido morirme... sin darte... gracias..... por tus buenos... servicios. Mi hijo se encargará de tí..... adios..... hasta... que nos volvamos á ver.

—Dios mío!... se muere!... dijo Suzon sollozando; y echándose de rodillas, besó la mano del doctor.

—Y á tí también... Martin, prosiguió el anciano. He querido darte mi adios.... Todo está arreglado con mi

hijo... tu independencia está asegurada... y si conservas..... un buen recuerdo de mí... harás por quien..... *tú sabes bien* lo que hacías por mi hijo... adios... tu mano... tambien.....

Y llevando á mis lábios con una veneracion filial aquella mano ya helada, me arrodillé del otro lado del lecho.

—Just... mi idolatrado Just... dijo el doctor Clemente con una voz agonizante y con la fisonomía iluminada por el postrer rayo de felicidad; mi tierno hijo... gracias á tí, muero dichoso.... adios.... hasta el cielo.... mi querido... hijo.

Querido hijo..... estas fueron las últimas palabras del anciano.

Algunos segundos despues, el capitán Just cerraba piadosamente los párpados de su padre...

La muerte del doctor Clemente, me dejó dolorosos recuerdos. A pesar

de sus urgentes recomendaciones, tan en armonía con mi ardiente deseo de servir á Regina, no quise resolverme á ello sin consultar á Claudio Gerard, por lo cual fuí á verle al pueblo en que residia en las inmediaciones de Evreux. Le conté mi vida desde nuestra separacion; y el cariño que me manifestó así que acabé de referirselo, me desquitó de todos mis pasados sufrimientos; me parecia verle orgulloso y envanecido, conociendo cuán útiles me habian sido sus lecciones de moral práctica, en medio de mis terribles luchas contra la suerte.

Respecto de todo lo que habia de puro y elevado en mi amor á Regina, Claudio debia manifestarme sus simpatías, tanto mas cuanto que él amaba apasionadamente, y que debia casarse muy pronto con una pobre y hermosa jóven, del pueblo en que e-

ra maestro. El padre de la novia, oriundo de Sologne, donde tenia parientes colonos, se habia establecido hacia mucho tiempo en el pueblo, y ejercia el oficio de carretero. Ví muchas veces á esta jóven, que me pareció, por su dulzura, por su gracia natural, y por su ingénuo belleza, merecer el amor de Claudio, quien, ademas me habló con admiracion de las bellas cualidades del corazon de la jóven. En mi vida habia visto á Claudio tan feliz, esperando que su union seria la mas envidiable, no teniendo la jóven otro dote que su belleza, su escelente corazon y su amor al trabajo, á que desde niña estaba habituada.

Claudio no dudó que mis cartas hubieran sido villanamente interceptadas por el miserable ódio de los enemigos que habia dejado en la aldea donde pasé mis primeros años,

puesto que, al abandonar aquellos lugares, á los dos dias de mi marcha á París, habia dicho como se habia de dirigir la correspondencia á alguno, con cuya fidelidad creia poder contar. Sin embargo, mis cartas, en vez de llegar á Claudio por esta via, se perdieron, se estraviaron ó se dirigieron á otro punto.

Si Claudio Gerard tenia enemigos y envidiosos, contaba tambien con algunos amigos, gracias á la elevacion de su carácter; entre estos se encontraba el médico en gefe de la casa de locos, donde al principio habian encerrado á la muger demente, vigilada por Claudio con tan afanosa solicitud, y que, un dia... víctima del brutal abandono y de la embriaguez de Bamboche, habia dado al mundo una niña.

Gracias á la poderosa intervencion del médico amigo de Claudio, la ni-

ña y su madre, siempre loca, habían sido trasladados á Evreux, pueblo inmediato al en que el maestro ejercía sus funciones.

A la locura, al principio furiosa de esta infortunada, habia sucedido una demencia inófensiva. Entre otras manías extravagantes, tenia la de llevar siempre atado á la cintura uno de esos cofrecitos redondos forrados de paño, en los cuales trabajan los encageros, y dentro del que movia casi constantemente los dedos, como si tratára de comunicar á los busos este movimiento. Fuera de esta aberracion intelectual, viéndola cada vez mas tranquila, y esperando que la vista de su hija produciria en ella una revolucion saludable, el médico arregló este encuentro en la casa de un labrador donde Claudio habia depositado á la niña. En efecto, aunque la pobre madre no pareció reconocer

á su hija, sintió al verla una extraordinaria conmocion de ternura, derramó abundante llanto teniéndola abrazada..... á estas lágrimas sucedió una especie de abatimiento pensativo al través del cual el médico creyó ver brillar algunos destellos de razon. Satisfecho con esta primera esperiencia, se prometió renovarla.

En esta segunda entrevista de la loca y su hija, entrevista que tuvo lugar en el jardinillo de la nodriza, fué cuando Bamboche, que sin duda estaba en acecho, aprovechándose de un momento en que la desgraciada madre habia quedado sola con su hijita, arrebató á esta de los brazos de la loca, y, cosa inesplicable, robó tambien el cotrecillo de hacer encajes que la loca llevaba consigo constantemente. ¿A consecuencia de qué acontecimiento, se hallaba Bamboche en este pais?

¿Cómo habria adquirido la certidumbre de que esta niña era su hija?

¿Con qué fin robaria el cofrecito, siendo un objeto de ningun valor?

Nada pude saber sobre estos particulares, porque las pesquisas de Claudio acerca de esto habian sido vanas, y cuando la escena del robo en casa del doctor Clemente, Bamboche no me habia explicado ningun pormenor; en fin, la vispera del dia en que yo habia ido á reunirme con Claudio Gerard, Bamboche me habia escrito que nada necesitaba, ni para él ni para su hija; que una feliz casualidad le habia auxiliado, y que se alejaba contento de haberme probado que tambien él sabia ser fiel á los juramentos de nuestra infancia.

Claudio Gerard y yo, cruelmente afligidos al saber que esta pobre criatura habia caido en manos de Bamboche, nos juramos hacer cada uno

por nuestra parte lo que pudiéramos, para adquirir de ella algunas noticias.

Yo tuve, á propósito de Regina, largas y graves conferencias con Claudio Gerard. No le oculté nada; ni la parte que yo habia tenido en la ruina de los infames designios de Roberto de Mareuil, ni el modo como descubrí la depravada conducta del príncipe de Moutbar, ni esta amenaza del conde Duriveau: *Esta muger me ha despreciado; yo me vengaré á cualquier precio; mi venganza marcha....* amenaza espantosa en un hombre de su carácter. No oculté tampoco á Claudio los temores que el porvenir de Mma. de Norlieu habia inspirado al doctor Clemente, y el reconocimiento de este último, cuando le pedí, bajo secreto, como un favor inesperado, los medios de entrar al servicio de la princesa.

Con grande admiracion mia, Claudio me dijo de Regina muchas cosas que yo ignoraba, y que aumentaron aun mi interés por ella. Claudio sabia todas estas particularidades por el capitan Just.

Estos dos hombres, una vez reunidos por la casualidad, habian hallado tantos puntos de contacto, que se ligaron bien pronto con la mas estrecha amistad. Hablando un dia del innoble espíritu mercantil y de la sórdida avaricia que, *por parte* de la autoridad paternal, preside casi siempre á los casamientos de las jóvenes ricas, pobres criaturas casadas de este modo sin amor, sin deseos, sin fé en el hombre á quien se unen, sin respeto hácia un vínculo que no lleva ninguna simpatía, y obligadas á escoger entre una vida triste, fria, que yela el corazon, ó el abandono á pasiones culpables; á propósito de jó-

venes, el capitán Just citó como tipo de belleza, de encanto, de talento y de valor, á una jóven á quien su padre, el doctor Clemente, conocia hacia muchos años..... Mlle. Regina de Norlieu.....

Claudio escuchó á su amigo con una extraordinaria atención, pero sin dejar penetrar por mi causa el interés que le inspiraba Regina. El capitán Just le dijo, que una de las mayores penas de Mlle. de Norlieu, resultaba de la indiferencia que le mostraba su padre, quien, no obstante, la habia idolatrado durante su infancia y su primera juventud. La injusta acusacion que pesaba aun sobre la memoria de la madre de Regina, era el único motivo de la aversion del baron de Norlieu, quien, habia creido descubrir, hacia pocos años, que Regina no era su hija. La baronesa de Norlieu, no obstante, habia dicho al

morir: *Un juramento me obliga á callar... aun en esta hora suprema; pero algun dia se RECONOCERÁ MI INOCENCIA.*» ¿Las esperanzas de Regina, acerca de la rehabilitacion de la memoria de su madre, estaban fundadas en esas solas palabras, ó en hechos mas significativos y exactos? Nada me pudo decir Claudio. Acordándose de la ternura que su padre le habia prodigado al principio, Regina le amaba siempre, le amaba tanto mas, cuanto que le veia atormentado de un dolor atroz, incurable, que minaba sordamente su vida. Convencida de la inocencia de su madre, Regina deseaba ardientemente su rehabilitacion, porque esta circunstancia la reconquistaria el cariño de su padre. Con la esperanza de ablandar el corazon de este hombre inexorable, que en su estraño dolor, no habia querido ver á su hija despues de su

casamiento, Regina iba todos los dias á casa de su padre, solicitando á la puerta, pero en vano, el permiso de verle; á cada negativa oponia ella una paciente esperanza, y sin entibiarse nunca por el poco resultado que conseguia, volvía el dia siguiente, siempre respetuosa y resignada.

En cuanto al suicidio de Roberto de Mareuil, y al casamiento de Regina con el príncipe, hé aquí la esplicacion que dió á Claudio el capitán Just, segun el público rumor.

Mlle. de Norlieu, habiendo amado á Mr. de Mareuil desde su infancia, le habia prometido no pertenecer á otro que á él: sin embargo, la distancia, la ausencia, el silencio absoluto del conde, y acaso tambien los vagos rumores acerca de la disipacion de su vida estéril y pródiga, habian resfriado en Regina los sentimientos de este primer amor.

El baron de Norlieu, deseando vivamente casar á su hija, cuya presencia le molestaba dolorosamente, la propuso muchos partidos, y entre otros el príncipe de Moutbar, y el conde Duriveau. Si á pesar del incomprendible martirio de su padre, Regina desechó obstinadamente á monsieur Duriveau, sin admitir tampoco las atenciones del príncipe; le llamaron no obstante la atencion la figura y el talento de Mr. Moutbar. En esta época, Mr. de Mareuil, recordó á Regina una sagrada promesa; la caballerosa lealtad de esta jóven, la vista y probablemente la correspondencia del que habia amado desde su infancia, fijaron su resolucion, declarando á su padre que queria casarse con Roberto. El baron de Norlieu se mantuvo inflexible, á pesar de las súplicas de Regina. De repente llegó á su noticia el suicidio de Mr. de Ma-

reuil, suicidio inesplicable para todo el mundo, escepto para Regina, para mí, y para los cómplices de las tenebrosas maquinaciones de Roberto.

Separados un momento por la fuerza de las circunstancias Mr. Duriveau, y Mr. de Moutbar, renovaron sus instancias cerca de Mlle. de Norlieu. Ella, siempre sincera, no ocultó á Mr. Duriveau su profunda antipatía, y dijo á Mr. Moutbar.

— «Ligada á un juramento sagrado, he debido rehusar el casarme con vos: un funesto acontecimiento me ha devuelto la libertad; acepto el ofrecimiento de vuestra mano, y podreis contar con un corazon leal y digno de vos.» El príncipe apasionadamente enamorado de Regina, trató de vencer la resistencia del baron de Norlieu, quien siempre protegía las pretensiones de Mr. Duriveau, y á

despecho de este, se verificó el casamiento.

Durante seis meses la princesa de Moutbar, pareció ser la muger mas dichosa; pero despues de este tiempo, se manifestó repentinamente una gran frialdad entre el príncipe y su esposa; cayendo esta en una profunda melancolía, de la cual el doctor Clemente se habia alarmado dolorosamente; el príncipe pareció estar tambien por espacio de algna tiempo sombrío y agitado, porque, segun se decia, adoraba á su muger.... No se sabe si á esta tristeza sucedió en él una indiferencia real á aparente.

La salud de la princesa se alteraba mas y mas..... cuando cerca de dos meses antes de la muerte del doctor Clemente, se notó un cambio extraordinario en los hábitos de Mma. de Moutbar. Esta habia vivido hacia mu-

cho tiempo retirada, en una soledad casi completa; repentinamente buscó el bullicio de las fiestas; jóven, inteligente, encantadora, la princesa de Moutbar fue bien pronto una de las mugeres mas obsequiadas de Paris; los elegantes se disputaron sus menores preferencias, pero la maledicencia continuó respetando la vida de Regina.

La posicion de la princesa de Moutbar, reasumida de este modo en nuestras conferencias con Claudio Gerard, contribuyó á robustecer mi resolucion. Yo debia, segun él, proseguir hasta el fin mi obra de servidor ignorado de Regina, mision que me imponian entonces doblemente, ya mis propios sentimientos, ya el voto supremo del doctor Clemente, cuya generosa bondad me habia sacado para siempre de la miseria.

«Una vez cumplida esta mision, en

cuanto dependa de tí, me dijo Claudio Gerard dejándonos, volverás á mi lado; no nos separaremos ya mas, y pues que tal es tu deseo, participarás de estos trabajos de enseñanza, que, por los resultados que obtengo, cada vez se me hacen mas queridos... Si tienes alguna duda acerca de la conducta que debes observar, si necesitas de algunos consejos, de alguna noticia, no tienes mas que escribirme. Mi amor á lo justo y al bien, unido á mi paternal cariño hácia tí, guiarán seguramente mis consejos.»

Fuerte con el apoyo y la aprobacion de Claudio Gerard, le dejé llevando una fé nueva y profunda en la mision que debia desempeñar y que yo resumia de este modo:

—Impedir la venganza del conde Duriveau.

—Volver á Regina el cariño de su padre.

—Concurrir á la rehabilitacion de la memoria de su madre.

—Hacer que el príncipe volviera á amarla.

—Ver, en fin, á la princesa dichosa, completamente dichosa.

Plan inmenso, imposible, á juzgar por los pocos medios de accion de que yo podia disponer, yo, tan humilde, tan oscuro, tan ínfimo...

Plan realizable quizás, teniendo *en mi amor esa fé que podia*, como la fé de que habla el evangelio, trastornar montañas...



LXII.

EL AYUDA DE CÁMARA.



o volví á Paris... La recomendacion del doctor Clemente, transmitida por su hijo á la princesa de Moutbar, habia sido tan poderosa que á mi vuelta de casa de Claudio, el capitan Just me advirtió que el maestre-sala del príncipe tenia órden de recibir-

me entre la gente de la casa desde que llegase á Paris, y de presentarme á la princesa.

Al momento me convencí de que el doctor Clemente habia guardado escrupulosamente mi secreto, porque segun el modo con que el capitán Just me anunció mi admision en casa de la princesa, pareció que no sospechaba los graves intereses que me hacian entrar en ella: sin duda no vió en mí mas que un criado satisfecho por haber encontrado *un buen acomodo*.

Por fin habia llegado el dia, tan largo tiempo y con tal impaciencia deseado: iba á ver realizada esta esperanza, considerada por mí hasta entonces como un sueño!... iba á vivir bajo el mismo techo que Regina.

No me es posible espresar la palpitacion de mi corazon cuando por primera vez llamé á la puerta del

palacio de Moutbar. Pregunté por el maestre-sala y este, despues de haber leído una contraseña que le entregué de parte del capitán Just, con objeto de identificar mi persona, me dijo que le siguiese á la habitacion de la princesa.

Despues de haber llamado á la gruesa mampara de un pequeño salon, me hizo entrar, diciendo á Regina, ocupada en escribir:

—Aquí está el ayuda de cámara que la señora princesa esperaba.

—Está bien, respondió ella sin cesar de escribir y sin mirarme.

El mayordomo salió y yo quedé solo con mi futura señora.

La princesa estaba envuelta en una bata de cachemira, fondo color de naranja, con dibujos, que marcaba su talle de Diana cazadora; sus admirables cabellos negros, formando ondas naturalmente, se recogian en una

gruesa trenza detrás de la cabeza, y su pequeño pié, calzado con un chapin de tafíete bordado de plata, salía de entre los largos pliegues de su trage, cuyas mangas un poco flotantes dejaban ver el principio de un brazo blanco y lindo como el márfil y la delicada muñeca de su mano encantadora.

Un suave perfume llenaba el salon, vestido de damasco verde recamado de franjas doradas; la mesa de escribir de la princesa estaba rodeada por decirlo así, de un matorral de flores apiñadas en un arriate semicircular muy bajo y colocado sobre la alfombra; habia ademas gran cantidad de flores dispuestas en copas y vasos de magnífica porcelana, colocados acá y allá sobre muebles de extraordinaria suntuosidad.

En mi vida habia visto tal profusion de flores estrañas y un lujo de

tan buen gusto; la luz llegaba á aquella sala á través de una cortina de raso en que estaban pintadas aves de mil colores; aquella misteriosa media luz, el profundo silencio que reinaba en la habitacion situada sobre el jardin, la dulce fragancia de las flores, y el ligero perfume que se exhalaba de la cabellera y vestidos de Regina... en fin, qué diré? la vista de aquella muger tan bella y adorada por tan largo tiempo desde el fondo de mi miseria y oscuridad, me causaron al pronto una especie de embriaguez... de vértigo.

Regina, habiendo acabado de escribir su carta, me dijo, señalándome un candelabro de orfebrería colocado sobre la mesa:

—Os suplico encendais esa bu-
gía..... sobre la chimenea hay papel
para ello...

Obedeciendo la órden de la prin-

cesa, tomé de un vasito que habia en el lugar indicado una especie de pajuela larga de papel rosado; apliquéla á la llama del hogar y encendí el candelero:

—Gracias..... me dijo la princesa con su voz dulce y bondadosa.

Luego, sin dejar de sellar su carta y de ponerle el sobre añadió sin alzar los ojos á mí:

—Con qué os llamis... Martin?

—Sí, señora princesa.

—El señor doctor Clemente, uno de los hombres á quienes aprecio y venero mas en el mundo, me dijo la princesa con voz ligeramente conmovida, os ha recomendado tan eficazmente á mí, que os admito á mi servicio con toda confianza.

—Yo procuraré hacerme merecedor de la bondad de la señora princesa; le dije inclinándome.

Regina, escrita la carta, dejó su

bufete y fué á sentarse á una butaca al lado de la chimenea, y fijando los codos sobre los brazos de aquel mueble, y queriendo sin duda juzgar de mi fisonomía, detuvo durante un momento sobre mí su mirada penetrante, aunque un tanto tímida; habiéndose encontrado así sus grandes ojos negros y húmedos con los míos, los bajé al instante y, á mi pesar, me sonrojé vivamente.

Estremeciame al pensar que la princesa iba á notar aquel torpe sonrojo: felizmente no sucedió así, se me figura, porque ella repuso al momento:

— Debo deciros desde luego las condiciones con que servireis aquí: tendreis mil francos de salario; os acomoda?

— Sí, señora princesa.

— Se os dará trage y comereis con la servidumbre; bien entendido por

lo demás que si como yo espero, vuestro servicio me satisface, se os aumentará el salario al año próximo.

—Haré todo lo posible para contentar á la señora princesa...

—Eso os será fácil..... Yo no os exijo mas que celo y exactitud en vuestro servicio, me dijo la princesa con bondad.

—Únicamente temo el no estar desde luego bien enterado del servicio de la señora princesa.

—Mi asistencia es muy sencilla; hé aquí en qué consiste: tendreis cuidado de este gabinete y de los dos salones que le preceden; vigilareis porque mis arriates y mis vasos estén siempre llenos de flores frescas y dispuestas con gusto; para proveer á ello os entenderéis con mi florista; limpiareis en seguida con precaucion estos vasos de porcelana y estos objetos artísticos que veis sobre estos ve-

ladores; de cuando en cuando limpiaréis suavemente con una esponja los cuadros que veis en esta habitacion y en las otras; me servireis en seguida aquí el desayuno, luego, por la tarde, cuando yo no salga, estareis en la antesala para anunciarme las personas que vengan á verme. Si salgo, ireis á hacer los recados que os encargue; si no, podreis disponer de este tiempo á vuestro arbitrio... servireis en seguida la comida con el maestre-sala y el ayuda de cámara de Mr. de Moutbart; si por la noche me quedo en casa, permanecereis en la antesala; si salgo está á vuestra disposicion la noche hasta la hora de retirarme. Hé aquí poco mas ó menos á lo que se reducirá vuestro servicio.

—Por lo menos la buena voluntad no me faltará señora princesa.....

—Estoy persuadida de ello; si en

alguna cosa encontrais dificultad, dirigios al maestro-sala... ó á Mlle. Julieta mi doncella, ellos os pondrán al corriente de lo que ignoreis..... No tengo necesidad de deciros que monsieur de Moutbar gusta de que reine la mejor inteligencia entre las gentes de su servidumbre..... y no dudo de vuestro genio tratable..... Decidme, sabéis leer y escribir?

—Sí... señora princesa.

—Y de cuentas?

—Sí... señora princesa.

—Tendreis el encargo de ajustar todos los meses, con ciertos proveedores cuya lista os daré, y me traereis así mismo todos los meses vuestro libro de gastos con mucha exactitud.... Yo no gusto de cuentas atrasadas.

—Seguiré las órdenes de la señora princesa.

—Vamos..... me prometo que ha-

beis de permanecer largo tiempo en mi casa y que estaré satisfecha de vos.

—La señora princesa puede estar segura de que haré para ello todo cuanto pueda.

—Desde mañana empezareis vuestro servicio á mi intermediacion... Hoy os pondreis al corriente de las costumbres de la casa.... solo esta carta tenéis que llevar á donde dice el sobre...

Y Regina me dió la carta que acababa de escribir.

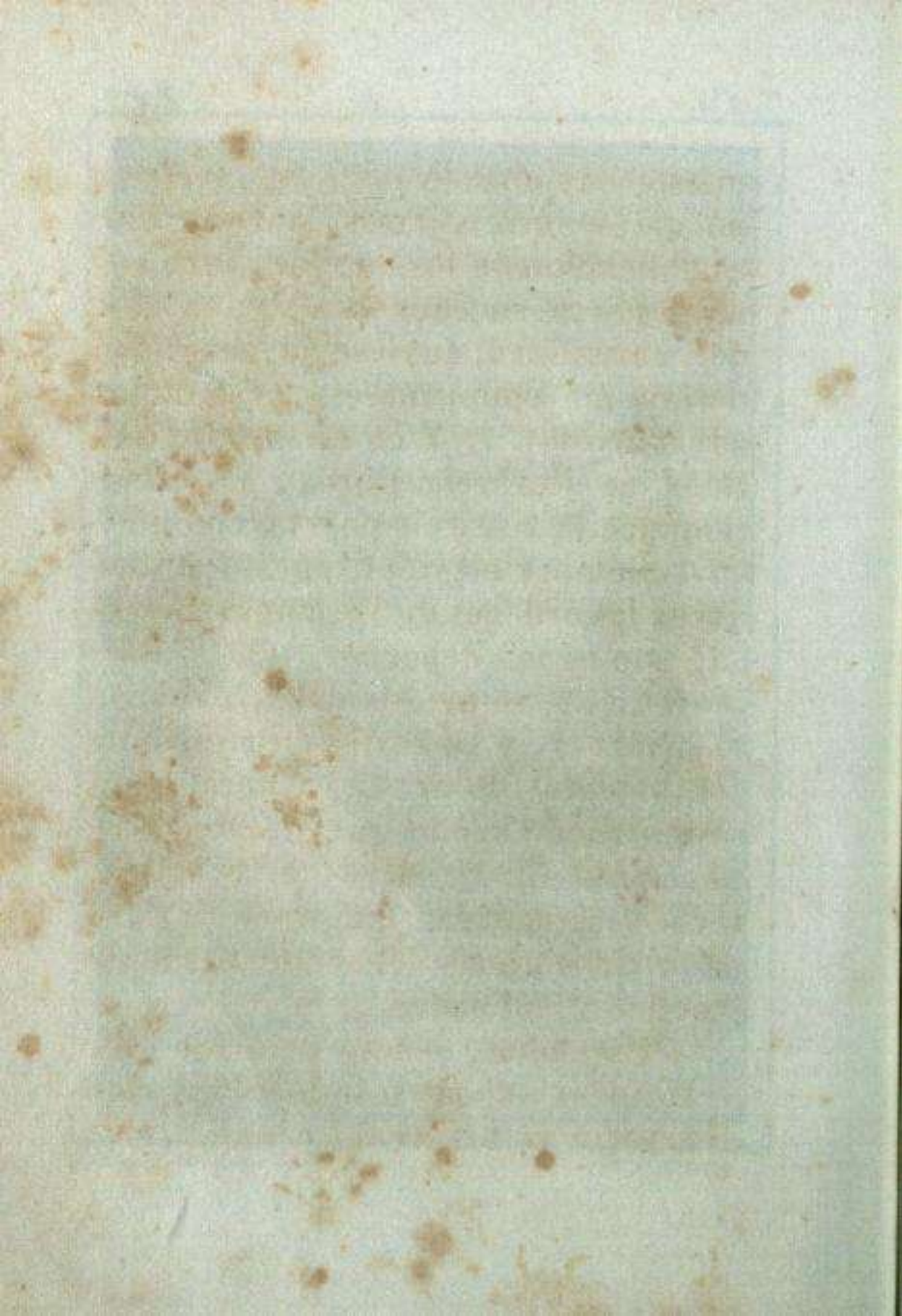
—Hay que aguardar contestacion, señora princesa?

—Sí... entrareis vos mismo la carta á la antesala y esperareis..... Pero en el caso de que Mma. Wilson..... este es el nombre de la persona á quien escribo, no estuviera en casa... dejareis la carta.

Despues de un momento de silencio, continuó la princesa.

—Decidme.... Martin..... por su-





puesto que cuando salgo en carruaje no me seguireis jamás, porque esto es obligación de los lacayos; pero como pudiera suceder que alguna vez, por casualidad, tuviese yo necesidad de que me acompañaseis, creo mejor advertiroslo..... Y en estas raras salidas no llevareis librea, así como tampoco la vestireis por lo comun.

—Siempre estaré dispuesto á obedecer las órdenes de la señora princesa; este es mi deber.

—Ah!... se me olvidaba... repuso la princesa, y su rostro descubrió un sentimiento doloroso. Ahora para siempre, de modo que no tenga yo necesidad de repetiros esta orden, todas las mañanas temprano ireis á adquirir noticias del señor baron de Norlieu... mi padre.

—Está bien, señora princesa...

Despues, como si hubiera querido distraerse de los tristes pensamientos

que acababa de suscitar en ella la órden que me habia dado, ó queriendo impedir tal vez que yo advirtiese su emocion, me indicó Regina un ramillete de *laureola* blanca colocado en una copa de cristal de Venecia, adornada con piedras preciosas y que se hallaba sobre una mesa de palo de rosa, en la que ví tambien un pañuelo para la mano, bordado, un libro entreabierto y una labor de tapicería empezada.

—Me gusta mucho el olor de la laureola, me dijo la princesa; os entenderéis con mi florista para que todos los dias se encuentre en esa copa una rama florida de este arbusto.

Habiendo otra vez guardado silencio Mma. de Moutbar por algunos momentos, añadió con cierta emocion...

—El doctor Clemente me ha escrito y su hijo me ha repetido que

sois la honradez misma... Tengo noticia del valor y abnegacion con que, poniendo en peligro vuestra vida, luchasteis con un miserable que se habia introducido en casa de vuestro señor para robarle...

—Cumplí con mi deber, señora princesa.

—Lo sé; pero son pocos los que tan perfectamente cumplen con su deber.... En una palabra, los buenos informes que de vos me han dado, deben hacerme creer que á las dos escelentes cualidades de la abnegacion y la probidad... unís sin duda la discrecion?

Y segunda vez fijó la princesa en mí una mirada velada y penetrante.

Yo tenia que evitar un peligroso escollo en esta primera entrevista con Regina: aparecer superior á mi condicion por mi language, y aun mas por mis sentimientos... si no hu-

biera encontrado admirables disposiciones domésticas. Me era, pues, necesario observarme sin cesar y resistir sobre todo con la mayor decisión á la tentacion funesta de *hacerme interesante* á los ojos de la princesa. Todo se hubiera perdido para mis proyectos en el momento en que hubiera visto en mí mas que un simple criado, honrado y celoso.

Así, cuando la princesa me preguntó si podia contar con mi discrecion, trataba sin duda de darme alguna comision delicada, y la esperanza de obtener ya una prueba de su confianza, me hacia dichoso: sin embargo, respondí con un acento de sencillez sincera, si bien afectando un poco de sorpresa:

—Quiere decir la señora princesa que á nadie sino á ella daré cuenta de mis comisiones?

—Lo que quiero decir es esto, di-

jo la princesa con una ligera turbacion. Con frecuencia se dirigen á mí para pedir socorros, y si hay infelices dignos de piedad.... hay tambien otros, por desgracia, que ó fingen miseria ó la padecen por su mala conducta.... Querría, pues, encargaros que tomaseis á veces informes de las personas que me piden limosna, para obtener noticias ciertas: para esto tendreis que ponerlos en relacion con los porteros, los vecinos, qué se yo? En fin, ya conoceréis lo que me prometo de vos en tales casos; y añadió la princesa, como si dudára un poco de mi inteligencia, me comprendéis bien?

—Si, señora princesa... y procuraré que la señora pueda tener confianza en los detalles que le presentaré.

Despues de un momento de reflexion, la princesa dijo:

—En tal caso, quisiera daros hoy

mismo una comision de esta especie.

Y abriendo el cajon de la mesita de palo de rosa que estaba á su lado, tomó Regina un papel, lo leyó y preguntó:

—Sabeis cuál es la calle del Marche-Vieux?

—No, señora princesa.

—Debe estar al lado de la calle d'Enfer.

—Facilmente acertaré con ella, señora princesa.

—Pues bien, en el número 11 de la calle de Marche-Vieux, habita una pobre viuda llamada Mma. Lallemand: está paralítica é imposibilitada de salir de su cama. Su hija, de once ó doce años á lo mas, ha venido dos veces ya á pedirme para su madre. Esta niña me ha interesado de tal modo, que le he dado socorros... Antes de ayer he vuelto á verla, me suplicó fuese á ver á su madre, que te-

nia, decia ella, que confiarme un asunto de la mayor importancia para ella; pero no pudiendo moverse del lecho, no sabiendo escribir, y no queriendo encargar á una niña de la edad de su hija una comision tan grave, se veia en la precision de suplicarme fuese á verla. Se lo he prometido é iré mañana; solo que como la niña me ha dicho que á penas podian entrar carruages en aquella callejuela de un barrio desierto, en que ademas seria un acontecimiento la aparicion de mi carruage, lo que seria muy desagradable para mí, ireis despues á casa de esa pobre muger para saber en qué piso vive, y evitarme así la molestia de preguntar por ella en una casa en que, segun me ha dicho la niña, no hay portero.

—Será preciso anunciar á esta muger la visita que mañana recibirá de la señora princesa?

—Sí, esto adelantará su placer un día... Le direis que iré á su casa sobre las nueve ó las diez de la mañana; añadió la princesa despues de un momento de reflexion.

—Desea la señora princesa que tome algunos informes acerca de esta muger?

—Por esta vez es inútil..... creo cuanto me ha dicho su hija..... una niña de su edad seria incapaz de mentir ó engañar en este punto.

Yo hubiera debido, al oír la reflexion de Regina, recordar, ay! que con frecuencia se estiende la corrupcion hasta la infancia; pero estaba muy lejos de prever que este llamamiento hecho al alma generosa de Regina, ocultaba una trama horrible..... una maquinacion diabólica.

Esta triste revelacion llegará muy pronto.

—Ved aquí, estas son las señas de

esa pobre muger, me dijo Regina entregándome un papel. Id, pues, á casa de Mma. Wilson á llevar mi carta y despues desempeñareis esta otra comision.

En el momento en que iba á salir, la princesa añadió con mucha benevolencia y dignidad:

—Merced á las escelentes recomendaciones del doctor Clemente, os doy una prueba de confianza desde el primer dia de vuestra entrada á mi servicio; espero que correspondereis á ella con celo y discrecion.

—Haré cuanto esté de mi parte con el objeto de satisfacer á la señora princesa.

Y salí de la habitacion de Mma. de Moutbar.

Imposible es para mí esplicar la multitud de ideas que me agitaron, á consecuencia de mi primera entrevista con Regina; fue una especie de

aturdimiento tan violento, que subí apresuradamente á mi cuarto, con el objeto de recogerme, y recobrar la sangre fría necesaria para recibir, sin mostrar turbacion, las miradas de mis nuevos *camaradas*.

La impresion terrible que desde luego dominó todas las otras, y que no traté de disimular para conmigo mismo, tanto era el terror que me causaba, fue un sentimiento de amor apasionado... abrasador... sensual... que jamás me habia inspirado Regina. Grave y austera siempre hasta entonces, rodeada del sagrado prestigio de su tristeza filial, Regina habia aparecido para mí, en una esfera tan elevada, ella colocada en tanta altura, y yo en tanta profundidad y tan distante, que no habia podido sentir la influencia de *la muger*... de la muger jóven, hermosa, encantadora!

Abrumado bajo el peso de tales impresiones, llenas de encanto y de terror, tuve miedo por un instante... me abandonó mi resolución... descubría un porvenir de tormentos sin fin, cuya existencia no había sospechado. El bello sueño de vivir bajo el mismo techo que la princesa, de gozar continuamente las dulzuras de una intimidad casi forzosa por mis relaciones domésticas... aquellos arrebatos, á la sola idea de verla, de oirla todos los días... la inefable dicha de poder decirme hablando de ella, *mi señora*, de pertenecerla en efecto en cuerpo y alma..... todas aquellas magníficas visiones... se disiparon en el momento mismo en que toqué esta realidad: UN LACAYO LOGO DE AMOR POR SU SEÑORA... pasión insensata á fuerza de vergüenza, de ridículo, de bajeza; pasión continuamente exasperada por la muger que la

causaba sin saberlo; porque, por muy reservada que estuviese, es tambien *tan poco lo que se repara* en un lacayo!

Y no era esto todo; la menor emocion vende; una mirada, una mutacion en el color, la mas ligera alteracion en mi voz, una turbacion involuntaria, podian no solo hacerme salir de la casa ignominiosamente, sino que perdia para siempre la ocasion de ser útil en alto grado tal vez, á la princesa; porque ya habia tenido yo, aunque lo ignoraba ella, una parte de accion bastante dilatada y benéfica sobre la vida de Regina, para poder prometerme todavia algun fruto de mi adhesion.

A vista de tal porvenir, estuvo mi valor á punto de abandonarme; pero despues, haciéndome superior á este miserable terror, pensando en las últimas recomendaciones del

doctor Clemente, en las escitaciones de Claudio Gerard, decidí proseguir mi empresa, y luchar animosamente; comparando mi posición presente, por penosa que fuera, con mis miserias pasadas, cuando, cansado de sufrir hambre y frío, había esperado, deseado la muerte en el fondo de la cueva en que me había sepultado vivo; me pareció oír la voz amiga y austera de Claudio Gerard reprendiéndome por tan indigna debilidad, como si fuera ella un ultraje á los días mejores que una suerte providencial me había asegurado entonces mismo.

Sonó la campana para el almuerzo, y me incorporé á mis nuevos *camaradas*; el *maestre-sala*, el *cocinero*, el *ayuda de cámara del príncipe* y las *dos doncellas de la princesa*. La *gente de librea* y de las *caballerizas*, comían en la *portería del palacio*. Mis

compañeros de servicio me recibieron con cordialidad; Mlle. Julieta, primera doncella de la princesa, propuso hasta dar á la noche un té en su cuarto, para celebrar mi bienvenida; pero por la reserva ó la poca importancia de las conversaciones que tuvimos en el comedor durante este primer almuerzo, me fue fácil comprender que todavía no tenían confianza en mí. Yo juzgué útil y prudente hacer gala de buen compañero, ofreciendo á los míos encargarme de las comisiones que pudieran tener ellos, al mismo tiempo que cumplía las órdenes de la princesa. Mademoiselle Julieta, la doncella, aceptó mi oferta y me rogó, que pues iba á llevar una carta á casa de Madama Wilson, la amiga íntima de la señora, invitase á Mlle. Isabel á venir aquella noche, si estaba libre, para tomar con nosotros el té.

Inmediatamente fui á casa de Madama Wilson, que vivia en una muy elegante casa de la calle de Lóndres, en la que estaban tambien las oficinas de Mr. Wilson, rico banquero americano. El criado que me recibió en la antesala me dijo que Mma. Wilson habia salido; entonces le entregué la carta de mi señora, y le supliqué me dirigiera á la habitacion de la doncella Mlle. Isabel, á quien encontré ocupada en coser. Estaba esta jóven muy lejos de ser bonita, pero tenia un talle esbelto y gracioso, magníficos cabellos negros, y cierta elegancia en sus modales.

Habiendo sabido que Mma. Wilson era la amiga íntima de la princesa, no me pareció fuera de propósito hablar con Mlle. Isabel, quien por su parte se prestó con la mejor voluntad del mundo porque me pareció sumamente *habladora*.

—Traigo encargo, señorita, le dije, de suplicaros vayais esta noche á tomar el té con Mlle. Julieta.

—Con mucho placer, caballero, me respondió Mlle. Isabel con aire de sorpresa. Hacedme el favor de tomar asiento... pero no tengo el gusto de....

—He entrado ahora como ayuda de cámara en casa de la señora princesa de Moutbar, y he traído una carta suya para Mma. Wilson.

—Ah! muy bien, señor mio..... esto ya es otra cosa. La señora ha salido, y no volverá hasta dentro de cuatro ó cinco horas. Os alegrareis, no es verdad? Julieta, será mia; como la señora vá al teatro y al baile esta noche, y aun creo que con la princesa, tendré... según espero, la noche por mia. Y me alegro de que Julieta se haya acordado de mí... de una amiga nueva.

—Cómo! hace poco tiempo que
conoceis á Mlle. Julieta?

—Jesus! no por cierto; nuestra
amistad data de la de nuestras dos
señoras. Como he ido muchas veces
de parte de mi señora á casa de la
princesa, he trabado amistad con
Julieta.

—Pues yo creia que Mma. Wilson
era la amiga íntima de mi señora.

—Y así es; pero bien puede haber
intimidad sin conocerse desde mucho
tiempo... tambien... aquí para noso-
tros... no es por alabar á mi señora;
pero sin ella la princesa...

—La princesa?...

—Sí por cierto; lo que estais o-
yendo; segun el paso que llevaba,
tal vez habria muerto de pesar á es-
tas horas.

—Será posible? exclamé yo; des-
pues añadí. Bien comprendereis, se-
ñorita, mi admiracion... porque co-

mo soy nuevo en la casa... y no he advertido que *la señora* estuviese triste...

—Ahora, ciertamente que no lo está, pero hará dos meses, era cosa que partía el corazón; por fortuna la princesa entabló relaciones con *la señora* y desde entonces todo ha cambiado.

—Pues... puede decirse que vuestra señora hace milagros...

—Así lo creo; es tan viva, gusta tanto del placer, para ella y para los demás, tiene tanto talento, es tan alegre, que no hay melancolía que dure á su lado. De este modo ha desterrado la melancolía de la princesa. Ellas están siempre en fiestas, en placeres; hoy mismo, por ejemplo, creo que van juntas á los Italianos y de allí al baile...

Nuestra conversacion fué interrumpida por la llegada de un aya in-

glesa que traia por la mano á la mas preciosa niña que jamás habia visto, un ángel de belleza, de frescura y gracia.

—Si la señora vuelve antes que yo, Mlle. Isabel, dijo el aya, le direis que he llevado á la *señorita* Rafaela á pasear, porque hace un tiempo magnífico.

—Muy bien, señora Brown; dijo la doncella.

—Adios, mi buena Isabel, dijo Rafaela abrazando cariñosamente á la doncella; yo te traeré un mantecado.

Y la niña llena de placer, salió saltando.

—Qué preciosa niña!... dije á Isabel.

—No es verdad que es muy bonita Mlle. Rafaela? Y afable y buena, y nunca orgullosa; no hay un corazon mejor. Ah! bien se puede asegurar que si esta no hace dichoso á un ma-

rido en algun tiempo, será porque él no quiera serlo... Pobre niña! Solo que será tan buena... que no tendrá defensa..... Ella no es como la señora!... Ah! la señora... por ejemplo...

Esta conversacion que me interesaba por mil razones en alto grado, fue nuevamente interrumpida; vinieron á llamar á Mlle. Isabel para que fuese al guarda ropa; entonces no creyendo deber permanecer mas tiempo en aquel sitio, me despedí de Isabel que me dijo:

—Hasta la tarde, señor... vuestro nombre?

—Martin.

—Señor Martin, direis á Julieta que tengo para esta tarde historias buenas y fresquitas que contarle... y no de mis amos, tenedlo presente, señor Martin, sino de los amos de otras personas.

—Comprendo, le dije riendo; este es un cambio, de todos modos, el diablo no pierde nada en él.

—Qué quereis, señor Martin, me dijo ingénuamente Isabel; se vé, se escucha, se recuerda, se confía despues á las amigas..... en secreto, y despues no se responde de nada.

Un presentimiento casi indudable me hizo creer, que por la noche, *en el té* que daba Mlle. Julieta, debia oir yo curiosas revelaciones.

Cuando salí de casa de Mma. Wilson, me di prisa por llegar á la calle del Marche-Vieux, cerca de la d'Enfer, con el objeto de visitar á la pobre muger paralitica á cuya casa debia ir al dia siguiente la princesa de Moutbar.



LXIII.

LA SOSPECHA.



LEGUÉ á la calle del Marche-Vieux, especie de callejuela tan estrecha que con dificultad podia entrar en ella un carruage. Guiado por las señas que la princesa me habia dado, entré en la casa de la muger paralítica; un sombrío portal en el que no ví cuarto para portero, conducia á la escalera, tambien muy oscura. Para acertar

con el cuarto en que vivia Mma. Lallemand, llamé á dos puertas que habia en el primer descanso.

Nadie respondió.

Suponiendo que aquellas habitaciones estarian habitadas por trabajadores, ocupados entonces en sus faenas, subí al segundo; llamé tambien. El mismo silencio.

Muy admirado de tanta soledad, subí al tercero y último piso, á no contar los desvanes, y llamé tambien por repetidas veces, pero tambien inútilmente. Ya iba á bajar, creyendo que me habria equivocado en el número, cuando oí ruido de pasos que se acercaban á la puerta y una voz infantil preguntó:

—Quién llama!

—Uno que viene á ver á Mma. Lallemand de parte de la princesa de Moutbar; respondí.

Al punto se abrió la puerta, y a-

pareció una jovencita de once ó doce años, de fisonomía cándida y dulce.

—Vive aquí Mma. Lallemad? le dije, dirigiendo una mirada á la primera habitacion, desamueblada y ruinoso, en la que terminaba una escalera de algun granero sin duda.

—Sí, señor, me respondió la niña; pero está en cama y no se puede levantar.

—Puedo verla y hablarle de parte de la señora princesa?

—Voy á preguntárselo, señor; me dijo la niña, que volvió á pocos instantes, abrió la puerta y me hizo entrar.

Entonces ví á una muger, jóven aun, de fisonomía interesante y cuyo rostro estaba espresando sus padecimientos, acostada en una mala cama, en medio de un cuarto que dejaba adivinar la mas profunda miseria. Cuando dije á esta muger que al dia

siguiente recibiría sin duda la visita de la princesa, de los ojos de la mujer brotaron lágrimas, y por un movimiento de alegría que causaba interés, abrazó con efusión á su hija, y despues me espresó su gratitud á la princesa en términos tan sencillos, tan naturales, tan profundamente sentidos, que, muy conmovido en vista de tal escena, me propuse dar cuenta á mi señora de esta impresion tan favorable á su protegida.

Cada vez que ahora pienso que todo aquello era una comedia por parte de esta criatura, una comedia que ocultaba una infame alevosia, me fatigo en vano por llegar á comprender la posibilidad de tan espantoso disimulo.

Salí de la calle del Marche-Vieux tan completamente tranquilizado por lo que acababa de ver y oír, que ni me ocurrió siquiera adquirir infor-

mes acerca de Mma. Lallemand, y hasta olvidé la admiracion que habia experimentado yo, al encontrar la casa habitada tan solo por la protegida de la princesa.

Cuando entré en el palacio me vestí con esmero: debia por la tarde servir á la mesa: el sastre del príncipe era excelente, y así pude ponerme un traje de muy lindo paño negro, cortado con elegancia. Cuando estuvo terminado el arreglo de mi traje, me miré en un espejito que habia en mi cuarto, cuidadosamente adornado con mi corbata de batista blanca, con medias de seda negra y lustrosos escarpines con hebillas de oro; no dudé que se me pudiera equivocar con el príncipe, quien solo una vez me habia dirigido la palabra, y en ocasion en que, medio embriagado, se burlaba de los andrajos de que me hallaba cubierto.

Entrando en el oficio del comedor encontré al maestro-sala y al viejo ayuda de cámara del príncipe, llamado Luis, quien me dijo afectuosamente :

—Antes de ayudar á la mesa, querido amigo, habeis visto si el fuego del gabinete de *la señora* estaba en regla? Ya no puede tardar en volver...

—No, señor Luis, le dije: ni habia pensado en ello, y voy...

—No os olvidéis tampoco de hallaros á la puerta del cuarto de *la señora*, cuando vuelva, para recibirla.

—Os doy gracias, señor Luis, le dije; pero cómo sabré cuando llega *la señora*?

—Muy facilmente: primero por el ruido de su carruage, y despues por dos golpes del timbre que corresponde al cuarto del portero: el timbre dá un golpe cuando es *el señor* quien en-

tra, y dos cuando es *la señora*.

Fuí pues, á la habitacion de la princesa para cuidar del faego, y no me fué posible contener un estremecimiento al percibir otra vez el perfume peculiar de aquella sala á que tanta predileccion tenia Regina; perfume dulce, suave aunque penetrante: olvidado por un instante, lo confieso, de mis quehaceres, miré en derredor con emocion, contemplando aquellas flores, aquellos cuadros, aquellos libros, aquellos muebles que adornaban el santuario de la princesa, cuando oí andar en la pequeña galería de pinturas que separaba el cuarto en que me hallaba del dormitorio de la princesa.

En el momento en que de miedo de ser sorprendido en inaccion, me bajaba apresuradamente hácia la chimenea, entró el príncipe... Yo estaba encorbado y no pude ver su ros-

tro, pero una bastante prolongada pausa en su marcha me demostró que le habia causado sorpresa encontrar allí gente. Volvió á cerrar la puerta de la galería de pinturas, y entonces, poniéndome de pié, me incliné respetuosamente.

—Sois el nuevo ayuda de cámara de Mma. de Moutbar? me dijo el príncipe, dirigiendo á penas á mí la vista y sin casi detenerse.

—Sí, mi príncipe.

—Bien está, dijo, y salió.

Aunque apenas tuve tiempo para ver á Mr. de Moutbar, me pareció que le habia desagradado mucho el que le hubiese visto salir del cuarto de su muger; desagrado que no pude explicarme. Cuando hubo salido, echando por casualidad una mirada sobre la mesita colocada al lado de la butaca de Regina, me pareció advertir cierto desórden entre los ob-

jetos colocados en dicho velador.

La obra de tapicería empezada, habia caído al suelo, como tambien un libro, y el cajon estaba medio abierto, no sé por qué. Recordando la sorpresa y la especie de disgusto manifestados por el príncipe á mi vista, me ocurrió la idea de si, aprovechándose el príncipe de la ausencia de su muger, habria tal vez estado buscando algo en los muebles de su habitacion. Temblé al pensar que esta indiscrecion ó abuso de confianza, si se descubria, podria atribuírseme.

Este pensamiento me inquietaba, cuando oí el ruido de un carruage en el patio del palacio; casi inmediatamente despues, resonaron dos golpes de timbre.

Fiel á las instrucciones de Luis, corrí á la ante-cámara á abrir la puerta á la princesa; me pareció que debia saludarla respetuosamente, pero

me dijo con bondad, aunque sonriéndose un poco :

—Valga ese saludo por todos, puesto que ya no me saludareis mas en mi casa, no es cierto?

Confundido con mi torpeza, le dí algunas excusas con voz balbuciente; pero Regina me dijo, atravesando siempre el salon que conducia á su recibidor :

—Habeis ido á casa de Mma. Wilson?

—Sí, mi señora princesa..... pero no la he hallado.

Etonces direis en la portería, que en el caso de que traigan para mí una carta de Mma. Wilson, me la suban al instante.

—Bien, mi señora princesa...

—Y Mma. Lallemand?

—La he visto, mi señora princesa; vive en el tercer piso de la casa, cuyas señas me ha dado Mma...

—La habeis prevenido que pasará á verla mañana por la mañana?

—Sí, mi señora princesa.

—Habrás observado allí mucha miseria? me preguntó tristemente Regina.

—Sí, señora... una espantosa miseria.

—Será interesante esa muger? estoy segura de ello.

—Creo que merece todas vuestras bondades.

—Vamos, tanto mejor, porque...

Despues, interrumpiéndose, me dijo la princesa mirando la mesita colocada junto á su butaca:

—Ha entrado alguien aquí durante mi ausencia?

—Lo ignoro, mi señora princesa, respondí con un embarazo estúpido, porque no dudaba la causa de la sorpresa de la princesa, y temblaba de que sospechase de mí.

—Esto es singular, dijo Mma. de Mouthar, y volviéndose á mí me miró fijamente.

Acaso me equivocaria, pero se me figuró leer en su fisonomía una expresión de sorpresa y de desconfianza. Me turbé de tal manera que, á pesar mio, me puse encendido, y en lugar de decirle, cosa muy sencilla, sin embargo, que el príncipe habia salido delante de mí del salon de pinturas permanecí mudo, tan penosamente enmudecido, cuanto culpable habia sido. Conociendo, no obstante, el peligro de mi posicion, iba á hacer un esfuerzo para alejar de mí toda sospecha, cuando la princesa me dijo secamente:

—Encargad que preparen mi coche para las ocho y media...

Y la princesa, despues de haber calentado sus piés en el fuego de su recibidor, entró en la galería de pin-

turas que estaba antes de su dormitorio, y desapareció.

Maldiciendo mi torpeza, bajé á verme con el portero, á fin de ejecutar las órdenes de mi señora; hallándose los lacayos comiendo en casa de Mr. Romarin, tal era el nombre del dueño del hotel, podia yo desempeñar mi doble comision.

Mr. Romarin, empolvado de blanco y vestido de gran librea, hombre importante si los hay, se encargó de prevenir al cochero de la princesa, y me entregó dos cartas, de las cuales una acababa de llegar en el instante mismo de salir Mma. Wilson: con esta carta me dió el portero tres magníficos bouquets de baile cuidadosamente empaquetados, y me dijo:

—Uno de estos bouquets con esta caja de flores, lo ha traído el mancebo de la florista de Mma. la princesa, y los otros dos unos comisiona-

dos que no han dicho de parte de quien venian.

Entre estos dos bouquets *anónimos* que recogí, noté uno de magnífica lila blanca y de violetas de Parma.

Subiendo lentamente la escalera, contemplaba yo con una melancolía amarga aquel fresco y misterioso bouquet de fiesta, que exhalaba un suave perfume; porque, por un extraño contraste, me acordaba de los pobres ramilletes de campanillas blancas y violetas misteriosas también, que durante tantos años había yo, á cada fúnebre aniversario, colocado sobre la tumba de la madre de Regina, sin que su jóven hija hubiera conocido jamás el origen de esta piadosa ofrenda..... Al recordar esto una lágrima rodó por mis mejillas. Estas humildes y tristes flores, con que mi cariño ignorado adornaba en otro tiempo un sepulcro, no eran

sino el emblema de mi humilde y triste amor.

Llegando á la habitacion de la princesa, encontré á su doncella, quien se encargó de las flores y de los bouquets, y yo fuí á esperar en el comedor la hora de servir á la mesa.

Casi al mismo tiempo se abrió de par en par la puerta, entrando el príncipe con su esposa. A una señal del huesped, fuí á colocarme detrás de la princesa.

Por primera vez veia reunidos á monsieur de Moutbar y su muger. Aunque su conversacion debiera necesariamente contenerse por la presencia de sus criados, redoblé la atencion á fin de ver si podia averiguar á que altura se hallaban sus relaciones: habia yo adquirido, egercitándola, una facultad de observacion tal, que necesitaba poco para poner-

me al corriente de lo que deseaba saber.

El príncipe me pareció frío, distraído, y manifestando á su esposa una política casi ceremoniosa; he aquí, poco mas ó menos, su conversacion despues de algunas palabras insignificantes.

—Salís esta noche? preguntó el príncipe á su esposa.

—Sí, voy á los Italianos. Madama Wilson me cede un lugar en su palco; viene á buscarme y en seguida iremos á casa de Mma. de Beaumenil.

—Creo que hay un gran baile.

—Abre su nuevo hôtel, que segun dicen, es maravilloso, magnífico. No ireis vos un momento?

—No, dijo el príncipe. Detesto esas reuniones, á las que se convida para alabar en coro un fausto insolente cuando no es ridículo, á me-

nos que no sea á la vez ridículo é insolente; por otra parte, yo como esta tarde con algunos amigos en casa de Very; desde allí saldremos para Fontainebleau, donde vamos á cazar por algunos dias.

—Durará mucho vuestra ausencia?

—Seis ú ocho dias lo menos; el tiempo necesario para hacer tres ó cuatro cacerias.

—Será una buena partida. Ireis muchos?

—No por cierto; el marqués de Hervieux y su cuñado, dueño del equipage; Blinvol, Saint-Maurice, Thionville yo y el célebre pintor de caballos, que pintará objetos de su género. Pero á propósito de pintura, añadié el príncipe, sabeis que estoy celoso de vuestros cuadros?

—Oh! les honrais demasiado.

—Hay sobre todo entre ellos la

nueva marina de Isabey, que no se me aparta de los ojos; es una obra maestra.

—Es encantadora, en efecto.

—Tan encantadora..... que después, y durante vuestra ausencia, he ido también á admirarla.

Esto diciendo, y con no poca sorpresa mía, el príncipe me dirigió una mirada, como si esta esplicacion de su presencia en la galería de pinturas hubiera sido dada de intento, esplicacion que me alegró, porque declaraba á Mma. de Moutbar lo que yo habia tenido la torpeza de no decirle, esto es, que durante su ausencia se habia introducido su marido en su habitacion.

De este modo debian desaparecer las sospechas que ella podia tener de mí, en el caso de que hubiera notado algun acto indiscreto.

—Me alegro muchísimo de que el

cuadro os haya gustado, respondió la princesa á su esposo; lo que únicamente siento es, que no hayais venido á admirarlo sino durante mi ausencia.

Ignoro si estas palabras pronunciadas por la princesa con tan fria política, como si se hubiese dirigido á un extraño, parecieron al príncipe encerrar un doble sentido; lo cierto es que clavó en su muger, por espacio de un segundo, una mirada penetrante, añadiendo despues:

— Cuando estais en vuestra casa, siempre os hallais rodeada de mucha gente, y, como sabeis, nada hay mas molesto que un marido en el gabinete de su muger, por la mañana. A propósito de vuestros amigos; continúa siendo Erfeuil tan tonto como hermoso?

— Está mas bello que nunca.

— Y d'Hervillier tiene todavía sus

espantosas pretensiones de cantor? Suplica siempre en voz baja que se le pida que cante, á fin de fingir que se hace de rogar? cómo le vá á ese hombre de seis piés, con las espaldas de tambor mayor y su voz de chantre de catedral?

—Mr. d'Hervillier progresa; ya canta sin que se lo pidan.

—Eso es que está desesperado; dijo el príncipe continuando su rechifla. Y ese enorme Dumolard, el hermano de vuestra *amiga íntima*? y Mr. de Moutbar acentuó estas palabras con una estremada malevolencia; ese hombre de una obesidad irritante, presta siempre su coche y cuarto á las *bellas damas*, por cuyas generosas complacencias se le llama el *ómnibus*?

—Mr. Dumolard es siempre citado por su enorme cortesanía... respondió la princesa, que me pareció que—

rer luchar en ironía con su marido. Pero había en este juego de chanzas algo de amargo, de frío, muy distante de esa alegría dulce y comunicativa, que nace de la confianza y del cariño.

—Pero á propósito de su hermana; repuso el príncipe casi con acritud. Sabeis que se habla mucho, mucho de vuestra nueva amiga?

—De mi nueva amiga?

—Sí, de Mma. Wilson.

—Psit, nada tiene de particular... Es una muger elegante! De qué y de quién se puede hablar sin esto?

—Es por qué hay un Mr. Wilson? preguntó el príncipe con un tono de mofa casi insolente.

La princesa frunció ligeramente las cejas, y despues contestó con una sonrisa violenta:

—No sé á que fin me haceis esa estraña pregunta.

—En primer lugar, nunca se vé á ese Mr. Wilson.

—Si pudiera dudarse de la existencia de los maridos que no parecen nunca en el mundo, contestó Regina; confesad que la vuestra estaria un poco comprometida.

—No creo, ó por mejor decir, creo que nunca podrá establecerse una comparacion entre mí y monsieur Wilson; dijo el príncipe con altivo despecho mal contenido, porque Mr. Wilson es uno de esos hombres ridículos que...

—Mr. de Moutbar, permitidme ofreceros esta gelatina de ananas..... Está escelente, dijo la princesa, interrumpiendo á su marido, que, comprendiendo que Mma. de Moutbar no queria seguir esta especie de disputa delante de nosotros, aceptó sin duda por política el manjar que le presentaba su esposa, puesto que

no lo tocó, y repuso pasados algunos momentos de silencio:

—Cuando fuí una vez á vuestra sala de pinturas á admirar uno de vuestros cuadros, ví sobre una mesa tres ó cuatro gruesos in-folio. Qué significa eso? os habreis propuesto ser una muger sabia?

—Son grabados... una coleccion de retratos históricos que Mr. Just Clemente ha tenido la bondad de prestarme. Buscaba un modelo para un baile de trages, y Mr. Just me aconsejó que eligiese entre los grabados que heredó de su padre.

—Y qué tal está el capitan Just? preguntó el príncipe, no ya con el acento burlesco con que habia acompañado sus preguntas sobre algunos amigos de su muger, sino con gravedad y con una especie de vacilacion....

En el momento de nombrar al ca-

pitán Just, noté que el príncipe, sentado á la mesa frente á su muger, no separaba de ella los ojos como queriendo observarla.

Regina me pareció apercibirse de la atención casi inquieta del príncipe, y respondió con una completa sencillez:

—Mr. Just está siempre triste desde la muerte de su padre... pero su tristeza es dulce y tranquila. Lejos de temer las ocasiones de hablar de sus recuerdos, las busca, por el contrario; y siempre me halla dispuesta á ofrecerle ese consuelo, porque yo tenía á su padre tanta veneración como cariño.

—El doctor Clemente era, en efecto, uno de los hombres mas respetables, respondió el príncipe, y puesto que hablamos de él, os diré que su protegido y el vuestro, ese jóven médico que nos habia reco-

mendado, partió ayer para Moutbar.

—Ya lo sabia yo; vino á pedirme permiso, respondió la princesa, y os doy gracias por haber...

—No hablemos mas de esto, dijo el príncipe interrumpiendo á su esposa; ya sabeis que me contemplo dichoso en poder seros útil; pero volviendo al capitan Just, su tristeza debe hallarse mal en medio de todos vuestros elegantes.

—Cuando Mr. Just Clemente desea verme, repuso la princesa, me escribe dos letras por la mañana; y le recibo bastante temprano, á fin de que no se encuentre con nadie.

—Apruebo con el alma vuestro proceder; el capitan Just tiene derecho á ser distinguido particularmente, no solo á causa de la triste posicion en que se halla, sino tambien por su valor, por su mérito personal: aunque jóven todavía, lo confieso, es

un hombre que merece consideracion.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas por el príncipe con un acento de verdad, que me encantó. Mma. de Moutbar pareció sentir la misma impresion, porque en vez de seguir hablando á su marido en un tono áspero y friamente político, su voz se hizo dulce y natural.

—Os agradezco infinito, contestó la princesa, que apreciéis con tan generosa imparcialidad á un hombre que no está, como vulgarmente se dice, en *nuestro mundo*, y que será, al menos así lo creo, con el tiempo uno de mis mas leales y mejores amigos.

Sea que el príncipe se arrepintiese del primer movimiento á que al principio habia cedido haciendo justicia al capitan Just, sea que la respuesta de la princesa le hubiera causado al-

gun secreto despecho, repuso con una sonrisa que me pareció irónica y forzada:

—No concedereis probablemente al capitán esas visitas privilegiadas, sino hasta que se quite el luto?

—Y por qué? preguntó gravemente Regina.

—Porque el capitán, no por ser menos elegante que vuestros elegantes, es menos encantador; por el contrario, añadió el príncipe riéndose, si es tan vivo como sabio, tan amable como distinguido y tan hermoso como valiente, todo esto creo que no sea una razón para que no sea muy peligroso.

—Qué locura! dijo la princesa.

—No sabéis lo que es el capitán Just..... bajo el punto de vista de la seducción, dijo el príncipe continuando en reírse con un aire algo disgustado. Ha emprendido aventuras

muy estrañas, y entre otras ha causado una pasion frenética, loca. Es una verdadera novela; la pobre muger ha abandonado todo por seguir al capitan á la Argelia, á pesar de él, y ha sido muerta en un encuentro con los árabes.

—Teneis razon, dijo la princesa sonriéndose, es inverósimil ó imposible como una novela.

—Pero mirad que os hablo muy seriamente, repuso el príncipe, y os puedo citar el nombre de la heroína.

—Prefiero ignorarle, á fin de creer la aventura, respondió la princesa sonriéndose.

Despues, levantándose de la mesa, añadió:

—Os ruego que me disimuleis si os dejo tan pronto, pero no estoy aun vestida; Mma. Wilson debe venir á buscarme y no quisiera hacerla esperar.

— El príncipe se levantó también de la mesa y dijo á Regina:

— Adios, puesto que ya no os veré antes de mi partida á Fontainebleau.

— Adios, dijo la princesa, y no prolongueis demasiado vuestra ausencia.

— Siempre estaré deseando hallarme á vuestro lado, bien lo sabeis, dijo el príncipe, y entró en su habitación, mientras que Regina se dirigia á la suya.



LXIV.

EL BAILE.



UNQUE muy insignificante, en apariencia, la conversacion de la princesa y de su marido, habia estado para mí llena de graves revelaciones. Reinaba evidentemente una violentada frialdad entre Mr. de Moutbar y su esposa. El veia con disgusto la intimidad de la princesa y de Mr. Wilson; rendia fielmente homenaje á la

superioridad del capitán Just, contra quien sentia, sin embargo, unos celos instintivos..... y este instinto no debia engañar al príncipe; porque lo diré?... tambien yo participaba de estos celos; mi corazón se habia oprimido dolorosamente cuando supe la especie de intimidación que existia ya entre el capitán Just y Regina; celos insensatos, viles y estúpidos, de mi parte, porque ay de mí! yo no esperaba nada de mi amor. Pero aunque insensatos, viles y estúpidos estos celos, no por eso fueron menos terribles, y entrevia una tortura mas cruel aun que la de amar sin esperanza.

Después de comer con mis compañeros, subí á la ante-cámara de la princesa. Poco tiempo hacia que estaba, cuando oí el ruido de un carruaje que entraba en el patio del pa-

lacio; muy poco despues introduje á Mma. Wilson en la habitacion de la princesa.

Cuando cerca de un cuarto de hora despues salieron estas dos encantadoras mugeres por una de las puertas del salon en que yo esperaba, me quedé deslumbrado y atónito; era imposible encontrar dos bellezas mas completas, y sin embargo, mas diferentes que las de la princesa y su amiga.

Mma. Wilson, blanca y de un cutis rosado, de ojos azules y cabellos negros, vestia un trage de terciopelo verde pálido, guarnecido de ondas de encaje unidas á ramilletes de rosas de canutillo; un elegante tocado de las mismas flores, completaba este trage encantador.

La princesa, de una estatura mas elevada que Mma. Wilson, pero no menos esbelta, llevaba un vestido

negro de moiré caído, cubierto de una corta túnica de gasa blanca, guarnecida de hojas de camelias naturales, prendidas con diamantes, que brillaban en medio de esta resplandeciente verdura, como otras tantas gotas de rocío cristalizadas; una corona de hojas verdes sin flores, también estrellada de diamantes, ceñía la frente blanca y soberbia de Regina. Este vestido, muy escotado, como se llevaban entonces, dejaba desnudas las espaldas los brazos y el pecho de la princesa, que parecían tener la blancura, el brillo y la firmeza del mármol: sus cabellos de un negro mas azulado que los de Mma. Wilson, en vez de estar recogidos en bandas como por la mañana, se desprendían en largos rizos que acariciaban su seno medio desnudo; colocada muy baja detrás de su cabeza, esta magnífica cabellera era en su nacimiento

una trenza espesa, limpia y brillante que daba mas realce aun á su elegante garganta, esbelta y torneada.

Un ligero rubor coloraba las mejillas de Regina; sus tres lunaritos negros, afelpados y tentadores, contrastaban como otras tantas moscas de ébano con el húmedo carmin de sus labios y el fuego de sus grandes ojos negros, entonces brillantes y animados.

Mucho mas aun que con el negligé de la mañana, Regina me parecia así en todo el voluptuoso esplendor, de una belleza que yo no imaginaba.

Cuando salió de su habitacion con Mma. Wilson, se iban riendo las dos; la risa de Regina era encantadora, porque descubria el bello esmalte de una dentadura brillante, acercando su bouquet á los labios con un movimiento lleno de gracia.

—Picara, la decia Mma. Wilson,

elegís entre este arsenal de bouquets magníficos el de vuestra florista!

—Cuantos nombres no darán los celosos á este pobre bouquet comprado! dijo Regina.

—Se oirán los de los hombres mas elegantes de París, replicó alegremente Mma. Wilson.

—Confesad, querida mia, que este simboliza la imágen de muchas cosas. Quanto se le envidiará, dijo la princesa con un acento particular; me parece observar que una nube entristece por un momento su frente radiante.

Cambiando estas palabras con madama Wilson, la princesa se habia medio cubierto de una ancha capa de raso guinda forrada de armiño, que su doncella, que la habia seguido, acababa de echárla sobre los hombros, despues de lo cual Julieta le entregó un par de pequeños escarpi-

nes de tafetan negro acolchado, diciéndome á media voz:

—Dareis los escarpines de *Madama* al lacayo de *Mma. Wilson*; encargadle mucho que no los pierda.

Despues entró la doncella en la habitacion diciéndome en voz baja:

—Al momento por el *té*.

Al tiempo de salir del salon, *Madama Wilson* dijo á la princesa:

—Abrigaos bien con vuestra capa, mi querida amiga, porque hace un frio horrible.

Viéndose embarazada sin duda por el bouquet y el pañuelo para envolverse bien en su capa, muy ancha y muy larga, que tenia que recoger para bajar la escalera, la princesa me dió aquellos dos objetos, diciéndome:

—Me entregareis esto en el coche.

Recibiendo de su mano en la mia, su pañuelo y su bouquet, cuyo perfume yo aspiraba tambien, seguí len-

tamente á mi señora, viéndola bajar esbelta y ligera las anchas gradas de la escalera de mármol.

Mma. Wilson, que la precedía algunos pasos, notando que el pequeño pié de la princesa estaba solo calzado con su zapato de raso blanco, la dijo con un tono de afectuoso reproche:

—Cómo, querida mía, con el frío que hace no os poneis los escarpines?

—Vuestro lacayo me los dará al salir del baile, respondió la princesa; entonces no vendrán mal.

—Con qué durante la ópera, queréis tener helados los piés, y á la salida..... tendrá que esperar una hora nuestro coche, y sentireis un frío mortal... Vamos ya no sufro mas, os vais á poner ahora mismo los escarpines y no os los quitareis hasta que lleguemos al baile.

—Vamos... tiranilla; dijo sonrién-

dose la princesa á Mma. Wilson, será preciso obedeceros.

En esta conversacion llegaron la princesa y su amiga á los últimos peldaños de la escalera, donde se detuvieron. Regina me dijo:

—Dadme mi pañuelo y mi bouquet y ponedme los escarpines.

Tomando de mis manos el bouquet y el pañuelo, Mma. de Moutbar se apoyó en una de las balaustradas de la escalera tondiéndome su pié.

Yo me puse de rodillas, delante de la princesa. Cuando tuve en mi mano aquel pié de niño, calzado de raso blanco y seda pálida tan finos, que al traves de su tegido diáfano, veia la trasparencia rosada del cútis..... del cual se exhalaba un débil olor de iris; cuando atando las cintas del escarpin de seda, mis dedos trémulos se encontraron con el delicado tovillo de una torneada pierna; cuando en fin,

los flotantes pliegues del vestido de mi señora rozaron mi cara..... Creí volverme loco... las arterias de mis sienes parecía que querían saltarse, mis manos trémulas quemaban de tal modo, que mi señora hubiera debido sentir su ardor á través de la seda y el raso que la calzaban.

Por fortuna nada notó, y mientras que, aturdido, estaba yo arrodillado á sus piés, ella conversaba en voz baja con Mma. Wilson; algunas risitas contenidas interrumpían solas el ligero ruido de su conversacion.

Desempeñada mi comision, me levanté casi atolondrado y sintiendo vacilar mis rodillas. La princesa, sin mirarme, me dijo dirigiéndose hácia el vestíbulo que servia de primera antesala:

—Me esperareis, Martin?

—Sí, mi señora princesa, respondí balbuciendo.

Los lacayos de la casa se levantaron respetuosamente al pasar la princesa; dos de ellos fueron á abrir de par en par la puerta de la gradería.

Al traves de los cristales, y á la claridad de los grandes faroles de cobre del coche, ví á las dos jóvenes subir á una elegante berlina, que arrastraban con rapidez dos magníficos caballos de color gris y brillantemente enjaezados.

Temblando aun con el acre y terrible placer que acababa de saborear, miraba alejarse el coche, sumergido en una especie de éxtasis, cuando desperté á la realidad de mi condicion por la gruesa voz de uno de los lacayos del palacio, que, cerrando bruscamente la puerta del vestíbulo, despues de la partida de nuestra señora, gritó brutalmente:

—Eh... mozo!

Esperimentando una indecible turbacion, presa de ideas locas, ardientes y dolorosas, se me resistia el ir á tomar el *té* á que la doncella de la princesa convidaba para festejar mi bienvenida: hubiera preferido estar-me en casa hasta la hora de bajar al salon, para esperar en él á mi señora; pero pensando en la recomendacion del doctor Clemente, respecto de los tenebrosos planes de Duriveau, creí que esta reuniou doméstica me ofreceria tal vez la ocasion de descubrir alguna cosa.

Por otra parte, suele suceder que cuando el espíritu se fija en las eventualidades de un peligro, á la vez amenazador y desconocido, cualquier cosa le inspira desconfianza, y se entrega á las suposiciones mas aventuradas; así, pues, reflexionando sobre la reciente y estrecha intimidad de la princesa y de Mma. Wilson, intimi-

dad que parecia ejercer una grande influencia en Mma. de Moutbar, me pregunté con que fin habia lanzado Mma. Wilson á Regina tan repentinamente en medio de un torbellino de fiestas y de placeres; á Regina que vivia, no obstante, en una solitaria tristeza, si este cambio tan inesperado en sus hábitos no era para favorecer los proyectos vengativos del conde Duriveau?

¿Pero, por qué razon habia yo de retroceder ante el aviso de ciertos pensamientos, encerrados en lo mas profundo del corazon? A pesar mio, me sentia casi celoso de Mma. Wilson; sus consejos habian sin duda movido á Regina á distraerse de su melancolia; y en el inflexible egoismo de mi afecto, no queria yo verla sofocar sus padecimientos. Su febril ardor por el placer, era á no dudarlo fingido; pero se me figuraba,

y mi corazón se dolía de ello, que mis sacrificios eran menos útiles á Mma. de Moutbar, desde el momento en que ella encontraba alguna distracción en medio de las locuras del mundo. Yo hubiera preferido verla triste, abatida como antes, á fin de poder un día sacarla de su tristeza, de su aislamiento, volviéndola el cariño que debía echar de menos amargamente.

Estas reticencias, estos celos, estos cálculos en el verdadero afecto, son pueriles, y algunas veces indignos. Pero, ¡ay de mí! Es la historia de mi corazón lo que con severidad voy refiriéndome ahora.

Otra razón tenía también para ir á casa de Mlle. Julieta, á pesar de mi repugnancia. Es muy posible, me había dicho también el doctor Clemente, que el conde Duriveau, para

conseguir sus fines, tenga entre los dependientes de la princesa alguna persona adicta, colocada allí por él mismo.

Yo no sabia aun hasta que punto podia ser fundado este temor; no habiendo visto á mis nuevos compañeros mas que por la mañana en el almuerzo y por la tarde en la comida, comida bastante corta, y en la cual mi presencia como recién admitido, debia por necesidad haber desvanecido la confianza y libertad habituales; nada habia podido observar.

La reunion nocturna, mas animada, mas íntima, iba tal vez á facilitarme mis observaciones; por otra parte, á primera vista, mis compañeros de servidumbre parecian no sospechar nada; Mlle. Julieta y otra doncella de la princesa encargada de la lencería, ambas bastante jóvenes,

y de las cuales la una, Mlle. Julieta, era muy fea, parecian unas honradas é inofensivas criaturas; el ayuda de cámara del príncipe, viejo criado que le habia visto nacer, no debia, á mi entender, escitar la menor desconfianza; y el mayordomo, hombre grave y minucioso, parecia estar continuamente absorvido por la importancia de sus funciones.

En cuanto á nuestro gefe de cocina, hubiera sido necesario ser un lince, para encontrar un tenebroso maquinador, bajo aquel aspecto bonachon, pálido y abotargado.

Entre los dependientes de la casa, solo los personajes de que acabo de hablar asistian á tomar el té, porque reinaba entre ellos una especie de demarcacion; ayudas de cámara y lacayos de librea ó palafreneros, que no estaban en intimidad con los otros.

Cuando entré en la habitación de Mlle. Julieta, estaban ya reunidos mis compañeros y la mayor parte de los convidados.

En este momento me acordé de las varias revelaciones que se habían hecho en la conversacion de muchos lacayos reunidos en torno de las gradas del Museo: yo debía oír en esta reunion vender secretos domésticos, de una importancia muy diversa de los que ya había sorprendido; y la vida de muchos personajes eminentes mirados bajo el punto de vista de su vida privada, iba á presentárase bajo el aspecto mas singular.



LXV.

EL TE.



ACOMODÓSEME con mucha amabilidad en la *sociedad* de Mlle. Julieta, que me presentó á sus convidados, diciendo :

—Este es Mr. Martin, nuestro nuevo ayuda de cámara; despues señalándome los personages á medida que hablaba, añadió Mlle. Julieta.

—Mlle. Isabel, de casa de Madama Wilson.

—Ya he tenido el placer de ver á esa señorita esta mañana; dije inclinándome.

—Mma. Lambert, de casa de Madama la marquesa de Hervieux; añadió Mlle. Julieta, señalándome á una jóven de una presencia muy agradable, peinada sin ningun adorno en la cabeza y ataviada con gusto.

Recordé que al tiempo de comer, el príncipe habia anunciado á su esposa que iba á cazar con el marqués de Hervieux; Mr. de Hervieux era el marido de la jóven y encantadora muger que yo habia visto en las gradas del Museo, tan cruelmente espuesta á los insolentes ademanes de los criados.

Mlle. Julieta terminó su nomenclatura femenina, diciéndome con sonrisa:

—Mlle. Astarté, de casa de Madama la *ministra* de justicia.

Saludé á Mlle. Astarté, cuyo nombre se anunciaba con tantas pretensiones. La fisonomía de esta jóven me pareció impertinente y burlona. Astarté tenia cerca de treinta y seis años. Debia haber sido notablemente linda; sus cabellos eran hermosos y muy negros, sus dientes encantadores y su cintura de una perfecta elegancia; la dama de mas tono no se hubiera compuesto con mas gusto y sencillez que Mma. Astarté. Llevaba sobre sus cabellos alisados en bandas, un bonito gorro de *soirée*, de tul guarnecido de pequeños racimos de flores de color de cereza; y un vestido de terciopelo negro, medio ocultaba un pié, combado y calzado de raso negro, que me recordaba el de la princesa.

—Esperábamos á Mma. Gabriela, el ama de llaves del conde Duriveau; me dijo Mlle. Julieta; pero su señor

es tan tirano, que nunca puede una fiarse, ni contar con ella.

Al oír estas palabras me felicité doblemente de asistir á esta *soirée*.

El personal masculino de la sociedad era menos numeroso; reduciase á dos de mis *cohermanos*. Mlle. Julieta me los presentó de esta manera.

—Mr. Benard, secretario de monsieur Lebouffi, el famoso diputado; Mr. Carlos, llamado *Leporello*, ayuda de cámara del señor baron de San Mauricio, el leon de los leones, llamado D. Juan.

Habia en el exterior, en la figura de estos criados, la misma diferencia que debia existir entre sus amos. El secretario de Mr. Lebouffi, el célebre diputado, era un hombre alto, vestido de negro, compuesto, grave, satisfecho de sí, de cabellos grises y raros, que me devolvió mi saludo con

una suficiencia enteramente *parlamentaria*.

Leporello, (nombre que me probaba que en la antecámara no faltaba su parte de literatura), lejos de parecerse, por lo demás, al tipo del medroso criado de D. Juan, era un guapo jóven, vivaracho, atrevido, de gentil talante y maneras caballerosas, que llevaba con bastante elegancia un traje que sin duda habia pertenecido á su amo; parecióme ser la *coqueluche* de aquellas damas, y que se mostraba muy obsequioso con Mlle. Astarté, la reina de la *soirée*.

—Tambien esperábamos aun al bello Fœdor, me dijo Mlle. Julieta, despues de esta presentacion en forma; pero no podemos contar ya con él ni con Mma. Gabriela, ama de llaves del conde Duriveau.

—Es tan *tirano* su amo como el conde Duriveau? pregunté á Julieta,

tratando de imitar el tono murmurador de nuestra reunion.

Mi pregunta fue acogida con una carcajada general. Viéndome algo desconcertado, el secretario del diputado acudió oficiosamente á mi socorro, y dijo con un aire de importancia:

—La pregunta de nuestro *honorable cólega* es muy natural, atendiendo á que sin duda ignora cual es la persona á quien sirve el *bello Fædor*.

—Es verdad.

—Cierto; dijeron muchas voces.

—Querido mio, me dijo Leporello con un tono resuelto; el *bello Fædor* no tiene señor, pero tiene una señora... que es la suya... ¿comprendéis?

—Ah Leporello! Leporello! gritaron muchas voces con un tono de reconvencion. Teneis una lengua viperina.

—Decir todo eso así; sin mas ni mas... á Mr. Martin!

—Mirad, le estais confundiendo.

En efecto, por una necia coincidencia, habia pensado involuntariamente en Regina; ruborizóse mi frente, y á pesar de mis esfuerzos para contestar con voz segura á Leporello, balbucié:

—En efecto... no... comprende... bien.

—Yo os lo explicaré, querido mio, repuso Leporello con un aplomo insolente. El bello Fædor está al servicio de Mma. la marquesa de Corbinelli; él tiene cinco piés, siete pulgadas, y veinticinco años; está fresco como una rosa y tiene soberbias patillas tan negras como los cabellos de Astarté. Comparadle ahora con el físico de su vieja marquesa italiana, de cincuenta años, que lleva diamantes de dia, colorete como en

carnaval, una peluca castaña con ciertas rayas de carne, y comprendereis, querido mio, por qué he dicho que la señora del bello Fædor..... es la suya. Já! já! es esto lo que os admira, no es cierto?

—Sí, á fé mia, me admira; contesté dominando mi turbacion, y me parece que eso debe admirar en gran manera á todo el mundo; no es cierto, señoras? añadí, esperando generalizar la conversacion, y librarme de la atencion de que yo era objeto.

—Admirar... sí, pero no tanto dijo Astarté; nada hay acaso tan comun como ver señores que nos tienen por señoras á nosotras, doncellas de sus *legítimas*.... eso se vé á cada paso; y sin ir mas lejos, cuando yo estaba en casa de la duquesa de Rullecourt, sucedió la famosa historia de la baronesa de Surville con el gran Laforets, el picador de su marido, pero es pre-

ciso decir tambien en honor de la verdad, que la baronesa era muy aficionada á la caza.

—Por lo demás, repuso el viejo Luis, ayuda de cámara del príncipe de Moutbar; yo me he dejado decir por mi padre, que habia sido educado en la casa de Soubise, que bajo el antiguo régimen muchas damas de la córte tenian ayudas de cámara que las peinaban, y que los picarillos... en fin, basta.

—Yo lo creo, dijo el secretario del diputado, binchándose de carrillos; bajo el antiguo régimen no habia costumbres, era el tiempo del derecho del señor, del parque de los bueyes, y del ojo-de-ciervo... no, del parque de los ciervos, del ojo-de-buey y de los talones rojos...

—¡Bravo! dijo Leporello riéndose.

—A propósito, exclamó Bernard.

Mi querida Astarté, podeis advertir á la muger de vuestro ministro, que mañana su esposo no debe hacer otra cosa que tenerse firme...

—Cómo?

—*Monsieur* ha perorado y gesticulado hoy por espacio de mas de dos horas en el tocador de Mma. delante de su psyquis. Fué una verdadera comedia..... para figurar la tribuna, habia puesto boca arriba el baño de Mma., metiéndose en él y sirviendo de tapadera, tendiendo los grandes brazos delante del espejo como un imbécil, echándose á sí mismo miradas espantosas, enseñándose los puños, y en fin, tratándose como el último de los últimos.

—Ensayaba, pues, dijo Astarté, la escena que debe representar delante de nuestro ministro?

—Ciertamente, contestó Bernard; tanto mas, cnanto que hablaba con

su órgano de tribuna, como él dice; se ha ensayado mas de veinte veces, y aun le oí esclamar en la antecámara: *Me coloco en esta tribuna, experimentando una repentina emoción..... La Francia está allí... yo quiero que ella me oiga....* Parecia que lo que le costaba mas trabajo decir naturalmente eran estas palabras: *emoción repentina*, pero al fin se salió con la suya. Cuando decia: *La Francia está allí*, hacia un gran gesto señalando la puerta del guarda ropa de Madama; añadió el secretario del hombre político, participando de la hilaridad que escitaba lo que referia.

—Y en resumidas cuentas, repuso Astarté riéndose; vuestro amo trabaja en valde, trabaja para ponerse en ridiculo... eso es todo. En eso se parece á muchos; porque he oido decir á mi ministro que se hallaban por mil escudos al año, escelentes di-

putadillos que no hablaban aun bastante mal...

—Y sigues tú haciendo dura la vida á tu *ministra*? preguntó Mademoiselle Julieta á Astarté.

—Tal creo; así es que esta noche queria ella ir á las diez al baile del interior; pero yo, que deseaba estar aquí á las ocho, la he dicho que tenia que salir; la he hecho vestirse al levantarse de la mesa, y aun antes, impidiendo de este modo que reventase, pues come como una gomia. Ahora, compuesta como un relicario, estará esperando junto al reló la hora de ir al baile! válgame Dios qué tocador! qué paquete! qué corpanchon!

—Segun eso, dije á Astarté, tenéis un talisman para hacer lo que quereis de vuestra ama?

—Su talisman, contestó Julieta riéndose, consiste en que ha sido por

espacio de quince años primera doncella de Mma. la duquesa de Rullecourt, la belleza mas notable de la Restauracion, y que Mma. de Poliveau, (este es el nombre de la *ministra de Astarté*) está tan orgullosa con tener á su servicio una primera doncella de la duquesa, que Astarté maneja absolutamente esta casa, honrada al parecer con ella.

—Oh! ahora ya comprendo; dije á Astarté.

—Hé ahí todo mi secreto, me respondió ella. Pero aquellas gentes son tan lugareñas, tan bestias, tan sucias! Por lo demas esto es muy chusco; cuando vá una de las cólegas de mi ministra á verla, como si dijésemos Mma. Galimard del comercio, ó Madama la ministra del interior, cuyo abuelo por la parte materna era portero, me llama mi ama bajo el pretesto de darme una órden, y despues

dice á media voz á sus cólegas, irguiéndose como un pavo real, y señalándome de reojo:

— *Esa es mi doncella; ha estado quince años en casa de la famosa duquesa de Rullecourt, y mi ministra se sonríe mientras las otras rabian.*

— Es gracioso, exclamó Leporello riéndose. Yo conozco á un imbécil amo que saluda siempre á su cochero antes que á nadie, porque es inglés y ha servido en casa del famoso lord Chesterfield.

— Otra comedia, dijo Astarté. Desde por la mañana hasta la noche, no hace otra cosa mi señora que preguntarme: Queridita (*ella es familiar...* continuó Astarté, haciendo una especie de paréntesis con increíble insolencia.) Queridita; cómo se vestía Mma. la duquesa? cómo se peinaba Mma. la duquesa? cómo era el gorro de dormir que se ponía mada-

ma la duquesa? cómo eran las sábanas de Mma. la duquesa? Y aun espero; Dios me perdone! que el día menos pensado me pregunte: cómo Mma. la duquesa...

Una carcajada general interrumpió á tiempo el entusiasmo de Astarté, que continuó:

—Y qué diré del ministro? Es la misma cancion con otro tono. Como este paleta es tan ignorante, y al mismo tiempo se precia de saber vivir, continuamente me está preguntando: mi buena Astarté (¡vaya un droguero!) mi buena Astarté, se hacía así esto en casa del señor duque? Mi buena Astarté, cómo se vestia el señor duque por la noche? Mi buena Astarté, cómo se servia la mesa en casa del señor duque?

—Aun no lo habeis contado todo, bella Astarté, repuso galantemente el secretario del hombre político.

Estoy seguro de que vuestro ministro os ha dicho: mi *buena* Astarté; os hacia la corte el señor duque?

—Así es, contestó Astarté. Un dia quiso darme broma, y me dijo: mi *buena* Astarté, estoy seguro de que el señor duque os hallaba encantadora, y que os ha dado pruebas de ello.

—No, señor, respondí á este hombre grosero, porque para probarlo, el señor duque hubiera comenzado por amueblarme un cuarto, y darme cien mil francos para establecerme. Despues de esto el ministro no volvió á chistar, murmuró algo y se marchó. Sin embargo, hubiera sido gracioso educar á un ministro de justicia y enseñarle los buenos modales; pero es tan feo, tan sucio, tan reñoso, que le amenacé con decírselo todo á su muger si insistia y aunque no insistiese. Así es que, gracias á mi virtud, hago lo que quiero de la

casa, nombro escribientes y porteros como quien no hace nada. Qué mas puedo desear? Yo tenia tambieu á una amiga que servia á una muger, cuyo marido era sub-gefe de *nuestras* oficinas, y he hecho que se le nombre gefe, cometiendo una injusticia atroz.

—Reclamo tu proteccion para el hermano de una compañera mia, dijo la doncella de la marquesa d'Her-
vieux. Yo te lo recordaré, Astarté.

—No tienes mas que hablar..... y diré á mi ministro: el señor duque, que era gentil hombre de cámara de Carlos X, no hubiera rehusado jamás una gracia á ninguno de su casa. Os digo que no hay nada mas orgulloso que estos hombres que medran á galope.

—Y cuando pienso, replicó nuestro huesped, que yo tenia un primo, bravo y digno muchacho, *mancebo*

de tienda del estado del duque, que antes de la revolución de julio, pertenecía á una sociedad secreta donde se juraba con puñal en mano ódio á los reyes, á los nobles y á los curas, y que ha visto cien veces á vuestro ministro, Astarté, que era entonces Mr. Duriveau, simplemente, jurar y rejarar, como un endemoniado, ódio á los reyes, á los nobles y á los curas!

—Hé ahí, contestó Astarté, porque se le encoge el ombligo en cuanto vé una sotana, y porque ayer aun me decia volviendo los ojos.

—Mi buena Astarté: el señor duque iba todos los domingos á misa, no es cierto? Sí, señor, iba á misa, pero hacia todos los años 25,000 francos de limosnas en sus tierras. A esto el roñoso lugareño ha respondido con un *hum! hum!* y ha sepultado su enorme cabeza entre sus es-

paldas redondas, como un caracol en su concha.

Esta conversacion fué interrumpida por la llegada de nuestro cocinero: este personage hizo una entrada magistral, seguido de su ayudante, y llevando en una fuente cinco ó seis pasteles recién sacados del horno. La reunion acogió esta galantería culinaria con señaladas muestras de aprobacion; los pasteles fueron colocados en una mesa, junto á un servicio de té de lindísima porcelana inglesa; el ayudante de cocina, respetando las leyes de la gerarquía, salió lanzando una codiciosa mirada sobre los pasteles y sobre los *convidados* de Mlle. Julieta.

—Os suplico que me perdoneis, señores y señoras, dijo el cocinero, si me presento de uniforme, y señaló su chupa blanca y su gorro de algodón: él habia permanecido fiel,



Os suplico que me perdoneis, señoras y señoras, dijo el cocinero.

palas redondas, como se veen en
su corte



estados le ofe, caritas y amores, abstracion en sus colinas ofe

segun decia, á aquel gorro tradicional y clásico, despreciando la *toca* de percalina blanca de los novadores, de los que él llamaba *románticos*; perdonareis, pues, la presencia de un soldado que sale del fuego, añadió.

—Esta es vuestra mejor excusa, *señor jefe*, dijo graciosamente Astarté, enseñando los pastelillos colocados en la fuente con cierta elegancia.

—Creo, en efecto, que gustará mi excusa á las señoras, respondió el cocinero; os recomiendo, sin que esto sea alabarme, esos *pastores á la crema picados con fresas*; son unos intermedios primorosos. El gran *Carême*, á cuyas órdenes yo tenia el honor de servir en el congreso de Viena, los habia inaugurado en la mesa de S. E. el señor embajador de Francia..... la víspera de aquel fatal banquete...

—Contad esa historia, siquiera

por Mr. Martin que no la conoce; nosotras lo oiremos una vez aun, dijo Julieta riéndose.

—Qué historia? preguntó Leporello.

—Ya hay dos que no la saben, replicó Astarté riéndose, vamos, señor gefe, con toda franqueza.

—Por mi parte, dije yo, tengo los mayores deseos de oirla.

—Si refiero con tanta frecuencia esta historia, contestó el cocinero, es por protestar siempre, protestar continuamente contra una vileza, una traicion de un cocinero francés del todo incapaz.

—Diablo! eso es muy grave, dijo Leporello.

—Iba en ello nuestro honor, caballero, exclamó aquel etiquetero gefe, que sabia, por otra parte, perfectamente su oficio. Hé aquí el hecho en dos palabras: estábamos en

Viena; yo tenia el honor de servir á las órdenes del gran Caréme, en casa del señor embajador de Francia, los señores miembros del cuerpo diplomático comian alternativamente los unos en casa de los otros, á lo cual llamaban comer en *Francia*, en *Inglaterra*, en *Rusia* etc, etc.; y ya sabeis la rivalidad que existia entre los señores gefes de cocina. La víspera de la signatura de los tratados, se comia en casa de Mr. el príncipe de Metternich; este era el banquete mas importante del congreso, tan importante que Mr. el príncipe de Metternich se habia dignado corregir el menudo por su mano, y añadir por bajo: *tratar esta comida como una comida de testas coronadas*. Yo he visto el autógrafo y tengo una copia de él en mis papeles.

—Esto se hace muy interesante, dije al cocinero, nadie diria sino que

se trata de un negocio de Estado.

— Se trataba de un asunto europeo, señor, contestó el cocinero diplomático; y vais á ver por qué; habia existido hasta entonces, como ya he dicho, una terrible rivalidad entre los señores gefes de cocina de los señores embajadores; pero rivalidad noble, leal.... desgraciadamente esta lealtad tuvo su término; el dia de aquel banquete solemne.... un vil, un infame, en vez de combatir á campo abierto ó mas bien á horno abierto, compró á precio de oro á uno de los ayudantes del gefe de las cocinas de Mr. el príncipe de Metternich: yo no sé que abominable droga se mezcló en la mayor parte de los manjares de aquel banquete real.... dispuesto con tanto amor, con tanto respeto, por los reposteros del príncipe y...

— Ah! ya lo adivino, dijo Leporello riéndose.

—Aun no se habia llegado á los postres, continuó el cocinero, generosamente indignado contra tan indigno proceder, cuando ya muchos de los señores miembros del cuerpo diplomático, sintiendo graves incomodidades, se vieron obligados á abandonar la mesa..... siguiéronse algunas ligeras indisposiciones, la signatura de los tratados se retrasó muchos dias... y Dios sabe las intrigas que se pusieron en juego durante aquellos tres dias! añadió el cocinero con un tono misterioso y diplomático.

—Lo cierto es que ese juego diplomático fué un poco chistoso, dijo Leporello.

—Lo peor del caso fué, añadió tristemente el cocinero, que no habiéndose conocido jamás al autor de esta infamia, las sospechas recayeron alternativamente sobre la Inglaterra,

sobre la Rusia, sobre la Francia!....
Sobre la Francia..... oh! jamás, yo protesto, protestaré siempre; si se me permitiese acusar á alguien, acusaría á la Rusia, porque su cocinero mayor era un desdichado *marmiton*, digno á penas de servir en casa de uno de vuestros ministros, señorita Astarté.

—Lo creo..... banquete de ministro, está dicho todo, replicó Astarté.

—Escepto uno, continuó el cocinero, demos al César, lo que es del César. G. E. el señor conde de M^{***} ha sido el único ministro, cuando tenia el honor de dirigir los negocios extranjeros, en cuya casa se ha servido siempre una mesa de cincuenta cubiertos *calientes* sazonados y esquisitos; pero esto se esplica perfectamente; el señor conde de M^{***} es un gran señor que ha conservado las buenas tradiciones. Por lo demás,

despues de las comidas de ministro, lo que yo he visto mas atroz, son las comidas ordinarias de un americano colosalmente rico, en cuya casa me descarrié por espacio de tres meses... patas de carnero con judias, trozos de vaca en coles, flan de criadillas, tal era la refaccion ordinaria, pero seis veces al mes unas comidas... oh! comidas dignas del gran Carême..... verdad es que al dia siguiente se vendian las sobras á los *restauradores* de medio pelo..... Estos *estremos* no se avenian con mi manera de trabajar y deserté... Por lo demas, hay muchas casas semejantes, añadió filosóficamente el cocinero, todo apariencia, nada realidad...

—Que es ni mas ni menos lo que sucede con muchos de nuestros, *elegantes*, repuso Leporello, y digo *elegantes*, añadió con suficiencia, porque á no ser las mugeres de notario

ó de ministro, ya nadie los llama *leones*; aquellos picarillos tienen una cuenta de cien francos en casa del comerciante y dos mil en la del sastre... esto no vá con mi amo, porque despues del señor mariscal S^{***} mi amo es el *mayor comerciante* que existe... Y á propósito de mi amo, os diré que esta mañana le he salvado buenamente la vida... porque, sin mí mañana se tendria que batir á muerte con Mr. de Blinval y seria muerto tan seguro como vos teneis los ojos mas lindos del mundo, Astarté...

—Ay Dios mio! contadnos el suceso, Leporello, dijo Julieta.

—Oh sí; quedará entre nosotros... cómo siempre? exclamó Leporello, antes de comenzar su historia, y cuadrándose delante de la chimenea, con los pulgares metidos en las escotaduras de un chaleco flamante, quedará entre nosotros, eh?

—Por vida! le respondieron todos á una voz.

—Mi amo, continuó Leporello, es, como sabeis, el amante de las señoras de Beaupreau y de Blinval, pero mas comunmente de Mma. de Blinval.....

—Calla! tambien de Mma. de de Beaupreau?... preguntó la doncella de la marquesa d'Hervieux; entonces será conquista nueva?

—Del 17 de noviembre por la tarde, respondió Leporello; yo estuve encendiendo el fuego la mañana de aquel dia en un pequeño gabinete que mi amo tuvo que habilitar, á causa del aumento de su clientela; pero volviendo á Mr. de Blinval, é él es necesariamente el amigo íntimo de mi amo, puesto que mi amo es el amante de su muger.

—No sucede así en nuestra casa; dijo la doncella de la marquesa

d'Hervieux, aquella encantadora joven rubia que yo habia visto en las gradas del Museo: el señor marqués no puede sufrir á Mr. de Bellerive.

—A propósito de tu ama, dijo Julieta á su compañera, cuando concluía su historia Leporello, recuérdame que te diga alguna cosa que la agrade.....

—Corriente; continuad, Leporello.

—Aquella mañana, pues, habia yo dejado la habitacion de mi amo para ir á comunicar una órden al cochero; el barrendero se habia quedado arriba durante mi ausencia. Llega monsieur de Blinval; se le abre y entra en casa de mi amo; yo vuelvo, el imbécil del barrendero no me dice una palabra, cuando héte aquí que pasados diez minutos llega un hombre con una carta de Mma. de Blinval. Esto corre prisa, me dijo el

hombre, y espero inmediatamente una contestacion. No sospechando ni con cien leguas que estuviese allí Mr. de Blinval, entro con la carta y veo al marido fumando tranquilamente su cigarro con mi amo, y riéndose como un... giboso.

—Jesus!

—Y cómo salisteis de aquel apuro Leporello? preguntaron las mugeres con interés.

—No muy mal, contestó Leporello con fatuidad, no muy mal. Mi amo, viéndome entrar con la carta, alargó la mano para tomarla, diciéndome: de quién es esta carta? El marido estaba tan cerca, que necesariamente debia conocer la letra..... muy chocante por cierto; largos palotes acá y allá...

—Pero acabad, Leporello; como nos haceis padecer! yo estoy toda sobresaltada, dijo Julieta.

—Suponer un nombre... no me sacaba del apuro, replicó Leporello, el diablo de la letra estaba siempre allí.

—Pero concludid, en nombre del cielo.

—Retirando entonces la mano fuera del alcance de mi amo, y por consiguiente fuera de la vista del marido, dije al primero riéndome: no puedo entregar esta carta al señor baron delante del señor vizconde..... Por qué? me preguntó mi amo bestialmente. Porque el señor vizconde conoce la letra de esta carta, respondí sonriéndome. Pero veis que bellaco de Leporello? qué aplomo de Frontin! exclamó el marido riéndose á carcajadas, mientras que mi amo, advertido por una mirada mia, se levantó, tomó la carta y la metió en su bolsillo, despues de haberla visto rapidamente.

—Bravo! Leporello! exclamaron todos.

—Mientras leia mi amo, repuso, decia el marido, abriendo la nariz y frotándose las piernas junto al fuego, veamos si conozco la letra..... De quién demonios podrá ser? despues exclamó repentinamente. Apuesto á que es una carta de *Fifina*, *Fifina* es un *raton* de la ópera, picarilla, de pequeño cuerpo, que egerce alguna influencia en todos esos señores del club. Todo lo adivinas, Blinval, nada se te puede ocultar, respondió mi pobre amo, cuya frente estaba cubierta de gotas de sudor. Ahora bien, añadió Leporello, confesad que sin mi aplomo, y, aun me atrevo á decir, sin mi inteligencia, hubieran sucedido chistosas desgracias, porque Mr. de Blinval es valiente como un leon, tira la pistola como un dios, y mañana mi amo hubiera perecido, si

el marido hubiese visto la carta en cuestion; todo lo cual no impide que se diga de nosotros: esos canallas de criados!

—Eso me recuerda un admirable rasgo de sangre fria del último amante de la duquesa de Rullecourt, dijo Astarté, y vos, Leporello, podreis dar, cuando se ofrezca, la *receta* á vuestro amo. Este amante recibe una carta de la duquesa en circunstancias absolutamente iguales, escepto que no habia un inteligente Leporello para servirle... El imbécil del ayuda de cámara, lleva, pues, la carta de la duquesa; hola! dice el duque al amante, una carta de mi muger? Ella te escribe, pues? El amante no responde nada; lee la carta con una atroz sangre fria, y contesta en seguida al duque. Anda con mil diablos! Pues no me escribe tu muger! Toma, tú desempeñarás la comision, y el

amante coge de encima de la chimenea dos luises que entrega al marido; y para qué son estos dos luises? dice este. Para hacer una de esas insoportables limosnas con que todas las damas de beneficencia nos persiguen; y como tu muger es una de ellas no me ha faltado; y diciendo esto el amante arrojó la carta al fuego...

—Bravo!...

—Divino! exclamaron muchas voces.



LXV.

EL TÉ.

(Continuacion).



UANTO mas iba conociendo las particularidades de mi condicion, tanto mas me persuadia de la exactitud de la reflexion de Leporello. Evidentemente, la mayor de parte de los convidados de Mlle. Julieta, poseian secretos harto temibles para el reposo y bie-

nestar de muchas familias. Esta sospecha fue bien pronto justificada por Madama Lambert, doncella de la marquesa d'Hervieux.

—Leporello tiene razon, dijo ella; frecuentemente los amos nos tratan mal, y á pesar de eso, muchas veces tienen que echar mano de nosotros para introducir la discordia en las familias, promover separaciones, procesos, duelos á muerte.....

—Eso es muy cierto; exclamaron muchas voces.

—Por mi parte, prosiguió Madama Lambert; conozco mas de uno á quien podria hacer mandar á galeras; es una de las personas mas distinguidas de nuestra época, y lo mismo á su esposa que pasa todo el dia en las iglesias y que goza una reputacion de honesta matrona.

—Ah! bah! exclamaron muchas voces con incredulidad.

—Y aun mas; replicó Mma. de Lambert; arruinar completamente una fortuna, que en la actualidad es mas avara que hipócrita, y que consta de mas de trescientas mil libras de renta.

—Y de qué manera?

—Era necesario para heredar de un tio inmensamente rico la fortuna de que os hablo, que la esposa tuviese un hijo. Viendo que no podia conseguirlo, convino, de acuerdo con su marido, en fingir un embarazo. Fue preciso que mi señora me hiciese á mí esta revelacion; á mí, su doncella. Yo me encargué de buscar una muger en cinta y la encontré en una casa aislada. Todo esto pasaba en el campo; mi señora fingió hallarse en estado de preñez, á tiempo que la otra muger de que os he hablado se encontraba á punto de dar á luz un niño que yo recibí en mis brazos, y

que era hermoso á fé mia. Cuando hubo concuido le metí cuidadosamente en la caja de un sombrero, y al llegar la estúpida partera que habia mandado llamar muy tarde espresamente, se encontró un rollizo infante que gritaba como un condenado por tomar el pecho á la nodriza, que ya estaba prevenida. Y bien! continuó Mma. de Lambert; me creereis si gustais, se me ha despedido de la casa por falta de *moralidad*; parece que se habia sorprendido al cochero en mi cuarto; esto me indignó. Fuí á ver á la señora y la amenacé con revelar todo lo que yo sabia acerca de cuanto os he contado..... ¿Sabeis lo que me respendió?

—Qué?

—*Hablad si gustais, querida mia... tan castigados son los cómplices como los culpables.*

—La bribona! dijo Astarté.

— Y es la que no sale de la iglesia! replicó Julieta.

— Ella tenia razon: perdiéndola me perdía á mí misma. Despues de todo esto me hice peor de lo que habia sido hasta aquí, y acaso pueda tomar venganza sin comprometerme, y no lo he hecho hasta ahora... Mas, á propósito, exclamó la doncella de la marquesa d'Hervieux acercándose á Julieta; tú me habias dicho que sabias una nueva que podría complacer á mi ama.

— Tal vez ella lo sepa ya; pero en fin, oye cual es. El príncipe marcha esta noche para Fontainebleau, y vá á pasar cazando cinco ó seis dias con el esposo de tu señora.

— Qué solapado es el marqués! exclamó Mma. de Lambert; nadie lo sabia esta tarde en nuestra casa, pero él nunca obra de otra manera; cuando se vá no quiere que nadie lo sepa

hasta el último momento. Ah! en cuanto á ella seguramente vá á ponerse contenta. Durante su ausencia, ved aquí su vida todos los dias: Por la mañana el baño, el desayuno, despues se meterá apresuradamente en un pequeño fiacre, y á las seis volverá al palacio para comer; despues de comer, escribirá una carta de ocho páginas, que llevaré la mañana siguiente: (Mr. Surville la contestará con un billete de dos líneas), y escrita la carta, preparará su tocador para salir, y volver á ver su *tesoro*. Sus mas bellas toilettes, son para estos momentos.

—Yo les creia reñidos! dijo Julieta.

—Sí, durante seis meses, esta pobre señora, (es tan buena!) ha estado próxima á la muerte; se consumia, que daba lástima; pero mas adelante volvió á ponerse hermosa, su

amante la corresponde con tal ternura!

—Eso está muy bien hecho, dijo Astarté: un marido tan bestia!

—Y tan desaliñado! replicó Madama Lambert. Nosotras sabemos esto, nosotras... Ved aquí, que si el mundo supiera lo que nosotras, disculparia por lo menos á las tres cuartas partes de las mugeres que tienen amantes.

—Siempre las disculparé, dijo Astarté, pues son las mejores amas del mundo; se vuelven tan dulces! tan afectuosas! y en vuestra casa Isabel, no hay nada de nuevo?

—En mi casa, replicó la doncella de Mma. Wilson, se está siempre alegre, siempre contenta; se dice buenos dias y buenas noches al papá Wilson, que no saca las narices fuera de su bufete, y se adora á una niña angelical; aqui está todo.

—Eso es muy gracioso, dijo Astarté.

—El hecho es, replicó Leporello, que yo nunca he oído hablar en casa de mi amo de Mma. Wilson; y Dios sabe de qué modo se viste en ella á las damas del gran tono.

—Lo que consistirá en que esos caballeros desnudan muy á menudo; dijo Astarté.

—Bravo! exclamó Leporello.

—Y aquí? prosiguió Astarté dirigiéndose á la doncella de Regina.

Yo experimenté una ansiedad singular, escuchando la contestacion de Julieta que dijo sin detenerse:

—Aguardad; dónde está Luis?

—Este era el viejo ayuda de cámara del príncipe; todos los ojos se volvieron al sitio que antes ocupaba, pero habia desaparecido discretamente sin que nadie lo observara.

—Se habrá marchado seguramen-

te, replicó Julieta; tanto mejor, nos molestaria y nada podriamos sacar en limpio.

La discrecion de este criado, único que estaba sin duda en el secreto de las escursiones nocturnas del príncipe de Moutbar, me admiró; me preguntaba á mí mismo, por qué prodigio de habilidad habia podido ocultar hasta entonces á los otros cuatro sirvientes de la casa las ausencias de su señor, que segun he sabido despues, se renovaban con demasiada frecuencia.

—Tiene razon Julieta, dijo la doncella de Mma. Wilson; el viejo Luis nos seria molesto. Y bien! ya os lo he dicho en este mismo sitio; despues que la princesa corre los bailes y las fiestas con mi ama...

—Y nada mas de nuevo? preguntó Astarté.

—No á fé mia; la señora recibe

por la mañana la *flor de los guisantes* de la gente de buen tono, como dice Leporello; sus *toilettes* siempre son magníficas; se le envían ramilletes anónimos como el de esta noche, y ella da la preferencia á los de su florista. Yo no sé ni mas, ni menos. Además, si las doncellas sabemos frecuentemente el fin de las cosas, ignoramos en cambio los principios... esto pertenece á los ayudas de cámara; ellos anuncian las visitas, y pueden observar las que son mas ó menos largas, segun que madama esté sola ó con gente ellos pueden observar tambien el semblante triste ó alegre que llevan al salir los que mas frecuentan la casa... si están encendidos ó pálidos, y, sobre todo, si llevando guantes al entrar los llevan todavía al salir. Esto es importantísimo.

—Esa es una verdadera observa-

cion, dijo Astarté. Quién toma la mano de una muger con guantes?

—En cuanto á lo nuevo que pudiera haber aquí en eso, añadió Julieta; yo os diria tambien, dirijios á Mr. Martin, que está presente, pero pienso que no es ayuda de cámara de *madama* sino desde hoy.

—A fé mia, señorita, dije á Julieta; os aseguro que es preciso que las cosas me hieran los ojos, porque no soy muy fuerte en punto á observacion.

—Bah, bah! me contestó Julieta riéndose; eso se vé sin querer. Honorato, que os precedió, señor Martin, no tenia nada de malicioso, lo cual no le impidió, sin embargo, que notase que el señor capitan Just... ese hermoso y altivo jóven, habia venido tres veces á una hora en que *madama* no recibe habitualmente á nadie.

—Já! já! Eso es gracioso, dijo

Astarté riéndose estrepitosamente. Y luego nos decia Julieta que no habia aquí nada de nuevo!

—Soy de la misma opinion que Mlle. Julieta, dije á Astarté. Hace poco tiempo que el capitan Just ha perdido á su padre, que era el amigo de madama, quien hoy mismo, al tiempo de comer, decia al príncipe que el capitan Just estaba aun tan triste que temia encontrar gente en su casa; he ahí sin duda por qué madama le recibe á diferente hora que á los demás.

—Es lo mismo, exclamó Astarté riéndose; nada hay mas tétrico que un hermoso jóven melancólico; yo os recomiendo á ese, Mr. Martin, y cuando tengais la bondad de venir á tomar una taza de té al ministerio de justicia, tendreis tambien que hacer lo que los demas; aquí todos escotamos.

—Sí, por cierto; y nuestros amos son los que pagan, dije á Astarté riéndome, á fin de ocultar la penosa emoción que me causaban aquellas malignas palabras.

—Y sobre todo, replicó Astarté; aquí como veis, no se dice nada malo, nada que deshonne á nadie. Entre nosotros, cada cual dice lo que siente, pero nada se sabe de fuera. Todos los que aquí estamos, podríamos ser *criados terribles*, como diria *Mr. Gavarni*... Pues bien, estoy cierta, de que entre nosotros ninguno tendrá que reprocharse de haber abusado de un secreto contra su amo.

—Ciertamente, exclamó el secretario del diputado. Sin embargo... si quisiéramos!

—Bah! contestó Leporello riéndose, vuestro cráneo de diputado tiene *fâmes*... podriais, pues, entregarle á

una multitud de maridos furiosos.

—No, farsante... pero sí á la rabia de sus electores que son tan ponzoñosos... como los maridos. Escuchad; esta mañana anuncié á *Monsieur* el mas fuerte de todos sus electores, al *carnero del rebaño*, como dice mi amo; oyendo, pues, que el *carnero* estaba allí. «Idos con mil demonios! me dijo mi amo furioso, ya os he dicho que nunca recibia á semejante gente sino de cada cinco veces una: Dios mio! esto me carga. Vaya, puesto que le habeis dicho que estoy en casa, hacedle entrar. Cuando entró el *carnero* era de ver como manoteaba, y oí estas palabras: *qué raro sois, mi querido señor! nunca se os vé, etc.*, lo cual no impidió que me dijese *Monsieur*, cuando salió el *carnero*: si teneis la desgracia de recibir á ese señor antes de que pasen quince dias... os dejo con él. Y seguramen-

te, esta amenaza me ha amedrantado... solo con el *carnero!*

—Ah famoso *carnero!* exclamó Leporello reventando de risa, *famoso!* llamémosle siempre así. Esto me recuerda que hace un año buscaba yo un cuartito para las citas de mi amo: entré en una casa soberbia... magnífica para el objeto; pues, señor hablo al portero. Ante todas cosas, me dijo aquel animal de *patio*: debo advertiros que el propietario quiere que su casa esté perfectamente limpia.

—Bien. Vuestro amo tiene perros?

—No. —Hijos?

—Ha hecho todo lo posible por tenerlos, pero no los tiene, sin embargo, muchos hay que los tienen, sin haber contribuido á ello.—*Es diputado?*—tampoco; pero á qué diablos me haceis esa pregunta? dije al portero.—Porque hemos cedido una habi-

tacion en el quinto piso á un diputado, respondió el cerbero, y en dos meses sus andrajosos electores con sus zapatos enlodados nos han puesto perdida la escalera, de tal suerte que habia en ella mas barro que en la calle.

La alegría causada por las palabras de Leporello, fué interrumpida por la llegada de Mma. Gabriela, ama de llaves del conde Duriveau.

La entrada de esta muger escitó hasta el mas alto grado mi inquietud y mi atencion. Sus mas insignificantes palabras, su fisonomía, fueron para mí objeto de un penetrante exámen.

—Buenas noches, querida mia! qué tarde venis! la dijo Julieta, los pasteles están frios y lo mismo el té.

—Y gracias que he podido venir! respondió esta muger de avanzada edad, alta, fuerte, de rostro varonil;

ya daba por desesperada mi venida... es tan gran tirano mi amo!

—Eso es precisamente lo que yo decia hace poco á estas señoras, repuso Julieta; pero por qué feliz casualidad habeis podido escaparos?

—Casualidad, es la verdadera palabra... una verdadera casualidad! figuraos que hace algunos dias, continuó el ama de llaves del conde Duriveau, tenia el amo un humor de perro, poco mas ó menos como de costumbre; tiene ademas, como sabeis, la manía de no querer sufrir que nadie ponga el pié fuera del palacio sin pedirle permiso, siempre con el fin de egercer su tiranía....

—Qué hombre! qué hombre! exclamó Astarté.

—Y á propósito, Julieta, dijo el ama de llaves del conde Duriveau, vuestra ama puede encender un cirio á su santo de devocion, por no ha-

berse casado con mi amo.....

—Lo creo; se dice que ella no podía verle, repuso Julieta, y después del casamiento de Madama, no ha vuelto él á poner aquí los piés.

—Y él rabia, estoy segura. En fin, volviendo á mi asunto, esta mañana le pedí licencia para salir esta noche, no! me respondió con dureza, y con un rostro..... un rostro negro como el de un condenado. Bien convencida de que no adelantaria nada con mis súplicas, subí á mi habitación, porque cuando él dice *no* nadie le saca de sus trece. Esta noche, después de comer, como él iba á casa de su hijo, me encontró en la escalera... no era ya el mismo hombre; el gozo se veia retratado en su semblante, solo una vez le he visto tan alegre, que fué al dia siguiente del cual se verificó el duelo en que pasó el muslo al pobre marques de

Saint-Hilaire, que murió de sus resultas.

—Ah! sí; un duelo en el parque del marqués, exclamó Astarté, he oído hablar de eso en tiempo de..... Mr. Duriveau era entonces el amante de la marquesa.

—Justamente, repuso el ama de llaves, eso pasaba en el campo, en la casa del marqués. Este les sorprendió; se batieron ellos, y el amo, que pasa un naipe con una bala á sesenta pasos, despachó al pobre marqués para el otro barrio. Finalmente, esta noche, el amo tenía el mismo rostro placentero que el día siguiente del duelo; era un aire de alegría..... de una alegría atroz..... qué! me habeis pedido permiso para salir y os le he negado, no es así, mi querida madama Gabriela? me ha dicho, sí, señor conde. Vaya, pues, salid si quereis, no me opongo, quiero que todo el

mundo esté contento, y ha seguido subiendo la escalera.

—Y no habeis podido adivinar la causa de su alegría? preguntó Julieta.

—Yo me he dicho, repuso madama Gabriela, algo de nuevo hay en Landerneau; preciso es que yo lo sepa, y esto me servirá de *escote* en casa de Julieta. Corro, pues, sin aliento á casa del ayuda de cámara del amo, con el cual estoy en muy buenas relaciones, porque le suministro lienzo del palacio para su familia que vive fuera.

—Hola! Balard, le dije, qué hay de nuevo? el amo tenía hace un rato una cara endemoniada, y esta noche está alegre como un halucon que vá á cazar un raton: nada sé, me respondió Balard. El estaba loco de contento á la hora de comer, pero á qué viene esa alegría?—Lo ignoro...

palabra de honor;—vamos, Balard, ya sabeis que somos amigos.

—Os juro, querida mia, que todo lo que sé es, que al tiempo de ir á sentarse á la mesa el amo, un hombre le llevó una carta de mal papel, de letra perversa, y aun me parece que cerrada con pan mascado. Entregué la carta al amo, quien leyéndola exclamó: En fin! con tal gozo como si todos los que detesta se hallasen con un cordel al cuello, y él no tuviese mas que tirar. Finalmente, despues de haber arrojado la carta al fuego y haberla visto arder, comenzó á andar, ó mas bien, á bailar en su habitacion, frotándose las manos y la barba, y riéndose, riéndose con el mayor placer del mundo.

—Y es eso todo lo que sabeis? pregunté á Balard:—todo, mi querida Mma. Gabriela, os lo juro por la última docena de fundas de almoha-

das de batista de desecho que habeis tenido la delicadeza de regalarme para mi esposa: me contestó, Balard; fuéme preciso creerle. Y ahí está todo lo que os tenia que decir á cerca de nuestra casa. Ahora, dadme una taza de té con un poco de rom, mi Julieta, porque me abraso de sed.

Estraño presentimiento. Me asusté con lo que acababa de oír al ama de llaves del conde Duriveau. Yo no sé qué instinto me decia que la alegría *atroz* de este hombre, como habia dicho Mma. Gabriela, reconocia por causa la consecucion de algun detestable proyecto; que tal vez estaba seguro de vengarse de Regina. Aquella carta, que habia causado un placer tan insensato al conde Duriveau: aquella carta escrita y cerrada de una manera tan vulgar, y despues cuidadosamente quemada por él, todo entonces parecia significativo: no de-

claraba aquella carta que Mr. Duriveau tenia otras relaciones que las que comunmente se le conocian? Y si fraguaba una infame venganza contra Regina ¿no debia buscar sus cómplices de un modo tenebroso, como ya lo habia sospechado el doctor Clemente? En fin, la esperanza, ó acaso la certeza de una venganza *lejána*, no hubieran causado un contento tan extraordinario á Mr. Duriveau. Sin duda creia tocar el fin que seguia hacia tanto tiempo; pero, suponiendo que no me engañaba mi presentimiento; qué fin era este? cómo, cuándo y dónde debia cumplirse esta venganza?

Prevenir directamente á la princesa, á fin de que estuviese alerta, me era imposible; mi posicion respecto de Regina me imponia la reserva mas absoluta: todo lo comprometia dejando ver á la princesa mi interés es-

traordinario, inesplicable por todo lo perteneciente á ella... entonces se despertaria su desconfianza, y la menor imprudencia mia seria motivo para salir de su casa. Hubiera podido escribirla que desconfiase; pero de quién? y despues ¿qué crédito daria á un escrito anónimo, cuando no habia hecho caso de las vivas aprensiones del doctor Clemente, complaciéndose, por el contrario, segun decia, en desaliar los resentimientos de Mr. Duriveau? si yo hubiese tenido algun indicio positivo, exacto, hubiera podido en rigor, y en una tan grave coyuntura, escribir anónimamente al príncipe, el defensor natural de su muger... pero desgraciadamente habia partido por la tarde para Fontainebleau.

Estas ideas me atemorizaron de tal modo, que por un momento quise creer en lo vano de mis temores, y

continué escuchando atentamente, sin tener valor para tomar parte en la conversacion de los convidados de Mlle. Julieta, tratando de penetrar si el ama de llaves del conde Duriveau era enviada por él, y, en fin, si las recriminaciones de esta muger respecto de la dureza de su amo eran un diestro y fingido lazo; pero, no obstante mi atencion, me fué imposible descubrir nada sobre este particular. Los convidados de Mlle. Julieta salieron del palacio á eso de la una de la madrugada sin haberse presentado el bello Fœdor, el amante de la marquesa italiana.

La princesa me habia mandado esperar su vuelta. Acababa yo de bajar á su habitacion, de atizar el fuego de el recibidor, y de encender las velas, cuando el ruido de un coche que entraba en el patio me anunció la llegada de Regina.

Cuando abrí la puerta de la antecámara, me sorprendió la espresion de su fisonomía.

Yo habia visto salir á la princesa con Mma. Wilson, risueña, con las mejillas animadas, los ojos brillantes, la frente altiva, y la veia volver triste, pálida, con el cansancio y el fastidio pintados en sus facciones.

Si no se equivocaría el doctor Clemente? aquel entusiasmo por el placer, que arrastraba á la princesa al medio de los festines era, pues, verdaderamente facticio? y ahora que entrando en su casa la era inútil fingir volvía á caer en su doloroso abatimiento, ó bien habia comenzado á sentir la venganza del conde Duriveau?

Estas ideas se sucedieron con tal rapidez, que se habian presentado á mi imaginacion durante el tiempo que tardó Regina en llegar á su habi-

tacion. Despues de haber dejado su manto sobre una butaca, me dijo:

—No os olvideis, como os lo he encargado, de ir mañana por la mañana á las ocho, á ver si hay noticias de mi padre....

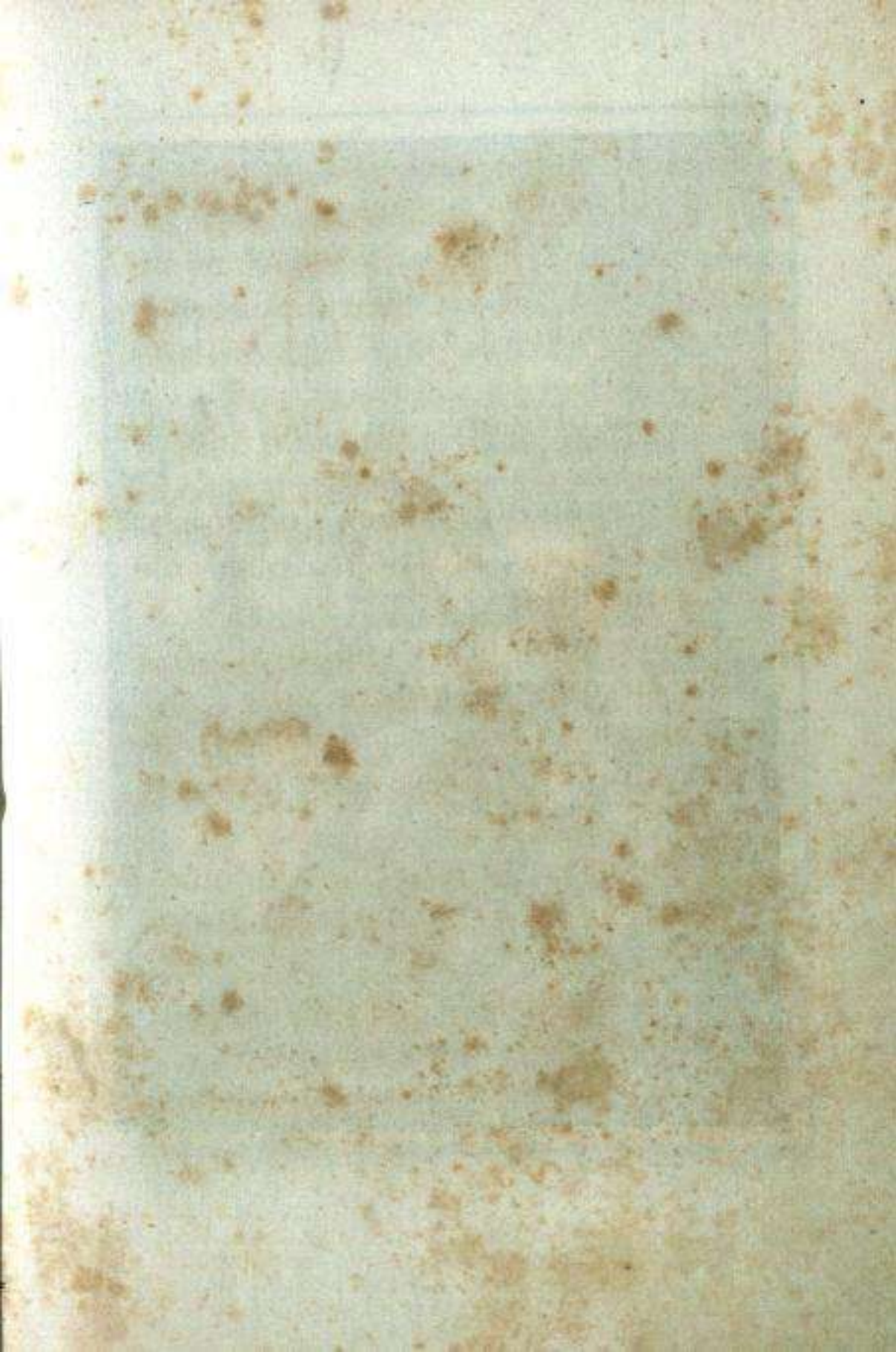
—No lo olvidaré, mi señora princesa.

No teniendo otra órden que comunicarme Regina, me alejé, pero me llamó y me dijo:

—Como no habreis vuelto acaso á la hora en que yo quiera salir, encargareis en la portería que me tengan preparado un fiacre para las ocho y media.

—Entonces, irá mi señora princesa á casa de la Lallemand? pregunté á Regina.

La princesa estaba en pié delante de la chimenea, cuando la hice esta pregunta: volvióse hácia mí con un aire á la vez tan sorprendido, tan





Lexano a. 1840

Lit. de Ayouais.

altivo, que comprendí la indiscreta familiaridad de mis palabras, y bajé los ojos entrecortado. Probablemente la princesa notó mi confusión, porque me dijo con bondad:

—No os olvidéis de ir á casa de mi padre: cuando volvais os ocupareis de cuidar esta habitacion y mis flores, como os he dicho esta mañana.

Y salí oyendo estas palabras.

Permanecí afuera involuntariamente cerca de un segundo, cuyo tiempo me bastó para oír á Regina, cayendo en un sillón, esclamar con un acento de languidez, de cansancio, y de inesplicable dolor.

—Sola, Dios mio! siempre sola! oh! qué vida! qué vida!

Atemorizado con la especie de secreto que acababa de sorprender, me apresuré á dejar la habitacion de la princesa, cerré con cuidado la puerta exterior, y subí á mi aposento; me

atreveré á confesármelo á mí mismo?
con pensamientos menos amargos que
cuando habia visto á Regina salir
para el baile en todo el esplendor de
su belleza.



EL DESCUBRIMIENTO.



ASÉ la noche desvelado, inquieto, pensando en el riesgo que me parecia amenazaba á Regina, y me levanté presuroso esperando se me ocurriese algun expediente feliz; marché á casa del baron de Norlieu donde no habia vuelto desde el dia en que fui de parte de Roberto de Mareuil, á llevar un recado á Melchor, el mulato, siendo mi único temor que este me conociese;

afortunadamente salí bien de ese apuro.

—Vengo, le dije, por orden de la señora princesa de Moutbar, á quien sirvo desde ayer, á saber como sigue el señor baron de Norlieu.

—El señor baron sigue lo mismo, me contestó bruscamente el mulato; podeis participárselo á la señora princesa.

El tono arrogante de Melchor, su aire reservado, me quitaban toda esperanza de poder anudar de nuevo la conversacion; sin embargo, quise probarlo y añadí:

—Voy á llevar esta noticia á la señora princesa, que sin duda la sentirá mucho.

—Es probable, me dijo el mulato incomodado; y despues de haberme señalado el zaguan con un gesto significativo, me volvió las espaldas.

Pasaba esto en las gradas del ves-

tíbulo é iba yo á retirarme , cuando divisé en el extremo de la antesala al baron , que se adelantaba vestido con una bata de franela , color de ceniza , y apoyado en su baston ; me pareció aun mas abatido , mas avejentado que el año anterior , el dia en que le ví en la entrada del Museo . Su rostro espresaba como antes una tristeza amarga y hasta feroz .

El ruido de los trémulos pasos de su amo , causó en Melchor una incomodidad notable , y me dijo en voz baja , pero imperiosa : marchaos..... marchaos !...

A pesar de esta órden , no me moví y oí que el baron le decia :

—Melchor.... quién es ese hombre ?

—Marchaos , pues , me repitió de nuevo en voz baja el mulato .

Y volviéndose hácia su amo , le reprendió en tono dulce y afectuoso :

—Adentro, señor baron, adentro por Dios, hace esta mañana un frio cruel... vamos, vamos.

Dió un paso en direccion del baron é intentó llevársele; mas, me adelanté, y dirigiéndome al señor de Norlieu le dije determinadamente:

—Vengo de parte de la señora princesa de Moutbar, á saber como sigue el señor baron.

El padre de Regina se estremeció, pintóse en su fisonomía una emocion que descubria cierta lucha interior, y volviendo atrás me preguntó con voz conmovida, mientras el mulato me miraba con ojos amenazadores:

—Cómo está mi hija?

—La señora princesa siempre sufriendo, señor baron.

—Sufriendo, Regina sufre! exclamó el anciano.

Miró á Melchor con aire sorprendido y de sospecha y añadió:

—No se me habia dicho tal cosa!
Volvióse hácia á mí y me dijo con
impaciencia:

—Desde cuando ha enfermado mi
hija? Está en cama? Contestad... con-
testadme presto.

Melchor me cortó la palabra y con
sonrisa sardónica le dijo á su amo.

—El señor baron puede tranquili-
zarse, pues si bien la señora prince-
sa está mala, es felizmente una in-
disposicion muy leve, pues que ano-
che estuvo en un baile.

—Estuvo anoche en el baile la se-
ñora de Moutbar? me preguntó el
anciano.

—Sí, señor, estuvo, pero cuando
se retiró parecia indispuesta, muy
cansada.

—Cansada?... de haber bailado?...
dijo el baron, y perdió su rostro a-
quella espresion de tierno interés que
habia manifestado por su hija, y pin-

tóse una cruel ironía. El mulato satisfecho de su triunfo, le ofreció el brazo, y ambos se internaron en la casa.

A pesar del mal éxito de mi entrevista con el padre de la princesa, me alegró haber descubierto que el baron, si bien persuadido de que Regina no era su hija, le profesaba aun un afecto bastante profundo, y que á menudo debia luchar con el ódio que le manifestaba; además ví palpablemente que Melchor aborrecia á Regina, y que usaba de la influencia que tenia en el ánimo del baron para irritarle contra ella.

Me alejé de casa del señor de Norlieu, con cierta satisfaccion, pensando en el placer que experimentaria Regina cuando yo le contase lo que habia presenciado; prueba nada equívoca de que el baron aun la amaba! Esta halagüeña esperanza habia casi

borrado de mi memoria mis cavilaciones con respecto al conde Duriveau, cuando de repente un incidente imprevisto y al parecer insignificante, trocó mis sospechas en una certeza espantosa.

Vivia el baron de Norlieu, en el arrabal de Roule, y regresaba yo por el puente de Luis XV y el arrabal de san German, cuando á la altura de la calle de Beaune, divisé á madama Gabriela, ama de llaves del conde Duriveau, cuya casa estaba situada en la de la universidad, y el palacio de Moutbar, se halla en la calle de Santo-Domingo. Al pronto, mi encuentro con Mma. Gabriela no me llamó la atencion; únicamente me ocurrió que era forzoso saludase á una muger, en cuya compañía estuve el dia anterior; ella se me adelantó pues al cruzarse conmigo, me conoció y vino á hablarme.

—Ah! Mr. Martin, felices dias, tan temprano por estos mundos, no pensaba yo tener el gusto de volver á veros tan pronto.

—Con razon os maravillais madama Gabriela, apenas son las 9 del dia.

—Toma, bien lo sé yo; figuraos, Mr. Martin, que mi amo me ha mandado ir en busca de un coche simon, que está esperando con una impaciencia sin igual, y Dios sabe donde tendré que ir para encontrarlo...

—De veras? vuestro amo que tiene tantos carruages, sale en un coche simon? y teniendo tantos criados os encarga á vos se lo tomeis?

—Bah! no solo yo corro en busca del dichoso simon, el mayordomo y el ayuda de cámara andan á mal traer de acá á acullá, pues á fé mia encontrar un simon en estos barrios, y en lones, es empresa mas árdua que buscar un cisne negro...

— Si vuestro amo tiene tanta prisa, cómo no manda que enganchen inmediatamente uno de sus coches?

— Amigo mio, aquí hay gato encerrado.... y sin duda por algun motivo particular tiene el amo que meterse en un simon..... Balard me ha contado que ha llegado una carta en papel ordinario, semejante al el de la de ayer, os acordais?

— Ya lo creo... pues es paso chusco... una carta alias cartapacio cerrada con miga de pan; la que tanto placer le causó á vuestro amo.

— Pues igualita á aquella, ha sido la de esta mañana; serian las ocho cuando la trajo un mozo, el que insistió en que en el acto despertasen al señor; así se hizo y entonces se armó un barullo..... qué barullo! la campanilla no paraba; dió la órden de que le buscasen un simon á cualquier precio... y además me ha dicho Ba-

lard que estaba tan loco de alegría como ayer; mas si cabe...

Una idea me ocurrió que me causó un vértigo, y mi emocion fue tan notable, que el ama de llaves me dijo!

—Qué teneis, Mr. Martin?

Esta exclamacion me sacó de mi estupor, y pude contestar á aquella muger que cada vez mas sorprendida, repetia:

—Qué teneis? qué teneis?...

—Nada, nada, Mma. Gabriela, pensando estaba, en que estoy aquí como un bobo, quitándoos tiempo cuando está en mi mano ahorraros un fastidio. Poco há, pasé por el muelle de Voltaire, y ví ya en su puesto dos ó tres coches... y voy allá corriendo á mandaros uno para el señor conde.

—No faltaba mas, Mr. Martin, agradezco la atencion, pero daros esa

incomodidad de ninguna manera...

—No es incomodidad, le dije echando á andar; somos vecinos.... dentro de diez minutos el simon estará en vuestra puerta.

Y me arrojé del lado del muelle Voltaire, mientras Mma. Gabriela me gritaba á lo lejos.

—Gracias, Mr. Martin, gracias...
Explicaré ahora cual fué la idea que tanto me habia trastornado.

En la calle del Marche-Vieux, le han tendido un lazo á Regina; la casa donde vive la supuesta muger paralítica, es una casa aislada sin vecindad, situada en un barrio estraviado; siendo notoria la caritativa bondad de la princesa fácil era adivinar que no faltaria donde la llamaba una infeliz; esta muger era sin duda una emisaria del conde, una de las dos cartas que este recibió debió avisarle que Regina iba á su casa aquella mis-

ma mañana. El conde acudirá presuroso y sorprenderá á la infeliz jóven, que sola enteramente, se hallará en poder de su mas cruel enemigo..... temblé por ella....

No puedo aun esplicarme como me convencí de que estas suposiciones eran realidades... pero ni un instante vacilé en creerlas ciertas, porque intuitivamente *sentia* que mi corazon no se engañaba...

Tuve pues dos fines para ofrecer mis servicios á el ama de llaves del conde Duriveau; primero y principal, quitarle una probabilidad de hallar un coche y aprovecharme de él; pues en realidad poco antes habia visto dos.

Avisar á Regina era imposible, impracticable, además debia ya caminar hácia la calle del Marche-Vieux, y luego, qué pruebas le podia yo dar cuando no tenia mas datos que mis

presentimientos; manifestarlos era descubrirme... Ir yo en persona á la calle del Marche-Vieux era fácil, pero si me hallaba con la princesa me ponía en el caso de tener que explicarle el origen, el fin por el cual habia acudido á la misma cita que ella, y para siempre perdía la posición que ocupaba al lado de Regina; demasiado conocia yo que no me era permitido protegerla abiertamente, porque hay servicios que exigen un agradecimiento tan grande, que estorban ó hacen, que por el que dirán, se desprenda uno de un criado al cual tanto se debe.

Estas razones esplican suficiente-mente, cuán difícil era hallar un medio de salvar á la princesa, y desgraciadamente hasta su marido, su protector natural..... se hallaba ausente. De quién pues podia valerme?

Me acordé del capitán Just, mi

corazon se oprimió de dolor.... tuve celos...

Proporcionar á otro hombre... jóven, hermoso... valiente y generoso, los medios para salvar á la muger que se ama con loco frenesí..... es preciso un valor..... un valor de que fuí capaz.....

Y cabilando en esto, me hallé en el muelle de Voltaire, donde en efecto paraban dos coches; y providencia divina!... el cochero de uno de ellos era el buen hombre que en otro tiempo me impidió morir de hambre, y que tambien llevó á Regina á su casa, despues de la aventura del falso casamiento.

—Buen estreno de dia, me dijo el bueno Gerónimo tendiéndome la mano, mucho tiempo hacia.....

—Se trata de la vida de una persona que amo como á mi madre; no tengo tiempo de hablaros, le contes-

té, metiéndome en el coche; teneis por ventura papel y lapiz?

—Ahí teneis mi cartera donde apunto los viages que hago; y me la dió; y ahora á donde nos encaminamos.

—Calle de San Luis, en la Jelu... esquina del muelle... y á escape!

—Con la velocidad del vapor, contestó Gerónimo saltando en el pescante, y felizmente los caballos descansados, partieron como el rayo.

Durante el camino, corté una hoja de la carta de Gerónimo, y escribí con el lapiz lo que sigue:

«La señora princesa de Moutbar se halla en un peligro grave, el conde Duriveau le ha tendido un lazo infame en el que ha caido. Id, sin perder un instante, á la calle de Marche-Vieux número 11. Subid al tercer piso, llamad y preguntad por madama Lallemand; si no os contestasen,

derribad la puerta, armaos por si es preciso. La princesa debe estar en esa habitacion, sin duda habrá alguna puerta secreta que comuniqué con los cuartos donde vive la muger Lallemand. Un coche os espera, el cochero es hombre de confianza.

Un amigo desconocido.»

Paróse el coche en la esquina del muelle, bajé y le dije á Gerónimo, entregándole mi esquelita:

—Id al número 17 de esta calle.

—Bueno.

—Preguntad por el capitan Just.

—Bueno.

—Encargad que le entreguen en el acto este billete.

—Bueno.

—Va en ello una cuestion de vida ó muerte.

—Cáspita!

—Si el capitan os pregunta quien

os manda con este billete, direis....
direis.... que es un hombre de edad,
con pelo cano.

—Muy bien!

—Llevareis al capitan á la calle de
Marche-Vieux, cerca de la del In-
fierno, número 11.

Si regresais conduciendo al capi-
tan, no os pareis, pero tampoco os
maravilleis si subo á la trasera.

—Bueno, entiendo, muy bien.....

—Y despues, matando los caballos
seguis corriendo á la calle de Marche-
Vieux.

—Iremos como por camino de
hierro...

Y Gerónimo estaba ya con el láti-
go en la mano para echar á andar
cuando le ocurrió preguntarme:

—Y si el capitan no está?

—De todos modos volved por a-
quí... y en ese caso subiré en el co-
che.

—Arre, arre, gritó Gerónimo y volvió la esquina de la calle á galope tendido.

Esperé con ansia el regreso de Gerónimo, decidido si por una fatalidad no encontraba al capitán Just á obrar por mí mismo, es decir, á presentarme en persona en la calle de Marche-Vieux, esponiéndome á todas las funestas consecuencias que podían resultar de mi intervencion para mis planes ulteriores.

Me escondí en la parte oscura de un zaguan, para evitar que me conociese el capitán, y escuché atentamente si oía el ruido lejano del coche...

Dieron las 9 en Nuestra Señora... Regina no podía estar ya lejos de la calle de Marche-Vieux para donde debió salir á cosa de las 8 y media, y si, como era muy probable, algun criado del conde había dado con un

simon, tambien estaria al punto de llegar al lugar donde pronto iba á pasar una escena temible.

Distingui al fin el ruido producido por la rápida carrera de un coche.... poco á poco se hizo mas distinto y entonces con mucho cuidado saqué la cabeza de mi escondite, y Loado sea Dios! ví al capitan vestido de luto, alterado su bello y pálido rostro por una secreta conmocion.

Cuando el coche que conducia al capitan hubo pasado el umbral de la puerta donde me hallaba, me abalancé á fin de alcanzarle y montar en la trasera... mas, me sucedió un incidente ridiculo y cruel á la vez; la tablita en la cual pensaba sostenerme, tenia en círculo, una rueda dentada de hierros agudos para evitar, como sucede comunmente que se suban á ella. El coche rodaba veloz por una bajada algo pendiente; me así fuertemente á los

muelles de atrás, pero aun con esa ayuda era imposible que yo corriese mucho tiempo de este modo... tomé una resolución desesperada; me acordé de que en otro tiempo habia sido saltimbanquis y confiado en mi destreza y agilidad me resolví á dar el *salto de las bayonetas*, esponiéndome á caer sobre el círculo de hierro..... por carambola acerté.... pero no sin menoscabo; al caer, un vaiven del coche, me hizo tropezar con una de las puntas que se me metió en la pierna; por mayor desgracia no habia ni una correa para servirme de apoyo; me agarré fuertemente á la imperial apretando las rodillas á la caja; comprendiendo perfectamente que si perdía un minuto el equilibrio caia de espaldas sobre la rueda de hierro.

De repente paró el el coche, el buen Gerónimo, acordándose sin duda del peligro ó imposibilidad que debia te-

ner para subirme detrás del coche, se puso de pié en el pescante, y su rostro honrado vuelto hácia á mí espresó afectuosa inquietud.

Con la mano le hice seña que marchase, y en el mismo instante oí al capitán Just que le gritaba:

—Qué es eso, cochero?..... andad con mil diablos..... cuarenta francos para vos, y reventad los caballos, no importa.

—Andando gritó Gerónimo.

Pero si bien el buen hombre arreaba y gritaba, encontró medio de volverse, de atar uno de los ramales de repuesto que tienen para los caballos, al respaldo del pescante, y echándome la otra punta, me gritó:

—Sosteneos con eso..... correreis menos peligro.

Sin duda el ruido del carruage encubrió el eco de su voz, y el capitán nada oyó; merced al socorro inesp-

rado é ingenioso que me proporcionó el buen Gerónimo, pude sostenerme: lo que sin duda no hubiera podido hacer sin su ayuda, porque mi herida me causaba dolores intensos y no podia sentar la pierna; bajo mis vestidos sentia manar la sangre.

Cerca ya de la calle de Marche-Vieux, quise bajarme por temor de que me conociese el capitan Just, calculé bien las distancias, mis fuerzas, y de un brinco me puse en el suelo. El coche siguió su ruta algunos segundos, luego volvió el ángulo de la calle de Marche-Vieux. Cogí mi pañuelo, le até con fuerza á mi pierna, y por entonces sentí un alivio grande.

Iba yo á meterme en la callejuela, cuando ví un simon cuyos caballos sudaban á mares.

—Cochero, le dije al que lo guiaba; no habeis traído á un caballero

alto, moreno, que vivia en la calle de la Universidad?

—Sí amigo, y que viage, mis caballos están medio muertos..... pero dos duros de propina...

—Hace mucho tiempo que estais parado ahí?

—Un cuarto de hora á lo mas.

—No habeis visto entrar en esta calle, otro simon?

—Sí... hará unos cinco minutos... llevaba un paso como yo antes.... segun parece es órden del dia y....

—Pero antes de eso, no habeis visto algun otro coche entrar en la calle.

—Ah! sí, hace unos diez minutos, una media-fortuna azul, tirada por un caballo blanco... pero no iba desbarado os lo aseguro..... dentro ví á una muger.

Seguro era que el conde Duriveau habia penetrado antes que Regina en

la casa desierta. Felizmente el capitán Just había seguido breves instantes despues á la princesa.

Entré aceleradamente en la calle de Marche-Vieux, Gerónimo estaba parado frente al número 11.

Al ver mi pierna atada, exclamó:

—Vive Dios! estais herido?

—Y el capitán, pregunté?

—Saltó del coche sin esperar siquiera que bajase el estribo.

—No os ha dicho que le acompañarais.

—No... pero me parece que había danza, he visto la culata de una pistola que le salía del bolsillo de la levita.

—Esperaos ahí, mi buen Gerónimo; le dije echando á correr por el pasadizo.... ni una palabra de mí al capitán, entendeis!

—No tengais cuidado, me contestó acariciando sus caballos; seré tan mudo como Lolo y Lolotte.



LXVII.

LA CALLE DEL MARCHE-VIEX.



UBÍ la escalera rápido como una exhalacion, y en un segundo me hallé en la meseta del tercer piso, cuya primera puerta estaba ya abierta. Oí al capitán Just estallar de cólera, y decirle á la supuesta enferma con voz atronadora:

— Yo sé que la princesa de Moutbar está aquí...

— Ay, señor! contestaba la mu-

:

ger con tono lastimero; os equivocais...

—Está aquí... valiéndoos de engaños infames, miserable, la habeis atraído aquí... lo sé de positivo....

—Por la vida de mi hija que está ahí, os juro mi buen señor, que no entiendo ni una palabra de lo que me decis.

—No le pegueis á mamá, caballero, gritaba la niña uniendo sus quejidos á los de su madre.

—Dónde está la princesa? exclamó el capitan Just fuera de sí, os bago pedazos si no me lo decis, y sin duda exasperado, le puso la mano encima, pues la muger gritó:

—Perdon, señor, perdon..... me rompeis el brazo.

—Mamá..... oh! mamá, repitió la chica atemorizada.

—Ay de mí señor! ved vos mismo que solo tenemos dos cuartos, dón-

de quereis que se halle la princesa?

De repente distinguí gritos lejanos, ahogados, sordos, y que al parecer salian de una habitacion contigua al cuarto donde estaba acostada la supuesta enferma, habitacion que como yo habia sospechado debia estar oculta por algun secreto: la voz era la de Regina que gritaba.

Socorro!... socorro por Dios!...

En esto oí el ruido de una mampara, que vá abajo impelida por un choque violento, y al punto los gritos confusos de Regina se percibieron distintamente.

Despues de estos gritos hubo un rato de silencio, luego una lucha violenta y poco á poco noté que los contrincantes ganando terreno se hallaban ya en la pieza en cuya puerta estaba yo parado. Temiendo ser sorprendido iba á alejarme precipitada-

mente con harto pesar, cuando divisé en el cuarto donde me encontraba una escalerita que inferí debía conducir á un caramanchon de la pieza de al lado; me metí por él y dí con una buardilla que recibia luz de una claravoya y cuyo suelo era de madera; me estendí sobre él y naturalmente siendo este el techo del cuarto de la supuesta paralítica oí muy á las claras el ruido de la lucha que aun seguia y las exclamaciones siguientes.

—El hombre que se respeta no levanta la mano á un caballero, decia jadeando de rabia el conde Duriveau.

—Vos un caballero! contestó el capitan Just fuera de sí.

—Capitan!..... capitan esto es una lucha propia de patanes... repetia el conde sofocado de ira.

Breves instantes despues cesó el combate y oí el capitan Just que le decia á Regina.

—Perdonadme, señora, si he castigado á este hombre en vuestra presencia..... no he podido dominar mi indignacion.... ahora estoy á vuestras órdenes.

—Ah! murmuró el conde Duriveau, libre ya de las manos del capitán, será un duelo á muerte..... ois? á muerte...

—Dios mio! se desmaya exclamó el capitán, señora, señora, tened ánimo... volved en vos...

Y volviéndose hácia á Duriveau que tenia la desfachatez de no retirarse exclamó:

—No veis, miserable, que vuestra vista la mata! marchaos ó os tiro escaleras abajo...

—Cuidad á la querida princesa, contestó el conde con rabia sardónica, soltadle el corsé es una ocasion feliz.....

—Y no hay quien la socorra.... se

desmaya... y esa muger y su hija han huido.... decia el capitán sosteniendo sin duda á Regina en sus brazos..... Dios mio! amparadme...

—Cinco minutos mas y me hubiese vengado! repetia el conde con sínica audacia. Vamos.... otra vez tendré mejor suerte... me dariais celos, hermoso capitán paladin, si no fuese á mataros dentro de pocas horas..... porque quiero batirme esta tarde á la pistola..... entendeis?... á mí me toca tirar el primero..... es mi derecho... y os tiraré al corazon... tengo tiempo.... ya os lo dirá esta noche en el otro mundo el marqués de San Hilario.....

—Lado sea Dios! vuelve en sí exclamó Just, señora, nada temais ya, estoy á vuestro lado... volar..... volar... marchemos!

—Escuchadme! añadió con insolencia el conde Duriveau, no vayais,

querida princesa, á hacer la simpleza de decir que os tendí un lazo en el que caisteis.... no os creerian..... he tomado para ello medidas ciertas..... el mundo pensará y repetirá que vinisteis aquí por vuestra propia voluntad.... se dirá tambien que no ha sido por vez primera... y que el capitán acudió furioso de celos... y no me desmentirá porque luego le mataré... y así, querida mia, mientras soy mas feliz, vos hareis el papel ridículo y yo el bueno.

—Apoyaos, señora, dijo el capitán á Regina sin duda mejorada y en disposicion de levantarse.

Un ruido de pasos lentos me indicó que salía del cuarto, apoyada en el brazo del capitán Just.

—Hasta la vista cara princesa, dijo con voz insolente el conde, y añadió con tono de ódio profundo:

—Dentro de tres horas iré á bus-

caros con mis testigos señor Just Clemente... esperadme ..

El capitán desdeñó contestar á esta última provocacion.

Se alejaron del todo los pasos, luego no oí mas que la marcha irregular del conde Duriveau.

Entonces dando libre curso á la rabia concentrada, que le ahogaba exclamó:

Delante de esa orgullosa muger me han pegado en el rostro..... me han pateado... ah! mataré á ese hombre, le mataré.... mi alma se abrasa... me vengaré de él... por altiveza es seguro que la princesa se hubiese muerto antes que descubrir lo que ha pasado, y quizás por temor hubiese vuelto segunda vez.... oh! ese hombre... ese hombre... y tener que esperar aun tres horas!!

El conde se retiró.

Al salir de la casa no hallé ya el coche de Gerónimo; sin duda había llevado á la princesa. Sentí entonces mi herida desatendida durante aquella penosa escena, me corría prisa regresar al palacio Moutbar para acudir á mi servicio enteramente abandonado, pues no hubiera querido merecer las reconvenciones de la princesa, siéndome muy difícil motivar mi ausencia durante toda la mañana.

Al cuarto de hora de marcha ví un coche subí en él, hasta el extremo de nuestra calle, donde bajé por prudencia.

Mi primer cuidado cuando llegué á casa, fué subir á mi cuarto á quitarme la ropa manchada de sangre, en la escalera encontré á Julieta la que en cuanto me vió exclamó:

—Ay! Dios mio, Martin, de dónde venis tan tarde?... desde que la seño-

ra ha vuelto ha preguntado mas de diez veces por vos..... porque no me lo digisteis, hubiera yo hecho vuestros quehaceres de esta mañana y no que al volver se ha hallado la señora sin fuego en las habitaciones, y luego segun parece se ha desmayado en el coche... llegó pálida como una muerta, temblando como la hoja en el árbol... la he animado á que se acostase... y no ha querido, desde entonces no ha cesado la campanilla, preguntando siempre si habiais regresado...

—Mucho siento haberme atrasado tanto, pero mirad esta es mi disculpa.

—Ay Dios mio! estais manchado de sangre, la pierna atada con un pañuelo...

—Está el piso tan resbaladizo, que caminando de prisa tropecé en un monton de basura, que suelen po-

ner por las mañanas en las aceras, y he caído sobre unos pedazos de vidrio...

—Pobre muchacho... os duele mucho la herida?

—Ahora sufro menos que antes, pero al principio me fué preciso pararme, pero no será nada, subo volando á mi cuarto para mudarme y bajo al minuto á ponerme á las órdenes de la señora princesa.

Diez minutos despues estaba ya en la antesalita donde regularmente hacia mi servicio; sonó de nuevo un campanillazo violento, corrí al recibidor y con mano trémula descorrí la cortina que tapaba la entrada de la sala. Estaba Regina, cubierto el rostro de mortal palidez, pero su actitud era firme, sosegada.

—Diez veces van ya que os llamo! me dijo con dureza, desde las ocho debiais estar de vuelta y son las doce

y media... es inaudito y singular que empeccis tan pronto á faltar á vuestra obligacion...

—Suplico á la señora princesa que por hoy me disculpe... pero...

—Es que es imperdonable semejante descuido!... me mereciais mejor opinion.... y cabalmente hoy que necesitaba tanto...

Luego interrumpiéndose brusca-mente, me dijo:

—Basta... ya sé que estais ahí.... si quiero algo os llamaré...

Salí del cuarto afligido por la dureza de la princesa... pero un poco de reflexion me hizo conocer que era justo su enojo, pues que ignoraba la causa de mi larga ausencia.

A poco la princesa agitó de nuevo la campanilla, me presenté inmediatamente y hallé á Regina aun pálida, alterado el rostro por una dolorosa ansiedad mal reprimida, pero al diri-

girme la palabra su tono duro y brusco habia cesado, y me habló con afabilidad.

—Julietta acaba de decirme que estais herido de alguna gravedad, y que esto ha motivado el descuido de vuestro servicio.... por qué no me lo comunicasteis al instante?

—Señora...

—Si es cierto, añadió Regina con bondad, yo no os dejé disculparos... sufrís mucho?

—Un poco... señora.

—Podriais hacer algunos mandados en coche..... sin padecer demasiado?

—Seguramente señora...

—La una... Dios mio! ya...

Se acordaba del duelo del capitán. Perpleja, confundida no atinando el medio de darme órdenes, me dijo con voz breve é inmutada.

—El doctor Clemente os colocó

en mi casa... yo le respetaba como á un padre.... y la infeliz hacia vanos esfuerzos para aparecer tranquila y disimular sus sensaciones.

—La señora princesa sabe cuan profundo es mi agradecimiento hácia al doctor Clemente, añadió.

—Porque lo sé, me contestó solícita, he contado de antemano con que desempeñareis con interés y discrecion un mandado que concierne al capitán Just.

Y á pesar de sus esfuerzos Regina no pudo disimular su terrible ansiedad y el rubor que le causaba sin duda la mentira que se veia obligada á proferir.

—Esta mañana... añadió, he sabido... por casualidad... en casa... de una amiga... que el capitán Just... de resultas de algun altercado..... debe tener hoy un duelo.

—Ay señora!... un duelo el capi-

tan! exclamé fingiendo sorpresa y temor.

—Sí, contestó la princesa, hoy me han asegurado se bate Mr. Just Clemente, hijo de un hombre que siempre me manifestó un cariño paternal... y es tal mi inquietud que quisiera saber.... si efectivamente es cierta la noticia de ese duelo...

Me partió el corazón el estado de Regina, que ya no tenía fuerzas y mientras se apoyaba en el mármol de la chimenea le dije:

—Nada más fácil señora, voy á casa del capitán que vive en la del doctor, su padre, pregunto por Suzon; ella ha criado al señor capitán, y no hay duda que sabrá algo...

—Sí, sí; contestó con viveza la princesa, es un buen conducto, y si por casualidad, lo que no puedo creer, ese desgraciado desafío se llevase á efecto hoy... esta tarde..... y

un temblor convulsivo agitaba sus labios... no volveriais hasta que...

—Pudiera anunciar á la señora princesa, que el Mr. Just ha salido bien, pues gracias á Dios, muchas veces le he oido decir al difunto doctor que su hijo era uno de los mejores tiradores de su regimiento.

—De veras? exclamó Regina enagenada de alegría! y añadió, pronto, pronto... la hora se pasa... tomad un coche... marchad pronto, pronto....

Media hora despues de haberme separado de la princesa estaba en casa del capitán.

Posteriormente supe los preliminares estraños del duelo, que atestiguaban la energía, la sangre fria del capitán, y su cuidadoso afan para asegurar el reposo de Regina y el conocimiento profundo que tenia del carácter infernal del conde Duriveau.

Hé aquí lo que habia pasado :

Antes de volver á su casa, fué Just á la de dos antiguos compañeros de la escuela politécnica y felizmente los halló; uno era artillero, el otro ingeniero, ambos se prestaron gustosos á servirle de testigos: de allí pasó á ver á otro amigo suyo abogado de fama y con estos tres individuos regresó á su casa, á esperar al conde Duriveau.

A las dos paró un coche en su puerta y bajaron de él dos sujetos, de muy buena traza, y preguntaron por el señor capitán Clemente.

Suzon los introdujo.

Eran estos dos caballeros los testigos del conde y despues de haber saludado al capitán y sus amigos con la mayor política, uno de ellos dijo á Just:

—Caballero, habeis ofendido del modo mas grave á mi amigo, el señor conde Duriveau: os pide una satis-

faccion, y siendo él el agraviado escoge la pistola. Estos señores son sin duda vuestros testigos... con ellos trataremos las demás condiciones del combate.

—Caballero, contestó el capitán, os ruego que respondais únicamente á una pregunta... sabeis la causa que motiva la provocacion que tiene el honor de hacerme el señor conde Duriveau?

—Sí señor. El señor conde nos ha informado que lo que ha causado una sensible colision entre los dos ha sido una rivalidad nacida de los obsequios que ambos rendiais á la misma persona, y ademas el señor conde ha tenido la delicadeza de callar el nombre de la muger, que desgraciadamente es origen de este desagradable lance.... y solo sabremos quien es, despues de verificado el duelo.

—Bien, no me equivoqué, contestó

el capitán echando una ojeada á sus amigos y prosiguió así:

—Señores, el señor conde Duriveau, está sin duda abajo?

—Sí señor.

—Tendriais la bondad de pedirle que me haga el favor de subir?

—Caballero... una entrevista ahora.....

—No, no seré yo quien tenga la honra de hablar con el señor conde, contestó el capitán.

—Pues quién caballero?

—Este señor, dijo el capitán señalando al letrado.

—Es uno de vuestros testigos?

—No señor, es mi amigo...

—Entonces caballero, no comprendo para que descais esta entrevista... observó el testigo del conde Duriveau, muy sorprendido.

—Sea lo que fuere, contestó el capitán Just, desde ahora declaro

que me retiro en el acto, negándome á dar toda clase de satisfaccion al señor conde Duriveau, si es que él no consiente en verse con este caballero.

—Pero pensais caballero...

—Sí señor, añadió el capitan con firmeza...

Hacedme al menos el obsequio de comunicar al señor conde la condicion que exijo.

—Es justo contestaron los testigos, y salieron de la pieza; cinco minutos despues volvian á entrar juntos con el conde Duriveau.

—Consiente? preguntó el capitan.

—Consiente, dijo afirmativamente uno de los testigos.

—Señores tened la bondad de seguirme, dijo el capitan á los testigos del conde y á los suyos.

Y Mr. Duriveau quedó solo con el abogado.

Era este un hombre de baja esta-

tura, de fisonomía tranquila y algun tanto sardónica, llevaba anteojos azules y debajo del brazo un abultado volúmen, cuyos cortes estaban entreverados de una porcion de colores; saludó con política y le hizo seña al conde de que se sentase.

—A quién tengo el honor de hablar preguntó este último?

—Al señor Dupont... abogado.

—Al señor Dupont..... abogado, dijo Mr. Duriveau con sorpresa y altanería, qué significa esto? un abogado para qué?

—Para egercer un poco su profesion, señor mio.

—Cómo se entiende? os chanceais.

—Deseo saber si teneis conocimiento del artículo 322 del código criminal? preguntó el abogado.

—Cómo? qué quereis decir? exclamó el conde Duriveau mirando atónito al abogado.

—Escuchad el artículo, añadió el abogado; y leyó:

El que cometa un atentado al pudor y lo haya intentado ó consumado, con violencia, sufrirá la pena de reclusion.

—Caballero! exclamó Mr. Duri-veau.

—Sabeis lo que es la reclusion? dijo el legista:

—Pero á qué viene...

—Escuchadme, añadió interrumpiendo al conde, y siguió leyendo:

Toda persona condenada á la reclusion será encerrada en un presidio, y parte del producto de los trabajos que haga, le será adjudicado.

Y mirando sardónicamente al conde inmutado, añadió el abogado:

—Me parece señor conde, qué tenéis una disposicion natural para dedicaros al arte de hacer zapatillas de orillo, especulacion brillante para

aumentar cada dia de tres ó cuatro sueldos diarios vuestras rentas de 3 ó 400,000 libras, y además será un agradable entretenimiento para pasar las horas de ócio, sea en Melun, Poissy ú otros presidios.

El conde Duriveau estupefacto, admirado, no sabia que contestar, y el abogado con calma y dignidad prosiguió:

—Habeis tendido un lazo infame á la muger mas honrada y respetable, la habeis querido violar...

—Os propasais, caballero, exclamó el conde pálido de rabia..... cuidado con...

—Chito... hablad mas quedo.... ó seré yo quien levante la voz, dijo el abogado con la misma sangre fria, y será para decir á vuestros testigos, lo que por prudencia les habeis ocultado... para descubrirles vuestra infame conducta, la que...

Esta nueva amenaza del abogado dejó al conde sobrecogido, mudo.

El legista continuó diciendo:

El crimen que habeis cometido os conduce á sufrir las penas susodichas; inmediatamente voy á reunir los datos necesarios para la vista de este indecoroso asunto. De este modo, pronto tendrá la tarea lista el procurador de la causa.

—Vamos, vamos, me tomáis por un chiquillo, crimen, causa decis? vaya, vaya, dijo el conde Duriveau recobrando su insolente audacia; si así lo tomáis, no hay hombre de mundo que muchas veces en su vida no haya atentado al pudor, y con violencia, que es mas, de las mugeres que cortejaba. Pardiez! señor abogado, os aseguro que no se galantea á las mugeres con otro fin. Acaso lo ignorais en los tribunales?

—A las mil maravillas, conde, es

lindo, lindísimo vuestro discurso, mofaos cuanto os plazca..... solo os advertiré que el código criminal, no pasa por estas chanzonetas.... El fiscal no toma conocimiento (término forense) de los atentados al pudor... es decir de aquellos que callan las mugeres... pero por el contrario decreta un encarcelamiento contra el miserable que, con engaño, llevó á una muger honrada á cualquiera parte donde puesto en acecho haya intentado violentarla, á pesar de sus ruegos, de sus gritos.... Probado el crimen, y el vuestro lo está de sobra, el criminal se vé condenado á una pena infamante... Esto os confunde, no es cierto? apuesto á que no habiais mirado la cosa bajo este punto de vista... y es extraño... porque os remordia la conciencia de tal manera que habeis callado á vuestros testigos la causa vil de este duelo..... habeis

obrado con prudencia, porque á saberlo, á buen seguro que ningun hombre de honor consintiera en ser vuestro segundo...

—El capitan Just no quiere batirse... y busca pretextos para encubrir su cobardía, no es esto? dijo monsieur Duriveau con desprecio.

—A mi modo de ver, el capitan Just, no debia consentir en cruzar su espada de valiente, con un hombre que mañana puede arrastrar á los piés de un tribunal, pero por razones particulares, os hace el honor de batirse con vos, mediante algunas condiciones...

—Comunicádmelas... y acabemos, dijo el conde Duriveau apretando los dientes con furor; qué propone?

—El capitan Just no propone, dicta condiciones....

—De veras?

—De veras! escuchadlas. Por de

pronto le parecía tonto, cuando acepta un duelo que podría rehusar, esponerse á que de fijo le mandeis una bala al corazon... puesto que tendriais la pretension de tirar primero, no es así?

—Es mi derecho, uso de él nada mas.

—Derecho de asesinar á otro hombre sin correr ningun riesgo.... patraña... no hay tal cosa, ni sucederá. Os batireis á la espada, porque tanto vos como el capitan teneis reputacion de manejarla perfectamente, y al menos serán armas iguales.

—No será; porque no cedo mi derecho de escoger armas.

—No quereis batiros con espada?

—No.

—Bueno, dijo el abogado levantándose, como gustéis; pero ahora mismo voy á descubrir á vuestros testigos la verdadera causa de este

desafío..... y esta noche quedará en la fiscalía una demanda criminal.

Exasperado Mr. Duriveau exclamó levantándose. Ea pues acepto la espada.

—Poco á poco, aun no hemos concluido.

—Cómo?... aun?

—Aun os quedan que oír algunas cosillas mas, dijo el abogado. Se os avisa que si teneis la audacia de pronunciar una sola palabra en perjuicio de la fama de la muger de quien se trata, y cuyo nombre de ahora en adelante no debe salir nunca de vuestros lábios..... se os avisa repito, que en este caso se procederá inmediatamente á acusaros judicialmente.

—Caballero...

—Y se toma esta prudente precaucion, para evitar que esparzais las calumnias que habeis prometido

verter en contra de una persona respetable; en vuestra mano está pues sepultar vuestra infamia en el mas completo olvido, ó hacer que le demos la mayor publicidad. Notad bien que el capitán no se porta con tanta cautela por miramientos á vuestra persona, escusado es probároslo, quiere sí, ahorrar á la muger mas noble y mas pura, un escándalo siempre desagradable para el que tiene delicadeza; sin embargo, no titubeará en arrostrarlo una y mil veces si proferis la menor calumnia, porque de ello resultará para vos la cárcel y la deshonra... y para ella un aumento de respeto y estimacion.

—Espero que ya hemos concluido los preliminares, eh? ya he consentido en batirme á la espada, dijo el conde Duriveau exasperado, de ver que le era imposible hacer el daño que habia premeditado.....

—Para lo último, lo mejor, amigo, añadió el letrado. Vais á esplicaros poco mas ó menos de este modo delante de los testigos:

—«Debo señores manifestaros que este duelo no ha sido motivado como os lo dije antes, por una rivalidad amorosa.»

—Retractar mis palabras! nunca.

—Dejaos de escrúpulos, no os sientan bien! añadió el abogado encogiéndose de hombros, prosigamos, direis, «juro por mi honor que este desafío ha provenido de una discusión política...» (ó suponer cualquiera otra causa si os place mejor).

—Jurar en falso! deshonrarme! esponerme quizás á que me escupan á la cara! exclamó Mr. Duriveau, es un desatino, estais loco en suponerlo!

—Vaya, vaya, no hagais tantos melindres.

— Señor letrado, exclamó furibundo el conde Duriveau.

— Calma... calma!... ó no me contengo mas y en el acto voy á referir á los testigos aquello que sabeis..... ahora dejadme que os explique minuciosamente por qué exige el capitán tantas garantías de vuestro silencio: 1.º porque el miedo de un proceso criminal os espanta, 2.º porque el temor de deshonraros publicamente os espanta tambien, razon por lo cual es forzoso que jurcis *por el honor* que es falso que una rivalidad amorosa haya motivado este duelo; así nunca osareis retractar lo que vais hoy á jurar delante de hombres que se aprecian y que os quitarian de una vez la mascarilla si os atrevieseis á perjurar vuestras palabras y á esparcir insinuaciones calumniosas contra cierta persona.

— No me retractaré nunca!...

—Entonces caballero, dijo el abogado levantándose, permitidme que pase unos instantes á conferenciar con vuestros testigos...

—Y que me importa á mí! vedlos ya hallaré otros, exclamó el conde Duriveau fuera de sí: voy á dar de bofetones al capitán Just, y fuerza será entonces que me ayude á encontrar testigos...

—No echeis el resto! cuidadito, bien habeis podido juzgar esta mañana de la fuerza de muñeca del capitán... y os aseguro que si por desgracia osais levantarle la mano tendrá de nuevo el honor de moleros los huesos, y adelante con el proceso criminal.

—Consiento en todo, exclamó el conde irritado al extremo, con tal de batirme...

—Inmediatamente sereis satisfecho, pues habiendo pensado el capi-

tan Just en lo difícil que es encontrar un sitio á propósito para cortarse el pescuezo sin importunos, ha escogido su jardin..... el que desde aquí se descubre... mirad por el balcon... os parece buen terreno? En cuanto á armas estamos ya provistos: dos pares de espadas han traído nuestros testigos.

—Basta ya caballero, contestó el conde recobrando su sangre fría acostumbrada. Estoy dispuesto á pasar por todo, consiento en todo, con la esperanza de tener una espada en la mano... y á ese hombre delante de mí.....

El conde Duriveau cumplió lo ofrecido, juró solemnemente que la causa del duelo era una discusión política, y que ninguna rivalidad amorosa la habia motivado.

Se verificó el desafio en el jardin

del doctor, la lucha fué encarnizada.

El conde Duriveau dió pruebas de un gran valor; aunque herido en la pierna, quiso continuar el combate y despues de haberle atravesado un brazo al capitan, recibió una segunda estocada en el lado derecho y tuvo que abandonar la pelea.

Media hora habría transcurrido á lo mas, cuando volví á comunicar á Regina el éxito del desafío y á tranquilizarla respecto de la leve herida que recibiera el capitan Just.

Hasta aquel momento el valor sostuvo á la infeliz jóven, pero luego se doblaron sus rodillas y no tuve mas tiempo que el de llamar á Julieta, á cuyo cuidado quedó la princesa.

FIN DEL TOMO DUODÉCIMO.

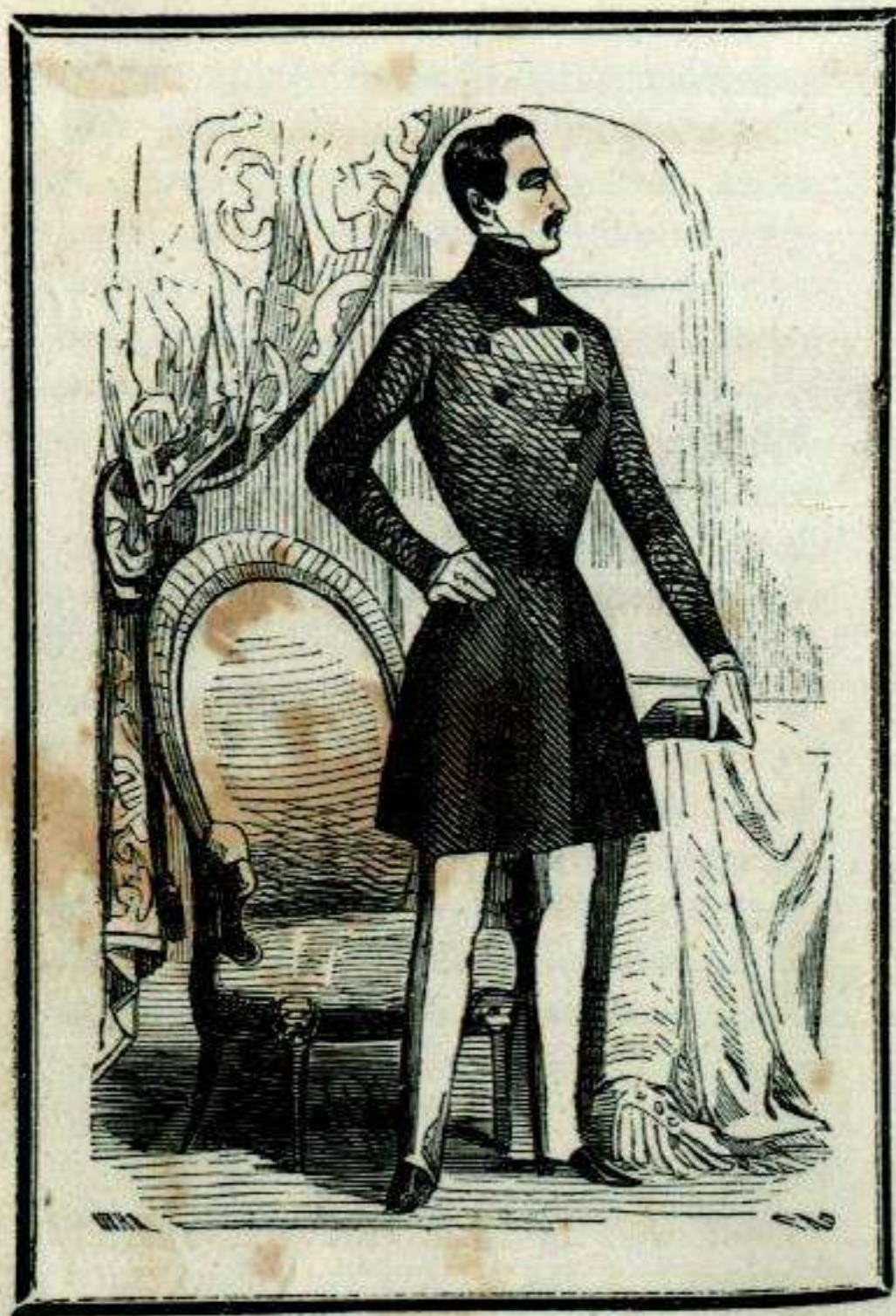
MARTIN

EL ESPOSITO.

MARTIN



James Watt's Patent



El capitán Just Clemente.

MARTIN EL ESPOSITO

6

MEMORIAS DE UN AYUDA DE CAMARA,

ORIGINAL DE EUG. SUE,

traducida por EL DONCEL.

TOMO XIII.

MADRID—SOCIEDAD LITERARIA—1847.

Imprenta de D. Wenceslao Ayguals de Izco.

MARTIN DE ESTOILLO

MEMORIAS EN LA BARRA DE CANARY

QUINTA DE MEMORIAS

MEMORIAS DE LA BARRA DE CANARY

QUINTA DE MEMORIAS

MEMORIAS DE LA BARRA DE CANARY

QUINTA DE MEMORIAS

MEMORIAS DE LA BARRA DE CANARY

QUINTA DE MEMORIAS

MEMORIAS DE LA BARRA DE CANARY

QUINTA DE MEMORIAS

MEMORIAS DE LA BARRA DE CANARY

LXVIII.

DIARIO DE MARTIN.



USCANDO y arreglando papeles he hallado los fragmentos de un diario que escribí á ratos algun tiempo despues de mi estancia en el palacio de Moutbar.

Aquellos pensamientos de cada dia trazados sin órden y bajo el influjo de la impresion del momento son la relacion exacta, sincera, de la posicion estraña que me cupo entonces en suerte y en la que sufrí tan amargos sinsabores.

Trata esta parte de mi diario de las particularidades mas notables que ocurrieron durante el primer año que serví á Regina y llega hasta la época en que acontecieron graves sucesos domésticos en la familia Moutbar, sucesos que señalaron tan marcadamente mi existencia y que pasaron catorce meses poco mas ó menos despues de mi entrada en casa de la princesa.

He vuelto á leer hoy aquellas páginas con la calma de la fria razon, y he descubierto en ellas el rastro de una pasion ácre, ardiente, tenebrosa, como lo es todo deleite culpable y secreto..... además esta lectura hecha con pausa, me ha demostrado que nada hay mas temerario, mas imprudente para una muger jóven y casta que *admitir en su interior los servicios de un hombre.*

Con efecto semejante despreocupa-

cion en las mugeres, denota una confianza ciega en su honradez, ó un desprecio aun mas ciego hácia á esos hombres (que á pesar de todo como hombres, tienen pasiones, instintos y deseos) que por su misma condicion se hallan en un contacto continuo con ellas.

Hay en este hecho una especie de memoria del axioma de las antiguas señoras romanas:

Un esclavo no es un hombre.

Falso y muy falso; un hombre siempre es hombre y cuanto mas le juzgueis ignorante y falto de educacion, mas groseras serán sus sensaciones, mas libres y mas lascivas. La muger debe, pues, por delicado pudor, alejar á todo hombre de su intimidad, porque si bien su dignidad la defiende contra un insulto, no basta á parar el vuelo de los pensamientos sensuales que ella misma sin

saberlo, *provoca, irrita materialmente* sin poderlo preveer, ni impedir; pues nacen simultáneamente en la familiaridad doméstica.

Y sucede que cuanto mas pura, mas respetable es una muger, menos piensa en presentarse con severo recato delante de su criado, porque existe en ella tal conviccion de que un abismo la separa de su lacayo, que sin escrúpulo ni notarlo siquiera, se entrega á una libertad que la escandalizaria si se tratase de *un hombre fino*, segun su ingénua espresion.

Hé aquí los fragmentos de aquel diario:

.

—

7 de febrero 18...

Hace hoy un mes que fué herido el capitan Just, aun no ha podido salir á la calle. He ido como siempre á saber de su salud.

Que mirada involuntaria de gratitud me ha echado Regina, cuando al otro dia de efectuado el duelo, le dije:

—Permitidme, señora, que os pida un favor?

—Hablad Martin...

—Señora, sabeis cuanto le he debido al señor doctor Clemente; tengo para su hijo el señor capitan Just un respetuoso cariño, y aunque se asegura, que su herida está muy lejos de ser peligrosa, siempre estaré inquieto.... si no sé á menudo noticias suyas... Quisiera pues, que la señora me permitiese ir diariamente á casa del capitan á saber como sigue..... y para no faltar á ninguna de mis obligaciones, marcharia antes que fuese de dia...

—Es tan laudable vuestro agradecimiento, que creo deber recompensarlo permitiéndoos que vayais todos

los dias á saber noticias del hijo de vuestro protector...

Pobre muger!... cuánto gozo debe haberle causado mi solicitud.... si le ama ya!... pues nunca se hubiera atrevido á darme ella la órden de ir á informarme todos los dias de su estado.

Mas , he pensado en ahorrar á Regina la confusion de preguntarme : y bien , cómo sigue?

Con este fin cada mañana de mi *motu* propio le doy noticias del capitán.....

Desde que el príncipe ha regresado de su cacería , sin saber por supuesto el motivo del duelo , *ha ido en persona* á informarse del estado de salud del capitán Just , y por lo menos cada cuatro ó cinco dias ha pasado á dejar una targeta.

8 de febrero 18...

Oh! cuán sensible ha sido Regina á mis delicadas atenciones..... como ha comprendido los afectos de mi corazon, el cuidado singular que he puesto en adivinar sus pensamientos para evitarle un solo instante de turbacion que pudiera herir su orgullo, su reserva, en todo lo relativo al capitán Just! con qué nobleza me ha recompensado.

Fuí esta mañana á entregarle mi *libro de gasto* para las flores: subia la cuenta á 125 francos, me ha dado mi ama ocho luises diciéndome:

—Lo que sobre Martin..... guardadlo...

Con dinero... está en paz, me ha pagado.

.

—

9 de febrero 18...

Mi pena de ayer era estúpida, y

aun mas injusta si cabe..... qué soy pues á los ojos de Regina? un fiel servidor, muy adicto.... bueno; pero esto no quita que soy *un hombre asalariado*, un hombre que se alquila por dinero! nada mas.

Desde un principio no ha sido mi objeto no ser nunca, ni parecer otra cosa á sus ojos? Qué derecho he tenido pues para ofenderme de que mi ama me haya demostrado su gratitud de un modo conveniente y generoso visto nuestras posiciones respectivas? Sabe acaso, puede imaginar el interés inmenso, general que hay en todos los actos de mi proceder para con ella? No me he repetido siempre: que el dia que Regina sospechase el sentimiento que me une á ella... ese dia me echaria ignominiosamente de su casa?...

Volvia yo esta mañana de la del capitán Just y me hallé á Leporello;

deseoso de saber que se susurraba en el mundo del desafío en el que quedó tan gravemente herido el conde Duriveau, que aun está de mucho peligro, paré á Leporello y charlando he sabido que todos opinan ó creen que aquel encuentro tuvo lugar á resultas de una disputa política muy natural, profesando el capitán ideas republicanas.

Ya antes de esta ocasion, habia yo interrogado á Astarté y á la doncella de la marquesa de Hervieux, para saber de ellas que voz corria, en las diferentes sociedades á las que concurren sus amas respectivas..... sus contestaciones me han tranquilizado porque veo que en todas partes se atribuye el duelo á la misma causa, y estoy seguro de que nadie ha mezclado el nombre de la princesa en esta cuestion.

• • • • •

Esta noche á la hora de comer ha estado el príncipe de mal humor, provocante con su muger; cosa rara, cuando volvió de la caza pareció y efectivamente se afectó al saber la herida del capitán; su primera impresión fué pues noble y generosa, pero á proporción que el capitán ha mejorado, el príncipe ha empezado á burlarse de las gentes acometidas de la manía de duelos políticos, observando con bastante razon, es innegable, que matar á otro hombre no es precisamente la prueba mas convincente que se pueda alegar de la superioridad de su opinion etc., etc.

Estas chanzas pesadas, ridículas, dirigidas sin duda alguna al capitán Just, debian ser doblemente crueles para Mma. de Moutbar, pues que ella... era la única causa del duelo en el que el capitán habia espuesto su vida con tanto valor.

Hay fatalidades que conducen á los maridos á decir y á hacer siempre lo que mejor puede indisponer y aun hacerlos odiosos á sus mugeres, así es que el príncipe ha tenido el acierto esta noche de tomar por tema de conversacion la primera é interesante visita que el capitán Just hará á Regina.

—Presentarse convaleciente de resultas de un sablazo es siempre una excelente recomendacion, dijo el príncipe mofándose, quien pierde la ocasion de mostrarse pálido, el brazo vendado y despues de hacerse modestamente rogar, contar las cuchilladas y tajos dados y recibidos á derecha y siniestra..... hasta hacer temblar á las pobres mugeres al oír el relato de aquellos combates semejantes á los del Ariosto...

La princesa sufría sin duda de tales chanzas, y sufría tanto mas por

cuanto le era preciso disimular y contenerse á fin de no escitar el número sardónico de su marido, y desalentarle con su frialdad é indiferencia afectada.

Al cabo, no pudiendo resistir, ha pretestado una jaqueca y se ha marchado del comedor; tantos motivos me habian preocupado fuertemente, al considerar la penible situacion de Regina que Mr. de Moutbar habiéndome pedido una cuchara, he olvidado de presentársela como era debido en un plato, y he cometido el *desacato* de ofrecérsela *de la mano á la mano*.

En vez de cogerla el príncipe, mirándome de arriba abajo me ha dicho:

—Habeis aprendido á servir en casa del señor doctor Clemente?

Y como me quedé aturdido añadió:

—Sin duda en casa de los médi-

vos..... se ofrece de este modo una cuchara?

El ayuda de cámara del príncipe, el pobre viejo Luis ha venido en mi ayuda, se ha acercado y en voz baja y aterrada me ha dicho:

—En un plato... En un plato, infeliz!!

—Perdonadme señor, le dije á mi amo queriendo disculpar mi distraccion; pero sin escucharme se ha vuelto á su ayuda de cámara y le ha dicho.

—Luis dadme una cuchara.

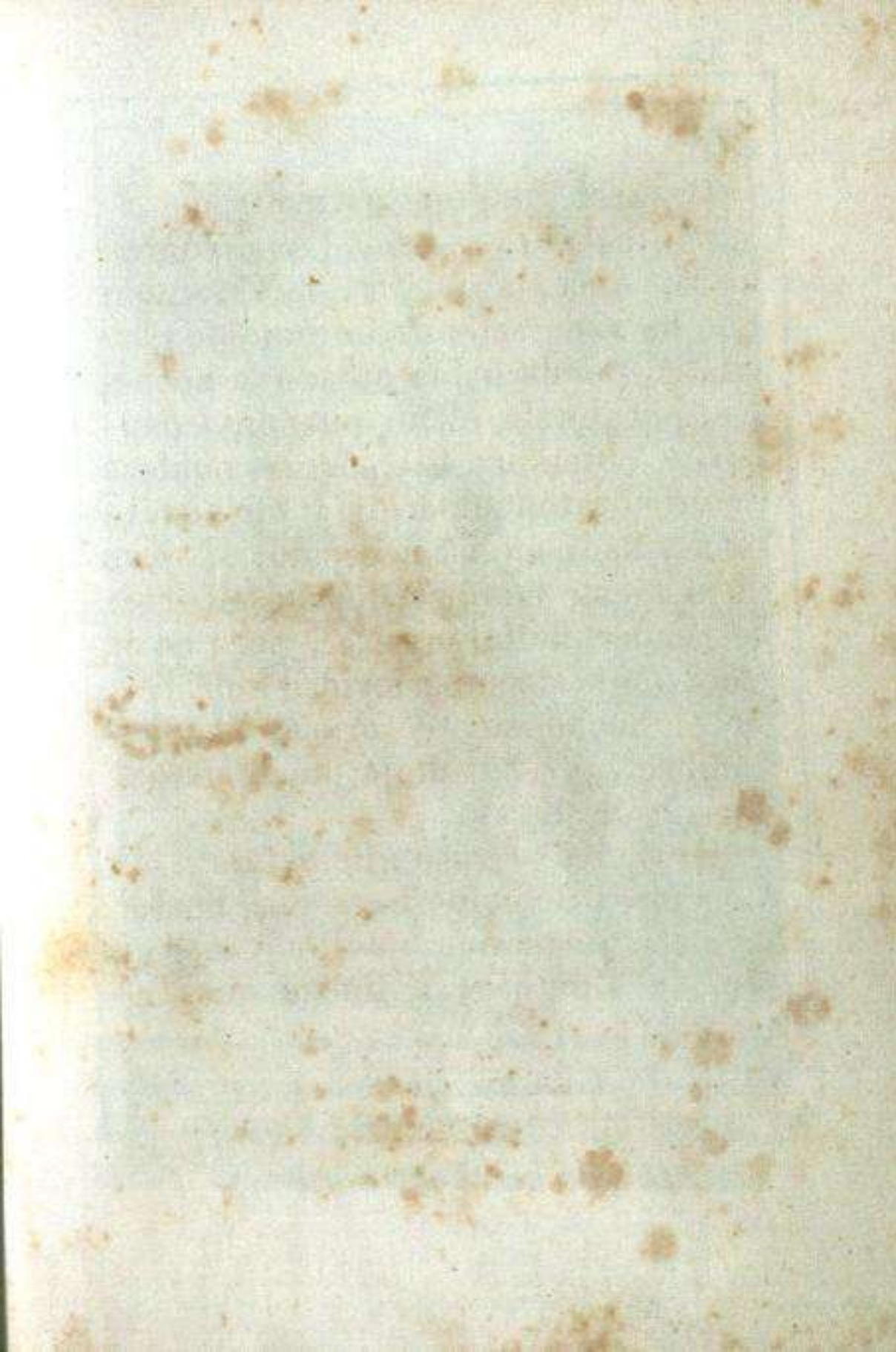
La que se ha apresurado á llevarle el buen anciano, mirándome con aire de compasion...

Fuera de esto, no me cabe duda que no soy santo de la devocion de Mr. de Moutbar, otros incidentes tan pueriles como el que acabo de referir, me han convencido de ello.

Confieso que esta antipatía me asusta, no porque tema las altanerías ni las durezas de Mr. de Moutbar que he visto salir de un innoble chibitil, donde habia pasado la noche, no, porque de él no pueden *humillarme!* siempre fuí por la nobleza de mi corazon superior á mi condicion y nada me ha rebajado..... y he visto á este hombre de alta alcurnia descender de la suya..... pero no se trata ahora de superioridad moral.... en el hecho soy el criado de este hombre... y á su antojo puede despacharme de su casa.

Será pues preciso que á fuerza de atencion y de celo, haga por borrar la mala impresion que le causo á Mr. de Moutbar, á fin de quedarme á su servicio.

El cáliz es á veces muy amargo.





I. Lozano dib.^o y lit.^o

Lit.^a de Ayguals.

10 de febrero de 18...

Acaban de dar las once de la noche, y aun estoy embebido en la impresion cruel y divina á la vez que he sentido esta mañana.

Mi ama, se hallaba en el baño colocado en un pequeño cuarto que termina una larga galería en cuyo otro extremo está un grande espejo que forma con la pared un ángulo agudo, de manera que todo cuanto en el corredor existe ó en el cuartito se refleja en la veneciana luna.

Abrióse de pronto la puertecita de la pieza del baño y hé aquí lo que se reflejó en el espejo.

Mi ama... sus lindos y sedosos cabellos algun tanto en desórden todavía, desnudos sus brazos y espaldas... oculto á penas el nevado seno por la batista con guarnicion de blonda que dos esmeralditas dejaban de sujetar... mi ama sentada en una butaca

muy baja, inclinado el cuerpo, corriendo hácia la rodilla una media de seda, mientras apoyaba su otra torneada pierna en una piel de herminia, asiento de su breve pié en el cual se destacaban del mármol, turquesas que serpeando terminaban en sus rosados dedos.

Julieta me ha sacado bruscamente de mi arrobamiento, y cuando mis ojos han vuelto á fijarse en el adorado espejo potro y vida de mi ser, solo la esculpida puerta del gabinete se reflejaba en él.

Me es ya de todo imposible resistir tentaciones tan vivas, quiero huir pero no debo, no... seria una cobardía indigna.

Regina me necesita... ahora quizás mas que en otro tiempo..... mis sentimientos no me engañan son demasiado crueles para que pueda ser

así... *Regina ama ó amará al capitan Just.*

Al considerar la terrible influencia que este amor puede tener en el reposo de Regina... no me es ya permitido huir, mi adhesion puede serle útil aun.

Pero que haré Dios mio! qué haré? al fin soy hombre... soy jóven, amo con frenesí y *ella* está siempre á mi lado!...

Complétese el sacrificio..... rásguense las fibras de mi alma.... ME QUEDO.

—
13 de febrero de 18...

El capitan Just está casi restablecido, dentro de pocos dias saldrá de casa... qué felicidad espresó el encantador semblante de Regina al saberlo!

Mil importunas visitas se han sucedido esta mañana; la princesa queriendo sin duda matar el tiempo has-

ta que llegue el momento de ver á su amante, ha aceptado el coche de Mr. Dumolard, para ir al teatro y luego al baile...

Cuán largas y lentas le serán las horas.

.

Seria la una de la mañana, cuando la princesa ha vuelto del baile, no triste y abatida como la he visto muchas veces al regreso de una reunion, pero si preocupada, seria y pensativa; de ahí deduzco que si Regina ha consentido en ir al teatro y á la cena improvisada, ha sido solo con el objeto de distraerse un poco de recelos harto graves para su tranquilidad.

Desde ayer tuve el presentimiento de que hoy vendría el capitan Just: he acertado.

Esta mañana, despues de haberle

servido el té, me dijo Regina con la mayor naturalidad:

—Prevenid en la portería que solo recibiré hoy á Mr. d'Erfeuil.... á Mr. Dumolard... y á Mr. d'Hervillers si viniesen á visitarme.

Aquella orden me dejó atónito; en el momento en que iba á retirarme, añadió la princesa.

—Ah! tambien recibiré al señor Just Clemente... si... por casualidad viniese.

Entonces la he comprendido.

Regina ha tenido el mismo pensamiento que yo, *está cierta* de que hoy vendrá, y á fin de poderle recibir á solas, se ha negado para todos excepto para tres personas que habiéndola visitado ayer, no volverán seguramente hoy.

Adiviné tambien que Just por un escrúpulo de extrema delicadeza no habia querido solicitar de Regina, co-

mo antes lo hacia, una entrevista particular, por lo mismo que ahora Regina le debia el sacrificio de su existencia...

A cosa de los dos, he oido pararse delante del palacio un modesto simon sin duda; he inferido que lo fuese porque solo los coches particulares tienen entrada en el patio, pues Romarin el portero, es inflexible guardian de aquella consigna...

Me acerqué á una de las ventanas de la antesala y levantando un poco la cortina, he visto al capitan atravesar el patio, despues de haber preguntado, sin duda en la portería, si la princesa habia salido.

—Buenos dias Martin, me dijo afectuosamente al entrar. Buenos dias amigo mio... Puede recibirme la señora princesa?

—Sí señor.....

Y adelantándome pasé á la salita

que precede el *recibidor* de la princesa, donde espero siempre sus órdenes, abrí la mampara y anuncié á mi ama:

—El señor capitan Just!

Regina estaba sentada... un ligero carmin cubrió sus mejillas, se ha vuelto hácia á Just y tendiéndole con viveza la mano le dijo con voz conmovida:

Me cabe una verdadera satisfaccion en veros restablecido, monsieur Clemente.

Junté la mampara y me alejé partido el corazon de dolor de la antecámara, de donde me hubiese sido fácil escuchar la conversacion... ni siquiera lo pensé... era una prueba superior á mis fuerzas, no la tenté... agoviado de pena fuí con lento paso á sentarme delante de la mesa que ocupo diariamente, y apoyada la cabeza entre mis manos y repitiendo triste-

mente. Qué se dirán? qué se dirán?

Just dotado de un tino perfecto se guardó muy bien de presentarse *con el brazo vendado*, pretension ridícula que con demasiada premura le habia servido al príncipe de materia, de crítica y de burla; la única señal aparente que le quedaba de resultas de la herida, era cierta dificultad en la articulacion de la mano, que solo se notaba parando la atencion en el modo con que el capitan sostenia su sombrero. Hoy mas que nunca he reparado en la hermosura varonil, cuanto llena de dulzura del capitan. Su cabello corto y castaño como el de las cejas, sus ojos azules, grandes y bien rasgados, despejada frente, cubierta de gloriosas cicatrices, su tez tostada, su vigote casi rubio, su sonrisa graciosa y sutil, su barba pronunciada, dan á su rostro un carácter peculiar

de franqueza y energía; mucho mas alto que el príncipe, su porte si bien no es tieso como suele serlo el de los militares, tiene un no sé qué sério y moderado que da la costumbre de ponerse uniforme tan diferente de la especie de abandono elegante propio de Mr. de Moutbar, y de los demás hombres que comunmente visitan á Regina; no existia menos contraste en el lujoso y esmerado modo de vestir el príncipe con la sencillez, no desnuda de elegancia, con la cual se presentó Just; llevaba una levita negra abotonada hasta arriba y sin otro adorno que la cinta encarnada que lleva siempre (1) dibujaba perfectamente su delgado y esbelto talle realzado aun, por la anchura del pecho; su pantalon de medio luto ajustado á la bota, dejaba ver un pié pequeñi-

(1) Cinta de la cruz de la legion de honor.

mo considerando la alta estatura del capitán, y su mano aunque cubierta por el guante no denotaba menos belleza.

En una palabra, el príncipe y él, ambos jóvenes, ambos hermosos, diferían totalmente, tanto en lo moral como en lo físico; así es que el que estudie la fisonomía apacible, sosegada, casi indolente de Mr. de Moutbar y su actitud, aunque algo orgullosa, desenvuelta é indiferente, le calificará desde luego de pertenecer á esa clase de hombres, cuya vida se desliza sin penas, independiente, sin luchas, sin trabajos y sin deberes sagrados, mientras que al considerar la actitud severa del capitán Just, sus facciones varoniles marcadas ya por la huella de los pesares, de los peligros de la guerra y por ideas graves, revelan por el contrario la costumbre del trabajo, del deber, de la subor-

dinacion y tambien la de mundo.

Cosa singular, durante la entrevista de Regina y Just, las ideas que me han preocupado, han sido la comparacion del capitan y del príncipe y la vertiente de estas reflexiones me ha conducido á compararme, á mí tambien, de condicion servil, á estos dos hombres que por tantos títulos van á disputarse quizás el corazon de Regina, mientras yo..... cuán humillante y triste es para mí tamaña consideracion!... cuánto he sufrido Dios mio!... interin han estado juntos!...

Se separaron á las tres y media.

Preparándome estaba á observar, á tratar de adivinar bajo que impresion dejaba Just á Regina?... sin acordarme que eran inútiles tantos preparativos de penetracion para con hombres del temple del capitan, que

rara vez prueban ni pueden dominar sus emociones..... cuando salió del cuarto de mi ama, su semblante alterado denotaba una compasion profunda, dolorosa, y no pudo contener un suspiro al decirme:

—Adios, Martin...

Acentuó tan marcadamente la palabra *adios*, que no pude menos de contestarle con cierta familiaridad, hasta cierto punto natural por el tiempo que habia vivido en casa de su padre:

—Mr. Just, espero que no es un adios para mucho tiempo, hasta dentro de poco...

Meneó lo cabeza con tristeza y me respondió:

—No, Martin, no, marchó mañana á reunirme con mi regimiento.

—Qué.... tan pronto..... es cierto Mr. Just?...

—Sí, Martin, por eso os repito

que ya sabeis podeis contar conmigo como contabais con mi pobre padre, cualquiera que sea la posicion en que os halleis, recordadlo.

—No olvidaré nunca los beneficios de vuestro señor padre ni los favores vuestros Mr. Just.

—Por ahora estais aquí contento, no es cierto?

—Sí, señor... estoy muy bien.

—No lo dudo, teneis tan buenos amos... Ah! decidme, sabeis si monsieur de Moutbar ha salido?

—Sí, señor, le he visto salir en coche.

—Pues bien! me contestó, sacando con bastante trabajo su targetero del bolsillo, sin duda por su herida, que aun debe resentírsele bastante; hacedme el favor de llevar esta targeta á la habitacion de Mr. de Moutbar, y dobló una de las esquinas, advirtiéndome que le digan que he sen-

tido mucho no tener el honor de despedirme de él.

—Descuidad, Mr. Just, le dije tomando la targeta.

—Agur, pues, Martin, añadió afectuosamente el capitán; adios amigo mio...

Me acerqué á una ventana y le ví atravesar despacio el patio y mientras le abrian la puerta de la calle volver la cabeza buscando sin duda la ventana de Regina, luego... se abrió la puerta y desapareció. Seguro estoy de que el retumbo del zaguan ha herido el corazon de la princesa.

Mi primera impresion al saber la marcha de Just ha sido dura, egoísta.... me he alegrado. Iban á dar las cuatro, estaba el dia nublado, y era ya la hora en la cual entro luz en el aposento de la princesa... Al pronto he titubeado en interrumpirla, comprendiendo por instinto, que aquella

media oscuridad, debia armonizar con sus melancólicas ideas..... pero cediendo á una curiosidad mal intencionada, (que quise disfrazarme á mí mismo, atribuyéndola al interes que me causa Regina), cogí la lámpara de porcelana que le llevo todos los dias, abrí con precaucion la puerta de la antesalita, á fin de no despertar su atencion, y no metiendo ningun ruido por la alfombra, abrí de repente la mampara, y una luz resplandeciente inundó el cuarto, antes que Regina hubiera sospechado siquiera que iba á entrar alguien. Tendida en un sofá, su rostro estaba anegado de lágrimas..... volviéndose bruscamente hácia la chimenea para ocultarme su afliccion me dijo con voz irritada:

—Esta luz es insufrible... quien ha llamado?...

—Como 'es lo hora en que siem-

pre entro luz á la señora princesa y...

—Basta..... llevaos la lámpara;
cuando la quiera, la pediré...



LXIX.

DIARIO DE MARTÍN.

(Continuacion).

6 de marzo de 18...



ESTAMOS ya de regreso del viaje que todos los años hace Regina á la tumba de su madre, en el dia aniversario de su muerte.

Solo Julieta y yo acompañamos á la princesa; pasamos delante de aquella cruz de piedra, donde en otro tiempo hallé el pañuelito de Vascona manchado de sangre.

:

Cuánta emoción experimenté al entrar en aquel pueblo en el que pasé mi juventud con Claudio Gerard! cuántos recuerdos se han agolpado á mi memoria al pisar el cementerio donde por la vez primera ví á Regina! extraño destino ha sido volver á este sitio con ella, y despues de tantos años!!

La tumba adorada de la madre de Regina, que yo cuidaba con piadoso amor, se hallaba abandonada, sin una flor siquiera... mucho ha sufrido la princesa al ver, que á pesar de sus recomendaciones, nadie se ocupa como *antes* de cumplir sus mandatos, ay! nunca sabrá que la mano mercenaria no puede tributar lo que ejerce el corazon.

Fuí segun sus órdenes á quejarme al cura, con quien se habia estipulado una cantidad, para que cuidasen con esmero de la tumba. Era aquel

hombre el enemigo antiguo de Claudio Gerard, no me ha reconocido; la única razón que me ha dado para disculpar la falta de cumplimiento á las órdenes de la princesa ha sido: «que no tenía ya, como en otro tiempo, un *Institutor* á sus órdenes para cuidar del cementerio, pues una escuela pia substituye la antigua comunal.» El clero ha conseguido al fin su objeto.... y el *Institutor* del pueblo ha sido arrojado por los instrumentos misteriosos de Roma.

Regina me había mandado que ofreciese doble, triple de la suma ordinaria para que de ahora en adelante, se ocupasen con afán de adornar el sitio donde reposan los restos de su madre, el cura por conciencia se ha hecho pagar doble cantidad de la acostumbrada... y por adelantado, y ha hecho mil promesas que á buen seguro nadie cumplirá.

Hemos hallado á nuestro regreso dos cartas del capitan Just pues mantienen una correspondencia seguida.

—
20 de abril de 18...

Gozo inesplicable! estoy á punto de descubrir el arcano misterioso de la conducta de la madre de Regina, y quizás se hallen las pruebas de su inocencia.

Aquellas cartas que saqué de la tumba, empiezo ya á comprenderlas, merced al estudio constante que he vuelto á hacer del idioma aleman, desde que estoy en el palacio de Moutbar... aun no entiendo todo pero adivino ya parte del misterio.... y si no me equivoco, pronto comprenderé hasta que punto ha sido heróico, grande el sacrificio que la generosa madre de Regina hizo á la amistad!...

—

12 de mayo de 18...

Cada día se hacen mas frecuentes las salidas nocturnas del príncipe de Moutbar; gracias al celo continuo del pobre anciano Luis que cuida de sostenerle, cuando vuelve, casi perdido el sentido se introduce por una puertecilla secreta del jardin y llega á su habitacion por el cuartito de su ayuda de cámara que la precede...

Estos desórdenes continuos van destruyendo poco á poco la salud del príncipe; rara vez come ya con su muger, pretestando indisposiciones para que le sirvan particularmente: él tan elegante, siempre tan escrupuloso en el vestir se abandona completamente y siempre se le vé sombrío y taciturno.

No se interrumpe la continua correspondencia de Just y Regina: esta mañana me entregó una carta para

que la echase al correo. Cuanto me ha costado resistir á una culpable curiosidad! y cuanto he sufrido mientras ha estado en mi mano.

Pero que importa lo que se diga se aman... se aman, harto lo sé!...

Valor, valor, pobre corazon mio! se acerca el desenlace de esta pasion, en la que reside todo el porvenir de Regina! ahora mas que nunca puedo serle útil, pasado este trance su destino se cumplirá... y yo habré cumplido con mi deber.

—
10 de junio de 18...

He hecho esta mañana un encuentro que me ha conmovido mucho...

Caminaba por el muelle de Arsay bastante solitario, cuando un hombre pálido, flaco, crecida la barba y de una fealdad singular, pero de aspecto dulce y tímido me ha tendido la mano temblando y arrasados los ojos

de lágrimas, y me ha dicho con voz apagada:

—Señor, señor, socorredme por Dios...

Sacaba del bolsillo una moneda de plata para entregársela (porque desde que yo mismo he sufrido el infortunio, nunca soy sordo al ruego humilde de un infeliz) cuando reparando mas en su notable fealdad sobre todo ridícula, me estremecí y exclamé:

—Leonidas-Tiburón!

—Era él... pobre Leonidas qué alegría experimentamos! poco le he dado y me ha mirado como un salvador porque le he asegurado al menos pan y abrigo para ocho días, pero trabajaré para mejorar su suerte y hablaré en su favor á Mma. Astarté, la influyente camarera de la señora *ministra*.

Largo rato he charlado con Leo-

nidas y ha acabado por decirme. «Ahora que sabes ya, mi buen Martin, qué miserable existencia he llevado desde que fui *hombre-pez*, escusado es decirnos que aceptaré cualquier posicion con tal que me procure un pedazo de pan, un sitio para descansar y un vestido con que cubrirme.»

Así es que al oirme hablar de una plaza de mozo de cámara ó de ujier, que quiero pretender para él por Mma. Astarté, se ha sonreido melancólicamente y me ha dicho:

—¿Por qué no gran maestro de la universidad?

—
17 de junio de 18...

Entre los diarios que se reciben en palacio, la princesa lee generalmente el *de los debates*. Esta misma tarde he hallado por casualidad una columna cortada de uno de los

números del periódico en el cuarto de mi ama. Asaz, sorprendido por tal circunstancia, no he podido resistir á mi curiosidad y he visto que Regina conservaba aquel escrito porque él era un panegírico que debía llenarla de orgullo en su frenético amor hácia Just, pues los hechos de armas mas gloriosos y los descubrimientos científicos del hombre instruido, se leían á cada paso en aquella oja, objeto tan caro para el corazón de la princesa.

Pasando maquinalmente la vista por otro periódico, leí dos noticias que me llenaron de alegría, era una relativa á Vascona y otra á Baltasar Roger; la primera se hallaba entonces en una capital de los estados del Norte haciendo furor, en el teatro como bailarina y prima donna, tanto que en una de las representaciones todas las señoras de la corte, siguien-

do el ejemplo de la soberana, la arrojaron sus ramilletes. Baltasar Roger habia publicado sus poesías con asombroso éxito, y su obra le colocaba desde entonces entre los primeros poetas de Francia.

—

18 junio de 18...

El príncipe de Moutbar se ha entregado al estudio con asiduidad sin igual, nada puede igualar su laborioso empeño, el infeliz lucha en alas de su amor para conquistar de nuevo el de su esposa.... Podrá lograrlo?..... El tiempo tan solo decirlo puede.

—

19 de junio de 18....

A Dios gracias el pobre Leonidas-Tiburón está para siempre al abrigo de la necesidad; habia una plaza de ujier vacante, y se la han dado, merced á la influencia de Astarté.

—

22 de agosto de 18...

He ido á ver á Suzon esta tarde; la anciana nodriza del capitan Just me ha dicho que regresaba en breve....

Dadme valor, Dios mio! dadme valor...

—

23 de agosto de 18...

Esta mañana he entregado á la princesa una carta con el timbre de Metz.

Serian las doce, al servirla el té me ha dicho :

—Pasado mañana cuidareis de mudar las flores de la sala.

He comprendido , le espera pasado mañana.

—

24 de agosto de 18...

El principe ha marchado para sus posesiones de Moutbar á las cuatro de la mañana.

Tan repentino viaje la víspera de

la llegada del capitán, me parece muy singular.....

—
25 de agosto de 18...

Hoy ha tenido lugar la entrevista entre Just y Regina, por tres veces y con varios pretextos mi celoso martirio me ha hecho interrumpirla. Cuánto he sufrido!.... cuánto me resta que sufrir aun!... ay que no he podido resistir y un pensamiento infame ha despertado mi sensual ardor.

Como tenia la noche libre he ido á las Tullerías, mil grisetas se hallaban paseando de bracero con sus felices amantes; hay fatalidades raras como dice Vascona, esta y luego el tropezar con esas mugeres perdidas cuya prostitucion les lleva á incitar al hombre, me han hecho perder enteramente la razon; las tentaciones que revolvian en mi mente han cobrado mayor fuerza...

He entrado en una taberna y he comprado una botella de aguardiente, hecho lo cual he vuelto al palacio.

Serian las diez y media; oculté mi botella en un escondrijo de la pieza en que me hallo comunmente, y esperé que la princesa volviese.

A las once y cuarto ha vuelto.

Al abrirle la puerta me ha dicho:

—Podeis retiraros; no os necesito ya.

Me he retirado en efecto.

Regina será mia; ya por sorpresa ya por fuerza! Esa idea horrible era la sola que ardia en mí.

Dieron las doce. Apuré de un sorbo la botella de aguardiente y me dirigí al cuarto de Regina, perdida la cabeza, incierto el paso, alerta la vista, el puño cerrado y atento el oído.

La luna rieñaba con suma intensidad en el salon, en el recibidor y en la galería de pinturas.

Esa luz me alumbró hasta la misma alcoba.

Escuché y nada oí... nada.

Si Regina estaba despierta, era perdido.... Podia coger el cordon de la campanilla y llamar..... sentí no haberlo cortado antes...

Si al abrir la puerta yo, hubiese despertado á Regina..... era perdido tambien...

Titubeé por un momento..... mas luego llevado por arrobadores recuerdos, resuelto á morir.... he dado á la llave una vuelta rápida y fuerte.

Contuve mi respiracion escuché de nuevo... y de nuevo ningun ruido percibí...

Abrí entonces la puerta muy quedo.

Regina dormia, una lámpara de

alabastro colocada encima de la chimenea alumbraba la habitacion.

Dormia la princesa tan profundamente, que gracias á lo espeso de la sedeña alfombra pude acercarme bastante á su cama para oir su tranquilo y angélico alito.

Era la noche abrasadora... Regina esparcidos los de ébano cabellos, dormia en un desórden que acabó de quitarme el poco juicio..... que me quedaba... en el momento de lanzarme sobre mi presa, eché maquinalmente una mirada oblicua, y mis ojos se hallaron con el espejo asaz, fuertemente alumbrado. Era tan repugnante la espresion de mi lívido rostro, tan feroz, que en mi espanto aumentado por el delirio de mi imaginacion, me quedé petrificado..... fascinado ante aquella horrible vision... mi razon despertó... en aquel mismo instante. Quise huir aterrori-

zado, pero las fuerzas me flaquearon y caí sin sentido junto á la puerta del salon...

Cuando volví en mí amanecía ya: profundo silencio reinaba todavía en el palacio; levantéme y sin meter ruido, volví á mi cuarto, despues de cerrar la puerta que dejé abierta, y caí en el lecho desecho en llanto...

La prueba fue cruel, pero decisiva.

Todo lo impuro y culpable de mi amor hácia Regina, desapareció en aquella noche fatal... Ese amor quedará ya en mi corazon puro é inalterable siempre.

—
29 de setiembre de 18...

He interrumpido por largo tiempo este diario.... Just y Regina se adoran, y á pesar suyo la pasion les arrastra. Sin embargo, Regina lleva la frente demasiado erguida para ser culpable.

El príncipe sigue ausente; está en los Pirineos, y no se le espera antes de noviembre.

Felizmente nadie ha penetrado los amores de Just y Regina, aquel no la visita sino dos ó tres veces por semana, cual lo permiten amistosas relaciones. Ellos se ven ya en paseos solitarios, ya en el Museo, lo sé, pero á los ojos de la sociedad nada se trasluce.

5 de diciembre de 18...

Hace algunos dias que Regina pierde su pasada serenidad, la he sorprendido varias veces triste, preocupada; profundamente abatida, pero al ver á Just, sus facciones destellan gozo inefable, felicidad inmensa.

De vuelta de su viaje, el príncipe ha ido á pasar un mes en las tierras

:

del marqués d'Hervieux... No cabe duda de que la zozobra de Regina nace de la próxima llegada del príncipe. La princesa prevee que se acerca el momento de tomar un partido decisivo. Además he oído que le decía á Just algunas palabras asaz significativas; y estas palabras son las siguientes:

—*Todo ó nada..... siempre ó jamás!*...

Conozco la decision del carácter de Regina, estas palabras encierran pasado y porvenir de su amor.

—
2 de febrero de 18...

Tengo entre mis manos y ante los ojos una prueba, un escrito, del que puede depender el destino de tres personas, de *Regina*, de *Just* y del príncipe.

Es el fragmento de una carta de la princesa á Mma. Wilson, en ella se

revela cuán intensa es la pasión de Regina, el capitán Just, posee su corazón, y toda su vida; si *ella* titubea en huir con su amante, es por la memoria de su madre que todavía mancha la calumnia.

Soy poseedor de los medios que pudieran hacer que Regina se resolviese, puedo entregarlos á Just, puedo tranquilizar á la princesa y hacerle ver que su esposo no merece ni piedad, ni respeto, ni recuerdo alguno; pues que su inclinación á la crápula parece aumentar en vez de disminuir.

Esta mañana por casualidad he oído que el príncipe decía á Luis, su criado antiguo.

—Oyes... un traje de payaso de tela de colchon... compra lo mas feo que halles...

—Pero príncipe, os pondreis.....

—Qué! no iré vestido de etiqueta interiormente?

—Es cierto; y dónde llevaré el disfraz?

—No lo sabes? á la calle del Delphin número 3.

—Y cuándo? á qué hora?

—Mañana á las ocho de la noche.

Así yo puedo mañana hacer que Just presencie alguna escena innoble, alguna orgía repugnante si le doy parte de lo que sé.

Titubeará en huir entonces Regina?

Deber á Just la rehabilitacion de la memoria de su madre! Cuán grande será hácia él la gratitud de Regina? Y cierta ya de la bajeza de su marido, quién podrá detener á la princesa?

—
3 de febrero de 18...

Lo que acabo de ver y de saber

destruye todas mis resoluciones y me sume en muy grande perplejidad.

El príncipe adora á su esposa; he entrado en su cuarto esta mañana, portador de un recado de la princesa y le he sorprendido llorando ante el retrato de su muger que llenaba de besos. Oh! Mr. de Moutbar la ama, la ha amado siempre con pasion, pero no, esa adoracion tardía es solo un capricho, una rareza... semejante hombre es incapaz de asegurar la felicidad de Regina... barto lo prueba lo pasado.

Lo que acabo de saber por el anciano Luis me vuelve á mis dudas.

Solo me queda un medio de asegurarme por mí mismo de la verdad; veré mañana al príncipe, le hablaré y fuerza será que yo sepa hasta su mas recóndito pensamiento.

Hecho esto decidiré entre *Just* y él.

—

4 de febrero á las 5 de la mañana.

Está resuelto. Antes que llegue la noche todo quedará decidido.

Dios sabe cuales son mis intenciones..... Dios sabe cuán puras, cuán leales, cuán desinteresadas son:

— Hé aquí lo que ha pasado.

Ayer le dije á Regina.

—Tengo que pedir un favor á la señora princesa.

—Cuál, Martin?

—Que si S. A. no me necesitára, le agradecería mucho me permitiera salir esta noche y pasarla fuera.

La princesa me miró sorprendida, mas luego cual si recordase algo me contestó sonriendo.

—Ya caigo! estamos en carnaval!... Id... id... divertíos, y sobre todo cuidado con los excesos..... os

digo esto, Martin, porque vos sois un servidor muy bueno, de muy buenas costumbres, y porque á veces basta con solo una ocasion para torcer las mejores cualidades.

—Nada tema S. A.

—Id... con Dios.

Y sali.

Singular acontecimiento..... la princesa me daba aquella licencia y yo se la pedia para ocuparme de su suerte.

Habia sabido por Luis que el príncipe no comia en palacio; no debia pues hacer mas que esperarle en la calle del Delfin, número 3, y seguirle despues á donde fuera.

Así que llegó la noche, me fuí á casa de uno de esos que alquilan trages y lo hize yo con uno igual al del príncipe; trage con el cual me disfracé tambien, y desfiguré mi cara por medio de color rojo, negro, blanco

y azul, tanto que cuando me presenté en casa de Gerónimo, en busca del cual iba; su muger que se hallaba sola, no me conoció ni hablándola con mi voz natural, ni quitándome la careta; esperé pues tranquilo la llegada del buen cochero á fin de cerciorarme aun mas de la fuerza de mi disfraz.

Jamás se me olvidará la emocion que senti durante aquellos burlescos preparativos para desfigurarme, preparativos estrambóticos en sí mismos, pero preparativos que me iban á poner en camino de dar cima á un proyecto de extrema gravedad.



LXIX.

DIARIO DE MARTIN.

(Continuacion.)



ALÍ del gabinete enteramente disfrazado, y con tal perfeccion que la buena muger de Gerónimo se espantó; en esto llegó él y á pesar de mil pruebas, de hablarle con mi voz natural, no queria convencerse de que era yo; en fin, para persuadirle, le referí puntualmente los términos en los

cuales la víspera le habia pedido que no dispusiese de su coche. Esta prueba irrecusable me valió mil enhorabuenas del buen Gerónimo, y á pesar de sus bromas, le enteré de que un motivo importante motivaba mi disfraz. Acostumbrado ya á servirme en ocasiones harto sérias, puso todo su conato en seguir mis órdenes. Marchamos pues, á la calle del Delfin, número 3; y á poco salió otro payaso como yo, y subió en otro coche; Gerónimo le siguió muy de cerca; dos ó tres veces paramos; primero: en casa de un licorista; luego en una taberna á donde bajó sin duda el príncipe á beber; por fin, fuera ya de puertas, bajamos en uno de esos bailes de candil donde suele reunirse la hez del pueblo. Ví allí á ese hombre descendiente de una ilustre familia, dotado de raras prendas naturales..... marido de la muger mas

encantadora de Francia, le ví entregado á los asquerosos placeres de la plebe desordenada, pálido el rostro, con sonrisa amarga en los lábios, y dominado á pesar suyo por un hondo pesar, no pude contemplarle sin profunda compasion...

De lejos ó de cerca, no perdí ni un minuto de vista al príncipe; y cuando se apartó con asco de una horrible pastora que con él bailó un infernal galop, y se sentó á una mesa apartada delante de una botella de aguardiente, me decidí á estorbar que se emborrachase, y aprovechar el momento para entablar una conversacion con él. Me acerqué á su mesa fingiendo estar algo achispado, empleando el lenguaje soez de los parroquianos del sitio, tuve con el príncipe un largo coloquio, en el cual me complací en irritar su orgullo, en contarle mis supuestos sinsabores

debidos á mi muger, enamorada de un soldado de Ingenieros; la emocion del príncipe, su indignacion al oír que yo le nombraba príncipe de Moutbar, al saber por mí que en otras ocasiones dominado por la embriaguez, él mismo habia prostituido el nombre de Regina en aquellos sitios; me convenció cada vez mas de que aun la amaba con pasion. Para contener al príncipe, me fué preciso amenazarle con nombrarle en alta voz. De repente ví á la muger disfrazada de pastora, acompañada de veinte ó treinta individuos de su calaña, adelantarse furiosos hácia el príncipe, y exclamé: Guardaos... os van á atacar...

—Qué me importa, respondió; solo quiero saber quién eres! dí! quién eres miserable?

Cambiando de repente de language y de maneras, me puse delante de

Mr. de Moutbar, y con voz sosegada, firme y llena de urbanidad, le dije:

—Os repito, caballero, que la actitud de esta gente es temible..... y que dos hombres de nuestra clase, solos, contra esa chusma, corremos el riesgo de que nos hagan trizas.

No puedo pintar el asombro de Mr. de Moutbar, al oirme hablar como un hombre fino; si bien se aumentó su rabia, tuvo una especie de desahogo, considerando que su antagonista, hombre de mundo no se negaría á contestarle.

—No os dejaré, me dijo, mientras no sepa quien sois... Comprendo ahora que hace rato os estais burlando de mí, y que cuanto me habeis dicho es un epígrama una alusion insultante. Esto pide una satisfaccion terrible... me la dareis, pues si no puedo arrancaros la máscara impresa

en vuestro rostro , os seguiré..... no, no, dijo interrumpiéndose y hablándome con dignidad; si sois lo que decis, un hombre de mi clase, no titubeareis en nombraros.

—Tranquilizaos, me portaré como un caballero, ahora, y despues, pero un riesgo eminente os amenaza, veamos los medios de conjurarlo; y y rompiendo de un puntapié un taburete, cogimos los palos y nos armamos para hacer frente á la tempestad. Ocupábamos una buena posicion á lo alto de una escalera por la cual dos personas á la vez subian con dificultad. Luchamos con sangre fria y valor, hasta que los gendarmes abriéndose paso nos libertaron. Varios incidentes me persuadieron de que el príncipe se entregaba á tanta degradacion, buscando el olvido de sus penas, y ví tambien palpablemente que sólo el temor de parecer

ridículo á los ojos de Regina, le hacia callar los atroces celos que le devoraban.

— Mr. de Moutbar salió de la sala protegido por los gendarmes, pidió un poco de agua; se lavó las manchas de sangre que tenia en la cara y su fisonomía contraída y taciturna, me descubrió cuanto le habia impresionado la odiosa escena que acababa de pasar.

— Ahora, caballero, me dijo cuando estuvimos fuera del baile, espero que me digais vuestro nombre para que sepa al menos á quien soy deudor del socorro inesperado que me ha salvado de las manos de aquellos miserables... Decidme, pues á quién debo manifestar mi gratitud... y luego me dareis una satisfaccion de los ultrages....

— Permitidme príncipe que os interrumpa. No es prudente que nos

quedemos en esta puerta... llueve... si vuestro carruage no os espera, yo tengo uno de alquiler para toda la noche me favorecereis mucho si quereis que os lleve en él.

—Acepto, porque de este modo sabré al fin quien sois.

Nos acercamos á la callejuela donde estaba Gerónimo, temblando yo de que al despertarse me llamase Martin en lugar de señor marqués, segun habiamos convenido, pero cesó mi inquietud al oir que me daba este título, que el príncipe acogió como un indicio seguro de mi clase. Despues de los cumplimientos usados en tales casos, subí al coche tras de Mr. de Moutbar, y á poco le dije:

—Vamos ahora á entablar una conversacion muy seria y de resultados graves.

—Tan graves! exclamó el príncipe.

—Pues entonces os ruego que me escuchéis atentamente durante algunos instantes sin interrumpirme, porque son contados los momentos que nos quedan. Sois desgraciado, vuestros pesares me inspiran un interés profundo. Amais aun á vuestra esposa, diez y ocho meses hace que para dominar este sentimiento os habeis entregado ya á las mejores inspiraciones ya á los mas torpes placeres, los celos despedazan vuestra alma, y aun ayer llorabais delante del retrato de la princesa. Aun arde en vuestro pecho la llama de un amor profundo, amor que purificará vuestra vida pasada, que os dará fuerzas para imitar el ejemplo del mariscal príncipe de Moutbar, vuestro abuelo, delante de cuya imágen os habeis avergonzado de no tener otra nobleza que la del nacimiento. Seguid, seguid la senda del honor, de la virtud. Es-

:

tais irritado, humillado con mi lenguaje, pero tambien conmovido porque sentis que á pesar de ser un desconocido os doy una verdadera prueba de consideracion, creyéndooos capaz de reconquistar, si lo quereis, el afecto de madama de Moutbar. El príncipe fuera de sí, sin atinar á comprender qué motivo me inducia á espresarme de este modo, me dijo:

—Amigo ó enemigo no importa, fuerza es que me desahogue con un ser que me muestra simpatía, así como así mañana me lo pagareis todo, humillaciones, insultos, compasion..... pero depositaré en vos los atroces padecimientos que me carcomen! pues sí, amo á mi muger, la adoro y me desprecia... y otro hombre posee su corazon.... Sí, sí, es cierto por recuperar su afecto he tratado de enmendarme, de hacerme digno de ella, mas era ya tarde, en lugar de

tenderme una mano generosa, de mostrarse indulgente, me ha rechazado con frialdad, con sarcasmos, y me ha faltado la energía suficiente para marchar por la senda del bien, sin un fin que fuese mi recompensa; entonces me he entregado á las sensaciones brutales que son hoy día mi vida, mi felicidad... gozo en el contraste que existe entre mi existencia de gran señor y la ignominia del vicio, porque olvido... Y vos que os atreveis á vituperarme, sabéis acaso qué série de circunstancias estrañas me han conducido á la degradacion?..... Es tan fácil condenar á un hombre cuando se ignora sus antecedentes! Es culpa mia, vive Dios, si huérfano desde la edad de 12 años los que me criaron gente antigua, imbuidos aun de las mismas preocupaciones de antaño, me repetian sin cesar, un príncipe de Moutbar no puede ro-

zarse con un villano, ni ser militar para que un cualquiera le mande, ni ser secretario del señor embajador tal ó cual. Bien mirado en estos tiempos desgraciados en los cuales no se distingue al noble de los demás, lo único que puede hacer un príncipe de Moutbar, es vivir de sus rentas, viajando, cazando, etc. De este modo se negaron á darme una carrera honrosa, me cortaron todo porvenir y desde la edad de 15 años estoy hecho un holgazan. Para rematar mi linda educacion, mi tío hombre de mucha edad, me repetia de continuo los buenos ratos que pasaba la grandeza en tiempos pasados, cuando disfrazados de patanes iban á la *Galeota* é al *Porquerizo*. «Era delicioso, solia decirme, quitarse uno la espada, los polvos para vestir el traje de algun descamisado, para soplar á aquellos palurdos sus robustas muchachas,

no creas, muchas veces era preciso dar á diestro y siniestro puñetazos y armar jarana con la gentuza, para tener el placer de poner la liga á una manolilla, despues de habersela puesto á una duquesa; era chistoso te lo juro, y nos divertíamos de veras con ser alternativamente Pedro, Juan ó señor marqués, señor duque!...» Y bien! dijo el príncipe animándose por grados, qué quereis que sea un niño de diez y ocho años criado en tal escuela, dueño de una fortuna inmensa, solo en el mundo, ocioso y desgraciadamente dispuesto á saborear el encanto extraño de una vida agitada por sensaciones diversas, nacidas de la total diferencia que existe en hallarse tan pronto en la altura mayor de la escala social tan pronto en las últimas gradas. Qué sucedió? me aficioné á aquellos contrastes como el jugador á las emociones que le

causa la pérdida ó la ganancia, y que tan pronto le sume en la miseria como lo llena de oro.... mi pasión fué igual á la suya! salia de una tabureria revuelto con gente de borca y volvia á mi hogar paterno donde me esperaban respetables servidores... de noche mugeres perdidas cubiertas de andrajos me tuteaban enamoradas de mí, y á poco en un salon elegante en medio de la flor y nata de la nobleza, mi novia de ilustre cuna, jóven encantadora me decia tambien muy bajo y ruborizada un cariñoso *tú!* Y os lo confesaré en medio de la brillante concurrencia al lado de cuanto Europa encierra mas poderoso y respetable me complacia pensar: ayer á estas horas, yo el igual de toda esta gente, me hallaba en una madriguera sentado á la mesa de traperos, ladrones y mugeres de mal vivir. Pues bien, lo confieso, esta pasión es ver-

gonzosa, vil, baja; bueno... pero no me negueis al menos que se comprende aun cuando se desprecia, que es admirable como la del juego... á fé mia si me gustase la crápula en sí, quien me arrancaria de ella...

Y el príncipe calló un momento... dominado por una fuerte emocion.

Por mi parte, lo confieso, las confidencias de Mr de Moutbar, me inspiraron profunda compasion: mis principios no me permitian disculpar su depravacion, pero enseñado por la experiencia, no solo la comprendí, sino que comprendí hasta el prisma poteico que le prestaba el príncipe gastado desde jóven y aburrido de los placeres insulsos y del ócio en que vivia.

Cuánto me alegré de haberme proporcionado una entrevista con el príncipe, qué satisfaccion sentí al descubrir en su interior buenos sen-

timientos, gérmen seguro de una rehabilitación para el porvenir; pues como él lo decía en lenguaje enérgico, *no me entrego al vicio por el vicio!*...

—Y no intentéis probarme, me dijo Mr. de Moutbar algún tanto recobrado de su emoción, que esta pasión de contrastes excluye la del amor, no; también aman los jugadores y con frenesí!... me juzgais muy despreciable porque me habeis visto escribir en la mesa de una taberna un nombre doblemente sagrado para mí. Sabeis por ventura qué pensamiento guiaba mi mano?...

—Si lo sé, lo adivino exclamé enternecido por las sinceras palabras de Mr. de Moutbar. A consecuencia de vuestra loca manía de contrastes os complaciais en identificaros en la situación de los infelices á quienes os asemejabais en trage, lenguaje y vi-

cios que con la ignorancia los embrutecian, y medio embriagado por vuestra imaginacion y por los licores espirituosos os persuadiais de ser realmente uno de esos miserables, pero dueño de un tesoro divino, del amor de un ángel, de la muger mas pura, mas noble...

—Cierto es, muchas veces he sentido así, me contestó el príncipe atónito.

—Y cuando despues, añadí, aquella jóven encantadora aquel ángel ha sido vuestra esposa, si impelido por una necesidad singular de contrastes, habeis ido aun en busca de ignominiosos placeres, de miserias horribles, lleno el corazon de una felicidad inmensa, con la misma sensacion que el hombre del cuento oriental, que bajo sus miserables harapos escondia un magnífico brillante, de un valor tan grande, que pudiera pa-

gar el rescate de todo un soberano.

—Sí, también es cierto, exclamó el príncipe cuya sorpresa se aumentaba por momentos, mientras disminuía su enojo contra mí. No sé, no sé como explicarme el que hagais casi adivinado hasta mis impresiones, y de nuevo os pido, no con amenazas, pero como un particular favor, que me digais que interés os ha lanzado en mi camino, os lo suplico, decirme quien sois?

—Mi nombre caballero, nunca lo sabreis...

—Nunca?

—Inútiles serán vuestros esfuerzos.

—Ya lo veremos, exclamó el príncipe.

—Ya lo vereis... caballero... ahora puedo deciros que poco há, el que os hablaba era un juez severo de vuestra conducta..... mas en el mo-

mento es un amigo, un sincero amigo..... le dije con voz enternecida... y pronto os probaré con *hechos* que no os engaño....

— Un juez?... un amigo? añadió el príncipe, quizás ya nada me admira, pues lo que me está pasando es tan extraño que quiero escucharos hasta el último. A pesar mio me dominan, me imponen vuestras palabras..... á tal punto, que hasta creo no deberme maravillar de haber encontrado en un baile inmundo á un grosero borracho, que de repente se trocó en un hombre de maneras distinguidas, que me defendió con el mayor valor y generosidad, que luego pretende ser mi juez y ahora mi amigo, no es así señor mio? Sea en buena hora, lo que entre ambos ha mediado es tan extraordinario, se aparta tan singularmente del curso de la vida comun, que me presto á escucharos á título

de juez... de enemigo... de amigo... de lo que gustéis en fin, proseguid, pues os escucho con atención, ansioso de que llegue el día y de que con él, se disipe el especie de encanto que me ha envuelto en esta noche maldita. Entonces caballero... entraremos de nuevo en la vida real.... y fuerza será que me deis cuenta estensa de... pero mientras, soy vuestro, me entrego ciegamente á todos los eventos de este encuentro inaudito... Ah! sabéis que es una aventura estraña de carnaval la nuestra, caballero!!

—Encuentro feliz príncipe, creedlo, lo será si no resistis al instinto que os induce á prestarme atención, pues este momento decidirá quizás de vuestro destino y de esteril, desgraciado que ha sido, puede trocarse en un porvenir hermoso y grande.... aun hay mas, hasta vuestra conducta pasada, de la que os avergon-

zais, tendrá una influencia útil.....

—Qué quereis decir?

—Tened la bondad de escucharme y me entenderéis facilmente. Comprendo la pasion de contrastes que en vos se ha desarrollado al mas alto grado por la influencia de una mala educacion y de una vida pasada en el ócio... y admitiendo que es tan fuerte y tan poderosa como la del juego, debe condenarse aun mas severamente...

—Por qué mas severamente?

—Porque un jugador al cabo no es mas que un jugador, y en el juego solo busca emociones de ganancia ó de pérdida y nada mas..... mientras que vuestra pasion, pudiendo ser noble, útil y honrosa la habeis envilecido...

—Esplicaos por favor?Cuál es su utilidad, en qué la calificais de noble y honrosa?...

—En su resultado, por qué si en vez de frecuentar los sitios infames, sin otro objeto que el de satisfacer el estéril placer de un hombre gastado, las hubierais frecuentado con un fin laudable.

—Pero con cuál caballero?

—Con el de ver y estudiar por vos mismo esas llagas horrorosas que son consecuencia forzosa de la ignorancia y la miseria, llagas que vos rico y poderoso podiais curar y remediar con vuestros cuantiosos bienes.

—Es cierto, murmuró el príncipe, era una idea grande.

—Entonces, cada una de vuestras escursiones, era un acto de verdadera virtud, de alta moralidad, que ejercer arrancando del vicio, de la miseria, de la disolucion y del crimen á algunos de aquellos desventurados seres, para quienes un poco de vuestro supérfluo era la felicidad....

qué bello uso de vuestra fortuna seria este!... y como satisfaria al mismo tiempo vuestra acendrada inclinacion á los contrastes! Como ahora os ocultais para entregaros al vicio, os ocultareis con sublime delicadeza para ocultar vuestras generosas acciones.

—Caballero, me dijo el príncipe con la voz inmutada; me habeis llamado amigo... por tal os reconozco desde este momento... suceda lo que sucediere; despues siempre honraré al hombre de bien que me ha hablado con una severidad que nos honra á entreambos.

—Sí, príncipe, os he hablado en estos términos, porque tengo la certeza de que mis palabras serán oidas, y porque tengo el íntimo convencimiento de seros útil, pues si mi idea no fuese mas que una máxima de moral sin aplicacion, seria una pe-

danteria, pero lo repito, creo en su utilidad, y creo mas, que en vuestra cruel posicion, será un alivio grande.

—Esplicaos, os lo ruego. En nombre del cielo.

—Vuestro interés propio exige que sin miramiento alguno os pinte vuestra situacion tal cual es. Habeis perdido y por culpa vuestra el puro y fervoroso afecto de madama de Moutbar.

—Harto cierto es, añadió el príncipe con un profundo suspiro.

—Sin embargo, amais aun á vuestra esposa con idolatria.

—Sí.... con frenesí.... la amo con idolatria, caballero...

Y parecíame que los sollozos ahogaban la voz de Mr. de Moutbar.

—Os debe constar, príncipe, y á ciencia fija, que madama de Moutbar es incapaz de una traicion que

nunca se rebajará para engañaros ó disfrazaros sus sentimientos, pero llegará el día, y está muy próximo, en el cual os dirá poco mas ó menos: — «Habeis muerto el amor que un día os tuve, hace ya tiempo que no os quiero. A estas horas me presento delante de vos, sin tener ningun pensamiento de que avergonzarme, pero me es ya imposible vivir á vuestro lado. Separémonos sin ruido, sin escándalo y volvamos los dos á ser libres.»

— Ayer, sí, ayer me decia ella casi esto mismo, murmuró el príncipe con concentrada rabia, pero mañana..... yo mataré al que me ha robado su corazón. Me cubriré de ridículo segun la opinion del mundo.... pero que me importa... demasiado tiempo he ahogado mis celos por tan vil temor... La venganza salvará lo ridículo.

—Estéril venganza, creedme! si la conseguis ni siquiera tendreis la estimacion que ella puede aun profesaros y se trocará en ódio eterno.

—Pues bien! así seremos ambos desdichados, lo prefiero mil veces á verla disfrutar de su insolente dicha...

—No valdria mas que fueseis felices... ella y vos?

—Qué quereis decir?

—Ante todo, para convenceros completamente de la importancia de nuestra conversacion, á fin de que deis crédito á mis palabras os dirigiré una postrer pregunta: Sabeis acaso qué daria Mma. de Moutbar por tener en sus manos la prueba material, sin réplica, de la inocencia de su madre?

—Por tal prueba daria la mitad de su vida! exclamó el príncipe.

—Pues bien, caballero.... yo poseo las pruebas de su justificacion.

—Vos?

—Yo, y las tengo aquí!...

—Vos? repitió el príncipe cada vez mas atónito.

—Sí, yo las traigo encima, estan en mi cartera; esto supuesto... imaginad que las ponga en vuestras manos.

—¿En mis manos, las pruebas?....

—Sí, le repetí; en vuestras manos; suponed luego que armado con una rehabilitacion, de tamaño precio para Mma. de Moutbar, volveis en seguida á vuestro palacio y que mañana pedis una conferencia á vuestra esposa.

—Estoy soñando! murmuró el príncipe. Oh! si es un sueño!

—Que vos podeis realizar, caballero. Prosigo en mi suposicion, os presentais en el cuarto de madama de Moutbar y poco mas ó menos le decis: «Sé, señora, cuan cara os seria

la rehabilitacion de la memoria de vuestra madre; esa rehabilitacion que tanto anhelais héla aquí; y al decir esto le entregais la cartera que yo os haya confiado. Al daros, señora, los medios de probar la inocencia de vuestra madre, en nada disminuyo mis pasadas faltas para con vos; conozco que han sido muchas y graves; imperdonables quizás.... habeis sorprendido mis nocturnas ausencias y creisteis que las motivaba alguna infidelidad, no señora, era peor aun, pues que yo mismo no he intentado justificarme siquiera.... muy lejos de ello he acogido vuestros reproches con altanería y desprecio.... Lo que no me atreví á confesar entonces temiendo perder vuestra estimacion, puedo decíroslo ahora.... Desgraciadamente ya nada tengo que perder...» Y entonces, caballero, referis francamente á Mma. de Moutbar,

cual me lo habeis contado á mí, cuales fatalidades os lanzaron á vuestra rara pasion de contrastes. Mma. de Moutbar os compadecerá, os estimará, si porque en tal confesion habeis estado á la altura de nobles sentimientos y sido muy sincero...

— Confesarle á ella.... y ahora.... contestó reflexionando el príncipe de Moutbar.

—Creo que es vuestro único medio de salvacion..... despues de esa confesion le decis... (Disimulad si parece que os quiero dictar vuestra conducta y vuestras palabras...) pero...

—Proseguid, proseguid; me dijo el príncipe con resignacion que me llegó al alma; mi pleito se ganaria si yo sintiera, si yo hablára como vos!

—Esa modestia me prueba, caballero, que teneis sentimientos y len-

guage, así pues, prosigo ya que lo permitis...

—Os lo ruego...

—Direis á Mma. de Moutbar: Después de tal esplicacion, señora, no debo alimentar ya ninguna esperanza; perdí vuestro afecto y debí perderlo; falsa vergüenza, necio orgullo me hizo ocultar en un principio los sufrimientos que vuestra frialdad me causó; porque yo os he amado siempre... porque os amo tierna y profundamente aun; esta es una de las fatalidades de mi situacion, quizás pueda confesaroslo ya que vamos á separarnos, así pues á qué recordaros mis vanas y tardías tentativas para recuperar vuestro amor... el que vos amais es digno de poseerlo, señora.

—Harto cierto es desgraciadamente! Oh! ella no le hubiera amado, ¡no!

—No os desesperéis por su elección, dije al príncipe; un sentimiento grande es la salvaguardia de una alma generosa..... y todo de ella se puede esperar... hasta un sacrificio heróico.

—Cómo! exclamó el príncipe..... esperais...

—Todo se puede esperar de un alma cual la de la princesa, así pues, le direis: «En vano quise salir de mi ociosidad... algunas palabras de benevolencia vertidas por vuestros bellos lábios me hubieran hecho perseverar en esta senda... pero yo no merecia ni siquiera vuestro interés.... viéndoos insensible á mis mejores resoluciones recaí en mis tristes costumbres, busqué en nuevos extravíos el olvido de muy crueles pesares.

«No tomeis por reproches mis palabras, señora, son tan solo sentidos remordimientos... Una palabra mas...

sé que no tengo derecho alguno al favor que de vos imploro... No veais en mi peticion mas que una de esas ilusiones locas, cual la de aquellos que rodando en un abismo hacen esfuerzos insensatos para no morir. En fin, señora, si vos quisierais dejarme intentar por última vez el que yo recupere ese corazon que perdí.....»

—Os comprendo... sí, os comprendo, conozco á Regina esa resignacion la conmoverá...

—Pues bien, ya que partis mi conviccion, emplead cuanto el genio del amor puede dictaros y vereis despertarse en la princesa el recuerdo de su primer amor.

—Lo deseo con tamaño frenesí.... que acabo por esperarlo, repuso el príncipe; pero como esa última ilusion puede escaparme... le diré además: «Si despues de mis esfuerzos nada lograr pudiese, confiaré á vues-

tra delicadeza el cuidado de evitar todo escándalo en nuestra separacion... partiré para Italia y no me vereis mas.»

—Tened valor, dije al príncipe; esperadlo todo de tan noble y generosa conducta.

—El corazon me dice que os deberé mi salvacion, me contestó Mr. de Moutbar con acento de profunda gratitud. Pero cómo he merecido yo Dios mio! que vos os dignarais venir á mi socorro?

—Erais desgraciado, caballero, y yo he sufrido mucho.

En aquel momento paró el coche.

—Hemos llegado ya, señor marques, me dijo Gerónimo, bajais?

—Aguardad un poco.

—Está bien, señor marqués.

Saqué de mi bolsillo la cartera, cárcel de las cartas en aleman que fueron arrebatadas del ataud de la

madre de Regina; su traducción, la medalla y el pergamino, con otros documentos que formaban el resumen de aquel misterioso asunto. Luego dije al príncipe:

—Hé aquí las pruebas irrecusables de Mma. de Norlieu; tomadlas y en pago del favor que os hago, os pido sobre vuestro honor, tres promesas.

—Cuáles, caballero?

—La primera: que entregareis mañana mismo estos papeles á la princesa.

—Os lo prometo bajo palabra de honor, caballero.

—La segunda que me prometáis ocultar siempre á vuestra esposa, por cuales acontecimientos llegaron estos papeles á vuestras manos.

—Os lo prometo.

—Y en fin de que jamás tratareis de saber, ni dareis paso alguno para

averiguar qué interés me ha llevado á intervenir en vuestros asuntos domésticos.

—Os lo prometo.

—Tomad pues los papeles, dije al príncipe, entregándoselos.

Tomólos con temblorosa mano y con sentido acento añadió:

—Gracias caballero.... me dais la felicidad de toda mi vida y será esta la última vez que oiga vuestra voz amiga?

—La última.

—Por favor escuchadme: repuso el príncipe tan conmovido que me conmovió; voy á tener que llenar una tarea difícil asaz... y seré solo... me abandonareis á todos los peligros á que quedaré espuesto?

—Caballero...

—Oh! decidme que os volveré á ver; habeis sido para mí mas que un amigo, un hermano; no intentaré ja-

más la menor gestión, á fin de saber quien sois ni cuales motivos hayan podido haceros mi ángel tutelar, pero prometedme que os veré aun!.....

—Es imposible caballero.

—Ay! nada, nada puede conmoveros.

—Harto mi emocion habla por mí; no podeis creer cuanto lo siento, pero si mis consejos pueden servirlos, escribidme...

—Escribiros, y á quién dirigiré la carta?

—A *Mr. Pedro, en París, en el correo* y yo os contestaré.

—Luego vivis en París? me preguntó Mr. de Moutbar.

—Cualquier punto en que viva, puestas vuestras cartas á dicho sobre me llegaran..... será cosa mia mandarlas recoger al correo de cinco en cinco dias, es cuanto me es posible ofreceros.

—Ah! sois implacable!... exclamó el príncipe, mas se detuvo y prosiguió de este modo: perdonadme, marqués perdonadme la inconsideracion de esta palabra, que un pesar profundo me ha dictado. Perdonadme igualmente todo lo que os haya ofendido en nuestra entrevista, en consideracion á las singularidades que la han acompañado..... ni puedo ni debo insistir en que me espliqueis el motivo del sincero interés que me habeis demostrado... interés que me impone gratitud eterna, solo siento en el alma no conoceros, porque me hubiese sido grato que hubierais aceptado el don de mi amistad, á la que algun dia me hubieseis correspondido con la vuestra, porque no lo dudeis me hubiera hecho acreedor á merecerla...

Calló el príncipe, esperando sin duda que le digese *aceptaba su amis-*

lad, como nada contesté, añadió con tristeza:

—Perdonadme tambien el sentimiento que acabo de manifestaros... pero al menos caballero, permitidme que por primera y última vez, estreche vuestra mano generosa...

Se la alargué en silencio, y durante unos instantes la tuvo el príncipe entre las suyas apretándomela con cariño.

Imposible es espresar lo que sentí en aquel momento, imposible es pintar mi dicha, mi gloria al palpar el resultado que habia conseguido, yo humilde criado del príncipe..... con solo el ascediente de una alma recta, honrada y amante del bien.

Lo confieso, es la primera vez de mi vida en que me enorgullecí! y llevando mi memoria á mi juventud dije entre mí, gracias á tí Claudio

Gerard amigo querido y respetable maestro, tus lecciones y tus ejemplos purificaron mi corazón y robustecieron mi alma.

Y dirigiéndome al príncipe le dije: adios caballero, adios... valor... y perseverancia.

—Adios caballero... me contestó. Con qué si se me ofreciese escribirnos?

—Tened á bien mandar las cartas con el sobre, á Mr. Pedro, París.

—Y me contestareis, no es cierto?

—Estad seguro de que lo haré solícito... con felicidad.

—Adios pues caballero, pues que es preciso... adios para siempre...

Y bajando el cristal, le dijo á Gerónimo:

—Cochero..... abridme la portezuela.

—Quereis bajar aquí? le pregunté.

—Sí, me parece que el aire y el andar un poco me harán bien.... adios pues marqués, y de nuevo me tendió la mano.

Y despues de una última y afectuosa despedida, el príncipe embozado en su capa, bajó del coche y se alejó.

Sospeché, y me parece con motivo, que iria á la calle del Delfin á dejar su disfraz.

—Y bien, me preguntó Gerónimo, está satisfecho el señor marqués.

—Satisfecho á mas no poder, buen Gerónimo, ahora marchemos vivo á vuestra casa, es ya tarde y es preciso que me despoje de estos ridículos atavíos.

—Van á dar las tres de la mañana me contestó Gerónimo, mirando su reloj, y subiendo al pescante, me llevó á paso acelerado á su casa. . .

A las cinco volví al palacio de

Moutbar, habiendo recomendado muy particularmente á Gerónimo que si alguien, en cualquiera época, le preguntaba quien era el payaso que habia conducido al baile, dijese era un marqués, y que no queria decir su nombre; además le encargué guardase un secreto profundo.

Pude regresar á mi cuarto sin topar con nadie, y voy ahora á terminar el relato singular de las ocurrencias de aquella noche.

Creo haber obrado bien, mi conciencia nada me reprocha.

O el príncipe reconquistará el corazón de su muger ó no lo conseguirá. En la primera hipótesis Regina segun las leyes del mundo, será feliz y no saldrá de los límites en que ha nacido; si se niega á lo que el príncipe le vá á proponer, es que su amor para Just la arrastrará...

Tambien en este caso será feliz,

:

porque si bien confío ahora en los buenos propósitos del príncipe, confío igualmente en el noble carácter y en el amor de Just...

Y si por último consiente Regina en que su esposo trate de grangearse de nuevo su afecto y á pesar suyo no alcanza volverle á amar... Just llenará su corazón... y su dicha está asegurada.

Queda ahora que saber si el príncipe seguirá mis consejos? puede suceder que una vez solo se desvanezca el influjo de mis palabras y quizás sea todo inútil... esta noche saldré de dudas, pero mientras sé que Mr. de Moutbar me ha dado su palabra, y creo en ella, de que hoy mismo entregará á Regina los documentos que comprueban la inocencia de su madre, y nada es capaz de turbar semejante felicidad!

Cuán largas serán para mí las ho-

ras hasta la mañana!... hasta entonces no sabré los acontecimientos de este día de tanta trascendencia para el porvenir de Regina.

—
17 de febrero de 18...

Son las doce de la noche..... estoy solo... ha concluido ya este día, veamos si no olvido ningún incidente.

Bajé á las ocho á *barrer y componer* la habitación de mi ama, á cosa de las nueve Julieta vino á verme á la antesalita y me dijo:

—Buenos días Martín, tened cuidado de no hacer ruido en la galería de pinturas.

—Qué está indispuesta la señora princesa?

—Algo... ha pasado la noche muy agitada... estaba tan mala de los nervios, que me ha llamado dos veces para que le diese un poco de agua con flor de azahar...

—Pues ayer la señora no parecía estar indispuesta

—Sin embargo, sí, algo malucha andaba... pasó casi toda la noche escribiendo.... y cuando se acostó era notable su abatimiento. Mirad Martín, añadió muy bajo Julieta con aire misterioso, quereis que os hable francamente?...

—Mucho que sí?

—Algo está pasando en casa...

—Pero que...

—No lo sé... pero cierta estoy de que no me engaño, y que hay gato encerrado.

—Pero qué motivo os hace pensar esto?

—Bastaría solo con lo que acaba de decirme el viejo Luis. El príncipe ha mandado preguntar á la señora si podría recibirle esta mañana; hace ya mucho tiempo que el señor no ha venido de mañana á la habitacion de la

princesa... luego la tristeza de la pobre señora... su indisposicion nerviosa... todo esto Martin es algo, no lo dudeis.

Bueno; pensé, el príncipe sigue mis consejos, veremos como se van desarrollando los acontecimientos, que yo mismo he dispuesto la noche pasada.

—Pues bien, Julieta, si ocurriese novedad, ya lo sabriamos...

—Toma como que estamos en los palcos principales..... no deseo mas que no sea nada desagradable para la señora, es tan buena!... en fin me dijo Julieta marchándose, de todos modos no metais ruido en la galería, por Dios.

—Descuidad Julieta.

La princesa me ha llamado á las once y media.

No estaba en bata como de costumbre, sino ya con un vestido

alto negro que hacia resaltar mas la escesiva palidez de su abatido rostro. Parecia muy preocupada, muy inquieta y me dijo:

—Mr. de Moutbar no tardará en presentarse... le recibireis y fuera de él, á cuantos se presenten negareis la entrada de mi cuarto, lo entendéis?

—Sí, señora princesa.

Y ha añadido viéndome marchar.

—Quedaos en la pieza contigua, para cuidar de que no se falte á esa órden, y por si os necesitase.

—Sí señora, y me he alejado.

A penas habian caido las cortinas de la mampara, oí á Regina esclamar, hablándose á sí misma.

—Al menos todo se decidirá hoy...

Conformándome exactamente á la órden precisa de mi ama, me quedé en la salita en vez de irme á quitar

la chaqueta de hilo y el gran delantal blanco que llevo por la mañana, hasta que me visto de negro.

Me acuerdo de esta insignificante particularidad, porque ha motivado una reconvencion que me ha hecho el príncipe, observacion singular en la disposicion de ánimo en que debia hallarse, que sin embargo estrañé poco por ser muy notoria su rigidez, tratándose del porte de la gente de su servicio.

A las doce menos cuarto sonó la campanilla, abrí.

Era el príncipe...

Tenia en la mano la cartera que le habia entregado en la noche. Está Mma. de Moutbar? y reparando en mi desdichado delantal, me dijo severamente.

—Es increíble que á estas horas os halleis aun en este traje en la antecámara de Mma. de Moutbar.

—Señor príncipe... es que.. la señora...

—Basta.... no alegueis razones, id á vestiros como corresponde, me dijo el príncipe interrumpiéndome con altanería, y añadió:

—Está Mma. de Moutbar? me repitió con tono mas bien afirmativo que interrogativo...

—Sí, príncipe...

Entró aceleradamente á la primera sala y cerró la puerta.

Sin razon me ha chocado que el príncipe en el momento de tener una entrevista de la mayor importancia con su esposa, reparase en lo inconveniente de *mi traje*, yo tambien no menos interesado que él en lo que iba á pasar, debo confesar que durante algunos momentos me he complacido en desmenuzar por partes la idea siguiente:

Qué asombro seria el del príncipe

si supiese que este pobre criado á quien acaba de reconvenir con tan desdeñosa acritud, es el mismo hombre á quien hace pocas horas pedia el favor de estrechar su mano, y á quien repetia con tanta pena que no se consolaba de no poder merecer su amistad...

Esta singular coincidencia, que me causaba una pueril alegría, me ha distraído, no puedo negarlo, durante algunos instantes de las graves preocupaciones que no me eran ajenas; pero naturalmente, pronto he vuelto á ocuparme de ideas mas serias y he escuchado moralmente, si así puedo espresarme, lo que me era imposible escuchar materialmente; pues de donde me hallaba, no se podia oír una sílaba de lo que hablaban el príncipe y su esposa, tentarlo hubiese sido una imperdonable imprudencia... además, para qué... no sa-

bia yo de que se trataba... y casi hasta los términos precisos de aquella entrevista?

Inmóvil en mi puesto me repetía: en este momento Regina está recorriendo las cartas que con tanto trabajo he traducido; puede que lleve á sus lábios el medallon que fué de su madre... puede que esté leyendo con avidez el resúmen sucinto y claro de aquella misteriosa aventura, escrita por mí con un cuidado esmerado para desfigurar enteramente mi letra.

Por fin estoy ya próximo al desenlace que tantos afanes me ha costado, y á pesar mio mi imaginacion me ha representado las diferentes facces de mi amor, desde mi primer encuentro con Regina en el bosque de Chantilly..... hasta hoy. He pensado con espanto la diferencia que hubiera existido, si en vez de egercer mi in-

fluencia benéfica al rededor de esta jóven encantadora y de clase tan superior á la mia, hubiese cedido á mi salvage ardor sensual, á una infame violencia, que para siempre me hubiera privado de las delicias puras que gozo á estas horas, y conducido á la ignominia ó al suicidio.

Pero cuánto ha sido preciso luchar, sufrir... y cuánto! ay de mí me queda aun que padecer!.... porque siempre amo á Regina... con passion mas vehemente si cabe..... Oh! este amor solo concluirá con mi existencia.

De pronto ha resonado la campanilla fuertemente; corrí al recibimiento, y en el momento en que iba á entrar, oí estas palabras pronunciadas por Regina con viva emocion.

—Ah! Jorge, mi vida entera os la consagro y no pagaré aun lo que os debo!

Me paré un poco antes de entrar porque temia se notase la emocion que resentí al oír aquellas palabras de Regina, proferidas con un sentimiento de gratitud profunda y dirigidas á mí... sí á mí, pues se las decia al que habia vengado la memoria de su madre... levanté las cortinas al fin y dije:

—La señora princesa ha llamado?

—Sí... esperaos .. me contestó apresuradamente cerrando una carta que acababa de escribir. Las mejillas de Regina estaban sonrosadas, sus ojos húmedos de lágrimas brillaban de alegría.

El príncipe de pié delante de la chimenea, cubierto el rostro con mortal palidez, se hallaba bajo el imperio de una sensacion tan grande, que su cuerpo entero temblaba convulsivamente, pero á pesar de su palidez, de su turbacion se leia en su

semblante una felicidad oculta.....
sin duda tenia esperanza....

Regina habiendo concluido de cerrar su carta; me ha dicho con una voz que rebosaba de alegría.

—Esta carta..... es para mi padre... llevádsela inmediatamente, y se la entregareis á *él mismo* ois? á *él mismo*. Mi coche está puesto... subid en él... llegareis mas pronto..... No perdais un minuto... un segundo.....

—Me permitiré observar á la señora princesa...

—Qué? me dijo impacientada.

—Que pudiera suceder que Melchor no me dejase entrar á ver al señor baron...

—Es cierto, contestó Regina, y volviéndose á su marido le dijo. Ya lo veis, mas vale que vaya yo misma. Id á que se adelante mi coche, me dijo.

—Os aseguro, le respondió el

príncipe, que es una imprudencia en el estado de debilidad en que se halla vuestro padre y sobre todo... en *esta circunstancia*, vuestra presencia inesperada puede causarle un trastorno. Vuestra carta, por el contrario, le preparaba á vuestra visita..... y será mucho mejor... creedme.

—Puede que tengais razon... pero sin embargo si Melchor, y ya sabeis lo que ese hombre se obstina en que Martin no vea á mi padre?

—Ya la llevaria yo, dijo el príncipe reflexionando, pero el inconveniente es igual..... mas me resolveré á hacerlo si vuestra carta no ha de llegar á manos de vuestro padre, pero es imposible que no llegue. Y dirigiéndose á mí Mr. de Moutbar me dijo imperiosamente.

—*Es preciso* que entregueis esta carta al mismo Mr. de Norlieu, lo entendeis bien? *es preciso...*

—Príncipe..... probaré, contesté con humildad.

—No se trata de probar, añadió el príncipe, es preciso que sea. Insistireis con Melchor, le exigireis que os abra paso, diciéndole que es la orden terminante de la señora de Moutbar.... y á menos que seais muy torpe.....

—Príncipe... si no cumplo, no será por culpa mia...

—Basta, me dijo duramente monsieur de Moutbar.

—Marchad pronto, Martin, y no omitais medio alguno, me dijo bondadosamente la princesa, como sintiendo la severidad del príncipe para conmigo. Tomad mi carruage, ya os lo he dicho.

—Sí señora.

—Y subid en él como corresponde, observó el príncipe.

Semejante recomendacion me dejó

atónito, y miré al príncipe sorprendido, se encogió de hombros y me volvió la espalda.

A penas habia salido del recibidor oí á Mr. de Moutbar decir á Regina, sin duda con relacion á mí.

—Habrá estúpido!

—Sí, es cierto que no ha inventado la pólvora, contestó mi ama..... pero es honrado y muy diligente.

La dureza del príncipe con respecto á mí, no habia pasado los límites comunes de las reprehensiones severas que muy á menudo se hacen á mis iguales, pero el corazon del hombre tiene arcanos, ó por mejor decir, la costumbre que tengo de reflexionar y observar, aumentó mi resentimiento por la altivez de monsieur de Moutbar, porque partiendo del origen pueril en apariencia, llegué por una ilacion de ideas á preguntarme: si realmente merecia el

príncipe la generosa compasion é interés que me habia inspirado, si era digno en fin del servicio inmenso que le habia hecho, dándole papeles importantes de familia, que ya en la actualidad egercian una influencia tan provechosa en sus relaciones con la princesa.

Puedo asegurar que estas reflexiones no se me ocurrieron porque monsieur de Moutbar me habia tratado con dureza, y llamado estúpido, ni por haber estrañado que al momento de apersonarse con Regina para un asunto de suma trascendencia para él, reparase y me reconviniese secamente, por *lo inconveniente que era hallarme en delantal blanco*, pero sí, porque el hombre que goza una felicidad como la de Mr. de Moutbar, que despues de haber oido á la princesa decirle, *mi vida entera no bastaria á demostraros mi gratitud*, debia á

mi parecer hallarse en una disposi-
cion de ánimo tan buena, tan indul-
gente, que aun cuando sus servido-
res cometiesen alguna falta, debia lo
repito, perdonarlas insensiblemente...
pues aquellos en quien la felicidad
no dispierta sentimientos de manse-
dumbre son indignos de ella.

Maduramente examinado el jui-
cio que formé sobre la conducta de
monsieur de Moutbar, no nació de
un resentimiento de amor-propio
berido, ni de una susceptibilidad mal
entendida, estoy bien cierto de que
no, y sin embargo, este indicio
tan ligero me ha causado una mala
impresion, pues ahora dudo de si
Mr. de Moutbar tiene un buen cora-
zon.

.
.

Todas estas ideas me han ocurrido
en mucho menos tiempo que el que

empleo en escribirlas. Bajaba de mi cuarto donde habia ido á *vestirme decentemente* (segun la espresion del príncipe) para ir á casa de Mr. de Norlieu, cuando encontré al viejo Luis lleno de gozo, sin duda de la alegría que su amo no habia ocultado delante de él; cabalmente iba yo muy entretenido en discurrir, cual seria el sentido de las palabras del príncipe, cuando me dijo *que subiese como correspondia* al carruage de su esposa, y al punto pensé aprovechar la oportunidad del encuentro con Luis, para salir del apuro.

—Luis, le dije, tengo que pedirlos pronto un consejo.

—De qué se trata amigo mio?

—La señora princesa me envia á entregar una carta á su padre de tanta importancia, tan urgente, segun parece, que me ha mandado vaya en su propia carretela. Hacedme el fa-

vor de enterarme si debo subir atrás del coche, al lado del cochero ó dentro de la misma carretela.

—Dentro, amigo mio, dentro, me contestó el viejo Luis en tono de suma importancia, pues no vais de librea, vais encargado de una muy importante mision.... os pareceis ahora á mí, cuando el príncipe me mandó llevar los regalos de boda á casa la señorita de Norlieu..... subí con el cofrecillo de diamantes en el coche de gala... Pero en el bien entendido, que por el respeto que debe uno á sus amos, me senté en la tetera, mientras que los otros regalos iban en el coupé... así pues amigo mio, debeis subir y meteros en el coche.

—Gracias, señor Luis.

Iba corriendo á la cuadra, cuando el formalista viejo, me cogió del brazo y me dijo pareciéndome fijar la

mayor importancia en su recomendación:

—Y sobre todo, os lo repito, sentaos en la testera, de no hacerlo os tomariais una libertad imperdonable.

—Perded cuidado, señor Luis; ya que vos me habeis avisado, soy incapaz de tamaña falta de respeto.

Habia bajado ya cuatro escalones y de nuevo el anciano Luis me llamó muy azorado.

—Martin..... oid!..... qué cabeza! olvidaba...

—Qué es ello?

—Y sobre todo..... sobre todo..... recomendad bien á maese Johnson (era este el cochero mayor del príncipe) encargadle bien si lo olvidara, lo que no creo, porque ha servido en demasiadas casas de categoría, que levante las persianas como cuando vá de vacío.

—Y por qué eso? le pregunté mo-

vido á curiosidad por saber la causa de esa otra costumbre tambien de etiqueta.

—Porque, cuando las persianas de un coche están puestas y no vá lacayo detrás, entonces significa que los amos no están en el coche..... comprendéis todo lo importante del negocio?

—Ciertamente y no se me olvidará, dije bajando rápidamente la escalera, mientras que inclinado en la barandilla y poniendo las manos á guisa de bocina, Luis me repetia á media voz:

—No olvideis de sentaros en la testera.

—Está bien, señor Luis; le contesté á media voz tambien y me dirigí á las caballerizas.

La berlina estaba puesta, los palafreneros en pié junto á los caballos curaban de ellos, porque el cochero

mayor no enganchaba nunca por sí mismo, y solo subía á su aristocrático puesto en el último momento. Por lo demás Johnson, verdadero cochero inglés, era escrupuloso observador de la etiqueta y según lo había previsto ya el viejo Luis, no fué preciso hacerle ninguna recomendación, pues en cuanto supo que iba yo á subir en la berlina, dió la órden á uno de los mozos de cuadra de levantar las persianas. Cumplido este mandato, uno de los palafreneros le entregó el látigo, otro las riendas que hasta aquel instante estuvieron cuidadosamente dobladas sobre los arneses y terminados esos diversos preliminares el importante personaje casi tan grueso como Mr. Dumolard, cuya cara encendida iba adornada de un pelucon blanco á bucles subió con pausa al pescante y marchamos al arrabal de Roule, donde vivía Mr. de Norlieu.

Por mi parte tuve buen cuidado de no faltar á mi *deber* y me senté al *vidrio*, segun me lo habia encargado Luis: á pesar de mis graves preocupaciones, no pude menos de sonreirme del ceremonial doméstico que habian desplegado para mi *subida* en el coche de la princesa, y sin querer me acordé del doctor Clemente, hombre tan grande por sus conocimientos como por su corazon, millonario sublime que no se desdeñó de sentarme á su lado el dia que me sacó del hospital, atencion delicada que me causó la mas respetuosa emocion.

Y sin embargo, ei comun de las gentes y hasta personas de un sano juicio, hacen consistir las *bases de la gerarquía social* en la práctica de un gran número de costumbres inútiles, vanas, cuyo aprendizaje hice durante mi estancia en el palacio de Moutbar, y que se miran como las condi-

ciones indispensables del respeto que deben tener los inferiores á sus superiores..... Es una equivocacion grande, mil veces he oido yo hablar con la mayor insolencia, con la mas satírica audacia de los amos inflexibles, en materia del código doméstico y por lo contrario he notado que otros muchos á pesar de una afable familiaridad por el mero ascendiente de sus virtudes, de su reputacion se ven queridos respetados de sus servidores, hasta el punto de que aun en su ausencia no se apartan de la deferencia que les es debida, y de ahí deduzco, enseñado por mi propia experiencia, que es falso el famoso axioma.

De que no hay héroe ni grande hombre que lo sea á los ojos de su ayuda de cámara.

Si efectivamente el hombre grande solo lo es en apariencia, ó si el héroe

lo es solo de un dia, me conformaré con el axioma referido, pero si se trata de la verdadera grandeza de alma ó de inteligencia, insistiré en decir que impone un profundo respeto y si cabe mas en la intimidad doméstica que en público. En prueba de ello citaré las palabras de un honrado muchacho del servicio del señor vizconde de Chateaubriant, que hablándome de este hombre ilustre, me decia con una ingenuidad particular. *Ah! cuando hablamos del señor vizconde, siempre lo hacemos como si estuviese presente, y lleno de respetuosa adhesion me repetia, enternecido, mil elogios de su corazon, de su carácter, y sin comprenderlo veneraba hasta su genio! (histórico).* Compárese ahora á este language el de la camarera Astarté, y se convencerá cualquiera en qué consiste la verdadera consideracion de los inferiores.

De intento, deseoso de ahogar mis sensaciones, me iba embebiendo mas y mas en estas reflexiones, en estos recuerdos, mientras caminábamos á casa del señor de Norlieu..... sentia brotar en mí ideas locas que era forzoso sofocar.... me hallaba en el carruage de Regina, impregnado tambien de aquel suave perfume que se pega á todo lo que la pertenece, y que para mí es siempre un filtro embriagador... y peligroso...

Llegamos al fin á casa del baron, dejé el coche en la puerta exterior y entré. Melchor se aprontaba ya á darme su corta audiencia en el vestibulo, segun acostumbraba, cuando le dije.

—Melchor, tengo que entregar *en mano propia* una carta de la señora princesa al señor baron..... se me ha dado esta órden terminante.

El mulato se sonrió con desden y se encogió de hombros.

—No se trata de encoger los hombros, Melchor, le dije alzando mucho la voz, el recado que traigo de parte de la señora es tan urgente, tan importante, que he venido en su propio carruaje.

—En su carruaje! dijo Melchor muy sorprendido.

—Como lo ois, en la puerta está, acabo de bajar de él, con que así introducirme al instante á la habitacion del señor baron, inmediatamente.

—Es imposible, me contestó rudamente Melchor.

—Imposible y por qué?...

—El señor baron está muy delicado, no recibe á nadie.

—Escuchadme Melchor, le grité impacientado al ver su mala voluntad, si al instante no obedecéis las órdenes de mi ama...

— Qué !

— Os cojo por las espaldas de este modo , y lo dicho hecho , os doy una vuelta de esta manera , y se la di , me meto en la casa llamando con todos mis pulmones al señor baron..... me oirá... me contestará... y le entregaré la carta.

Y sin mas retórica le hice dar á mi hombre algunas vueltas que difícilmente pudo resistir Melchor, tanto por su pequeña estatura como por su edad, y me lancé al interior de la casa gritando de voz en cuello:

— Señor baron ! señor baron !

— Desgraciado ! decia el mulato corriendo á mi alcance , os callareis ?...

— No era este mi ánimo ; emprendida mi marcha por un largo corredor seguí llamando , parándome á veces á escuchar , en esto oí una voz débil que decia :

—Que ruido es este? quién me llama? qué sucede? Melchor.... Melchor, dónde estás?...

Atravesé una sala, abrí una puerta y me hallé delante de Mr. de Norlieu, que acababa de incorporarse en su sillón.

Tras de mí llegaba el mulato pálido de rabia: me apresuré á poner en las manos del baron la carta de su hija, diciéndole...

—Señor baron, sin duda os traigo una buena noticia, porque la señora tenia tal prisa de comunicárosla, que me ha mandado en su berlina.

Y mientras Mr. de Norlieu abria con mano trémula la carta, añadí:

—Ruego al señor baron que me perdone el ruido que he metido para presentarme á él, pero Melchor no ha querido dejarme entrar aquí.... y.....

El baron no me dejó concluir, ter-

minada la lectura de la carta de Regina, que sin duda era muy corta, se puso primero pálido, luego hecho grana le acometió un temblor general, vi en él señales inequívocas de una profunda conmocion, y exclamó con voz cortada.

—Dios mio..... dice que está cierta de ello!.. una revelacion... hoy... y podré amarla aun, amarla siempre!... Ah! es demasiada dicha... si fuese realmente así... pero no... no... es imposible... sin embargo... no me pide mas que la reciba..... para convencerme así.... para probarme.... Y el anciano no pudo contener el llanto, cubrióse el rostro con las manos y cayó en el sillón.

—Señor baron, qué teneis?..... exclamó Melchor, acudiendo á su lado.

Y mirándome con ira añadió:

—Miserable, veis lo que habeis hecho...

—Me parece que no será nada le contesté á Melchor, antes bien...

—Mi presuncion salió cierta, pasada aquella primera emocion el anciano se puso en pié con firmeza y vigor, despojado ya de la postracion en que yacia á fuerza de pesares, y le dijo á Melchor.

—Pronto... mi sombrero... y una eapa.

—Cómo, contestó atónito el mulato. El señor baron... quiere?....

Y sin contestarle me dijo el baron: —Con que el coche de *mi hija*.... y se paró al pronunciar esta palabra como para saborear el placer que tenia en proferirla.

—El coche de mi hija está abí, añadió.

—Sí, señor baron.

—Y mi hija... está en su casa?

—Sí señor.

—Sí, y aun cuando no estuviese,

la esperaria, dijo como hablándose á sí mismo... vamos...

Y volviéndose de nuevo á Melchor:

—No viene el sombrero y la capa?

—Pero, señor, observó Melchor, así, sin vestir, con la bata, quereis..

—Tengo yo ahora tiempo de vestirme! contestó Mr. de Norlieu, vamos pronto el sombrero... y la capa.

—Señor baron, dijo el mulato no puede ser que seriamente...

—Me habeis oido? contestó el señor de Norlieu enderezándose, y con voz tan resuelta, tan imperiosa, que Melchor comprendió le seria peligroso insistir.

—Me llevareis lo que os pido á la berlina, le dijo el anciano, pues no quiero perder un segundo.

Y marchó delante de mí con paso tan vivo y seguro, que me costaba seguirle; bajó los escalones de la entrada con ligereza juvenil; acudió Mel-

chor sin aliento en el mismo instante en el cual el baron sin recelo iba á salir á la calle, descubierta la cabeza y con un trage de franela color de ceniza. A penas el mulato le hubo puesto la capa, abrí la portezuela del coche subió rápidamente y me dijo:

—Pronto... á casa de mi hija.

Mr. de Norlieu no contaba con la etiqueta.

El cochero mayor no se habia movido de su puesto, inmóvil como una estatua esperaba con las riendas en la mano izquierda y el mango del látigo apoyado en la rodilla derecha.

—Pronto á palacio, le dije.

Pero Johnson manteniendo quietos los caballos, mirando siempre adelante, me contestó impasible con su flema británica, sin siquiera volver la cabeza.

—Abajo las persianas.

—Pero Johnson.

— Abajo las persianas..... para el gentleman; me contestó sin moverse mas que una figura de cera.

Comprendí entonces que la berlina estando ocupada por el baron y no por mí, era de etiqueta *bajasen* las persianas, *levantadas* para mí; así fue que á pesar de la cruel impaciencia de Mr. de Norlieu, volví á abrir la portezuela para cumplir esta formalidad de rigor, y partió el coche súbitamente como si marchase por resorte; esta vez subí modestamente detrás..... despues de haber recomendado al cochero de que marchase muy vivo, recomendacion que Johnson escuchó sin duda con la mas soberana indiferencia, porque por nada del mundo era capaz de faltar á las reglas severas de los maestros en el arte, que consisten en no precipitar el paso regular y admirablemente acompasado; por otra parte

nuestro precioso cochero, sabia sin duda de mas lo que muchas veces habia yo oido decir en palacio. «Que nada huele á hombre de bolsa ó de negocios, como un carruage á escape por las calles, indicio seguro *de ir corriendo tras de los asuntos*, siendo esto un motivo principal para que la gente de pró tenga el buen gusto de no parecer nunca ocupada.»

Mr. de Norlieu muerto de impaciencia por llegar al lado de su hija, debió maldecir *el mucho mundo* de Johnson, pues tardamos cerca de media hora desde su casa al palacio de Moutbar.

Por fin entró el coche en el patio, abrí la portezuela y el baron subió con tal velocidad la escalera, que me costó mucho alcanzarle para adelantarme á avisar á la princesa; sin embargo, llegué á tiempo de anunciar con un sentimiento de gloriosa dicha:



THE HISTORY OF THE REFORMATION IN SWITZERLAND



«Mi padre..» exclamé Regina echándose en sus brazos

—El señor baron de Norlieu.

—Mi padre..... exclamó Regina viendo entrar al señor de Norlieu, y se echaba en sus brazos cuando dejó caer las cortinas de la mampara.

Media hora despues de la llegada de Mr. de Norlieu salió el príncipe de la habitacion de Regina, muy pensativo pero satisfecho; me ha dicho y con trabajo ha disimulado la alegría que sin duda sentia al darme esta órden:

—La señora de Moutbar no recibe á nadie, á no ser al capitan Clemente. Y se ha marchado.

Instruido acaso por Regina de que Just iba á venir, quizás ha confiado en que ella le haria un sacrificio héroeico, puede tambien que arrastrada por una vehemente gratitud, le haya ofrecido ya romper con Just. En fin, era ya cosa arreglada que viniese

¿hey? ó le habrá la princesa escrito durante mi ausencia? Lo ignoro. Le pedirá que se aleje por algun tiempo?... *se echaba en sus brazos como un niño*

Este pensamiento me ha causado la mayor compasion para Just... que sin preveerlo iba á recibir un golpe tan fuerte y tan imprevisto, casi me he reconvenido de haber hecho lo que he hecho... pero la seguridad de haber cumplido un deber me ha tranquilizado... porque si el príncipe consigue recuperar el corazon de su esposa á *felicidad igual*... en el carácter de Regina lo será doblemente con su marido, que con su amante, porque podrá sin humillar la frente, gozar de una dicha legitima. *no se movió*

A las cinco, Mr. de Norlieu ha salido acompañado de Regina que ha bajado con él hasta la entrada. La serenidad que brillaba en el rostro del anciano, me ha revelado palpable-

mente que las pruebas de la inocencia de Mma. de Norlieu le habian completamente satisfecho.

Cuando ha vuelto á subir, me ha dicho Regina:

—Solo estoy en casa para el señor Just Clemente, poned luz en mi cuarto, y no me aviseis para comer, si mas tarde necesito algo, Julieta me servirá; en cuanto llegue el señor Just Clemente le anunciareis y.....

—Sí señora.

A las seis menos cuarto se ha presentado el capitán, ya venia temeroso de que hubiese acaecido algo importante, porque al entrar me ha dicho con zozobra:

—Qué, le ha sucedido alguna cosa á la señora princesa?

—No Mr. Just, al menos que yo sepa...

—Respiro..... ha dicho á media

voz y su fisonomía se ha serenado.

—Pobre Just!...

—Quereis anunciarme á la princesa:

—Sí señor.

Y le he introducido al recibidor.....

Esta vez, estaba resuelto á escuchar la conversacion de Just y Regina, no por baja curiosidad, pero porque por su propio interés, me era necesario conocer su resolucion.

Felizmente aun en caso que me hubiesen sorprendido, tenia por casualidad un pretesto con que disculparme, y era decir que acababa de entrar luz á la sala contigua.

Para prepararme á todo evento en cuanto entró Just, fuí corriendo por una lámpara que puse allí cerca, á la mano, y parándome en medio de aquel cuarto, pude oír distintamente... pues el poco cuerpo de la man-

para y la cortina, no cubría las voces de Just y Regina.

Durante algunos instantes calló Regina, y cuando entré á la primera sala oí á Just que le decia con ansiedad:

—Por Dios, Regina que teneis? Despues de vuestra lacónica esquel... esta palidez... este silencio...

—Escuchadme Just.... esta mañana..... me han entregado las pruebas irrecusables de la inocencia de mi madre...

—De veras?... exclamó Just como enagenado...

Y luego añadió con voz conmovida:

—Mirad, me parece que me causa tanta sensacion como á vos misma... debeis ser tan feliz!..... pero es una felicidad tan santa, tan aústerá..... que comprendo ahora vuestra emocion...

—Las pruebas de la inocencia de mi madre eran tan evidentes, que aun há poco estaba aquí mi padre, tierno y cariñoso cual nunca, y hablándome de ella con lágrimas de admiracion...

—En fin gracias al cielo, ya están borrados vuestros últimos pesares....

—Just... por favor... escuchadme aun..... el que..... ha vengado así la memoria de mi madre... el que merece... mi gratitud...

—Eterna.... inalterable! exclamó Just, porque sé yo demasiado bien lo que habeis sufrido con perder el afecto de vuestro padre, y con la idea del ultrage hecho á la memoria de vuestra madre, cruel sentimiento que nublaba hasta la radiante alegría de nuestro puro amor! Así es Regina.... que yo quiero tener una parte en vuestro reconocimiento..... no os

toca á vos sola pagar esa deuda sagrada... quiero...

—Deteneos, exclamó Regina, oh! Dios mio!... me parte el corazon oiros hablar de este modo... se me figura que he tendido un lazo á vuestro generoso corazon... añadió temblando.

—Un lazo?... tendido á mi generosidad!...

—Sabeis á quien debo la gratitud grande que vos quereis ayudarme á pagar?

—Acabad...

—Valor... Dios mio!... es...

—Es?

—Mi marido.

Hubo otro rato de profundo silencio, y parecióme distinguir los ahogados sollozos de Regina.

—Es vuestro marido... y qué importa! observó Just con asombro. A qué viene ese llanto? por qué esos te-

mores Regina?... Por qué me habeis interrumpido?... Os lo repito, no os toca á vos sola satisfacer la deuda sagrada que habeis contraido, para el que os ha proporcionado el dia mas venturoso de vuestra existencia... Decidme si no es justo que yo que he gozado de vuestras alegrías; que he tomado una parte tan grande en vuestros disgustos, decid, no es ahora justo que con vos tribute un agradecimiento eterno á Mr. de Moutbar?

—Porque no es justo! exclamó Regina espantada al considerar cuán lejos estaba Just de imaginar lo que tenia que comunicarle; por qué? hay por desgracia cosas que no sospechais...

—Regina... esplicaos pronto... os lo ruego...

—Ya sabeis que desde el regreso de mi marido, mi situacion era insufrible... Disimular el amor acendra-

do que os tengo... disimularlo cuando es mi vida.... mi todo.... me era ya imposible... porque soy tan incapaz de ocultar la verdad, como de aparentar lo que no es... Así es que en una entrevista que tuve con mi esposo, le dije francamente, que visto el punto á el cual habian llegado nuestras relaciones de un año á esta parte, me parecia que por su decoro y por el mio, era necesario, inevitable... que nos separásemos sin ruido, sin escándalo...

—Muchas veces habiamos tratado de este proyecto... pero, por qué no me habeis avisado con anticipacion?

—Para qué, Dios mio! causaros sentimientos, si era mi plan deciros cuando estuviese ya todo terminado... Just somos libres?..

—Y ahora no consiente en esta separacion?... dijo Just con ansiedad.

—Muy al contrario, se ha portado con sublime generosidad! dijo la pobre jóven profundamente abatida me ha dicho que no quiere que la gratitud influya por lo mas mínimo en mi determinacion de separarme de él... que si insisto en que se realice..... mañana mismo marchará para Italia... y que me devuelve mi libertad..... confiado en que sabré salvar las apariencias con delicadeza..... igualmente que vos Just..... esas han sido sus palabras.

—Confieso, dijo Just con emocion, que esta conducta es digna de alabanza, es noble, pero entonces...

—Y entonces no comprendéis porque no os digo: Somos libres.... libres para realizar nuestros dorados sueños..... para gozar una dicha que nunca pudimos esperar? que nos detiene pues? mi marido me ha devuelto mi libertad... he recobrado la ter-

nura de mi padre, la memoria de mi madre está vengada..... Just..... mi amado Just.... soy tuya.... para siempre... para siempre!...

—Regina! delirais por Dios?..... ay! tiemblo de veros así.

—No, no deliro.... mi marido *me ama*... comprendeis ahora...

—Os ama! dijo Just negándose á la evidencia de aquellas palabras.

—Sí, me ama.... me amó siempre con pasion...

—El! exclamó Just con una espression de duda sardónica.

—Ah! yo tambien he hecho todo para no creerlo, pero cómo dudar al ver sus lágrimas..... al escuchar como se condenaba él mismo, cómo uno por uno me confesaba sus desvarios, borrados en parte por su arrepentimiento... cómo no creerle al ver su amargura, su desesperacion... y su resignacion paciente? Pero á

qué os repito todo eso, Just? ojalá sus acentos hubieran sido fingidos.... porque entonces cabria la duda.... y ahora estoy convencida...

Callaron ambos de nuevo; Just fue el primero en tomar la palabra:

—Y qué exige Mr. de Moutbar?

—Ni exige ni pide nada... suplica tan solo.... ni hace mérito del servicio inmenso que me ha prestado... ni cree que mi gratitud me obligue á amarle... postrado á mis piés me jura que siempre me ha amado con passion... me ruega.... y en su abnegacion está su fuerza...

—Pero qué os pide? preguntó Just con voz alterada.

—Me suplica... que le deje probar su amor, que no le quite la esperanza... de poder recobrar mi corazon.... «Si esta última tentativa es infructuosa, me ha dicho: entonces se cumplirá mi suerte.... desaparece-

ré y nunca volveréis á saber de mí... y cuando llegue ese caso usareis de la libertad que hoy os devuelvo, porque tened bien entendido Regina que suceda lo que suceda, sea la que fuese vuestra decision... sois libre... enteramente libre.... nada os pido en nombre de unos derechos... que he perdido... si por última vez os imploro, es en nombre de mi amor..... de lo que he sufrido, de lo que sufro en este momento...» Ya lo sabeis todo, yo creo cuanto me ha dicho.... pero nada he ofrecido... solo he jurado á mi marido que nunca olvidaré los deberes que me impone la gratitud que le debo, y ahora Just á vos me dirijo? qué nos queda que hacer? qué partido quereis que tomemos?

—Regina, me amas? Regina dí? le dijo Just con pasion.

—Me lo preguntais? contestó ma-

dama de Moutbar con indecible naturalidad de sentimiento.

—Entonces, añadió Just muy bajo, agitado por una pasión violenta: entonces Regina mía, acepta, acepta la libertad que te ofrecen..... por una loca generosidad no sacrifiques la felicidad... nuestro porvenir... un largo porvenir de amor, Regina mía! y de un amor que el deber no sofocará ya como hasta aquí.... libre..... ardiente... loco!

—Oh! no me habéis así.... no me mireis de ese modo..... me despedazais el corazón, me volveis cobarde y necesito ay! todo mi valor... cuando pienso...

—Regina mía, yo no quiero que pienses mas que en mi amor, dijo Just, exaltándose mas y mas. No sueñes, vida mía, en otra cosa que en el dulce momento que está tan próximo... *en el que seremos libres... libres.*

—Basta!... basta!... compadeceos de mí, os lo suplico, murmuró la princesa.

Just ni oía ni atendía nada, y así prosiguió con una voz tan dulce, tan penetrante, que me hirió hasta el alma y me causó celos atroces.

—Sientes, no es cierto, Regina mía?... comprendes lo que hay en estas palabras: somos libres?.... Libres... quiere decir estar á tu lado... ahí... siempre ahí... ángel adorado?... libres! significa esa vida de arte, de poesía, de nobles ocupaciones, de acciones generosas, de dulce oscuridad que tantas veces hemos soñado gozar tú y yo, porque bien lo sabes, para tí y para mí el amor encierra los goces mas puros, mas suaves del alma, de la inteligencia y del corazón... y los abrasadores placeres de los sentidos..... ángel mio, ser libres... es existir en tí, por tí,

ser tu vida, tu felicidad... poder á todas horas rodearte de mis ardientes caricias.... besar tus manos, tu cuello, tus ojos, tus cabellos...

—Calla.... calla... me abrasas.... dijo la pobre Regina con voz apagada, y sin duda con mano suplicante trataba de ahogar los acentos apasionados de su amante.

—Pues sí, me callaré, bien mio... contestó Just temblándole la mano como á Regina. No, no temas, callaré porque á mí tambien me matan, me ahogan aquellas imágenes. Alejemos sí nuestro pensamiento de la voluptuosa embriaguez, cuya sola idea nos trastorna..... mas piensa en la dulce comunicacion de nuestras almas llenas de mágicas ilusiones y en nuestra apacible existencia.... Oh! ven.... ven, Regina mia, ven.... te llevaré lejos de estos lugares lujosos, donde tanto sufres del peso de la

opulencia..... por toda riqueza tendremos nuestra ventura! pero será tan grande, tan inmensa, que bastará para hacer feliz á un mundo entero!... Y si algun dia se te antoja algo de lo que ahora desprecias, me dirás una palabra... y mi trabajo, mi inteligencia te crearán tesoros... puros como su principio..... dignos de tí y de mí... ven pues, ángel mio... sígueme porque ya me perteneces... como te pertenezco yo á tí!...

—Por favor Just.... tened piedad de mí... pensad por Dios!.....

—En qué, veamos, pobre alma generosa? En qué quieres que piense? En tu marido? está bien, que haya vengado la memoria de tu madre..... pero no ha hecho mas que cumplir con el deber de un hombre de honor. Yo he sido el primero en confesarte que su conducta ha sido noble, que como tú le soy recono-

cido, pero esto nada tiene que ver con nuestro amor!

—Pero él me ama.... sufre..... es desgraciado!....

—Te ama! te ama, exclamó Just, y tú lo crees? has olvidado que durante un año que te ha llenado de sinsabores, que te ha despreciado, abandonado, que te ha herido en lo mas íntimo de tu corazón..... tú á quien debia bendecir... adorar de rodillas... y viene ahora, cuando ya por su culpa ha borrado el amor que le tenias, sin acordarse del noble y desinteresado afecto del que tantas pruebas le habias dado, á decirte que aun te ama! y tú puedes creerlo Regina?....

—Sí, Just... os lo juro por mi madre, no me engaña..... Si me fuese permitido confiaros su secreto.... os convenceriais de que si este amor en apariencia es inesplicable... es harto verdadero...

—Y mi amor es fingido? dudas de él? no te acuerdas ya de lo que he sufrido? me impusiste la obligación de dejarte y me resigné, despedazado el corazón... vuelve me dijiste... y he volado á tu lado.... mas tarde, cuando arrebatados por la pasión ha sido preciso luchar para sofocarla; cuántas veces no me has dicho, al verme á tus piés llorando, fuera de mí, loco de amor...

Oh! amado Just, cuán generoso eres de escuchar mis ruegos, de respetarme, cuando, ay de mí! te adoro, y no tengo fuerzas para resistirte... Dios te bendiga!...

—Sí, es cierto, sí, que has sido bueno, generoso, siempre fuerte.

—He sido bueno, generoso, fuerte porque sabia que una falta te causaría remordimientos horribles... que hasta mi propio amor seria quizás ineficaz para borrarlos... ahí tienes el

secreto de mi fuerza y valor... pero á estas horas podemos ser felices, libres... sin remordimientos para tí. Vive Dios, no quiero arrojar mi dicha al viento! peor que peor, el amor para todos, cada uno para sí!... me has hecho egoista, feroz en amor, y ya que tu marido te devuelve tu libertad...

—Su generosidad es la que me aterra.

—Su generosidad, es grande á fé! que puede él hacer, veamos? tú no le quieres ya..... felizmente esta palabra rompe esos supuestos contratos, esas cadenas que se consideran indisolubles. Vendrá acaso en nombre de *la ley* á imponerte su amor? se batirá conmigo? bueno, mejor... me matará ó le mataré!

—Ay Just! no tengais ideas tan horribles!

—Pero en fin un duelo feliz ó des-

graciado no cambiará su situación! te ruego que le dejes recuperar tu afecto.... á esto solo te diré: *me amas?*

—Si te amo!

—Entonces.... á qué le conducirá esa tentativa?.... que no sabe que tú no cometerás nunca la infamia de decirle: *haced que os ame, cierta de antemano de que no lo conseguiria?*

—Ah! Dios mio! exclamó Regina con un acento de indecible angustia. Resentiria yo por ventura este agudo dolor, si supiese qué partido tomar, si como á vos me fuese dado resolverme, determinarme á algo... bien fácil es para vos, pero yo no puedo... así... de pronto... principalmente cuando me acuerdo...

—Regina titubeais? dijo Mr. Just con amarga sorpresa.

—Dios mio, exclamó la infeliz deshecha en lágrimas, no me habéis

así; no me mireis de este modo.....

Bien sabeis que os amo..... que os adoro Just; mi única felicidad sería la de pasar mi vida junto á vos que idolatro... pero tampoco puedo desentenderme de que *él* tambien me ama... de que ha sufrido tanto... que sufre aun sin cesar..... sin duda no puede hacer valer sus derechos para que le ame... cierto... pero en fin si quisiera abusar de estos mismos derechos, podria hacerme sufrir de continuo... separándome para siempre de vos ú obligarme á un escándalo... que ahora me espanta... á pesar de la pasion que me inspirais..... Decidlo Just imparcialmente, no estaria en sus manos hacernos mucho mal?

—Mucho mal... contestó Just con voz sorda, pero el mal..... llama el mal.

—Dios mio! que desgraciado soy,

esclamó Regina con vivo dolor, no quereis absolutamente oír nada, ni haceros cargo de mi posicion con respecto á él que acaba de vengar la memoria de mi madre, que con nosotros se porta con generosidad admirable... No obstante, no debe uno ser injusto ni cruel para los que sufren y se arrepienten.

Y Regina prorumpió en fuertes sollozos.

Despues de un rato de silencio, durante el cual debió operarse un cambio fatal en los sentimientos de Just, volvió á tomar la palabra con tono dulce y triste:

—Teneis razon Regina... no debe uno ser injusto... inclemente para los que aman... que se arrepienten y sufren cruelmente de no ser ya amados...

—Qué decis?

—La verdad Regina... por un rato

me ha cegado un egoismo fatal..... os he dicho : no nos acordemos mas que de nosotros.... aprovechémonos de la generosidad de vuestro marido , y felices de ahora en adelante , dejémosle solo , abandonado á su desesperacion. Os lo he dicho Regina..... he sido vil... indigno de vos...

—Oh! sois el ser mejor del mundo, noble cual ninguno...

—Os amo Regina, no hay mas; quiero que siempre seamos dignos uno de otro... há poco... abatida, despedazada por una de aquellas luchas terribles que solo sufren los que tienen el alma grande..... habeis recurrido á mí, llena de angustia, de terror, incierta, pobre infeliz, esperando que yo, á quien juzgais fuerte y generoso, os tenderia la mano; y trémula me habeis preguntado qué debo hacer?

—Sí Just... hablad... mandad lo

que gustéis; obedeceré: qué he de hacer?

—No seré yo quien os lo diga, escuchad á mi padre, voy á emplear su language sencillo y severo:

«Hijo mio... no admito nunca la irresolucion en las graves cuestiones de la vida; no hay mas partido que tomar, que el del deber... en cuanto á las consecuencias, tarde ó temprano, *el bien engendra el bien..... frecuentemente los buenos se llevan chasco dicen los malos ó los necios, es falso. Cuándo una accion leal y buena fué funesta á su autor? nunca. Poco importa la ingratitud, el bien se hace por el bien, si le dais vuestra capa á un infeliz que esté desnudo, le abrigará menos porque sea ingrato? no; hecho un bien, pensad en hacer otro mas. Si el que recibe no besa la mano que le dá, nunca la despedaza á no ser un rabioso ó un loco. Debe-*

mos juzgar á la humanidad bajo el punto de vista de los locos ó rabiosos? dice un refran: *haz lo que debas... y suceda lo que suceda.....* mas natural es no confiar en una tonta casualidad y decir. *Haz lo que debas y el bien vendrá.* Esto es lo cierto!»

—Sí... me parece estar oyendo á vuestro noble y buen padre, dijo la princesa, son sus propios sentimientos, sus mismas palabras...

—Pues bien, Regina, no faltaremos á aquellas sábias lecciones, y diremos como mi padre, solo una determinacion hay que tomar, la del deber.... *Hagamos lo que debemos.... y nos acontecerá bien...* Vuestro marido merece nuestra eterna gratitud, su amor es verdadero... sufre, se resigna y se arrepiente pidiéndoos humildemente que le dejeis tiempo para probaros, á fuerza de sacrificios y de rendimientos, que os ama... y quizás

poder recobrar vuestro corazon... no titubeareis... Regina...

—Just.... oh! Dios mio, dijo la princesa temblándole la voz, no sé... pero ahora... tengo miedo.... me espanta semejante experiencia.

—Debe sí espantaros Regina, porque á mí me espanta por mi amor.... y porque á ambos nos aterra esta tentativa os la aconsejo.

—Cómo?

—Porque si desde luego Regina supieseis vos que era una experiencia sin resultado para Mr. de Moutbar, cometeriais una baja hipocresía en consentirlo...

—Dios mio... entonces vos imagináis que yo aun puedo *quererle* con amor?

—Si contestase afirmativamente, pudiera engañarme Regina.... tambien puedo equivocarme diciendo no... cual será el resultado final de

esta experiencia, de este deber cumplido?...

—Ah... como yo lo ignorais..... y lo confieso... ahora me arredra esta duda.

—Suceda lo que suceda de esta prueba... *nacerá el bien* como decia mi padre.

—El bien?

—O me amareis siempre, Regina, y vuestro marido habrá conseguido recobrar vuestro amor..... en el primer caso vuestra generosidad misma en dejar á un infeliz su última esperanza, será como la santificacion de nuestro amor fortalecido por tantos sacrificios, y si vuestro marido consiguel a posesion de vuestro corazon... vuestra felicidad... la suya..... están aseguradas...

—Pero vos?..... Dios mio!..... y vos?...

—Aun me queda una buena parte

Regina... tan grande.... que será mi consuelo. No habré yo cooperado á la felicidad que gozareis ÉL y vos? es esto tan insignificante?

—Pues yo! exclamó Regina dominada de nuevo por la desesperacion á la idea de perder el amor de Just. Pues yo, no quiero consentir en esta prueba, he creído ser fuerte, generosa, y no lo soy... no hay mas y qué importa! mi marido me ofrece mi libertad..... y la acepto! además, no os debo tanto á vos como á él, no fuisteis herido en un duelo terrible por salvar mi honor..... mi vida..... porque yo me hubiera matado si hubiese sido víctima del infame de quien me vengasteis...

—Regina... escuchadme...

—No, no, exclamó la princesa en un paroxismo de exaltacion. No, yo te amo... á tí, á tí solo... eres la sola esperanza que me queda en este

mundo..... Tú me buscastes euando era desgraciada... me has consolado; sin tí no existiria ya... no quiero correr el riesgo de que me faltes ahora! no debemos ser egoistas, Dios..... bueno... pero tampoco debe uno suicidarse, cuando nuestra muerte á nadie sirve.

—Regina... os lo ruego...

—Me parece que bien sé yo lo que siento... eh? pues te aseguro que ahora es imposible que yo vuelva á querer á mi marido.... yo salgo responsable de todo... á mí me ofrece mi libertad... sola yo la aceptaré.

—Por Dios escuchadme...

—No esperes, no, que nunca haga yo esto, dirás si quieres que soy cobarde, egoista, cruel..... lo seré, no digo que no, y tendrás que armarme así..... tanto peor..... cada uno para sí..... tú mismo lo has dicho... y...

Dieron un fuerte campanillazo en la puerta exterior de la habitacion de Regina, y no pude oír sus últimas palabras: corrí á abrir, era Mr. de Norlieu, padre de Regina.

Sin duda esta no esperaba á recibir segunda visita de su padre, que llegaba á tan mal tiempo. Qué partido tomar? decir que estaba fuera mi ama, era una mentira que á nada conducia... Mr. de Norlieu sin duda alguna se hubiera instalado allí hasta su vuelta, pues la espresion de su cara radiante de alegria, diré casi ávida de felicidad, decia claramente que la visita de por la mañana no habia saciado su ternura paternal. Me preguntó:

—Está mi hija... en su cuarto?

—Sí, señor baron.

Contesté sin titubear, comprendiendo que la mas pequeña vacilacion de mi parte coincidiendo con

hallarse Just á estas horas de visita con la princesa, (eran las ocho de la noche) podia dar márgen á desagradables sospechas.

Abrí pues ruidosamente la puerta del primer salon, con el fin de despertar la atencion de Regina, marché delante del baron y antes de llegar al recibidor, tosí repetidas veces.

Merced á estas precauciones, cuando levanté las cortinas ví á Regina y á Just aparentemente tranquilos y sossegados.

La princesa me interpeló con voz severa...

—Os habia prohibido que...

—El señor baron de Norlieu, me apresuré á añadir interrumpiendo á Regina.

—Mi padre!... exclamó, y en voz baja le dijo á Just:

—Le habiamos olvidado... ah! es nuestro castigo...

Acababa de pronunciar la princesa estas últimas palabras, y entró monsieur de Norlieu.

Se fué directamente á su hija, la besó cariñosamente durante algunos instantes y le dijo:

Hija mía..... ya me tienes de vuelta, qué quieres! solo te he visto dos horas esta mañana.

Mr. de Norlieu se paró, notando entonces la presencia de Just, y pareció sorprendido.

—Padre mio... el señor Just Clemente.

Just se inclinó delante de Mr. de Norlieu, el que añadió con suma amabilidad:

—Me felicito doblemente de tener el honor de hallaros en casa de mi hija, porque he oido repetir muchas veces vuestro nombre con toda la consideracion que merece, y además vuestro señor padre era uno de los

hombres que mas queriamos..... que mas estimábamos.

La memoria que teneis la bondad de hacer de mí padre, me debe sin duda, caballero, la buena acogida que teneis á bien dispensarme, quisiera ser realmente acreedor á ella, le contestó Just con suma deferencia.

Luego dió sin duda muestras el capitán de retirarse por discrecion, pues oí á Regina decirle con la voz algo alterada, á pesar de la violencia que sin dudá se hacia la infeliz:

—Confio en que *hasta luego*.....

Mr. Just Clemente.

Regina pronunció la palabra *hasta luego*, única que le era dado decir delante de su padre, de un modo tan tierno, tan suplicante, que sentí mis ojos bañados en llanto.

Es probable que por toda respuesta saludase Just respetuosamente á la princesa, pues nada oí.

—Casi en el mismo momento distinguí la voz de Mr. de Norlieu, que refiriéndose al capitán Clemente le decia á su hija:

—Qué jóven tan guapo!

Just pasó rápidamente delante de mí, embebido de tal manera en sus ideas, que ni siquiera me vió.

Le seguí.

Cuando estuvo ya en la primera sala se paró, miró al rededor como buscando á alguien, y al ruido que hice para cerrar la puerta, se volvió hácia á mí y me dijo:

—Ah! Martin estais ahí... os buscaba.

Calló y despues de un rato añadió:

—Tendriais por casualidad aquí recado de escribir para poner cuatro letras? He olvidado dar á Mma. de Moutbar una direccion que me habia preguntado... y por temor de ser in-

discreto no quiero volver á entrar estando allí Mr. de Norlieu...

—Ahí teneis lo necesario para escribir Mr. Just, le dije:

Y le señalé mi mesa donde tenia papel, tinta y plumas con el objeto de que las personas que venian á ver á la princesa, pudieran sentar su nombre en un libro destinado solo para este uso.

En pié Just... escribió algunas palabras rápidamente...

Como corresponde me puse á cierta distancia, pero sin quitarle ojo.... ví que una lágrima.... se estampó en el papel...

Just cerró la carta con una oblea, y para que no pudiese yo ver sus ojos que el llanto escaldaba, sin volverse á mí me dijo dirigiéndose á paso vivo á la puerta:

—Hacedme el favor, de entregar esa esquelita á la princesa.... cuando

se haya marchado Mr. de Norlieu.

Y desapareció.... Aquel billete.... lo confieso... lo leí...

La oblea aun húmeda me era fácil despegarla sin temor que se descubriese mi indiscreción.

Hé aquí lo que Just escribía:

«Me marchó.... es preciso.... valor... *yo esperaré*... Si necessitais escribirme, dirigid vuestras cartas á mi casa de París, las recibiré...»

Una lágrima, medio borraba la palabra *esperaré*... pero se podia leer.

Volví á cerrar la carta....

Sobre las diez marchó Mr. de Norlieu.

La princesa le ha acompañado hasta la escalera, cuando volvió le dije:

—Mr. Just ha dejado este billete para la señora princesa...

Y le presenté la carta.

Temblaba la infeliz de tal modo al cojerla, que dos veces su mano ha tropezado en la bandeja de plata.

Entonces me ha dicho tan bajo que con trabajo la oí:

—Bien está.. podreis... retiraros y cerrar... la puerta...

Me ha parecido notar que Regina, al pasar por la primera sala ha tropezado, y ha tenido que apoyarse en un mueble para no caer....

No me habia engañado.

Solo habria transcurrido un minuto á lo mas, desde que estaba en su cuarto..... el tiempo de leer la carta de Just, cuando oí el ruido de una caída... acudí corriendo.

Regina estaba desmayada al lado de la chimenea, teniendo en su mano el billete de Just.

A todo evento, resultase lo que resultare, arrojé la esquila al fuego, temiendo la indiscrecion de Julieta, y

hecho esto tiré con violencia del cordón de una campanilla.

La camarera de la princesa vino pronto.

— La señora se desmaya, exclamé: pronto... Julieta socorredla pronto... Voy de paso á mandaros á Felicia... (era la otra criada de la princesa).

Me marché corriendo, fui á la repostería á buscar á aquella muger, que se apresuró á reunirse con Julieta.

Tal ha sido el desenlace de este drama doméstico, cuyos personajes he manejado, por decirlo así, á mi antojo, ó mas bien segun mi conciencia, segun las exigencias sagradas del *deber* y la *equidad*.

A quién hará feliz el porvenir ahora? á Just? al príncipe?... Solo Dios lo sabe.

Pero suceda lo que suceda, me parece que ya la felicidad de Regina, queda por fin asegurada, ora con su marido, ora con su amante.

No paso al menos zozobra respecto á los excesos á que la gratitud de Regina para con Mr. de Moutbar puede llegar...

Si el príncipe á despecho de mis esperanzas y de sus promesas, cede ante sus buenas resoluciones, si no se mantiene á la altura de la situacion difícil, pero hermosa y elevada, que yo le he trazado, puedo con solo una palabra reducir á polvo el pedestal en que le he puesto á los ojos de Regina; con solo una palabra, puedo sumergir al príncipe en el mayor desprecio, que jamás tuvo en el ánimo y estimacion de su esposa.

De todos modos, aquí estoy, velaré por ella... y sabré remediarlo.

.

20 de junio de 18...

Mas de cuatro meses han transcurrido desde que Just alejándose de Paris abandonó á Regina á sus propias inspiraciones.

Me ha sido imposible saber donde se halla Just; la discrecion de la vieja Suzon es impenetrable.

Todo lo que he podido saber es que Just habia estado durante dos meses luchando con la muerte, á consecuencia de una tristeza profunda... Hace algunos dias no mas, que está convaleciente.

La muger del honrado Gerónimo, encargada de ver si en el correo habia cartas para Mr. Pedro, me ha traído algunas, de las cuales pongo en resúmen las siguientes:

EL PRÍNCIPE DE MOUTBAR Á MR. PEDRO.

19 de junio de 18...

«En mi anterior no dejé pasar en

silencio cuanto me conmovió la determinacion leal de Just Clemente... sé que en cuatro meses una vez tan solo se han escrito.... y cuando por la segunda vez he visto á mi esposa para preguntarle que habia decidido, las únicas palabras que me dijo fueron:»

— «Lo que vos intentais Jorge, ignoro si lo podreis lograr... si debiera juzgar por lo que siento ahora, os diria francamente que no... mas quién puede responder del porvenir?... Haced que os quiera de nuevo, dad cima á milagro tamaño, y os amaré doblemente, por haber sabido con vuestro amor traerme á deberes que por culpa vuestra olvidé...»

«Esta fué su primera contestacion.
«Trabajo sin descanso, sigo la senda que vos me trazasteis, único amigo, que endulzais mi fatal existencia: confio... pero ay! será en vano!

Regina me estima, pero no me ama!!!»

«Me escribistes que tuviese valor y perseverancia. Así lo hize, así lo hago, creí por un momento cual fanático estúpido, que Regina me devolvía su amor, qué digo, tenía de ello una convicción íntima, pero no la certeza real, y como á todo trance quise saber mi sino, me decidí á romper mi penosa situación; ora por un desengaño cruel, ora por una felicidad que á costa de mi sangre conquistaría... mas antes de participaros el resultado de la esplicacion, oid algunos preliminares.»

«De algunos dias á esta parte, he notado que el estado de decaimiento nervioso de mi muger, se ha aumentado, sin duda, á causa del tiempo bochornoso que hace.»

«Tiene á menudo, casi siempre distracciones tan profundas, que aun

cuando entre y salga, no me oye; ayer la hallé con el rostro cubierto de lágrimas... la llamé, la cogi la mano... y solo al cabo de unos instantes lo notó... me la retiró con viveza y pareció sorprendida de verme á su lado.»

«No puedo explicarme estos síntomas estraños de éxtasis y de insensibilidad, á no atribuirlos á una lucha interior que la consume, lucha que á mi modo de ver, nace del amor profundo que de nuevo le inspiro, que no se atreve á revelarme ni á confesárselo á sí misma.»

«A la caída de la tarde, á pesar de estar la atmósfera muy cargada de electricidad, bajamos al jardin. Habia yo dado la órden de que nos sirviesen el café en un pequeño pabellon rústico, situado en medio de un bosquecillo pobladísimo de arboleda. Allí en los primeros tiempos... feli-

ces de nuestro casamiento, hemos pasado Regina y yo dias enteros, solos, gozando como niños ó enamorados, de cerrar por dentro la puerta del jardin para alejar de nosotros á cualquier importuno.»

«Aquellos dulces recuerdos de los dias mas felices de mi vida, están aun tan presentes en mi mente... que me ha parecido que ejercerian la misma influencia sobre mi muger, al verse rodeada de los objetos que un dia fueron testigos de los apasionados arrebatos de nuestro amor... estas imágenes encantadoras le harán fácil la confianza que anhelo recibir.... y sus lábios me dirán lo que le aboga el corazon...»

«Entramos en el pabellon.... Regina se sentó sobre un divan... vestia un traje blanco... y estaba tan sumamente pálida... que en la media oscuridad del pabellon, á penas se

distinguía su dulce y hermoso rostro de la blancura de su vestido.»

«Poco á poco fue decayendo nuestra lánguida conversacion, y por último, sin apercibirlo siquiera, callamos entre ambos mas de un cuarto de hora, estraviados en los espacios imaginarios.»

«Regina inmóvil, baja la cabeza, tenia sus siempre hermosas manos á pesar de su flacura, cruzadas sobre las rodillas, y su actitud dolorosa, su triste sonrisa revelaban una amargura profunda... parecia haber olvidado completamente que estaba á su lado, y tenia la mirada fija en las estrellas que ya brillaban por entre las ramas de los grandes árboles...»

«Ahora, amigo mio, que se han desvanecido mis locas ilusiones y que tengo presente la actitud y la expresion del semblante de Mma. de Moutbar, me preguntó á mí mismo cómo

pude padecer semejante equivocacion, pues os confesaré cuales eran entonnes mis pensamientos.»

«Pobre muger..... tanto he hecho por ella, que al fin se ha rendido..... solo espera una palabra mia para confiarme lo que á la vez la encanta y la atormenta, pues esta pilidez, este abatimiento, provienen únicamente de sensaciones reprimidas... aparta sus ojos de mí... temerosa de ceder á su atraccion magnética, su turbacion, su distraccion, demasiado me dicen que lucha por último, pero sin fruto, contra los recuerdos de amor, que por todos lados la acosan; pero la noche se acerca... el silencio profundo... estamos solos... enteramente solos en los sitios donde en tiempos pasados.... nunca se le ofrecerá ocasion mas oportuna para hacerme la confesion que le cuesta tanto...»

«Me arrodillé á sus piés , cogí una de sus manos que me dejó tomar sin resistencia , cubrí de apasionados besos aquella delicada mano calenturienta..... y me contestó apretando la mia convulsivamente.»

«Regina! exclamé enagenado de alegría; en fin eres mia.... mi Regina de antes... me amas?...»

— «Oh! si te amo... hagan lo que hagan..... te amo siempre , con mas pasion que nunca.... me mata este amor..... pero no lo digo.... no se lo puedo decir á él..... le debo tanto! Pero no importa... mi muerte es dulce.... Just adorado.... porque muero fijo mi pensamiento en tí....»

«Involuntariamente se me escapó un grito desgarrador que sacó á madama de Moutbar de la especie de delirio que estraviaba su razon.»

«Pareció despertarse de un peno-



I. Lozano dib.^a y lit.^o

Lit.^a de Ayguals.



so sueño, se levantó bruscamente, me miró con esquivéz y pasando sus manos por la frente, me dijo:

— «Hace mucho tiempo, Jorge, que estamos aquí?...»

«Me ahogaban las lágrimas, felizmente era ya de noche, y mi muger no vió que lloraba, le contesté:

— «Sí... bastante tiempo... es ya tarde, quereis que nos retiremos?»

— «Como gustéis, amigo mio, me contestó con dulzura sin apercibir la alteracion de mi voz.»

.

Aquí interrumpí mi carta, mi buen amigo, porque sufría demasiado para continuarla.

«Ya lo sabeis todo... solo me queda un partido que tomar..... y lo aprobareis no me cabe duda; marchar mañana mismo.... volver su libertad á Mma. de Moutbar.»

«La infeliz tiene ya un pié en la tumba... mi infamia y mi ciega aberracion la matan...»

«Mañana la dejaré.»

En el estado delicado, casi peligroso en que se halla Mma. de Moutbar, seria imprudente anunciarle de pronto esta brusca determinacion.... la misma felicidad le podria dar un golpe funesto... le escribiré pues que voy á hacer un corto viaje, luego de lejos la iré preparando poco á poco, con precaucion á recibir *la buena noticia....*»

«Felizmente... Regina será dichosa... á pesar de mi inveterado rencor contra... ese hombre. Las raras prendas de su corazon me hacen confiar que será *para ella* lo que debe ser... no lo dudo.... ningun motivo tengo para dudarlo.»

«Por la vez postrera, recibid, amigo mio, mi adios, y la espresion de mi

profunda gratitud. Gracias!..... mil veces gracias!..... á vuestros sábios y afectuosos consejos, deberé quizás el único consuelo que me quede en la triste vida que voy pasar... me ocuparé del bien; me dedicaré al bien, á la práctica de las ideas generosas, grandes y útiles, que me habeis hecho amar, y que pensé me ayudarían á recobrar el afecto de mi muger, de esta generosa y valiente muger que ya perdí para siempre..... por culpa mia.... sí, por culpa mia!»

«La leccion es provechosa.... pero terrible..... si hubiese empezado por donde acabo... si en vez de consagrar mi vida al ócio que me ha conducido á la degradacion, desde un principio hubiese obrado como desde que me aconsejais.... Regina á estas horas me apreciaria.... llevaria mi nombre con orgullo...»

«Adios, amigo mio, contestadme

inmediatamente, aunque de antemano adivino el contenido de vuestra contestacion..... no podeis aconsejarme otra cosa que la que voy á hacer.» —J. de M.»

La última carta del príncipe de Moutbar, me causó una profunda compasion, pero al mismo tiempo he pensado que su determinacion, dictada por el honor, salvaria quizás la vida de Regina asegurando para siempre su felicidad y la de Just.

Cuanto me comunicaba el príncipe de la sensible y valiente resignacion de Mma. de Moutbar, llevada hasta el heroismo por un sentimiento inalterable de gratitud, que llenando su alma no le dejaba ni pedir, ni reclamar la libertad que su marido le habia ofrecido en el caso de no recobrar su afecto..... no atreviéndose la infeliz á confesarle que siempre amaba á Just Clemente, puede aun mas por

los tormentos que le causaba su amor... todo esto lo habia yo adivinado ó visto, en mi servicio continuo al lado de la princesa, pues instruido de sus sentimientos y acostumbrado á la observacion, fácil me fué descubrir los dolorosos secretos de aquel corazón herido...

Duró cuatro meses aquella crisis y ya me habia resuelto, si la vida de Regina peligraba, sériamente á escribirle al príncipe, *con el nombre de Mr. Pedro*, que aquella prueba era suficiente, que no debia pasar adelante, y en último caso, si Mr. de Moutbar se hubiera negado á seguir mis consejos, decidido estaba á revelar la verdad á Regina, para que instruida de que la gratitud no le imponia ningun deber hácia su marido se salvase de la desesperacion.

—A Dios gracias! no me he visto precisado á recurrir á ese penible pa-

so. Regina, Just y Mr. de Moutbar se han comportado con suma delicadeza.

He aquí el billete que he recibido esta mañana del príncipe, en contestacion á la carta que le dirigí, aconsejándole que llevase á cabo su determinacion.

«No esperaba mas que vuestra aprobacion para marchar, solo por mí y ante mí, me he decidido á una esplicacion que quizás me hubierais combatido.»

«No he querido dejar á Mma. de Moutbar con el pesar de haber faltado á su agradecimiento, y le he descubierto la verdad.»

«En mi carta de despedida le digo, que no me debe la rehabilitacion de la memoria de su madre.... que un amigo desconocido me remitió las pruebas de su inocencia..... y le pido

por último favor que me perdone, si he abusado de un sentimiento de gratitud del que no era merecedor.»

«Me parece que no he faltado á la promesa de honor que os hice, amigo mio, en su espíritu, pues si bien he alterado en algo la letra de lo que os ofrecí, ha sido porque he creído mas noble, mas pundonoroso decir toda la verdad.»

«Adios!... y desgraciadamente para siempre!... adios, amigo mio, no sé qué porvenir me espera.... ignoro que será de mí con el tiempo, mudo consolador..... pero en este momento creo... siento que no hay en el mundo un ser mas desgraciado que yo...»

«Vivo en un caos de sombríos y terribles resentimientos, y en medio de ello me aparece siempre Regina resplandeciente de grandeza sublime... grandeza que nunca se ha desmentido.»

«Creedme, amigo mio, si para alguien soy inclemente es para mí, solo para mí que he sido la causa de los tormentos de dos seres generosos, dignos uno de otro..... mi porvenir es mi castigo...»

«Adios para siempre, adios, el cielo os bendiga por los consejos que me habeis dado, sin ellos mi suerte seria mil veces peor, pues hubiera aborrecido, despreciado á dos personas, que ahora honro y estimo al dejarlas felices, y cierto de que son intachables, y decís bien, hay en este sentimiento mucho consuelo...»

«Valor... ha llegado el momento... ya no hay remedio... oh! esperanzas mias!.....»

«Cuánto sufro, Dios mio!... disculpad mi debilidad..... compadeceos de mí... amadme... Oh! si en este terrible momento quisierais veniros con-

migo... acompañarme... me prosternaría á vuestros piés! una amistad como la vuestra sería para mí el bálsamo de tantos dolores!!»

«Bien lo veo, es imposible, no podeis consentir en ello... estoy loco... demasiado os debo, perdonadme esta pretension...»

«Adios... por última vez adios...»

«J. de M.»

—
3 de julio de 18....

Todo concluyó.

Al principio de la semana pasada marchó Mr. de Moutbar.

Hoy se han vuelto á ver por primera vez Just y Regina.

Mi ama estaba aun muy pálida, muy desmejorada..... pero que hermosa, hermosa de felicidad y de amor!!

Puedo vanagloriarme de haber

completado mi obra con lealtad, con
esforzado valor.

Bien decía Claudio Gerard:

«No hay posición por baja que sea,
en la cual no puede el hombre de co-
razón hacer actos de dignidad...»



LA SORPRESA.



INTERRUMPIMOS aquí las *Memorias de Martin*, para recordar al lector de este libro, varios hechos que han pasado en consecuencia de la prision del Huron, ó mas bien de Claudio Gerard, al cual devolveremos su verdadero nombre.

Sorprendido junto al estanque del cortijo por Beaucadet, emboscado con algunos gendarmes en las ruinas,

Claudio Gerard y Martin acababan de caer en sus manos, cuando el conde y su hijo advertidos por el sargento, llegaron al sitio de la prision, á fin de cerciorarse de que uno de sus criados debia hallarse en aquella misteriosa cita con el Huron, acusado de haber hecho fuego á monsieur Duriveau.

Recordaremos finalmente, que habiendo el padre de Escipion reconocido en el cazador, á un hombre al cual agraviara mortalmente; por una bravata odiosa habia puesto en la calle á maese Chervin y á su muger, colonos del cortijo.

Tan baja accion cometida ya, Escipion y su padre subieron al coche, como se tendrá presente, y volvieron á la quinta, mientras los gendarmes se llevaban á Claudio y á Martin.

Tráigase á la memoria que, de vuelta á su casa el conde, halló las

Memorias de Martin, y que daba la una cuando empezó su lectura.

Aun cuando ningun motivo hubiese despertado la curiosidad del conde, los primeros renglones del manuscrito, hubieran bastado para llamar vivamente su atencion.

La jóven á quien él habia seducido, era una encajera, como la jóven á quien Martin creia ser su madre.

Llamábase esta Petra Martin, y el ayuda de cámara, cuyas memorias leia el conde, se llamaba tambien Martin....

En fin, la edad que esta parecia tener, ciertas particularidades de semejanza física, que en un principio á penas notó el conde, pero que á las primeras sospechas trajo á la memoria; todas estas circunstancias sin convencer á Mr. Duriveau de que Martin era *hijo suyo*..... le presentaba como posible la hipótesis.

Desde entonces se comprende cuantas causas, á cual mas incitantes, habian sumido al conde en el deseo de leer todas las *Memorias de Martin*.

Luego á las pocas páginas, halló Mr. Duriveau, los nombres de *Bamboche y Vascona*, los dos compañeros de infancia de Martin.

Bamboche convertido en el temible asesino, á caza del cual se iba el dia anterior en los bosques del conde.

Vascona, que habia llegado á ser una de las artistas mas célebres de la época... muger infernal, segun unos, angelical, segun otros, pero doblemente infernal segun el conde, pues pocos dias habian transcurrido desde que Escipion habia con audacia suma, participado á su padre, que debia mirar á Vascona, como á el árbitro supremo de los casamientos de ambos con Mma. Wilson y su hija; insolent-

te pretension que acarreó la deplorable, cuanto repugnante escena que hubo entre padre é hijo, escena en la cual sucedió por ambas partes una suspension de hostilidades; en vista de que el conde manifestó á su hijo, que por estrañas que fuesen las pretensiones que impusiera Vascona, como árbitro del doble enlace..... él se ocuparia de saberlas.

Se mencionaba luego en las memorias el encuentro de Martin en el bosque de Chantilly con Regina, Escipion, y Roberto de Mareuil.

Cuántos recuerdos debian despertar aquellos nombres en la memoria de Mr. Duriveau.

Escipion... su hijo...

Roberto de Mareuil que un dia fue su rival cuando pretendia la mano de Regina, que esta desechó; desdeñ del cual quiso vengarse de un modo infame.

Seguia despues la historia de la niñez, de la juventud de Martin, pasada al lado de Claudio Gerard, este hombre que se marcaba de un modo tan fatal en la existencia del conde...

Aparecia de nuevo Regina en los primeros años de su vida, creciendo poco á poco, hasta que en uno de los aniversarios de la muerte de su madre la vió Martin transformada en una encantadora jóven....

En seguida Claudio Gerard se presentaba prestando sus piadosos y afectuosos cuidados á una pobre loca...

Un fuerte presentimiento, de los que no engañan, le decia al conde que aquella loca debia ser la madre de Martin, la novia de Claudio Gerard, que él sedujo para luego abandonarla... y á quien mas tarde hizo arrebatat su hijo para librarse de las justas reclamaciones que le dirigia la desventurada madre, que vilmente

desamparada por su seductor, tenia que recurrir á un trabajo incesante para no perecer de hambre con su niño.

Martin llegaba á Paris... de nuevo zumban al oido del conde Duriveau, los nombres de:

—*Regina.*

—*Roberto de Mareuil.*

—*El príncipe de Moutbar.*

Por último hasta el nombre de madama Wilson, de la muger que aun amaba con ardiente pasion se hallaba mezclado en la complicada historia que estaba leyendo el conde, y que interesándole personalmente por tantos motivos debia producir en su ánimo una curiosidad inmensa.

Mas cuando la reflexion le bizo considerar que aquel desgraciado niño entregado á la miseria, á un cruel infortunio, á las mas duras pruebas, era su hijo..... su hijo cuya resigna-

cion y cuyo valor le habian hecho tan superior á sus desgracias, se avergonzó el conde á la sola idea de hallarse frente á frente con Martin, grande y noble por sus elevados sentimientos, y se aumentó aun mas su confusion, al pensar que Martin sabia el secreto de su nacimiento....

De este modo aquel hombre dueño de una gran fortuna, de un carácter cruel, de una voluntad de hierro, de una fiereza y de una audacia sin ejemplo, aquel hombre, orgulloso de profanar y de despreciar los mas nobles sentimientos se encontraba perplejo, avergonzado, como temeroso de arrostrar la mirada de un miserable criado... de un niño abandonado.

Pero tambien.... aquel criado instruido de secretos deshonorosos... era un criado de alma pura y grande.... y además *hijo suyo!*

MARTIN

EL ESPOSITO.

des y cuyo valor lo habian hecho
 su superior á sus desgracias, se a-
 vergonzó al punto á la sola idea de
 hallarse frente á frente con Martín
 grande y no le por sus elevadas con-
 ditiones, y se vamente con sus
 confusion, al pensar que Martín ca-
 ría el secreto de su nacimiento.

MARTÍN

...
 de una gran labia, de un carácter
 grande de un talento de un
 que se lea y se lea sin e-
 sencia.

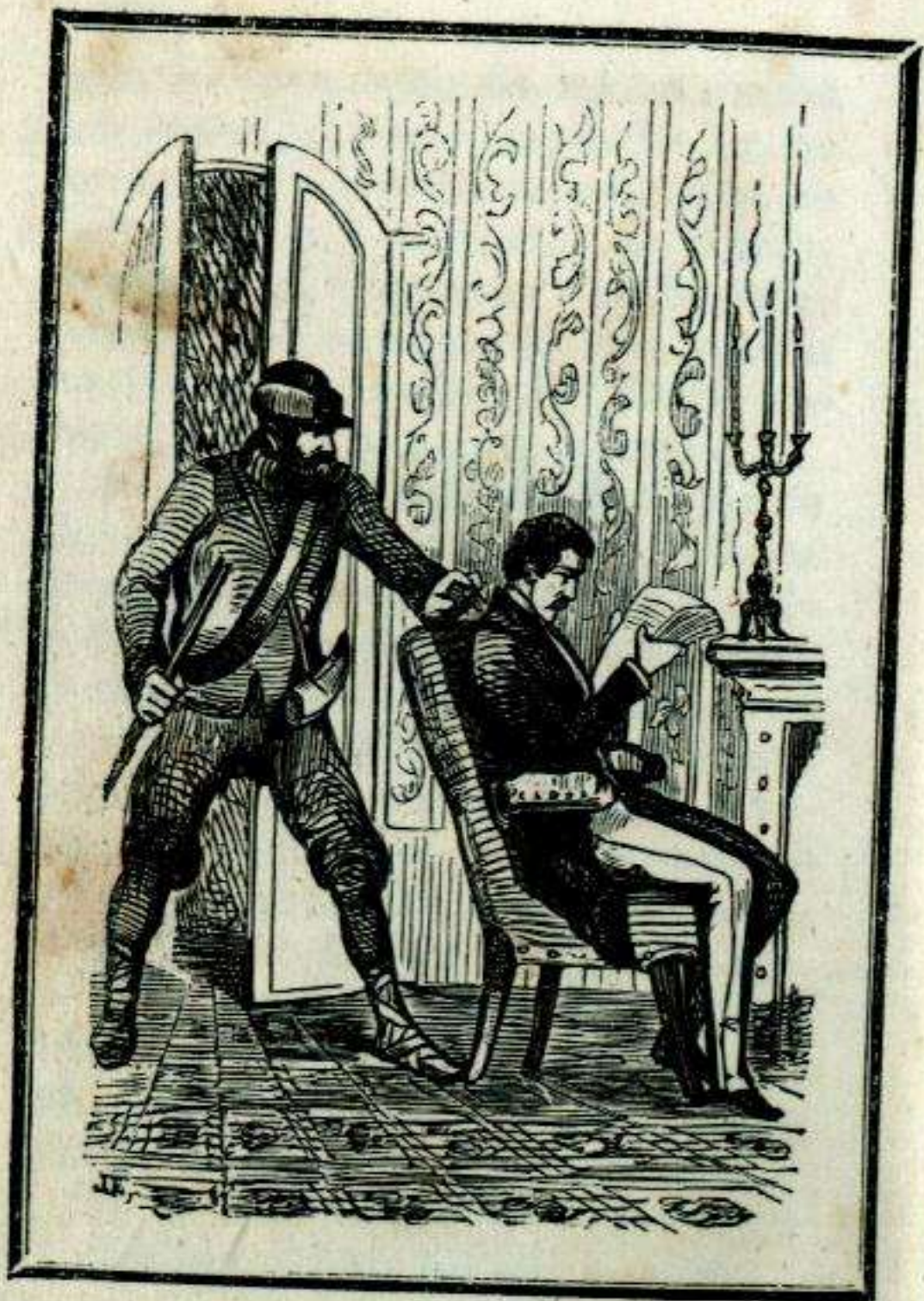
OTRO EN

...
 de un carácter de un talento de un
 que se lea y se lea sin e-
 sencia.

MARTIN ET. SINGULARI



Printed and Sold by J. B. ROBERTSON, at the Sign of the Anchor, in the Strand, London.



Se acercó á Mr. Duriveau y colocó su mano sobre su hombro.

MARTIN EL ESPOSITO

6

MEMORIAS DE UN AYUDA DE CAMARA.

ORIGINAL DE EUG. SUE,

traducida por EL DONCEL.

TOMO XIV.

MADRID—SOCIEDAD LITERARIA—1847.

Imprenta de D. Wenceslao Ayguals de Izco.

MARTIN EL ESPORTO

MEMORIAS DE LA AYUDA DE LA AYUDA

ORIGINAL DE LA AYUDA

Tratado por el doctor



1800

IMPRESION DE LA AYUDA DE LA AYUDA

Impreso en la imprenta de D. W. Encalao y Cia. de la



LXXI.

LA PROFECIA.



A diferencia notable que existia entre aquellas ideas y las que comunmente formaban el carácter del conde era una prueba algo evidente de que la lectura de las *Memorias de Martin*, ejercia en su espíritu una poderosa influencia.... pero dominado por un

inveterado orgullo, no tardó en ceder á pensamientos mas en relacion con sus ideas y sus convicciones actuales.

Despues de haber cedido un momento al noble orgullo de pensar que *Martin era su hijo*..... experimentó el conde la reaccion de la maldita vanidad, despreció en sí el *eminente valor de su hijo*, del que poco antes se vanagloriaba; impelido por la envida, por el ódio, y por la vergüenza, su corazon acogió las mas perversas intenciones: sintió una alegría cruel al pensar que Martin estaba en la cárcel y para mucho tiempo, porque él tomaria sus medidas, á fin de que por su influjo le impusiesen una pena grave, y de este modo se veria libre de la presencia de un miserable que le infundia tanto aborrecimiento como temor.

Mas como el hombre mas inícuo

(siempre y cuando en su juventud, haya sido humano y generoso, y Mr. Duriveau se hallaba en este caso) no puede, aunque lo quiera, cerrar los ojos y desconocer las grandes virtudes, el conde despues de dar oidos á un funesto orgullo, que le decia aborrece á Martin, escuchaba el grito de su conciencia, de su corazon paternal que le decia; aprecia, ama, á tu hijo valiente y noble. Ante la autoridad poderosa de la justicia y del bien... cedia la tempestad borrascosa de las malas pasiones del conde, así como el sol resplandeciente rompe y disipa las nubes que cubren el firmamento y la benéfica influencia de las virtudes de Martin, derramó en su alma una apacible quietud... admiraba entonces su resignacion á veces triste, desgarradora, pero que nunca le dejó escapar una maldicion; ni contra su cruel

destino, ni contra el padre sin entrañas, que le habia condenado á aquel mismo destino!!..... Tampoco halló nunca el conde en aquel largo episodio de una vida azarosa una sola queja contra la madrastra sociedad, que sin cuidado le abandonó á todos los peligros que lleva en sí la ignorancia, la miseria y el vicio...

No, no, toda la vida de aquel desdichado, se encerraba en tres palabras sublimes: *resignacion, sacrificio, deber.*

En el momento en el cual acababa de leer Mr. Duriveau la sentencia citada, que concluye la parte de las memorias relativas á Regina, dieron las cuatro de la mañana en el reloj de Tremblay.

La noche apacible en un principio estaba entonces borrascosa, mugia la tormenta, y los árboles del parque agitados por el viento producian un

ruido sordo y lejano como el bramido de las olas; el cuarto de dormir de Mr. Duriveau estaba en el entre-suelo, y por lo tanto debía sentirse mucho la tempestad.

Pero apoyado en su escritorio, con la cabeza sostenida entre sus manos, proseguía el conde su lectura y sus meditaciones con tan fuerte atención, que no advirtió un pequeño ruido causado por un cerrojo de la puerta contigua á su gabinete de vestir donde venia á parar, como ya se ha dicho, la escalera del cuarto de Martin.

Una violenta ráfaga de viento sacudió las persianas por afuera, y en aquel mismo instante el pestillo de la puerta corrió suavemente y se abrió... pero no volvió á cerrarse...

Mr. Duriveau no prestó atención al ruido de la puerta, que juzgó impelida por el fuerte viento, pues des-

pues de haber vuelto la cabeza involuntariamente para mirar hácia aquel lado, el conde quedó de nuevo absorto en sus meditaciones: su espresivo rostro dejaba al descubierto la lucha interior que agitaba su alma dominada por sensaciones tan diversas, pero en el momento aquel se pintaba en sus facciones el triunfo de los sentimientos generosos.... por dos veces meneó la cabeza con tristeza, y una sonrisa de compasion se deslizó por sus lábios, contraídos habitualmente por la altanería y el desden.....

Entonces la puerta medio cerrada se abrió de par en par... pero lentamente... y en el hueco oscuro se dibujó la forma de Claudio Gerard...

Por la abundante melena del cazador corria el agua, é igualmente estaba empapado el sobre-todo de piel de carnero que llevaba puesto; su pan-

talón manchado de pegajoso lodo, indicaba que había pasado por algún marjal y terrenos pantanosos.

Se detuvo Claudio Gerard á mirar al conde que seguía leyendo, y su fisonomía espresó el contento de haber llegado á tiempo. Se acercó quedito á Mr. Duriveau y colocó su vigorosa mano sobre su hombro.

El conde que nada había oído, merced á una doble alfombra que amortiguó el ruido de los pasos de Claudio, se quedó hecho una pieza al reconocerle; aprovechando aquel momento Claudio, se apoderó rápidamente del manuscrito de las memorias de Martin, lo metió en uno de sus enormes bolsillos, y le dijo al conde con voz severa:

—Con razón temió Martin este abuso de confianza.... pero felizmente llegué á tiempo...

—Vos aquí!! exclamó en fin el

conde repuesto un tanto de su sorpresa, corrió á la chimenea y tiró con fuerza el cordon de la campanilla.

—Olvidais que esa campanilla solo cae al cuarto de Martin... *y el no está en él...* bien lo sabeis... dijo con fria ironía Claudio: estamos aquí solos... cerradas puertas y ventanas...

—Miserable! intentas asesinarme! gritó el conde buscando con la vista si encontraria algo que le sirviese de arma. Qué te trae á este sitio?

—Vengo á deciros caballero, contestó Claudio con voz triste y solemne, que Petra Martin, la madre de vuestro hijo..... ha dejado de existir esta noche...

—Ha muerto, ella, la madre de Martin!... exclamó el conde.

—Tres horas hace... cerca de aquí en una de vuestras casas de labranza donde se la habia recogido...

—Estaba aquí, murmuró el conde

aterrado , ya no existe.... Martin era su hijo... con que es cierto...

—Sí, Martin es hijo suyo y vuestro, sí, y ha muerto , repitió Claudio Gerard, como queriendo meterle estas palabras en el fondo del corazón.

—No, no, no puede ser, es un sueño, un sueño terrible...

—Cuando al amanecer doblen las campanas, despertareis del sueño y no dudareis de la realidad...

—Oh! esta muerte! ahora! en este mismo instante que todo lo pasado me ha aparecido... dijo Mr. Duriveau inmutado el rostro por el dolor y por un arrepentimiento sincero..... Claudio Gerard compadecido le habló con voz mas apaciguada.

—En nombre de lo pasado... de lo que ha sufrido vuestro hijo, de su resignacion y valor.... arrepentios..... ya es tiempo, creedme!

Irritado á la par que avergonzado

pentís..... y si por vuestra desdicha continuais marchando por la senda del crimen.... os lo juro por la justicia divina que adoro... una voz secreta, irresistible me dice que una mano mas poderosa..... que la del hombre, os castigará!...

Al oír estas palabras, el nombre de Vascona se dibujó en la imaginacion turbada del conde en letras de fuego... mientras que Claudio Gerard llevado por lo que pudiéramos llamar una sensacion de piedad indecible, cayó de rodillas ante de Mr. Duri-veau, diciéndole:

—Mirad.... á vuestros piés me tenéis.... yo.... yo Claudio Gerard, de rodillas delante de vos, pidiéndoos encarecidamente en nombre de Martin, de vuestro hijo, de vos mismo, que seáis generoso, buen padre, que me cumplais en fin, las promesas que en otro tiempo me hicísteis, cuando

os perdoné la vida que podia arrancaros. Oh! arrepentios, enmendad vuestros yerros... sino... la mano de Dios descargará su cólera sobre vos!!

—Piensas intimidarme, y aplacarme con tus sandeces, exclamó el conde furioso del espanto, que á pesar suyo le habia causado la terrible amenaza de Claudio, que en su interior tembló se realizase, por la influencia temible de Vascona con Escipion, influencia que entonces que habia leído las memorias de Martin la juzgaba tal cual era de una trascendencia fatal. Sacudiendo pues ideas que le molestaban, se dirigió á Claudio con orgullo indómito y le dijo:

—Ah! crees habértelas con un hombre cobarde, y crédulo? hola! hola! vienes á hablarme de muertos, de espósito de justicia divina! pardiez! que te diriges bien. Oyeme ahora y sabe que la justicia dependerá

de mí, pues la muerta está en su atahud y el bastardo en la cárcel.

A tan odiosas palabras, levantóse Claudio Gerard lentamente, sin desplegar los labios, lanzó una postrer mirada de piedad y de terror á la vez al conde, y dió un paso hácia la puerta.

—Detente!... gritó el conde echándose sobre el cazador, si escapastes á los gendarmes no te me escaparás á mí, y si tu cómplice se halla libre tambien, volverá á caer en mis manos, cuéstemme lo que me cueste.

Rechazó Claudio Gerard tan bruscamente á Mr. Duriveau, que perdiendo este el equilibrio, cayó boca arriba en la butaca, mientras que el cazador de solo un brinco se puso en el tocador, encerró al conde en su cuarto y saltó luego por la ventana que con suma prudencia habia dejado abierta, á fin de asegurar su retirada,

desapareciendo rápidamente por entre los árboles del Parque.

Espliquemos ahora la inesperada aparición de Claudio Gerard en el cuarto de Mr. Duriveau. El tránsito desde el cortijo del Enebro á la aldea mas inmediata era largo y peligroso: debíase atravesar cerca de dos leguas por entre pantanos casi impracticables, para cuantos ignoraban las pocas venas del terreno sólido que serpenteaban aquel piso móvil y charcoso, Beaucadet y sus gendarmes iban á caballo; en cuanto se ocultó la luna se hallaron en la oscuridad, rugia la tempestad violentamente, los caballos no podian avanzar sino con lentitud suma, y se hundian muchas veces hasta los hijares.

Así pues los dos prisioneros eran apenas vigilados; como Martin habia oido que Beaucadet aconsejaba á Mr. Duriveau una *visita domiciliaria*,

en el pequeño cuchitril que ocupaba, tembló por sus *memorias*, que podían de aquel modo caer en manos del conde; el ayuda de cámara participó, en voz baja, su inquietud á Claudio Gerard: llevaba este las manos atadas, mas aprovechando la confusión en que se hallaban los gendarmes, y lo incierto de su marcha, cuyos obstáculos no eran de ningún peso para el cazador acostumbrado desde largo tiempo á recorrer todos los pasos de aquellos pantanos, y que avezado también á errar por ellos durante la noche, había llegado á ser casi nieta-lope, contestó muy quedo á Martin.

—Coge mi cuchillo que está en mi faltriquera, corta mis ligaduras así que puedas, y yo te respondo de lo demás.

No tardó mucho en poderlo verificar Martin; acababa de pedir socorro Beaucadet, sintiendo que su caba-

llo se le hundia; aprovechando pues aquel incidente que absorvió la atención de los gendarmes, cortó Martin las cuerdas que sujetaban á Claudio y este en dos saltos húbose metido por un sendero y desaparecido en las tinieblas, antes que los gendarmes hubieran podido sospechar su fuga.

Claudio Gerard se dirigió precipitadamente hácia la quinta de Tremblay. Debía pasar por junto á un cortijo aislado en el que se transportó á la madre de Martin, y seguro Claudio de la discrecion del colono, por los favores que este le debía, entró él á fin de asegurarse del estado de Petra Martin... el colono y su muger desechos en llanto no quisieron dejar á Claudio penetrar en el pobre aposento de la infeliz Petra...

El cazador creyó comprender, helósele la sangre en las venas, el golpe era terrible. Mas recordando que

un deber imperioso le llamaba á la quinta, prosiguió su camino, saltó con facilidad la cerca del parque y llegó al edificio.

La puerta del corredor que daba á la escalera del cuarto de Martin, estaba pocas veces cerrada por dentro; los criados que se entretenían en la aldea, procuraban siempre tener ese miedo de entrar sin meter ruido cuando volvían á deshora. Martin habia entregado una llave de su cuarto á Claudio Gerard, y de aquel modo este pudo entrar en el aposento del ayuda de cámara; luego á favor de un fósforo que cogió en la chimenea, se procuró luz, vió la descerrajada maleta, abierta la puerta de la escalera que conducía al cuarto de Mr. Duriveau, y Claudio Gerard lo adivinó todo, bajó, pegó su ojo á el de la llave y vió al conde leyendo.

Despues de abierta la ventana del gabinete, como ya hemos dicho, á fin de asegurar su retirada, y aprovechando Claudio Gerard el ruido de la tempestad, levantó con sumo cuidado el pestillo, y pudo acercarse al conde sin que este le oyera.

Apresurémonos á decir que la alarma de los colonos, en cuya casa se detuvo Claudio Gerard, al ir á la quinta de Tremblay, fue hija de un letargo profundo, en el cual quedó sumida largo tiempo Petra Martin; tanto, que aquellas pobres gentes creyéndola difunta, habian hecho participar su triste conviccion al mismo Claudio Gerard.

Ocho dias despues de la referida entrevista del cazador y el conde, otros acontecimientos pasaban en Paris en el palacio de Vascona, donde conduciremos al lector.



LXXII.

EL PALACIO DE VASCONA.



ASA la siguiente escena en el precioso palacio habitado por Vascona, sito entre un patio espacioso y un lindo jardín contiguo á un gran solar lleno de materiales de construcción.

Son las diez de la mañana; dos personas citadas en las

memorias de Martin, Leporello y Astarté, están ocupadas en poner en órden los muebles y limpiar la habitacion descompuesta en extremo, como sucede siempre despues de un baile.

A pesar de los años que han transcurrido desde que conocimos á Astarté, cuando servia á la muger del ministro, que tanto placer tenia *en desesperar*, ha conservado la antigua camarera su talle elegante, su hermosa dentadura y su magnífico pelo negro como el azabache y tambien su porte descarado y burlon.

Leporello que fué ayuda de cámara del baron de San Mauricio ha ganado en importancia lo que ha perdido de gentil caballero; está muy grueso y tiene la cara llena y colorada. Segun se les vé Astarté y él no comen mas que en un anís.

—Ea querida! ven acá dijo Leporello á su compañera dejando sus

quehaceres para sentarse en un buen sillón, sin soltar el plumero de la mano. Ven acá pichona, charlemos un poco, *voy á tomar lengua*, que aun no me ha sido posible desde ayer que entré á servir aquí por recomendacion tuya. Cáspita! he anunciado esta noche mas duques, príncipes, embajadores, marqueses, condes... y otras gentes de pro que en las mejores casas donde he servido. Como tú nada me has dicho...

—Tiene razon mi pobre Leporello, contestó Astarté, y se repauchigó en una butaca, figúrate que he estado hasta las cinco con la señora y me acabo de levantar.

—Dí chiquita? no me habrás llamado de Normandia á buen seguro, dijo Leporello, aconsejándome que saliese de casa de la marquesa de Mainval si no he de ganar en el cambio. Por ahora tengo ya doble sueldo

que allí, y me has dicho que la *paisana* es generosa y nada reparona.

—Mira es tanto que hasta incomoda..... porque con gente de una confianza tan ilimitada..... tiene uno..... que sé yo, como escrúpulos... mientras que con las *reparonas* á fé mia!... divierte la escaramuza...

Una artista generosa.... no es cosa estraña, observó Leporello, gasta el dinero como lo gana... y segun parece la señora lo gana en grande...

—Mas de cien mil francos por año! ..

—Nada!... y luego los accesorios.

—Cuáles?

—Qué! no hay entre esos duques, príncipes y embajadores... alguno.... que... eh? ya entiendes contestó Leporello sonriendo maliciosamente á su amiga.

—Quién? respondió con gravedad Astarté.

—Sí... se paró Leporello á reflexionar y añadió despues. Ya entiendo... se dará á perros, algun perdis... así sucede las mas veces.

—Quiá!..... contestó Astarté aun con mayor gravedad.

—Algun actor?...

—Quiá!

—Quiá! quiá!... y á todo, quiá! pero en fin algun amante tendrá la famosa Vascona, ó hay brujería?

—Brujería ó hechizo... lo cierto es que no tiene ninguno.

—Conforme, los tendrá á pares... á docenas?...

—Ni uno.

—Astarté hija mia, os chanceais, ya pasó el tiempo de creer en milagros.

—Fuera de broma, no te engaño, bien sabes que entre nosotros se habla claro, y que no se miente.

—Cuando es inútil, claro que no.

—Vamos y que saco yo, con decirte que la señora no tiene queridos?

—Bien... te creo contestó Leporello suspirando.

—Además, espera te pondré al corriente de todo. Ya sabes que salí de casa de mi *rafiota* de *ministra*, despues de la historia de los rábanos?

—Qué rábanos?

—Cómo! no has sabido?...

—Si entiendo jota de lo que me estás hablando..... que no vuelva yo á probar... mas rábanos, en toda mi vida... (y me muero por ellos.)

—Como iba diciendo estaba yo aburrida, cansada de mi *ministra*, porque además de ser tonta, y vivir sórdidamente era un demonio, no para mí, bien le ajustaba yo la golilla; pero era cruel para una pobre sobrina que tenia, fea como el coco, pero buena, dulce y de una paciencia que muchas veces se me arrasaban les o-

jos de lágrimas, al ver las continuas humillaciones, que sin proferir una queja, sufría diariamente de su estúpida y mal intencionada tia. Al fin me cargó tanto, que me resolví á marcharme, pero tuve antes la feliz idea de vengar á la pobre chica jugándole una buena á mi ama. Un dia pues iba la *ministra* á un baile á las Tullerías y tenia yo que peinarla, que hago voy á la dispensa cojo una media docena de rabanitos enanísimos, de color de rosa, con sus hojitas verdes, y sin que mi ama lo advirtiese, se los clavo con unas orquillas grandes en el rodete.

—Astarté, eres valiente como Napoleon!

—Además le puse á *la ministra* dos tuffos de marabus por delante. Se miré al espejo haciendo mil monadas, y satisfecha de su peinado me dijo: chiquita! estoy muy bien esta

noche, os habeis escedido á vos misma; me gusta infinito mi tocador.

— En efecto, señora, estais tan bien que me recordais enteramente á la señora duquesa..... De veras hija mia? Tan cierto, señora, le contesté, pero donde vereis si os hablo con verdad es en el baile, dareis golpe con este peinado. Sobre esto se larga solícita porque el señor estaba en cama, y me habia yo valido de la ocasion. Llega á las Tullerías y al cuarto de hora la rodea la gente para mirarla y ella muy creida de que los marabús causaban la sorpresa, se ahuecaba mas y mas, una de mis amigas á quien su ama le refirió la escena, me la contó á mí. Varios personajes le repetian: Dios mio señora! que primoroso peinado! parece un verdadero jardin! un vergel cubierto de tempranas frutas! Es cosa que se le hace á uno la boca agua, repetia o-

tro, y mi ama mas y mas satisfecha de su triunfo exclamaba: gracias! caballero... señora, cuánto favor! En fin la susodicha amiga despues de haberla dejado media hora espuesta á las risas y á las burlas de todos, le avisó *caritativamente* de que le habian puesto por mote la rabanera y le esplicó el por qué; vive Dios que le ha quedado el nombre para siempre!

—Te adoraba Astarté, le dijo Leporello entusiasmado, ahora te respeto, te venero.... pero desventurada, jugabas el todo por el todo, era cosa de no hallar en lo sucesivo donde colocarte.

—Al contrario! aquella farsa me volvió á acreditar con la gente del arrabal de San German, que me miraba de mal ojo porque me habia bajado á servir á un ministro de julio. Así no tuve que pensar mas que en la eleccion... entré en casa de la seño-

ra condesa de Cérigny, buena, pero murió la condesa hará diez y ocho meses... para entonces andaba ya el marqués d'Henneville haciendo cocos á la célebre Vascona, supo por la doncella de su muger, que es amiga mia que estaba yo sin colocacion... y acordándose de mí por haberme visto en casa de la condesa de Cérigny, me presentó aquí... y aquí estoy desde entonces.

—No es tonto el marquesito, añadió, Leporello, habrá reflexionado y dicho: Astarté me secundará..... y mucho es tener ganada la doncella.... de la muger á quien se hace la corte.

—Sí, comunmente es bueno; pero no hay regla sin escepcion..... para nada le sirve.... y te aseguro que no hay cosa que él no haya hecho, sacrificios de dinero inmensos, y mi ama ni siquiera pareció advertirlo; por último, creyendo el marqués que la

señora se lo agradecería, se separó de su mujer, compró una casa al lado de esta, á un precio exorbitante, porque quiso habitarla inmediatamente.

—Pero con qué objeto?

Con el de estar ahí... cerca de la señora.

—Y no tienen relaciones?...

—No.

—Entonces es un loco!

—Pardiez! con todos es lo mismo, Leporello, y advierte que el marqués era un hombre del gran mundo, muy considerado, como tu antiguo amo, jóven, guapo, valiente y amable como él... pero su amor á la señora le embruteció. «En fin Astarté: solia decirme el pobre marqués, pues yo era su confidenta. He hecho y hago por tu ama, lo que diez hombres sobre ciento no harian por una querida que les adorase: he abando-

nado familia, esposa, sin hacer aprecio de sus quejas y de sus maldiciones, solo para convencer á Vascona de que he dejado el mundo entero por vivir para ella... nada la conmueve. Si amase á alguien perderia toda esperanza, pero me consta que no quiere á nadie. He gastado mucho dinero en hacerla seguir ó espiar, en la ópera, aquí, en todos los sitios á donde vá..... y nada..... no tiene ni la sombra de una intriga..... Siempre os lo he repetido, señor marqués, le contestaba yo, y no queriais creerme. Ahora ya os creo, añadía, seguro estoy de que no ama á nadie y solo me alienta esta idea..... Es imposible que al fin no me ame.... inventaré nuevos sacrificios que hacerle, y por último no podrá resistir á mis incesantes cuidados, cuando no tengo mas ambicion que ser amado de ella...»

En fin, Leporello, te lo juro, me partía el corazón ver al marques; unas veces poseído de cólera que me hacia temblar, otras desecho en lágrimas como un niño.

—Y tu ama?

—Hecha un mármol..... mas fría que el mármol..... porque en fin el mármol no rie...

—Cómo, se reía?

—Y como suele ella reirse algunas veces... de un modo que se estremece uno al oirla.

—Ea; á que es Satanás en persona nuestra señora ama.

—Puede.

—Y el pobre marqués?

—Murió.

—Murió.... de amor?... vamos no falta mas que eso...

—De amor... y de un pistoletazo en el corazón.

—Vaya, Astarté; déjate de bromas.

—Vá, la familia disimuló, hicieron correr la voz de que habia muerto de un ataque fulminante de apoplejía, pero el marqués se pegó un tiro, prueba de ello que el conde Duriveau... te acuerdas?

—Sí, sí, el amo de Balard y de Mma. Gabriela.

—El mismo... pues bien, el conde Duriveau, uno de sus amigos íntimos, le halló tendido en el suelo en un charco de sangre, una mañana que fue á visitarle. Así es que dicen que desde entonces el conde Duriveau aborrece á nuestra ama... y que la pone de vuelta y media..... lo que no quita que su hijo...

—El hijo del conde Duriveau.

—Sí, el vizconde Escipion... está el infeliz tan enamorado de la señora como lo estuvo el pobre marqués... y como lo están muchos otros.

—Pero si oí decir ayer, aquí que

el vizconde Escipion vá á casarse con la hija de Madama Wilson... y que el padre y el hijo debian contraer matrimonio en un mismo dia?

—Es cierto; el vizconde Escipion se casa con Mlle. Rafaela....

—Y está enamorado loco?....

—De nuestra ama.

—Y lo que le ha pasado al pobre marqués, no le cura de locuras?

—Al contrario... tiene ahí á todos esos infelices repitiéndose: Qué triunfo... conseguir lo que le costó la vida al pobre marqués, y ser el preferido en medio de los que sufren desdenes sobre desdenes.

—Y no tiene mejor suerte el vizconde Escipion que los demás?

—Hum! no sé qué contestarte, dijo con tono de duda Astarté.

—Vamos!... ya respiro!

—No te precipites Leporello. No puedo negar que la señora *cuida* mu-

cho al vizconde, que tiene para él atenciones que no ha tenido nunca con nadie..... tanto que desde que marchó á Sologne, á una hacienda de su padre, le ha escrito tres y cuatro veces cada semana..... además creo que no tardará en volver... pues aseguran que el matrimonio del padre y del hijo debe efectuarse en Paris.

—Y cómo habla ella del vizconde?

—De ningun modo.... y es cosa de notar... porque, mira Leporello... si tú la oyeses solo diez minutos hablar, de los que llama sus *pacientes* apuesto que...

—Me burlaría... de ellos... no?

—Los despreciarías, que es mas... son sus chanzas tan duras, tan encarnizadas, que se quedan impresas en el ánimo, como la quemadura de un hierro ardiendo...

—Y á pesar de esto, esos brutos están perdidos por ella?

— En razon de ello, dí mejor, hasta reyes tiene ó ha tenido á sus piés.

— Reyes?

— Sí... hará dos años fué la señora ajustada á un teatro de una córte del norte, como prima-donna absoluta y dicen... que el rey...

— Se enamoró de ella.

— Loco..... como los demás; pero un dia no sé lo qué sucedió; susurrran que al ir á una cita de la señora.... se vió el rey en un peligro extremo... y que un desconocido le salvó milagrosamente.

— Una cita en la que el rey corrió un peligro grave, quiere decir que tenia un rival.

Nunca he sabido bien el fondo de la aventura, no es cosa de mis tiempos, lo poco que sé me lo contó Julieta..... te acuerdas de Julieta, la doncella de la princesa de Moutbar.

— Toma... donde estaba Martin...

aquel buen chico, pero muy callado.

—Cabal, Martin iba con la princesa... que ya no era título, visto que despues de la muerte del príncipe su marido, se casó llanamente con su amante el capitan Clemente. Pues bien, Julieta, que como Martin, se habia quedado al servicio de la princesa ó de Mma. Clemente, como tú quieras, fue con ella á aquella ciudad del norte, y mientras, sucedió la aventura del rey con la señorita Vascona. Fuera de esto parece que Mr. y Mma. Clemente iban á menudo á la córte, donde eran muy bien recibidos, pues el rey les apreciaba mucho. Volviendo á la señorita, Vascona, de resultas de su aventura rompió su escritura que no concluia hasta seis ó ocho meses despues, y regresó á Francia, al poco tiempo de su llegada entré en su casa... te he contado la historia del rey

para que comprendas que no es extraño que nuestra ama no se maraville de que un marqués se mate por ella... cuando por poco un rey dejó por ella el pellejo.

—Cierto... y Martin.

—No he vuelto á saber de él.... se quedaría por allá..... ni tampoco sé por qué dejó á sus amos.

Inútil es advertir al lector que Astarté ignoraba que Martin habia regresado hacia muy poco tiempo, y entrado en casa del conde Duriveau.

—Tomando otra vez nuestra conversacion, sabes que nuestra ama tiene trazas de ser una original. Y sin embargo, quien la considerase anoche hacer los honores de su casa, con maneras tan finas, tan elegantes, la hubiera tomado por una duquesa... y es hermosa que deslumbra..... Con todo...

—Veamos qué?

—Está siempre la señora pálida como la he visto.

—Siempre.

—Y no es de enfermedad... se le conoce; no por eso es menos bella... pero ahora su palidez...

—Te confesaré acá en confianza; dijo Astarté con aire misterioso que á mi modo de ver proviene esta palidez de lo que fuma...

—Cómo! fuma!..... también ella? Ea según parece, cunde la moda de que fumen las mugeres.... por mi parte me parece un perfume horrible para ellas.... pero si es moda.

—Te equivocas, la señora no fuma tabaco.

—Pues qué fuma?

—No lo sé..... es una especie de resina... la pone en una conchita de loza fina, le prende fuego y aspira el vapor que despide por un tubo, envuelto en una red de seda y oro.

—Ah!... y qué diablos de placer sacará de eso?

—La adormece.

—La adormece! y para qué quiere dormir.

—Para olvidar el fastidio.

—Se fastidia?

—Como una muerta, Leporello, ni mas ni menos que si estuviese en un sepulcro.

—Se fastidia ella!... rica, jóven, hermosa, buscada y festejada de todos.

—Como lo oyes, se fastidia á morirse, y cuando ha fumado su resina, se está seis ó siete horas tendida sobre un camapé, inmóvil como una estatua con los ojos medio abiertos.

—Qué me cuentas?... no es creíble!...

—De seis meses á esta parte, principalmente ha ido en aumento el fastidio que la devora; en tiempos pasa-



L. Lozano dib.º y lit.º

Lit.º de Ayguals



dos solia cantar horas y horas solita, y parecia distraerse, menos cuando se acordaba de cierta tonada, la repetia lloraba... lloraba como una Magdalena.... pero tres meses hace que no ha abierto su piano, y en vez de aprovechar la licencia que tiene ahora é ir á ganar cincuenta ó sesenta mil francos que le ofrecen en Inglaterra... le gusta mas quedarse aquí... á fumar y dormir.

—Pero en fin, cuando sale al teatro, y que entusiasmado el público la tira flores, coronas y la llama á las tablas, qué hace?

—Escucha, Leporello, es voz general de que en las últimas representaciones que dió, nunca se la habia visto mas hermosa, nunca la aplaudieron con mas frenesí... pues bien en la escena estaba algo animada..... pero despues del triunfo cuando volvió aquí parecia salir del entierro de

una persona querida, tan triste, tan abatida.

—De veras, qué me asusta!

La última noche desengancharon sus caballos y mil brazos la trajeron en triunfo, acompañada de un sin número de coches de la grandeza de las mugeres del gran tono...

—Y esa vez se disipó su tristeza?

—Sí, solo aquel día ví su rostro animado y alegre.

—Enhorabuena, al menos!

—*En fin*, me dijo; *es por última vez*.

—Cómo! la última vez? qué! no quiere ya representar?

—Parece que no...

—En este año.

—No... nunca mas...

—Pero los aplausos, la gloria?

—Preciso es que ya esté cansada de todo eso, ó por mejor decir

creo que algo le roe el corazón.

—Jesus! Jesus! me admira mucho lo que me cuentas.

—Aun hay mas, habia renunciado á recibir gente, pero hará cosa de un mes que ha cambiado de parecer.

—Y si está enamorada del vizconde Escipion, cómo atas tú cabos?

—Ni ato cabos, ni entiendo pizca de lo que veo. Desde que le escribe tan á menudo, desde que *lo cuida* en fin, duerme mas y parece aun mas triste que nunca; antes de ayer me asustó; se durmió á las once del dia hasta las doce de la noche, siempre con los ojos medio abiertos; solo advertí, lo que jamás le ha sucedido; mientras duró su especie de letargo, casi todo el tiempo le caian hilo á hilo gruesas lágrimas.

—Pobre muger!

—Otra cosa me ha llamado la aten-

cion..... La señora ha alquilado hace poco una casa vieja, destartalada donde no vive nadie, situada en la calle de Marche-Vieux... por los alrededores de la puerta del Infierno. Sabes tú dónde cae?

—No, pero que destino le dá la señora á esa casa inhabitada.

—Me preguntas lo que no sé...

Un fuerte campanillazo en la puerta de entrada interrumpió la conversacion de Leporello y Astarté.



LXXIII.

UN AMIGO DE LA INFANCIA.



CORRIÓ Leporello á abrir la puerta, y se halló con el portero de la casa que acudia precipitadamente y muy agitado, le preguntó:

—Está aquí Astarté?

—Qué la quereis?

—Verla al instante, urge; contestó el portero, y en me-

dia voz añadió, mientras Leporello iba á avisar á la doncella.

—Jesus! aun no he vuelto en mí.

—Qué hay pues, Durand? le gritó Astarté que acudia presurosa.

—Figuraos Astarté... que hace un ratito llamaron á la puerta, abro, y veo delante de mí un moceton de barba negra, pelo cano á pesar de ser jóven; por lo demás bastante bien vestido, pero una traza particular; y por último una venda negra puesta sobre el ojo izquierdo... qué cara Dios mio... qué facha...

—Adelante; dijo con impaciencia la muchacha; acabais de hablar?

—Se aproxima mi hombre y con tono brusco me dice: Vive aquí Vascona?

—Sí, señor, vive aquí la *señorita Vascona*; le contesté apoyando en la *señorita* para hacerle sentir á ese bruto cuán impolítico era su modo

de espresarse.—Bien está, añade mi interlocutor y echa andar por el patio. Voy tras de él y le digo:—Caballero, deteneos un poco, no se entra así nada mas, la señora no recibe.— En prueba de que recibe voy á verla ahora mismo, y sigue andando sin dar aprecio á mis palabras. Entonces, qué diablos, le paro y esclamo:

—Si no me escuchais y por fuerza os introducís en la casa llamo la guardia.... es mi consigna! Esta amenaza produjo buen efecto, se paró aquel demonio como asustado y me dijo: Vamos no alboroteis tanto, entremos en vuestro cuartito, me darcís lo necesario para escribir, pondré cuatro renglones que inmediatamente ireis á entregar á vuestra ama, y yo os prometo que os arrepentireis de haberme negado la entrada... Cáspita! el individuo ha pronunciado estas palabras con una entereza que me impu-

so respeto, y casi me arrepentí de no haberle dejado entrar á pesar de su mala facha. Le dí papel y demás, ha escrito, y aquí está su esquela para la señora. Y el portero se la entregó á Astarté.

—Pues yo no puedo entregar la esquela, dijo esta, porque la señora se acostó á las cinco... y aun no ha llamado...

—Toma, mandadle á paseo al señor barbudo, dijo Leporello; quereis que yo me encargue de decirle cuatro palabritas?

—No, contestó la doncella; puede que Durand tenga razon, á todo evento voy á despertar á la señora y á entregarle la esquela.

A los diez minutos volvió corriendo Astarté.

—Leporello, dijo, por fortuna me decidí á entregar la carta, y

dirigiéndose al portero, añadió:
—Durand id volando á buscar á ese caballero, y decidle que haga el favor de entrar.

Marchó el portero á toda prisa y regresó á poco acompañando á Bamboche.

Bueno será recordar que el bandido despues de haber escapado del presidio de Bourges, cayó por poco en manos de Beaucadet que diligente andaba en su persecucion, mas le salvó su encuentro con el Huron que le escondió en su guarida y luego el de Mr. Dumolard á quien quitó su ropa para disfrazarse, junto con la bolsa que encerraba cincuenta y cinco lises, dinero cuya pérdida no podia olvidar su rollizo amo, y con la ayuda del cual pudo Bamboche engañar á sus perseguidores, llegando al fin á Paris donde juzgaba muy cuerda-mente poder ocultarse mejor. Sa-

bedor de la brillante posición en la que se hallaba Vascona, su antiguo compañero, determinó pedirle auxilio. Merced á su poblada barba y la venda que llevaba en el ojo izquierdo era casi imposible reconocerle, pero se comprende perfectamente que su fisonomía áspera, su palidez y todo su porte le infundiesen al portero cierta desconfianza que motivó su recelo de dejar entrar á semejante hombre.

—Caballero, quereis tomaros la molestia de pasar adelante, le dijo Astarté mirándole con cierto respeto y curiosidad, no comprendiendo qué interés podia mover á su ama á recibir una visita tan estraña.

A la hora de ballarse Bamboche con Vascona, acudió Astarté y le dijo á Leporello muy sorprendido.

—Chico... buena la tenemos!

—Qué hay pues?

—El hombre de la venda negra, almorzará aquí.

—De veras!

—Comerá aquí.

—Ah!

—Y dormirá aquí.

—Cáspita...

—Y por último vivirá aquí.

—Entonces por lo menos... es hermano suyo...

—Chiton!... dijo Astarté misteriosamente y hablando muy quedo.

—Qué hay?

—Es un reo político, que se ha escapado de la cárcel donde estaba, desde las jaranas.

—Ah, en este caso ya entiendo... pobre muchacho..... reo político..... me hace acordar de Mr. Lebouffi..... el importante diputado de la oposicion de quien nos tenemos reido tanto... aquel que se jabonaba el cráneo,

cuando tenia que hablar en la tribuna... á fin de producir efectos de *cráneo* así como mi antiguo amo hacia efectos de *chorrera*.

—El pobre que ha venido, repuso Astarté, segun parece se halla ya harto de hacer efectos de prision!! Tú y yo y nadie mas, hemos de saber que está aquí el preso... Dormirá en el cuarto opuesto al de la ropa blanca, al que cae al jardin, y del cual tengo yo sola la llave; para la comida... cuidarás tú al quitar los platos de apartar lo necesario antes de llevarlos á la repostería...

—Muy bien, pero el portero sabe que ha venido el tal caballero.

Ya lo ha pensado la señora... y manda que le lleves esta carta á Durrand, diciéndole que al instante vaya á entregarla al señor vizconde Escipion, mientras te estás tú en su cuarto, y cuando regrese le dices que

le has abierto la puerta al señor de la venda negra, que se marchó.

—Bien urdida... pero ha vuelto el vizconde Escipion á París?

—Sí, Leporello, ha regresado y para que no te quepa duda, te participo que la señora te manda decir que no recibe mas que á él... y que debe venir sobre las tres... ya me habia yo maliciado algo, porque entre las cartas que le entregué, cuando me llamó hace un ratito para decirme que el hombre de la venda negra se quedaba aquí, habia una de la letra del vizconde, ya ves...

—Quedo enterado, voy á prevenir al portero, y no recibiré ni á Dios padre á no ser al señorito.... espera, lo bueno es que no le conozco.

—No importa, Durand lo conoce y advirtiéndole que no deje subir á ningun otro caballero, puedes abrirle sin cuidado.

—Para no equivocarlo, antes de anunciarle le preguntaré su nombre.

Deja yo te daré sus señas: el palmito mas lindo del mundo, cabello castaño, bigotitos rubios y rizados, ojos pardos de este tamaño, mira, y dientes como perlas.

Vaya, vaya, señorita, parece que el lindo vizconde os quita el sueño.

—Qué tonterías, déjame acabar: ni es alto ni pequeño, tiene un talle precioso, un porte tan elegante como el de tu antiguo amo don Juan.

—Quiere decir que nuestra ama no tiene mal gusto, y que es natural que lo cuide bien, si yo fuese que ella, no me andaria fumando en pipa de porcelana, un muchacho así le daria mejor sueño...

—Calla la boca descarado, y márchate corriendo á avisar á Durand, mientras voy yo á preparar el escon-

dite del hombre de la venda negra...

Cerca de las tres serian cuando Leporello introdujo al vizconde Escipion en la sala de Vascona.

—Si el señor vizconde tiene la bondad de esperar un instante, la señora vá á venir, le dijo el criado.

Escipion inclinó un poco la cabeza y Leporello le dejó.

Mientras esperaba el vizconde, Vascona ayudada de Astarté concluía de vestirse; fácil era adivinar al ver esparcidos acá y acullá diferentes trages de colores, y de hechuras distintas, que Vascona tenia un empeño particular en adornarse de un modo irresistible; harto habia conseguido su objeto!

Nada puede dar una idea exacta del esplendor de la hermosura de Vascona, entonces en su apogeo; peinada á *la Sevigni* mil bucles delicados lige-

ros y sedosos cubrían su preciosa frente, jugueteaban en el contorno de su rostro interesante, cubierto de aquella palidez singular que en ella era un encanto mayor, pues á pesar de esta falta de colorido, la transparencia, la pureza de su cútis no podían igualarse, siendo tanto más notable su blancura por la contraposición que hacía con sus labios purpúreos, sus ojos animados de un fuego sobre natural, sus cejas negras en comparación de su cabello dorado, entre los vaporosos y ondulantes rizos, tenía colocados dos lazos de cinta de color de rosa con reflejos de plata.

Se componía el traje de Vascona de un viso de raso rosa, y encima una especie de túnica de terciopelo negro, ricamente bordada de azabache, que bajaba hasta cerca de la rodilla y guarnecido de un magnífico

volante de encaje negro: mangas cortas afolladas, adornaban con gracia sus lindos brazos torneados; el corpiño negro hecho en forma de corazón escotadísimo, dejaba ver sus hermosísimas espaldas con hollitos y casi todo el seno blanco como la nieve; un lazo grande de cinta rosa, lo sombreaba delicadamente y en parte lo ocultaba.

Puesta en pié delante de su espejo, Vascona daba la última mano á su tocado, enredó las sortijillas para quitarles la simetría que les deja siempre una mano diestra y á la cual es muy preferible un poco de abandono, de soltura... se sujetó aun mas la cintura á favor de una ancha cinta metida en una bevilla de azabache, precaucion inútil, pues era imposible ver un talle ni mas delgado ni mas flexible; solo al cuerpo de las bailarinas españolas pudiera compa-

rarse la soltura, la gracia de los movimientos voluptuosos de Vascona, como ellas se volvía atrás, adelante á derecha á izquierda, revolviéndose cual serpientes, flexible como un junco y siempre sostenida en sus anchas y firmes caderas.

Era pues el conjunto de Vascona, así vestida, seductor en demasia y hasta la misma Astarté acostumbrada á su belleza, se paró á contemplarla admirada tambien del esmerado cuidado que habia puesto su ama en adornarse.

Dieron cautelosamente unos golpecitos en la puerta del cuarto de dormir, y preguntó la doncella:

—Quién es?

Leporello contestó desde afuera.

—El señor vizconde Duriveau espera á la señora en la sala, y acaban de traer una carta, sin esperar contestacion.

Astarté entreabrió la puerta, tomó la carta de manos de Leporello, y se la entregó á su ama. En cuanto Vascona reconoció la letra exclamó:

—El tambien... en Paris!!!

Leyó con suma atencion la carta que era de Martin, luego la tiró al fuego, y pensativa la consideró quemarse sonriendo de un modo extraño, despues de un rato se estremeció y le dijo á Astarté.

—Os recomiendo, por Dios, el mayor sigilo con respecto á la persona que se esconderá en mi casa unos dias... recompensaré vuestra discrecion y celo.

—La señora puede descuidar, que no se divulgará el secreto... yo os lo aseguro.

—En vos confio, Astarté, solo os advierto que la menor imprudencia podria causar grandes desgracias.....

—No tengais ningun recelo, seño-

ra, respondo de Leporello como de mí misma.

—Os creo..... oh! avisadle que no recibo á nadie absolutamente.

Dicho esto, atravesó Vascona una pieza contigua á su alcoba y se halló luego en presencia del vizconde.

Un estremecimiento casi imperceptible se apoderó de Vascona al ver al vizconde. Un rayo de infernal alegría brilló en su mirada... creia tocar..... tocaba ya aquella venganza tan largo tiempo meditada.... tan largo tiempo aguardada... y aquella venganza podia ser espantosa...

La espresion que por un momento dió una tinta horrible de maldad á la fisionomía de Vascona, fué tan rápida que Escipion no la notó..... lejos de ello, pues aunque acostumbrado á ver la deslumbradora belleza de Vascona, jamás le pareció á Escipion tan hermosa, tan voluptuosamente

hechicera; así fué que al verla, ardiendo en deseos y en amor con voz triunfante exclamó:

—He vencido!... mi padre vendrá mañana y..... vos dictareis las condiciones de mi casamiento con Rafaela.

—Diablillo!... dijo Vascona echándole los brazos al cuello.

—Estais satisfecha de mí, lindísimo diablo? contestó el vizconde, ciñendo por decirlo así con solas ambas manos aquella cintura de hada, mientras que arrastrado por su ardor impaciente, sus convulsivos lábios buscaban los de Vascona; pero esta supo libertarse de aquel beso y aunque siguiendo presa por Escipion, se echó tan violentamente hácia atrás y se inclinó hácia un lado que por medio de aquel movimiento, lleno de gracia y agilidad, se quebró, si así podemos decirlo, en los brazos del joven; permaneciendo luego en esta

postura medio echado el cuerpo, postura llena de provocador abandono; fijó en los ojos de Escipion los suyos destellando amorosa languidez, en tanto que sus lábios de coral exalando ardiente suspiro descubrian entreabiertos, el albino esmalte de sus dientes.

Una eléctrica nube cubrió los ojos de Escipion; inflamáronse sus mejillas; arrobado fuera de sí el infeliz enamorado, se inclinó hácia Vascona y con tembloroso acento exclamó:
—Oh! cuán bella..... cuán bella eres..... Te amo!..... Por fin eres mía!

Apenas habia pronunciado estas palabras, que Vascona, ágil y flexible como la serpiente, se escapó de los brazos del jóven, diciendo cual si hubiera estado á pique de ceder á un arranque involuntario:

—No... no... estoy loca!...

Echándose luego en una butaca que junto á la chimenea estaba, ocultó su rostro entre las manos.

Escipion la siguió diciéndola:

—En vano quieres ocultarlo... me amas... eres mia y...

No terminó Escipion la frase; porque levantando Vascona la cabeza, soltó una carcajada sardónica; sus facciones habian tomado de repente su habitual espresion, irónica y desdenosa.

—Esto es horrible!... siempre la misma!... exclamó el vizconde con despecho y amargura, aunque persuadido de que Vascona habia sentido realmente la fingida sensacion amorosa..... diste oidos hace un momento á la voz de tu corazon... y hé aquí que para burlarte de mí, vuelves á tomar tu insolente y burlona máscara.... te es fuerza ser cómica, hasta en tus amores.

—Y qué no sois vos acaso el píllo mayor del mundo, ó lo que es lo mismo, el cómico mas admirable que conozco? Y quién me asegura que *vuestro padre vendrá?* quién me asegura que vos no quereis por medio de una mentira, abusar, como lo habeis hecho otras mil veces, del candor de una infeliz? Y Vascona bajó los ojos con hipócrita espresion.

—Os juro que mi padre vendrá mañana!

—Jurais!... de por fuerza que vais á decirme la mentira mas...

—Pero, no os escribí, que el dia despues de la escena con mi padre, en la cual creo que mi padre manifestó alguna entereza...

—Si vuestro relato fué fiel en todo, como lo creo, no teneis precio, estuvisteis encantador, lleno de insolencia... de audacia... batir al conde con sus mismas armas..... contestarle

à cada uno de sus reproches: *lo que yo he hecho..... tú lo has hecho tambien!* es grande cuanto cabe.

—Pues bien no os he escrito que el dia despues de aquella escena me dijo: *vaya! vaya!* fuí un necio en revelarme contra las condiciones que propusiste para que se verifiquen nuestros casamientos, veré á Vascona, es la muger mas nombrada de París, segun dicen, tiene la agudeza de un demonio; nacimos para comprendernos.

—Segun veo quereis que me enamore de vuestro padre.

—Por favor escuchadme; hablo formalmente dijo Escipion; mi padre añadió luego: «solo te pido que no se diga una sola palabra sobre este paso, algun tanto á lo Rejencia, á tu pobre Rafaela, son miramientos que se la deben hasta que estemos casados, luego ya es otra cosa: con tu

pan te lo comas...» Ved aquí lo que mi padre me dijo en el Tremblay hará unos ocho días.

—Esto pasó hace ocho días; pero y luego...

—Ha querido desdecirse de su promesa dos ó tres veces...

—Veis como me engañabais?

—Escuchadme, en vez de zumbarme me admirareis quizás...

—Mucho me place admiraros querido Escipion...

—No ignorais que mi padre es corrido si los hay... hace de ello gala y hace bien; por esto viendo que nada de mí lograr podia con amenazas, respecto á la condicion que yo ponia á su boda... consintió en ella; sin embargo, á pesar de esa promesa, como es un galgo que huele á media jornada trató de cogerme dos ó tres veces... haciendo entonces un papel enteramente nuevo para él, en el

cual en verdad no brillaba mucho.... como se lo he dicho.

—Y cuál era ese papel?

—Se habia divertido en desempeñar el papel de *padre feroz*; quiso ensayar el de *padre sensible* y en una escena de grande efecto, lloró; pero en verdad que lo hizo... muy bien!..... divinamente!...

—Habrá tuno!..... es mucho hombre!... dijo Vascona sonriendo sarcónicamente.

—Sí, pero ya os hareis cargo, de que no me engañó ni por un solo segundo, pero tuvimos ambos un momento en que estuvimos felices.

—Vamos á ver, diablillo, contádmelo.

—Tomó un tono lamentable y me dijo: lloro... delante de tí... y eso nada puede para contigo. Vaya, vaya! le contesté; si creyera en tus lágrimas te reirias demasiado...

—En recompensa de estas palabras, os daré luego un beso en vuestros grandes y lindos ojos..... proseguid y procurad ganarme otro beso... pero ardo en deseos de saber cómo, con lo que me habeis dicho, vuestro padre consiente en venir aquí... en someterse á mis condiciones?

—Primero el beso... oh! el beso.

—No, no; vamos decid..... pronto.....

—Pues bien; viendo él que le hallaba mediano en su papel de *padre sensible*, quiso el autor de mis dias volver de nuevo al de *padre feroz* y yo contesté á sus anatemas con la sangre fria que sabeis: «recuerda la excelente historia de aquel marido imbécil á quien tu hiciste llorar á mares, llorando tú á fin de convencerle de que tu amor con su muger habia sido platónico, siendo así que

aquella misma noche tenias una cita con ella?... recuerda que sobre el particular me digiste: *es preciso hijo mio que te egercites en tener LÁGRIMAS Á LA MANO, esto sirve de mucho para con las mugeres y algunas veces tambien como ves con los maridos.*

—Escipion te adoro! exclamó Vascona y luego con afectada seriedad añadió. Proseguid caballero...

—Entonces, dije á mi padre, hubieras debido añadir que las LÁGRIMAS Á LA MANO sirven tambien para enternecer á los hijos que uno pueda tener; pero en mí tu pillaría lacrimatoria no cuela, soy un hijo..... impermeable..... viendo pues que le adivinaba su juego, volvió á ser lo que es, ó lo que es lo mismo, á ser... *padre corrido* y me dijo riendo: «vamos, vamos tunante... fuerza es pasar por lo que tú quieres, sea; pasado mañana veré á ese diablo de Vasco-

na.» Esto me lo dijo antes de ayer.

Escipion no pudo proseguir.

En aquel momento y á pesar de la prohibicion espresa de su ama de que no se dejara entrar á nadie, pareció Leporello, despues de haber llamado, portador en una bandeja, de una carta... esta carta era del conde Duri-veau que aguardaba en la pieza inmediata.



LXXIV.

VASCONA.



UY sorprendida Vascona al ver á Leporello, le dijo.

— Habia prohibido espresamente que se dejara entrar... qué quereis?

— Dispéñseme mi señora... pero la carta que traigo segun ha dicho el mismo sujeto, es tan interesante que creí...

— Dadme esa carta...

Apenas abrió Vascona la carta, su pálido rostro se puso de repente hecho una grana y pareció por un momento sentir alguna inquietud; mas despues de un instante de reflexion, no solamente volvió á dar señales de tranquilidad, mas aun de triunfo, y con voz firme dirigiéndose á Leporello le dijo:

—Decid á la persona que os ha entregado esta esquela, que puede pasar adelante.

Leporello salió.

—No hay quien lo aguante, dijo Escipion impaciente, es imposible estar con vos á solas...

—Presto, presto, contestó Vascona levantándose para abrir la puerta de un tocador que daba al salon, meteos aquí...

—Yo?... y por qué?

—Quereis presenciari mi conferencia con vuestro padre?

—Mi padre?...

—Esta carta es suya, le urge según dice, hablarme.

—Me crees ahora?.... preguntó Escipion con orgulloso y alborozado acento! mientras procuraba estrechar á Vascona entre sus brazos.

—Sois lo mas diablillo que verse pueda, dijo Vascona impeliendo suavemente á Escipion hácia el tocador. Haber hecho que vuestro padre diera este paso es en verdad inaudito, deslumbrador!

—He cumplido mi palabra; exclamó Escipion, echando chispas por ojos y megillas, y apoderándose de las manos de Vascona; ahora te toca á tí.

—Qué! no deseo yo mas que tú cumplirte lo que te he prometido, diablillo! murmuró Vascona al oido de Escipion, y tan cerca que sus bellas lábios rozaron las megillas y los

cabellos del jóven , y luego añadió :
 —Anda , ocúltate pronto..... es tu padre.

Y dicho esto cerró tras del vizconde la puerta del tocador.

Mucho se habia alarmado Vascona en un principio , con la brusca llegada del conde , á pesar de lo que Escipion le participó..... pues el encuentro del padre con el hijo podia dar resultados nocivos á los proyectos que ella meditaba ; esta fué la causa de que Vascona quisiera primeramente rehusar el recibir al conde , cosa muy sencilla y nada inverosímil ; mas reflexionando en breve que fuese cual fuese el desenlace de aquella conversacion á la cual asistiria , invisible Escipion , podia servir admirablemente para sus ideas de venganza y ódio , apresuróse á recibir á Mr. Duriveau.

En el momento pues en que Vas-

cena acababa de encerrar á Escipion en el tocador, Leporello anunció al conde.

En la mirada furtiva y escudriñadora que lanzó el conde al entrar en el aposento, conoció Vascona que Mr. Duriveau creia que su hijo estaba allí.

Viendo luego la jóven que los ojos del conde se fijaban en la puerta del tocador, se dijo á sí misma:

— Sospecha que Escipion está ahí... mejor.

No se equivocaba. El padre de Escipion se habia presentado á aquella hora, porque sabia que su hijo estaba en casa de Vascona, pues que siguiéndole á cierta distancia, le habia visto entrar.

Era tan severa la espresion de la fisouomía del conde, destellaba tanta altanería y dureza, que poco tardó Vascona en comprender que la

aparente condescendencia de que daba prueba sometiéndose, digámoslo así, á la audaz voluntad de su hijo ocultaba otras miras.

El conde lejos de manifestarse sensible á la deslumbradora belleza de Vascona, no pudo contener al verla cierto estremecimiento hijo de indómita aversion... casi de terror... pues á pesar suyo, recordó la profética amenaza de Claudio Gerard y el ódio infernal que dominaba á Vascona contra Escipion y *los de su raza*, revelaciones que el conde debía á las *Memorias de Martin*, mas presto se tranquilizó pensando que iba á aquella casa en la certeza de salvar á su hijo de la influencia de aquella peligrosa muger.

Echó Vascona una mirada casi imperceptible á la puerta del tocador en que acababa de encerrar á Escipion, indicó con la mano al conde

que tomase asiento y con tranquilidad suma le dijo:

—Tened la bondad de sentaros caballero.

No lo hizo así el conde, acercóse á la chimenea, se mantuvo en pié y desde allí dominando á Vascona con toda su estatura, le dijo con voz que procuraba fuese igual y segura:

—Aguardabais sin duda mi visita, señora, puesto que he podido veros.

—En efecto; esperaba tener el gusto de veros.

—Espliquémonos claramente, señora, dijo rudamente el conde; quise que mi hijo se casara con la señorita Rafaela Wilson..... mi hijo me declaró ayer que se negaba abiertamente á ello, si yo no venia... *yo su padre* (y el conde recalcó estas palabras con amargo enojo) á entenderme *con vos*...

—Y no os maraville, si señor. tengo esa pretension... dijo Vascona en tono sarcástico y altanero.

—Hola! con qué teneis esa pretension?... repuso Mr. Duriveau pudiendo contenerse á penas..... segun eso pensais dictarme ó imponerme condiciones?

—Precisamente, caballero, y venis á informaros de ello con tan buena voluntad... que siento un verdadero placer en deciros cuales son... En primer lugar yo...

—Basta, señora! gritó impetuosamente el conde, basta! Y ya que me suponeis asaz bajo, asaz vil, para aceptar semejante ignominia, me apresuro á desengañaros.

—En este caso... caballero... repuso Vascona con admirable sangre fria, si he apreciado cual debo el honor de vuestra visita... puedo saber qué feliz acontecimiento motiva tama-

ño favor? porque en verdad ahora no sé á qué atribuir vuestra presencia en este sitio.

Dominado el conde por la impasibilidad irónica de Vascona procuró conservar su calma y repuso:

—Para esplicaros el verdadero objeto de mi visita, señora, es preciso tomar las cosas... de muy atrás.

—Os escucho, caballero.

—Yo señora, fuí amigo íntimo de un hombre á quien vos pusisteis en la desesperacion é hicisteis suicidar... estremidad terrible á la cual sin duda intentais llevar á mi hijo...

—No hago nunca dos veces lo mismo, caballero.... contestó Vascona con acento de aterradora burla....

—Creo realmente en la riqueza de vuestra imaginacion, señora... sigo pues, como dije, era yo amigo íntimo de una de vuestras víctimas,

lo que equivale á nombrar al marqués d'Henneville.

—O lo que es lo mismo, repuso Vascona interrumpiendo al conde; me participais que sois enemigo mio...

—Y enemigo implacable..... señora.

—Tanta franqueza.... me gusta...

—Lo que os agradará menos quizás, es oír que yo sé con cual encarnizado rencor perseguís á mi hijo.... Rencor, añadió el conde levantando la voz para que Escipion le oyese, que data ya de muchos años...

—Data de la infancia, no es cierto? contestó Vascona con suma indiferencia. La niña mendiga del bosque de Chantilly..... la cantarina de Sceaux... la pobre figuranta de los Funámbulos... era yo. Es este el terrible secreto?

El conde no supo qué contestar.

Creia anonadar á Vascona con aquella revelacion... ella se lo decia de antemano, presintiendo cuales serian luego las palabras del conde, y juzgando mas discreto salir al encuentro del reproche, aunque ignorase de qué modo se hallaba Mr. Duriveau instruido de aquellas particularidades.

Así pues Vascona aprovechándose del desconcierto del conde, prosiguió:

—Vuestro hijo no me ha reconocido en nuestros diferentes encuentros, no es así? Pero yo que probablemente no pierdo de mi memoria... el rencor.... yo no he olvidado á aquel maligno vizcondito... y en cuanto se ha presentado la ocasion..... he tendido traidoramente mis redes á aquella criaturita que es la inocencia y el candor personificadas... á fin de poner en práctica una venganza fe-

roz.... inaudita.... no es eso?.... no son esos mis detestables proyectos?

— Los mismos, señora, dijo monsieur Duriveau volviendo á tomar su sangre fria.

— Y bien... caballero?

— Y bien! señora, yo no quiero que exalteis ya mas la especie de monomanía de depravacion que domina á mi hijo, y de la cual le curaré yo radicalmente... En una palabra, señora, no quiero que mi hijo sea vuestra víctima, ni tampoco juguete vuestro.... á pesar de sus admirables disposiciones para tan ridículo papel.

Al oir Vascona estas palabras, brilló en sus ojos un rayo de satánico gozo, y fijó su mirada en la puerta del tocador donde se hallaba Escipion, despues de lo cual prosiguió:

— Temo caballero..... que vuestro hijo no esté enteramente de acuerdo con vos sobre el singular papel.....

tan poco lisongero que, según vos, representa con respecto á mí...

—Es probable señora; mi hijo es muy depravado, pero desgraciadamente es también muy crédulo y muy ciego... y muy necio en lo que á vos hace, mas yo me encargo de abrirle los ojos y de quitarle su necedad... en su obstinacion se entiende, relativamente á vos...

—Escipion crédulo? ciego? necio? Sabeis caballero que me estais envaneciendo. Circe no hubiera transformado mas completamente á sus amantes..... Sin embargo, á pesar de las ostigaciones de mi amor propio, no puedo aceptar vuestra benevolente acusacion ni el supremo poder que me concedeis; me mantendré, si vos no mandais lo contrario, en la persuasion de que Escipion, es á pesar mio... cual siempre le he conocido, el jóven mas agudo, atrevido y en-

cantador que he visto. Quizás, opinareis también que me ciego... en la opinion que de él formo... según vos, pudiera ser... puesto que él se ciega en cuánto á mí!

—Cegaros vos?... no, no señora, repuso el conde con amarga ironía; vuestros ojos son tan bellos como penetrantes. Sabiais perfectamente donde llevabais á ese desgraciado loco, exigiendo de él que tuviese la audacia de manifestarme que yo tenia que consideraros como el único árbitro de mi casamiento y del suyo... acabemos, señora; nuestras bodas se verificarán... y se verificarán á pesar vuestro... á pesar suyo... si necesario es... y en una palabra, Escipion se libertará de vos... mal que le pese si osára desobedecerme.

—Vamos á ver, señor conde; dijo Vascona con acento de agudísima zumba; digno de la inmortal *Celime-*

na... vos que sois un hombre de mundo, un hombre de talento y tacto...

—Señora...

—Por favor no se altere vuestra herida modestia, voy á concluir por cosa menos galante... quizás. Permitted que os pregunte, cómo un hombre de buen gusto que conoce el mundo como vos, puede hablar de un *casamiento por fuerza*?... No parece sino que yo quiero sacrificar á ese candido Escipion en el altar de alguna deidad infernal? Ved si soy vanidosa, añadió Vascona con burlona risa; me parece que si yo sacrificase á Escipion en mis altares crearia muchos celosos. Creedme.... os costará algun trabajillo hacerme pasar por un *Barba-roja*. De veras, no espanto á nadie... Vamos, señor conde, vamos, no os rebajeis dándoos toda la traza de un buen hombre... volved á

ser el scéptico y agudo padre jóven, que verdadero gran señor, ha educado galantemente á su hijo cual el señor duque de Richelieu educó á Mr. de Fronsac.

—Ni Mr. Richelieu, ni Mr. de Fronsac hacen al caso..... yo no soy un gran señor... mi padre era un mesonero rico, y mi hijo el nieto del mesonero rico.

—Pues bien, caballero, no regañemos por tan poca cosa; en este caso vos con vuestras costumbres hacéis de vuestro padre un gran señor. En vuestra familia la nobleza en vez de caducar.... crece.... no hay mas. Pero por favor no deis ya mas al traste con ese talento burlesco, scéptico, brillante, del cual tan generosamente habeis sabido hacer participar á vuestro hijo...

—Difícil me será, señora, el acceder á vuestros deseos, repuso el

conde fuera de combate ya por la fria insolencia de Vascona. Mi hijo habrá podido soñar que era hijo de un gran señor... Tambien yo... habré podido tener tan necio sueño.... Pero hace ya dias, añadió gravemente el conde, que desperté y me encargo de despertar tambien á mi hijo, no sin algun sobresalto seguramente, pero á lo menos, le haré despertar en los encantos de un enlace bueno y honrado...

—Y consentirá Escipion?

—Sí, señora...

—Lo dudo.

—Yo no.

—Poseeis acaso algun talisman milagroso, alguna sortija prodigiosa?

—Mucho que sí y ese talisman es el siguiente, dijo el conde sacando un papel del bolsillo, papel que enseñó á Vascona con desdeñosa y triunfante sonrisa.

—Y qué ángel tutelar, qué génio

protector ha bajado de su empíreo para haceros este don?

—Este génio tutelar, señora, es buenamente un magistrado.

—Un magistrado?

—Y no mas... ya veis que descien- do á ser enteramente menestral. Así pues, muy menestralmente he con- fiado á ese magistrado los sérios te- mores que me inspiraba el porvenir de mi hijo, y las acciones bajas que este habia cometido ya, movido por una muger execrable... Usando en- tonces de mi derecho de padre he obtenido del juez unido con el *procu- rador del rey* la autorizacion neces- aria para encerrar á mi hijo..... Esta autorizacion es el talisman que acabo de enseñaros. Si mi hijo se niega á obedecerme ciegamente á cuanto de él exigiré hoy... luego... mañana ó cuando yo quiera... se verá encerra- do en una casa de correccion.

Tembló Vascona á tan imprevisto golpe; mas recuperando su sangre fria repuso:

—Confieso que sois maestro... caballero... Escipion halló la horma de su zapato.... no puede luchar con vos.... y la que le jugais es asombrosa.

—Ya lo veis, repuso el conde con triunfante acento. Tenia razon en decirnos que libertaria á mi hijo á pesar vuestro.... y aun á pesar suyo, si es necesario.

—Tambien me digisteis que su boda y la vuestra...

—Quedarían definitivamente aseguradas. Y todo por el poder de mi talisman... porque yo diré á mi hijo: O dais la mano á la señorita Wilson sin condicion alguna... ó se os encarcela mañana... y vos conocéis, señora, que no es probable que dude. De todos modos he tomado mis pre-

cauciones..... y las he tomado muy perfectamente..... Cásese él ó no se case.... yo señora me caso, y puesto que habeis citado á Mr. Richelieu, haré por última vez de gran señor para decir á mi hijo lo que el padre de Fronsac al tronera.

—Y qué decia Mr. de Richelieu á su hijo?

—Le decia: caballerito: «Me caso en la esperanza de tener un hijo que no se os parezca en nada.»

—Lindo! estupendo! me admirais cada vez mas... Os lo repito caballero, el pobre Escipion halla en vos su maestro... le anonadais... Pero, podré saber ahora cuál ha sido el objeto de vuestra visita? Teneis sentimientos demasiado elevados y sois demasiado generoso... para venir solamente con fin de triunfar á mis ojos, y de mostraros á una jóven humilde como yo, en el brillo olímpico

co que vuestro supremo paternal poder, cuyos privilegios son el poder mandar prender á las gentes..... ó casarla por fuerza... Esto huele á sultan, pero el golpe es cruel y está muy bien urdido..... Sin embargo, caballero, por bien urdido que sea, pienso que no habreis venido á verme para verme aplaudir.

— En efecto, señora... me ha sido preciso un motivo muy grave para traerme á vuestra casa... para bajarme á haceros creer aun por solo un momento, que yo era asaz vil para venir á escuchar vuestras insolentes pretensiones.

—Cuál ha sido pues el motivo?

—Señora.... repuso el conde sin responder á la pregunta; mi hijo se halla aquí.

—Caballero.... contestó Vascona fingiendo turbacion y sorpresa.

—Repito que mi hijo se halla aquí.

—Caballero....

—Está aquí, dijo el conde yendo hácia el tocador.... estoy seguro de ello.

—Sí, es cierto, contestó en voz baja Vascona, y fingiendo mucho terror..... pero callad, os lo ruego..... tiemblo que os haya oido.

—He hablado recio para que me oyese, añadió el conde dando otro paso hácia la puerta, sabia que estaba allí desde el principio de nuestra conversacion.

—Caballero! exclamó Vascona, fingiendo mayor espanto é interponiéndose entre Mr. Duriveau y la puerta..... Escipion se hallará ahora en una irritacion cruel...

—En verdad?

—Oh! no os espongaís.

—Que no me esponga á la irritacion del señorito vizconde! dijo monsieur Duriveau sonriendo con desden.

—Os digo, caballero..., que al veros no será ya dueño de sí mismo.

—Dejad que abra esa puerta señora.

—Deteneos... deteneos!!

Dijo Vascona juntando ambas manos, temblando, y como fuera de sí, luego añadió:

—Escipion hubiera salido si no temiese la violencia de su primer movimiento.

—Si vos lo permitis, señora, tendré el valor de esponerme y despreciar la violencia de ese terrible primer ímpetu.

—Por favor!...

En aquel momento abrióse bruscamente la puerta y Escipion salió.

Paróse algunos segundos en el dintel cual si hubiera querido vencer y desechar los terribles resentimientos que despertaba en él la presencia de su padre.

—Ya son míos; hélos uno frente á otro, se dijo Vascona á sí misma, lanzando una mirada de feroz alegría al conde y á su hijo; á Escipion que lleno el corazón de ódio y respirando venganza se hallaba fija en su padre la mirada... y al conde que tenía en los labios la amenaza!



LXXV.

LA PROMESA.



SCIPION mudo, inmóvil se paró en el umbral de la puerta del tocador, y luego entró á paso lento en el cuarto, destcompuesto el rostro por la cólera, el ódio y la rebelion contra su padre en quien clavó una mirada provocante y amenazadora.

—Sabiais que yo estaba aquí, le dijo al conde, y sin duda por eso habeis levantado la voz.

—Cabal..... contestó el conde inflexible y volviéndose á Vascona la dijo:

—Esto os esplica señora, porque he consentido en presentarme en vuestra casa, á pesar de la aversion que os tengo... me constaba que mi hijo estaba aquí..... y fácil fué convencerme de que permanecia escondido en aquel cuartito..... la leccion que delante de vos le he dado, le será pues doblemente provechosa, porque vos la habeis presenciado y porque yo me mantendré firme.

—Presentes tengo vuestras palabras, *caballero*, contestó Escipion con voz sorda, y me acordaré de ellas.

—Si fuese necesario, yo cuidaré de refrescaros la memoria, dijo monsieur Duriveau; no me olvidaré, os lo aseguro, siempre y cuando las circunstancias lo requieran, de recorda-

ros que ha sido aquí, delante de esa misma muger, que os indujo á despreciar mi autoridad, y que usando de ella os puse de nuevo bajo el yugo paterno, y que por fin delante de esa misma muger de quien sois juguete despreciable, no olvidaré que hoy os impongo una humillacion, cuyos efectos saludables sentireis mas adelante.

—Desearia saber, dijo Escipion, cuales serán los efectos de la egecucion en la que representais paternalmente la parte de juez y verdugo.

—Yo os esplicaré las causas que motivan mi proceder. Sordo á mis tiernas súplicas, á mis exortaciones que tan solo han conseguido aumentar vuestra insolencia.....

—Vaya!... aludís á aquella patética escena del *padre sensible*, os acordais, querida, os la conté... y os manifesté cuan mediano efecto produjo

en mí... por razon que de antaño me habia el *señor* instruido en el estudio particular que le costó, aprender á *soltar á tiempo una lagrimita*.

El conde sin dar aprecio á las palabras de su hijo continuó: no me quedaba otro remedio que el de herir en lo vivo vuestro orgullo... que es vuestro flaco..... humillaré pues vuestro orgullo, caballerito, le echaré tan abajo... tan abajo... que os sonrojareis delante de esa muger... y ella misma se avergonzará de vos!.... Veremos ahora que os aconseja vuestra fátua teoria de pregonizar el vicio, veremos ahora si os mofais de la autoridad paterna que finalmente os trata como lo que sois en realidad, un niño algo rebelde, un poco loco, á quien se ha castigado inútilmente y á quien es preciso curar pues que persiste en su mania ridicula de corrupcion.

—Deteneos caballero, exclamó Vascona, aparentando temer que el conde exasperase á Escipion, reparad... que son muy duras vuestras espresiones.

—Dejadle, querida, no tengais cuidado; es chusco el lance... me dá que pensar..... me ocurre una cosa; solo sí, opino que esta broma bien mirada demuestra tan baja hipocresía que coloca la autoridad paterna bajo un punto de vista nuevo..... hemos tenido *el padre corrido..... el padre feroz..... el padre sensible.....* *henos ahora en el padre Tortufo.....*

Pues aun hoy por la mañana este caballero me trataba con la franqueza y amistad de un bueno y alegre compañero, mientras tenia ya en su bolsillo la órden de prenderme... y sin ir mas lejos ayer me repetia: *vamos calabera, pues que te empeñas iré á ver á Vascona; pero te encargo*

que no le hables ni una palabra de todo esto á Mma. Wilson..... Por otra parte, añadió el vizconde con mordaz ironía, no me maravilla nada, bien dice el refran.

El hijo del tio Molleja, el usure-ro enriquecido, manifiesta á las claras la pureza de su casta, á egemplo de su apreciable padre usa de los mismos ardides de que este se valia sin duda para atraer con maña algun acreedor rebelde, teniendo á preven-cion el decreto de arresto metido en el bolsillo. Convengamos imparcial-mente, caballero, que hoy habeis sobrepujado á vuestro digno maestro Judas.

—Necia comparacion! se avisa a-caso á un loco..... cuando se quiere encerrarle.

—Vive Dios! has imaginado una escelente disculpa, dijo Escipion riendo siempre de un modo sarcásti-

co, héte ya revestido de tu augusta autoridad paterna, haciendo las veces de sotacómitre en la cárcel de Bice-tre.

El conde se encogió de hombros y dijo á Escipion:

—Os perdono, debo perdonaros las insolencias que proferís... la presencia de esta muger dá pábulo á vuestra audacia... no me coge de susto... diré mas, era una consecuencia inevitable de la leccion que quise daros..... prestadme breves instantes mas vuestra atencion: si no tuviese en mis manos el medio seguro de apartaros hoy mismo de la perjudicial influencia de esa desalmada, me empeñaria en convencerós que me consta, que ha jurado que vos como otros muchos sereis el instrumento de su venganza, que vuestras lágrimas y vuestros dolores serán el pago de la vergüenza de los insultos merecidos,

que recibe desde su mas tierna infancia... pues no es malo que sepais que esa divinidad ante la cual doblais la rodilla, estaba familiarizada ha diez ó doce años con la prostitucion y el robo en su vida vagamunda... considerad la alta gerarquía de la célebre artista... á quien entusiasmados llevais en triunfo...

—Caballero, exclamó Vascona, escondiéndose el rostro en las manos, como aterrada por aquellas inculpaciones. Caballero tened siquiera indulgencia... por la infancia!

—Basta!..... señor basta! exclamó Escipion.

—Vamos vamos... sereis bastante simple para suponer que mis palabras la hayan ofendido, contestó el padre. Tranquilizaos, tiempo hace que la depravacion ha empedernido su corazon, y se lo manifiesto así sin rebozo para que se persuada del poco a-

precio en que tengo su ódio... así como se desprecia la víbora que se tiene debajo del pié para aplastarla..... ahora pues que de grado ó por fuerza os tengo sujeto, le prohibo ó por mejor decir la desafío á que nos perjudique tanto á vos como á mí; para daros de ello una prueba irrecusable me marcho y os dejo juntos.... pues supongo que no querrás salir de aquí en mi compañía.

—Suponeis muy bien... porque á pesar del cariño, incremento de respeto profundo que me inspirais... dijo Escipion rechillando á su padre con amarga ironía.... la precision en que me hallo de tener con la señora una conversacion particular, en la cual nos ocuparemos algun tanto de vos, me obliga á suplicaros humildemente que me otorgueis el permiso de permanecer aquí un rato mas.

—Es muy justo... contestó mon-

sieur Duriveau tomando su sombrero para marcharse.

—De veras.... no me requeris en nombre de vuestra autoridad y por orden del rey á que os siga?...

—Fuera inútil exigirlo en este momento... dijo el conde yendo hacia la puerta; os concedo tiempo hasta las seis de la tarde... para tomar una determinacion...

—Pero en el ínterin, preguntó Escipion; no temeis que me escape?

—No, estoy completamente tranquilo, contestó el conde.

—Cómo? no me exigis siquiera mi palabra como *prisionero de padre?* (1) dijo Escipion siempre sin inmutarse

(1) Hemos creído no deber adulterarlo pues el autor, así como suele decirse prisionero de estado, ha creído poder dar mayor espresion á su idea diciendo: *prisionero de padre*.

y mofándose con la risa en los labios.

—Para nada necesito vuestra palabra, contestó el conde puesta ya la mano en el picaporte de la puerta. Abajo... en la entrada del palacio de la señora... están dos agentes de policía... que os esperan...

Imposible le fué á Escipion reprimir un movimiento de sorpresa y rabia; para disimular se bajó á encender un cigarro en la chimenea y cuando se puso en pié ninguna señal exterior descubría su emoción pasada.

—Es preciso confesar que sois hombre prevenido..... pero de cortos alcances... si se considera que la magnífica invencion de irme á la zaga, persiguiéndome por medio de dos individuos de la policía, debe haberos ocurrido al recordar al abuelo Molleja, el usurero, que para

tener mas libertad en sus manejos, acostumbraba sin duda rodearse de agentes comerciales, como los antiguos nobles hacian con sus hombres de armas.

—Veo con satisfaccion que habeis aprovechado las lecciones de historia, observó el conde con calma impasible. Además, esta vez es la comparacion exacta, pues que los susodichos agentes de policia tienen órden de seguiros á cualquier parte á que vayais, y en ciertos casos tienen tambien la órden de prenderos en el acto..... Seguid pues un buen consejo, despedios de la señora cuanto antes, y volved á casa lo mas pronto posible..... hablaremos largo, y si como lo espero, se sienta un poco esa cabecita loca y recobrais vuestro sano juicio, cierto estoy de que confesareis que mi conducta ha sido recta y Dios mediante, en lo sucesi-

vo no vacilará mi firmeza y sereis un buen chico. En cuanto á vos, señora, añadió volviéndose á Vascona, os dejo sin recelo alguno, libre de hacer cuanto gustéis contra mí y contra mi hijo... manifestaros cuán poco os temo, es, lo sé muy bien, causaros el mayor pesar....

—Sí, señor; dijo Vascona con aparente humildad, reconozco la inutilidad de mis resentimientos... pequé, por mi culpa, por mi grandísima culpa..... me arrepiento por otra parte, permitidme, caballero, que os diga que aprecio en lo que vale vuestro modo de comprender y ejercer la autoridad paterna.... vuestra patética elocuencia escoltada de esbirros y de la cárcel en perspectiva, es capaz de ablandar, de persuadir el corazón mas rebelde, y por lo tanto no dudo que vuestro señor hijo se someta á vuestro omnipotente poder.

—Responded por vos misma en buen hora, exclamó Escipion incapaz ya de dominar la cólera que le ahogaba.

Pero yo, tenedlo por entendido, no me someto á nadie... y me vengo del que me ultraja...

Al punto de salir ya el conde se paró, volvió la cabeza, miró á su hijo de arriba abajo, y le dijo desdeñosamente.

—Paréceme que hablais de venganza?...

—Sí... hablo de venganza y os aseguro que no se quedará en palabras, dijo el jóven fuera de sí. Ah! señor mio, si lo olvidais me encargaré de recordaros la educacion que he recibido, educacion que no se puede borrar impunemente, en un instante, por un solo capricho de vuestra voluntad, ni hacer de mí en un dia un hijo respetuoso, y de vos un padre

que inspire el debido respeto.

El conde se inmutó algo, pero se contuvo, su hijo prosiguió animándose por grados.

De modo, que yo he sido testigo de vuestros amores, confidente de vuestras bajezas... enseñado por vos mismo á despreciar, á insultar todo lo que el mundo aprecia y respeta..... empezando por esa autoridad paterna que vos mismo habeis pisoteado en nuestras noches de orgía y de placeres. Y de repente, de ocho dias á esta parte, porque lo exige el interés de vuestro furor conyugal, os divertis en representar á lo vivo vuestro papel de padre virtuoso. Me causa asco pensar.... que os atreveis á hablarme del respeto que os debo... lo pretendéis en vano desde el dia en el cual bebimos en la misma copa embriagados, y que trocamos nuestras queridas.

Al oír aquellas terribles palabras, el conde quedó muerto y dobló la cabeza bajo el peso de tan grave acusación.

—Y Escipion triunfando de la prostración de su padre, siguió así: os acordais de aquella noche en la que trocasteis vuestra morena Sidonia por mi rubia Ceferina..... por mas señas, me acuerdo que os quejasteis de haber perdido en el trueque... pero dejemos esto, caballero... solo os prevengo que jugais conmigo una partida horrorosa, miradlo bien! No se trata ya de padre ni de hijo, son expresiones vacias de sentido, solo hay aquí dos antiguos compañeros de francachelas y calaberadas, ahora enemigos á muerte porque uno de ellos le ha jugado al otro una pasada infame, de la que, os lo repito caballero, me vengaré, á pesar de los agentes de policia, á pesar de la cárcel

y hasta de vuestra maldicion, si teneis la osadia de dármela sin soltar la cajada como aquella vez que me digisteis: *te maldigo, hijo indigno de mí... que te caes debajo de la silla á la quinta botella...* y con esto, señor mio, libre sois de marcharos, ni la señora ni yo os detenemos mas.

El conde, que mientras habló Escipion con tan sacrilega audacia, habia palidecido veinte veces, y puéstose otras tantas colorado.... el conde no contestó una sola palabra, sacó de su bolsillo el reló, puso los ojos en él, y dijo con frialdad á su hijo:

— Son las tres... os mando que os halleis en casa á las seis... Y os declaro que estareis... voluntariamente ó por fuerza..... Harto comprendéis que al fin se hace carrera de un mal educando. Así pues... hasta las seis... y cuidado con faltar.

Dicho esto salióse el conde dejando

para colmo de desprecio á Vascona con Escipion á solas.

Al marcharse Mr. Duriveau, y antes de subir al coche, hizo una seña á dos hombres vigorosos que vestían unos gabanes algo raidos, y que llevaban en la manos cada uno de ellos un enorme baston, cuyo puño tenia mas plomo que otra cosa; estos dos, agentes de policia, que hasta entonces se habian paseado por la calle, sin quitar ojo de la puerta de casa de Vascona, se apresuraron en acercarse al conde.

—Doblad vuestra vigilancia, les dijo, curad de que nadie salga sin ser atentamente examinado, porque mi hijo pudiera muy bien escapar á favor de un disfraz.

—Descuidad, señor conde, contestó uno de los agentes; tenemos buenas piernas y mejores ojos.

— Si á las seis, mi hijo no hubiera

salido, id en busca de un magistrado, y con él haced que el vizconde os siga á mi casa, y de no querer le llevais á la cárcel.

—Está bien, señor conde.

—Si antes de las seis saliese, acompañadlo á mi casa..... y sino ya sabéis.

—Perded cuidado...

—Os habeis provisto de un coche simon?

—Védlo ahí, señor conde.

—Y... añadió Mr. Duriveau sin poder ocultar penosa impresion, si os vierais precisados á... emplear la fuerza, á fin de apoderaros de mi hijo, os recomiendo los mayores miramientos.

—Nada temais.

.....

 Cuán tristes eran las reflexiones del conde Duriveau al regresar á su

casa, cuán terrible la comparacion entre Escipion y su otro hijo Martin?...

En cuanto quedaron solos Vascona y Escipion, ambos pormanecieron silenciosos algunos momentos.

Vascona, tragando, por decirlo así, con avidos ojos, la espresion de soberbia, de ódio profundo, que veia destellar en las facciones del vizconde...

—Oh! yo me vengaré! gritó este enarbolando su puño en direccion á la puerta, por la cual habia salido su padre. Sí, me vengaré... me he vengado ya en parte... á penas podia contener su rabia... cada una de mis palabras ha sido una saeta!...

—Eso es... palabras... y palabras no mas... esa es vuestra venganza!... palabras! le dijo Vascona con sordo y sardónico acento; linda venganza!.. como si las palabras mas duras

é insolentes, pudieran desvanecer el baldon de que os ha cubierto ese hombre!... Salid, salid, de aquí para caer en las brutales é innobles manos de agentes de policía!...

—Como me toquen les mato, gritó Escipion.

—Qué habeis de matar, dijo Vascona encogiéndose de hombros, os prenderán y os volverán á casa de vuestro padre... como á un colegial castigado por el maestro.

—Quereis volverme loco Vascona!...

—Ojalá fuese así; entonces por lo menos no conoceriais lo ridículo y miserable de vuestra posicion, no se ha mofado bastante de vos, ese hombre, no os ha insultado y escarnecido delante de mí!..... Ved sino, ha inventado no sé qué historia, suponiendo en mí un ódio hácia vos, que segun él data de la infancia..... Pues

bien! si esto fuera, vuestro mismo padre se habria encargado de mi supuesta venganza, pues yo no desearia jamás á mi mortal enemigo, una posicion mas vergonzosa, mas atroz que esa en que os ha puesto ese hombre!....

—No parece sino que yo he doblado la cerviz delante de él? Qué, no le visteis mudar de color cien veces herido por mis sarcasmos?

—Os lo repito, palabras y mas palabras.... nada mas.... qué le importan vuestros sarcasmos? El está en mejor terreno... os domina... os aplasta... en vano luchais... os tiene en sus manos; fuerza os será obedecer cobardemente como un niño que pide perdon..... y sino la cárcel, humillacion mas terrible todavia. Lindo efecto hará eso en París, en el círculo de vuestros amigos... el deslumbrador Escipion, el jóven de mundo, el mas temible

de todos, encerrado como un necio!!... mirad, creedme..... no traiteis de luchar con vuestro padre..... os veriais aniquilado; no sois mas que un niño... junto á un hombre de ese temple.

—Tambien vos? gritó Escipion con tanta sorpresa como amargura, tambien vos gozais en anonadarme!

—Vaya! cualquiera diria que solo vos sufristeis los ultrages de ese hombre? no me ha tratado tambien con el desprecio mas insultante? No me ha precisado tambien á avergonzarme de vos?...

—Avergonzaros de mí... vos...

—Y qué habeis hecho para lo contrario? creeis vengarnos á entrambos desde el fondo de vuestra prision? ó acaso postrado de hinojos ante vuestro padre, y consintiendo en casaros con Rafaela?

—Vos, implacable tambien! me llenais de sarcasmos, tambien vos!

—Sí, seré implacable... porque os habeis dejado burlar y engañar por ese hombre, y porque yo soy bastante necia para resentir tan amargamente, mas amargamente que vos, la vergonzosa situacion en que os hallais. En resumidas cuentas, nada me importaria si yo no os amára.

—Pero, repito que hay por que volverse loco; gritó fuera de sí Escipion, qué querias que hiciese contra la fuerza?

—Lo sé acaso yo?..... Era preciso ser mas diestro, mas pillo que ese hombre que tan bajamente se ha burlado de vos.... que os ha puesto tan en ridiculo.

Escipion levantó ambos puños cerrados, con espresion de mudo furor que es imposible describir.



LXXVI.

VENGANZA.



ASCONA prosiguió en estos términos:

—Sí, os lo juro, ni puedo ni quiero compareceros, porque sois la personificación de una ilusión perdida, de la sola ilusión que llenaba mi existencia. Tiempo há que dormida, despierta soñaba en encontrar un amante

scéptico, burlon, atrevido, que al estrecharme sobre su corazón, se riese conmigo de esos tontos que me rodean, que se humillan á mis piés ó se matan por mí; de esas mugeres del gran mundo bastante sencillas para hacerse responsables de mi virtud... burlarme en fin del mundo entero... pardiez, paréceme ahora que vos sereis mi primer juguete!.... el ridículo mata el prestigio, y el vuestro desapareció con los insultos de ese hombre!..... Y soñais que yo os compadezca, inocente, mas que inocente... porque me habeis levantado de cascos á pesar mio, vive Dios, á pesar de vos mismo, quizá!.... Loca de mí, creí amar á otro pálido don Juan, altivo é intrépido como el génio del mal, y salimos ahora con que es un pobre mocito que aun no ha salido del cascaron, cuyo padre viene hasta mi propia casa con la féru-

la en la mano, á castigarle ayudado de agentes de policía...

—Máteme un rayo si no estoy resuelto á todo con tal de vengarme, exclamó Escipion arrebatado por una espantosa exaltacion; pero para aniquilar, destruir, es preciso una arma, y no la tengo abí en la mano.

Los ojos de Vascona centellearon, una idea secreta la animaba, añadió con la ironía propia de su carácter.

—Es cierto.... no es fácil dar de pronto con una buena venganza..... así como corre prisa..... os aconsejo que os determinéis á entregar vuestra blanca mano á Rafaela... toma, puede muy bien suceder que seáis un escelente marido. Formalmente chico, quizás sea esto mejor para tí... Dios sabe á donde te hubiera yo arrastrado en las alas de un amor fantástico que era el sueño de mi vida...

Separémonos..... ni teneis poder ni fuerzas para vengar los insultos que me han hecho, ni las injurias que habeis sufrido... perdonad... no os queda otro remedio... y es el mas fácil... dareis pruebas de ser un buen muchacho... es prudente no es cierto, querido Escipion? dijo Vascona con un tono de desden compasivo, que exasperó al vizconde cien veces mas que si le hubiese escitado abiertamente contra el conde.

De veras, os digo lo que pienso, no podeis, está visto, luchar contra vuestro padre.

—Todavía?

—Sí... hijo mio, está en mi deber advertiros *amigablemente* de las eventualidades terribles, á las cuales mi audaz amor os hubiera quizás espuesto siendo mi amante...

—Esplicaos?

—Comprendereis que.... se inter-

rumpió Vascona y añadió: Escuchadme un poco y os daré, querido, una idea aproximativa de lo que es mi orgullo... estúpido, monstruoso, infernal, lo concedo... por lo tanto, os confieso que si yo amase á un jugador... y perdiese en el juego, le despreciaría.... juzgadme por la muestra.

—Pero en fin, qué significa?...

—Nada, os lo repito, sois incapaz de luchar contra vuestro padre ni en bien ni en mal... se me ocurre contraos una idea diabólica que tuvo, entre otras mil, y que os lo aseguro descubre una audacia sin igual.

—Bueno! no faltaba mas que oiros alabarle! dijo Escipion soltando una carcajada de desesperacion.

—Admiro la energía, el talento y la audacia en cualquiera, hasta en mi propio enemigo; juzgad si me hubiera enorgullecido que el hombre de mi

eleccion reuniese aquellas cualidades.

—Vascona, mi padre ha dicho la verdad, dijo Escipion con voz sorda, preciso es que me aborrezcais de muerte.

—Cándido mortal, si piensas esto, es el triunfo completo de aquel hombre; pero, no se trata en este momento ni de ódio, ni de desconfianza, ni de amor, que se me dá á mí! déjame referirte aquel lance que te cite hace poco... puede que sea para tí una *leccion útil*.... y acentuó fuertemente Vascona estas últimas palabras, luego añadió:

—Habeis oido nombrar á la hermosa princesa de Moutbar?

—Sí, contestó Escipion mirando sorprendido á Vascona. Creo, si no me engaño, que mi padre quiso casarse con ella, pero no veo que relacion hay?...

—Vuestro padre estuvo locamente enamorado de ella, sí, locamente enamorado, mas la princesa acogió con altivo desden, con el mas profundo desprecio las pretensiones de monsieur Duriveau, y él juró vengarse.... y como el conde es algo ducho en la materia, pronto discurrió un buen medio...

—Adelante... alabadle cuanto gustéis...

—Lo merece, porque á buen seguro que no hay otro hombre bastante atrevido para intentar lo que él hizo.

—Veamos, dijo Escipion conteniéndose con dificultad, veamos ese rasgo inimitable!

—Sabiendo el conde que la princesa recelaba de él, durante un año calló como un muerto y fué preparando su plan: alquiló una casa abandonada, instaló en ella una muger que fingia ser paralítica. Con bastante

maña informaron á la princesa de que la pobre enferma vivia en un miserable cuarto sin auxilios de ninguna clase; dotada Mma. de Moutbar de un corazon compasivo, acudió presurosa á aliviar á la infeliz, yendo en persona á suministrarle los socorros que le eran necesarios... y héla aquí en poder de vuestro padre que se vengó de la princesa como á fé mia se vengan los hombres de una muger bonita que los ha despreciado... bien entendido que nadie divulgó el secreto... porque el interés de cada cual era una garantía de su reserva... qué tal, sois de mi parecer..... es buena jugada?...

Escipion, muy ensimismado, no contestó. Vascona continuó de este modo:

— Veis de lo que es capaz vuestro padre? pues yo os digo que el hombre bastante audaz, bastante fuerte

para llevar adelante semejante venganza... mirára y es justo que así lo mire, como un juego el reducir á la obediencia un muchacho terco, segun su espresion.

— Sí, debe ser cierto todo esto, dijo Escipion tratando coordinar sus recuerdos. Fué por ese tiempo que tuvo un desafío con el capitan Clemente, el mismo que posteriormente se la casado con la princesa... el motivo de aquel duelo siempre pareció iuverosímil... no hay duda que debió ser ocasionado por esta aventura..... y.....

De pronto Vascona se echó á reir con aire burlon y exclamó:

—Qué idea!.... cáspita qué ocurrencia!...

—Qué es? preguntó Escipion.

—Querido... á pesar tuyo... tengo mas inventiva que tú...

—Cómo?

—Os estais devanando los sesos en hallar una arma... de venganza..... y yo he dado con una diablura... maquiavélica.

—Esplicadme pronto.

—Para qué! no os atreveréis.... si tuvieseis *absolutamente*, y Vascona marcó mucho *el absolutamente*, la misma audacia, la misma energía que vuestro padre... si fueseis como él de un temple de hierro...

—Callad, callad.... exclamó Escipion espantado, hablándome de esa manera me conduciriais á cometer los crímenes mas atroces...

—Dejaos de niñerías, Escipion, ó... sino me guardo mi idea.... pero antes de comunicárosla... quiero saber si es factible... para eso examinemos rápidamente vuestra situacion: si persistis en no casaros con Rafac-la... vais á la cárcel.

—Pero consigo desesperar á mi

padre... porque entonces no se unirá á Mma. Wilson, la sola muger que ha amado de veras... pues bien, sufriré la atroz humillacion de verme en una cárcel... pero *le lastimaré el corazon...* siempre lo esperé... y algo será mientras se presenta otra ocasion mejor... y voto á sanes! la ocasion vendrá, yo la hallaré con vuestra ayuda ó sin ella.

—Os engañais completamente mi pobre Escipion, dijo Vascona, encojiéndose de hombros; sufrireis sí, la humillacion de la cárcel, pero vuestro padre se saldrá con la suya y riéndose de vos, se casará muy á sus anchas con la linda viudita.

—Estais loca... no sé yo por ventura que la condicion primera de su enlace, es que yo devuelva el honor á su hija?...

—Estais discurriendo como una criatura. Ante todas cosas Mma. Wil-

son adora á su hija..... y cuando esta madre cariñosa, sepa que habeis elegido la cárcel, primero que consentir en dar vuestra mano á aquel ángel... comprenderá demasiado qué clase de marido iba á darle á su hija querida, y se alegrará infinito no teneros por yerno; como además madama Wilson es muy pobre, y vuestro señor padre inmensamente rico, no tendrá la necedad de perder una boda tan buena... y que en el porvenir puede asegurar la suerte de su hija que no se presenta, gracias á vos, muy brillante..... por toda venganza os quedará pues el recurso de escribirle, desde la cárcel, á vuestra segunda madre, suplicándole que os consiga de vuestro padre la libertad.... y como la felicidad es indulgente... probable es^a que el conde satisfecho se digne perdonaros la burla cruel que os ha jugado...

A estas palabras de Vascona se estremeció Escipion y quedó un rato pensativo.

El vizconde, como la generalidad, ignoraba que Mma. Wilson, habia sabido sacrificar un amor profundo y correspondido para casarse con el conde Duriveau, siendo su único afan asegurar la dicha de Rafaela uniéndola á Escipion; pero los que no sospechaban que mediase un sacrificio tan admirable, y creian estaba, Mma. Wilson enamorada del conde Duriveau, no podian presumir que obligada á renunciar al matrimonio de su hija, renunciase tambien al suyo, solo por la negativa de Escipion, pues su enlace haciéndola dueña de una fortuna colosal, le permitia en lo sucesivo, asegurar la felicidad de Rafaela.

Miradas las cosas bajo este punto de vista, el racionio de Vascona era

tan probable que Escipion dudó de llegar á sus fines, y cediendo á pesar suyo á la palpable evidencia de aquel razonamiento, le contestó á Vascona con rabia concentrada:

—Puede ser que mi venganza no se efectue, sin embargo quien sabe...

—Pues la mia seria inevitable..... terrible... dijo Vascona con tal conviccion y autoridad que Escipion la creyó... sí, terrible.... porque en tal caso no seria Mma. Wilson sola, la que se negase á contraer el matrimonio.... vuestro propio padre, me comprendeis bien, vuestro propio padre, con toda su ardiente y loca pasion... tendria que rehusar la mano de Mma. Wilson!...

—Qué decis!

—Sí conozco, tengo en mis manos un medio infalible de impedir el casamiento de vuestro padre, y para su desesperacion eterna, para conti-

nuo tormento de su existencia, se repetirá siempre: es imposible el matrimonio!!

—Oh! si fuese cierto! exclamó Escipion palpitando de ódio y esperanza; pero no, Vascona, bien sé que solo quereis burlaros de mí!

—Lo hubiera apostado, finge no creerme porque tiene miedo! dijo Vascona riyendo sardónicamente.

—Miedo!... yo, exclamó Escipion convulsamente. Hablad.... y si decis verdad, vereis si tengo miedo...

—Dios mio! no es tan fiero el leon como le pintan, dijo Vascona sonriendo... No penseis que se trata de algun crimen horrendo..... no, tranquilizaos... es meramente una calaberada... semejante á muchas de las de vuestro padre la cual ejecutada á imitacion suya, os proporcionará la satisfaccion de poderle repetir en términos iguales á los que em-

pleabais há poco : *hago, lo que hicisteis vos!*...

Escipion sorprendido miró á Vascona , ella prosiguió :

— Sí, sí, cuanto mas lo reflexiono mas salada me parece la ocurrencia, felicísima ocurrencia!.... ó mas bien *leccion providencial* segun diria la gente honrada. No me cabe el corazon de gozo, al pensar que podriamos devolver á ese hombre insulto por insulto, y destrozar su corazon en castigo de las crueles injurias que hoy nos ha hecho sufrir, encantadora esperanza! Si sucediese, lo confieso, sobrepujariais al hombre que admiro, seriais, comparado á vuestro padre, un gigante *audaz*..... saboreariamos ambos á dos, el dulce placer de la venganza..... perderia el juicio enamorada de vos....

— Proseguid, Vascona, me matais con vuestras reticencias...

—Cachaza, diablito, cachaza....
Primero debo informaros que días pasados esperando vuestro regreso, tuve intención de buscar una casa de humilde apariencia... solitaria... aislada... para realizar ciertos proyectos, proyectos á los que no erais ajenos..... me metí por un barrio extraviado, allá cerca de la puerta del Infierno...

Una casa solitaria! aislada! y con qué fin? preguntó Escipion picada la curiosidad.

—Oh! con el fin de... ideas extravagantes; planes atrevidos que formaba yo para realizar mis sueños dorados, nuestra vida de ardientes delirios... y como sé que la posesion monotoná es un veneno mortal del amor, quise... pero de qué sirve ahora hablar de esto?....

—Caminaba pues de acá á acullá en el barrio extraviado, cuando vine á

pasar por una calle.... que se llama la calle... ah! si me acuerdo, la calle de *Marche-Vieux*. La conocéis?

—No..... pero qué hay de comun entre la calle esa y?...

—Caramba! aguardaos un poco, dijo Vascona interrumpiendo á Escipion. En aquella calle, pues, hallé cabalmente la casa que necesitaba.... pobre, solitaria, apartada algun tanto de la demás vecindad... la alquilé porque nadie vivia en ella.... la visité, y no sé por donde me ocurrió que la casa á la cual vuestro padre tuvo la diablura de atraer á la princesa de Moutbar, pretestando una limosna... debia estar situada poco mas ó menos lo mismo.

Vascona pronunció estas palabras muy lentamente, clavando en Escipion una mirada fija y profunda.

Aun no entendia el jóven el tiro infernal de la idea de Vascona, pero

instintivamente sentia una angustia indefinible, al par que una viva curiosidad.

En este momento se levantó Vascona de su sillón, y fue á sentarse sobre el diván junto á Escipion, y le habló así en voz baja:

—No puedo decir en alta voz lo que me queda aun que comunicaros de mi proyecto... podrian.... oirnos. Escuchadme atentamente... demonio en ciernes... acerca tu oído aquí juntito.

Y con el pretesto de hablarle quedo, Vascona pasó familiarmente el brazo al rededor del cuello de Escipion, y descansó la cabeza sobre su hombro.

La dulce presion del brazo de Vascona, su suave aliento que se confundia con el suyo, arrebataron á Escipion, loco de amor y de deseos, olvidó un instante los crueles resen-

timientos contra Mr. Duriveau.

—Déjame esponerte mi plan, dijo Vascona siempre en voz baja; tenemos la casa aislada, solitaria, supon-gamos ahora, son las cuatro y media... que vas á casa de Mma. Wilson.

—Y á qué diablos? exclamó Escipion con la mayor estupefaccion.

—Calla, imprudente... le dijo Vascona, atrayendo hácia ella la cabeza del jóven con un movimiento brusco lleno de zalamería y gracia, y añadió:

—Vas pues... á casa de Mma. Wilson...

—Salvo el permiso de los agentes de policia... murmuró Escipion.

—Tonto!! eres flaco de memoria, no dá la pared de mi jardin á el solar de al lado, contestó Vascona sonriendo. Leporello te tendrá una escalera de mano, y por ella, lindo

querubin, volarás guapamente..... y estarás ya lejos... mientras esos miserables te aguardarán aun.....

—Cierto..... exclamó Escipion..... todavía me queda este recurso... y á lo menos escaparé al encierro de una odiosa cárcel....

—No lo dudo.... con que te vas á casa de Mma. Wilson, ignorante de cuanto está pasando, pues buen cuidado habrá tenido tu padre de callar..... esperanzado en que al fin consentirás en el dichoso casamiento.

—Pero bueno?... á que he de ir á casa de Mma. Wilson? preguntó Escipion cada vez mas sorprendido.

—Nada, si Rafaela está sola, puedes entretenerte en hacerla el amor (no soy celosa), mientras, vuelve su madre si ha salido; en caso de que la halles... compones tu semblante para la situación... desgraciadamente, ca-

ballerito , sois maestro en el arte de fingir , por lo que de antemano juzgo del buen desempeño de tu papel..... puedes hablarle poco mas ó menos en estos términos á Mma. Wilson: Querida y encantadora mamá (es preciso alejar toda sospecha), vengo á robaros.... un rapto , de veras , y ni siquiera os doy tiempo para comer.... abajo tengo un coche..... Y á dónde me quereis llevar , querido Escipion? dirá probablemente Mma. Wilson.— A hacer una obra meritoria , le contestareis. Se trata , querida mamá , de un acto de delicada generosidad , de caridad... que solo vos , dotada de una alma sensible y tierna , podeis cumplir como se debe.... vengo pues á buscaros para que seais el ángel consolador de una pobre enferma... paralítica..... amenazada de no sé qué terrible infortunio... ella os lo comunicará... venid pues presto.... esce-

lente mamá... los minutos son siglos para los desgraciados.... por Dios os lo ruego, venid conmigo en auxilio de la infeliz... Mma. Wilson tiene un corazón buenísimo... te creerá... y te seguirá.

Escipion empezó á comprender, y una alegría feroz iluminó su rostro, sin embargo, se horrorizó...

Vascona se acercó aun mas al vizconde, y prosiguió hablándole mas y mas bajo:

—Mma. Wilson.... confiando ciegamente en tus palabras... como un día confió Mma. de Moutbar en los ruegos de la supuesta paralítica, (vas entendiendo un poco lo original de aquella coincidencia), pagada por tu padre... Mma. Wilson marcha contigo en tu coche, la llevas á la calle de *Marche-Vieux*... tercer piso.... á un cuarto solo... aislado... cuya llave te entregaré... y ahí (estamos ya

en la lección providencial; no te parece?...) audaz como tu padre cuando consiguió engañar vilmente á madama de Moutbar....

—Vascona!..... exclamó Escipion acometido de vértigo, y titubeando entre el deseo y el horror de semejante venganza... este pensamiento es infernal, atroz!!

—Crees tú, que despues de esto, tu padre con todo y su loca pasion se uniria á Mma. Wilson? Por lo que nos concierne, esta noche misma caminaremos hácia la frontera y mañana estaremos ya fuera de Francia... siempre enamorados... ricos siempre y en todas partes, porque mi talento me lo dará todo..... mira querido y hermoso D. Juan, la vida que nos espera... añadió Vascona echándole los brazos á Escipion y sentándose en sus rodillas... dime, dime, dudas tú que este golpe aniquila al hombre que ha

querido humillarte tan bajamente?... Y entonces de lejos le echarás en cara aquellas palabras fulminantes: He hecho.... lo que hicisteis vos.... padre mio...

Diez minutos despues de esta conversacion, era ya de noche; pues estábamos en la estacion en que son los dias mas cortos. Merced á la oscuridad, pudo Escipion fácilmente subirse á la escalera que le tenia agarrada Leporello, y saltar al solar donde se estaba construyendo una casa, y por el cercado provisional fue á salir á doscientos pasos mas allá del sitio donde los vigilantes esbirros estaban con cien ojos esperando el momento de su salida.

Cosa de media hora despues de realizada la fuga de Escipion, Leporello y Astarté conversaban de este modo:

:

—Vaya, Leporello, que empiezas bien, digo! en dos dias que hace estás aquí, no han faltado aventuras, eh?

—Ya lo creo, querida.... ni sé lo que me pasa... á poco de la marcha del vizconde.... que se escapó por la escalera de manos que yo le tenia, se aparece el reo político, escondido desde esta mañana por órden de la señora, requiere mi ayuda, y tras! se larga tambien por el mismo sitio que el señor Escipion.

—Y por finiquito de cuentas, inmediatamente se envuelve la señora en una gran capa, sale á pié por el zaguan en busca del simon que habias ido á avisar y que esperaba al extremo de la calle...

—Astarté, qué puede significar todo esto?...

—No lo sé.... y sin embargo, no estoy tranquila..... se me figura que

vá á suceder alguna desgracia, porque desde que sirvo á la señora, nunca la ví con la cara que tenia ahora hace poco, mientras escribia una carta que se ha llevado consigo.

—Yo tambien lo he notado, no creas, cuando entré á decirle que el coche la esperaba al final de la calle me sorprendió verla con las megillas tan encendidas, ella que siempre está pálida como una muerta, y sus ojos brillaban tanto que no me atreví al contestarle, á mirarla fijamente.

—Y luego mientras escribia parecia que se reia sola... pero qué risa! Jesus! sus lábios entreabiertos dejaban ver sus dientes apretados convulsivamente.

—De veras, Astarté, yo tambien tengo miedo.... por ahí... no sé donde... debe estar sucediendo algo diabólico..... y aun nos queda que ver hoy... y sino...

—Qué?

—De cinco á seis debe venir un caballero, á quien te ha mandado la señora entregarás una carta...

—No me acordaba, ahí en la chimenea la he dejado, dijo Astarté buscándola.... he estado tan trastornada que ni siquiera he pensado en leer el sobre... para saber el nombre.

—Leamos?

—Ah! Dios mio exclamó Astarté, qué cosa tan estraña, mira, el sobre dice!

—Vamos dílo?

—Toma leelo tú.

—Al señor Martin, dijo Leporello, Martin! así se llamaba nuestro antiguo compañero?... pero vá, no será él, la señora no escribiría á un criado.

—Es justo..... además pronto saldremos de dudas, van á dar las seis.



LXXVII.

FATALIDAD.



A casualidad se complació en satisfacer inmediatamente la curiosidad de Leporello y Astarté, y el primero que habia corrido á abrir la puerta, al oír un fuerte campanillazo exclamó:

—Es él Astarté...

Efectivamente era Martin, el cual reconocido inocente despues de una sumaria, habia salido de las

cárceles de Orleans, y llegado por la mañana á París, é inmediatamente le escribió á Vascona pidiéndole le recibiese aquella misma noche.

No menos sorprendido que sus compañeros, Martin les manifestó afectuosamente el placer que tenia en volverlos á ver, pero preocupado por intereses muy graves, no tardó en preguntarles presuroso si estaba su ama en casa. Tengo que hablarle inmediatamente dijo: Astarté resentida un poco de la frialdad de Martin, que atribuía á otras causas le dijo con alguna sequedad:

—La señora ha salido, y ha dejado esta carta para vos.

Nueva causa de sorpresa y de interpretaciones para Leporello y Astarté, fué oír á Martin esclamar con voz desgarradora en cuanto se enteró del contenido de la carta:

Seria horrible Dios mio!

Y como un relámpago salió al punto de la casa.

Hé aquí lo que Vascona escribía á Martin:

«Ven inmediatamente á la *calle del Mercado Viejo*..... Bamboche y yo te esperamos allí...

Llegó la hora en que los tres vamos á ser vengados...»

«Bamboche de Escipion... verdugo de su hija Coscoja, tú del conde Duriveau... verdugo de tu madre.... yo de Escipion y su padre vil estirpe, que yo..... hija del pueblo, juré perseguir hasta la muerte...»

Martin volvió á subir á su cabriolé con la cabeza perdida, y mandó al cochero fuese á galope tendido á la calle del Mercado Viejo.

Dejemos seguir su rápida carrera y digamos lo que hizo Vascona al subir en el coche que la aguardaba en la calle; primero fué á casa de la ma-

dre de Rafaela, preguntó en la porteria si Mma. Wilson acababa de salir con el vizconde Escipion; le fué contestado que sí, y entonces, segura Vascona de que el conde Duriveau se hallaria en su casa esperando la vuelta de su hijo, dió las señas de monsieur Duriveau y por medio del cochero entregó una carta que de antemano llevaba escrita para el efecto, encargando se la remitiesen sin demora, al conde.

Decia la carta:

«Marchad inmediatamente á casa de Mma. Wilson, allí sabreis que Escipion, usando de un engaño asaz, verosímil, ha conseguido conducirla á la calle de *Marche-Vieux*, para vengarse de vos...»

«Acordaos de la princesa de Moutbar, y por el hilo sacareis el hovillo...»

«A tal padre, tal hijo.»

Entregada y recomendada la carta al conserje, marchó Vascona rápidamente al punto de la cita, á la calle de *Marche-Vieux*.

Martin tambien por su parte iba á la misma direccion no menos veloz, preocupado fuertemente en descubrir, por qué estraña casualidad la misma calle, la misma casa y quizás el mismo cuarto, donde algunos años antes fué salvada Regina de la infame asechanza del conde Duriveau, iban ahora á ser el teatro de la venganza de Vascona.

Estraña fatalidad, se repetia Martin; mas de pronto se acordó que en la última entrevista que tuvo con los dos compañeros de su infancia, les habia contado como habia conseguido salvar á Regina de las manos de monsieur Duriveau; confianza muy natural si se considera que Vascona y Bamboche, siempre habian guardado

religiosamente los secretos que eran de los tres. Esta idea fué un rayo de luz para Martin pensó (y acertaba) que aquella confidencia, pudo inducir á Vascona el pensamiento de la terrible venganza que en este momento iba á cumplirse.

Al tocar ya al pasadizo de la casa de *Marche-Vieux*, Martin vió una muger salir precipitadamente de aquel sitio fatal... y desaparecer enteramente en la oscuridad profunda de la calle..... alumbrada apenas por la débil luz de un farol.

Fué tan rápida aquella aparicion, que Martin no pudo absolutamente distinguir ni el talle ni la cara de la muger, é ignoraba si era ó no Vascona.

Por fin paró el cabriolé en la susodicha casa, saltó Martin en tierra y empujando violentamente la puerta, que no vió estaba abierta, le dió tal

impulso que al caer de golpe corrió el picaporte y quedó cerrada la puerta.

Martin no hizo caso, y echó á andar velozmente por el pasadizo oscuro, subió del mismo modo la escalera sin luz, dirigiéndose directamente al tercer piso, pues sus presentimientos le decían que en aquel mismo sitio... donde el capitán Just arrancó á Regina al conde Duriveau, debía ser el lugar elegido por Vascona para el cumplimiento de su venganza.

Con gran sorpresa de Martin, nada turbaba el profundo silencio de la misteriosa casa... llegó en fin al descanso del tercer piso... vió la puerta de la habitacion abierta... guiado por los rayos de una pálida luz... atravesó el primer cuarto...

Y espantado... horrorizado... quedó en pié en el umbral de la puerta

del cuarto segundo... escondido en la oscuridad se apoyó contra el dintel, pues le flaquearon las piernas... perdió casi el sentido al ver el cuadro terrible que tenía á la vista...

Escipion, lívido, moribundo, sin movimiento, bañados los cabellos en sangre que le manaba de una ancha herida en la sien derecha, surcando lentamente por su mejilla, Escipion casi cadáver se hallaba tendido en una cama.

De hipojos á la cabecera de aquel lecho, juntas las manos en ademán suplicante, estaba el conde Duriveau, salpicado con la sangre de su hijo todo el chaleco, bañado en frio sudor el rostro que mas lívido aun que el del agonizante infundia terror y piedad.

Frente á la puerta en donde permanecía Martin pudiendo sostenerse á duras penas, destacábanse en la os-

curidad los rostros de Bamboche y Vascona inmóviles, pálidos y con sarcónica espresion.

El semblante de Escipion aunque sellado ya por la muerte no habia perdido ninguno de sus atractivos... sus lábios helados y cárdenos agitándose débilmente, parecian querer hallar su postrer, sarcástica risa, y descubrian dientes de purísimo esmalte.

En fin, hizo el conde un esfuerzo violento para pronunciar algunas palabras y estas salieron entrecortadas:
—He muerto... á mi hijo... he muerto á mi hijo...

Terrible eco!..... hubiérase dicho que aquel miserable sumido en la especie de delirio en que permanecia, pronunciaba fatal y forzosamente aquellas palabras sin hallar otras, pues que por tercera vez repitió...

—He muerto á mi hijo... he muerto á mi hijo...

Agitáronse convulsos los labios de Escipion, cual si hubiera querido hablar y á poco dijo con sarcasmo que selló su último suspiro:

—Me has muerto... sí... pero..... no importa... yo vencí... no te casarás con Mma. Wilson... tú tienes la culpa... he seguido tu egemplo... *he hecho lo que tú has hecho.....* lo mismo que tú hiciste á la... princesa de Moutbar... Dime..... es muy grande esto..... quién hubiera creído que el padre jóven se convertiria en padre asesino?... vaya que es grande... voy á contárselo al abuelo *Mollejas...*

En el dintel de la eternidad aquella infeliz é indomable criatura terminaba su corta existencia con un sarcasmo.

—Escipion!... hijo mio... no mueras!... gritó el conde con aterrador acento.

Y arrojándose frenético al cadá-





ver de su hijo, cubrió de besos sus manos, su rostro y sus cabellos.

Martin lleno de espanto estaba hecho una estatua; Vascona y Bamboche con enjutos ojos... mudos aterradadores.... señalaban con el dedo con implacable ademán, aquel padre infeliz que se revolcaba fuera de sí sobre el cuerpo de su inanimado hijo...

Aquella fria ferocidad arrancó de su estupor á Martin..... Púsose de un brinco junto á sus compañeros de infancia y en voz baja pero colérica y amenazadora les dijo:

—No, no insultareis con vuestra presencia el dolor..... los remordimientos de un padre que ha muerto su hijo..... os habeis hecho un arma homicida de un secreto que os habia confiado como á una hermana... Vascona, esto es infame!...

—Hermano..... tambien te vengas-

ba... contestó sordamente Vascona.

—No, no tendreis valor para quedar aquí.... para que os vea este desgraciado.... vos, causante de este horrendo crimen! gritó Martin con voz tan conmovedora..... tan suplicante, aunque severa, que Vascona, alterada por la reconvencion de Martin, se ocultó á la sombra en la segunda habitacion..... de manera que no pudiese percibirla el conde..... mientras que Bamboche continuaba contemplando con los brazos cruzados en el pecho, y con brutal complacencia esta horrorosa escena.

De pronto se percibió en el recinto un ruido sordo y confuso que parecia procedente de fuera de la casa; y poco despues conmovian violentos golpes la puerta de la calle que habia vuelto á cerrar Martin.

Aquel ruido no escitó la atencion del conde Duriveau casi loco de de-

esperacion, el cual estrechando constantemente entre sus brazos el cuerpo inanimado de su hijo, daba convulsivos gemidos y gritos desgarradores é inarticulados; pero Bamboche, que estaba con cuidado, á penas oyó los golpes cada vez mayores que conmovian la puerta, se volvió á unir á Vascona en el interior de la habitacion, donde esta se habia retirado obedeciendo las órdenes de Martin; y entreabriendo una de las ventanas que caian á la calle, gritó el bandido:

—Guardia! estoy preso... la policia me seguia la pista..... me habrá reconocido... y seguido á mi venida de casa de Vascona á aquí..... si me detienen..... dijo con feroz sonrisa y abriendo un largo puñal, les costará caro!

—Una muerte! gritó Martin corriendo hácia el bandido, una muerte... tú... jamás!

—Esta es la segunda! dijo Bamboche con horrenda ironía desprendiéndose de Martin que le sujetaba.

—Pero es verdad!... te perseguían justamente... murmuró Martin abatido. Tú has hecho una muerte!!

—Pero esta muerte, dijo Vascona á Bamboche, llena de temor, pues este le habia ocultado el crimen á fin de refugiarse en casa de aquella, esta muerte... la hiciste defendiéndote? en una riña?

—Yo he hecho dos muertes..... y para robar, respondió Bamboche con prontitud. Pero una mas..... dos mas... para salvarme.... tanto peor! no me cortarán el cuello mas de una vez..... adios, amigos míos, os he vuelto á ver... dadme la mano..... y hasta la vista.

Vascona y Martin rehusaban llenos de espanto admitir la mano que les daba Bamboche.

—Ah! dijo el bandido con feroz emocion; el asesino... os horroriza... ni aun quereis tocar su mano... Tanto miedo..... esto me hará tan feroz como un tigre..... mataré por matar...

De repente se oyó fuera entre el tumulto que se aumentaba cada vez mas la voz de la justicia gritar:

—En nombre de la ley!... abrid... abrid...

—Oh! Dios mio! gritó Martia escitado por una idea repentina, esto es horrible... á este desgraciado... que acaba de matar á su hijo... le van á hallar cubierto enteramente... con su sangre...

—Detenido con un conde... asesino! que honor para mí! gritó Bamboche con carcajada diabólica.

—A pesar de la especie de delirio en que se hallaba Mr. Duriveau, vuelto en sí por el ruido cada vez mayor

que hacian fuera, se encamina bruscamente al lecho de muerte de su hijo, escucha y percibe despues á Martin que venia perdido de la habitacion sin salida donde se hallaban todavía Vascona y Bamboche.

—Martin, gritó el conde volviéndose atrás con estupor. Vos aquí!....

—La guardia está abajo..... y vá á subir, gritó Martin...

—Ah!... yo he muerto á mi hijo... murmuraba Mr. Duriveau yerto de miedo, el cadalso me espera.

Y la fuga... es imposible... dijo Martin desesperado.

—Oh! salvadme!..... murmuró el conde en el primer movimiento de espanto, salvadme!..... tambien vos sois hijo mio! No estais aquí para insultarme en mi desesperacion... por mi crimen. Yo he llegado á conoceros, y sois generoso. Estais aquí para salvarme..... no es así? Habiendo

socorrido á otros muchos..... tened piedad de mí. Oh! el cadalso! pues bien! sí, yo estoy abatido..... tengo pavor... os imploro...

—Se hundió la puerta, gritó Martin de repente; el desgraciado... está perdido!

Efectivamente la puerta acababa de ceder; y el ruido del tumulto exterior suspenso hasta entonces por aquel obstáculo, se sintió en la escalera como una esplosion, y resonaron inmediatamente en sus gradas inferiores pasos precipitados.

—Suben! gritó Martin prestando atencion. Ah!... se detienen en el primer..... Pero van á venir aquí. Oh! no poder salvar á este desgraciado... salvar á mi padre del patíbulo!!!

Hubo tanta emocion en el acento de Martin al pronunciar estas palabras, que arrojándose el conde por primera vez en los brazos de *su hijo*

volvió á decir no con abatimiento y terror, sino con firmeza :

—Sí, yo soy... *vuestro padre*... os lo digo... delante del cadáver de este desgraciado niño... víctima mia... sí, yo soy vuestro padre.... y al menos esta última vez no me desdeñareis...

—Qué haceis? al ver que el conde se dirigia á la puerta. Todavía están en el segundo piso... reconociéndole. Lo oís?... Dónde vais?

—Libradme..... proteged mi crimen... La sangre que he vertido debe recaer sobre mi cabeza, dijo el conde con una resignacion llena de valor y de magestad.

—Vamos, hijo mio... dijo él, vamos... vuestro brazo... No es el corazon lo que me falta... son las fuerzas...

Apenas acabó de pronunciar el conde estas palabras dirigiéndose hácia la puerta, cuando Bamboche, que

hasta entonces permaneció desapercibido en la sombra de la habitación inmediata, salió y dijo á Mr. Duriveau con un tono lleno de dignidad que contrastaba notablemente con la brutalidad ordinaria de su lenguaje:

—Caballero, no es al conde Duriveau á quien voy á salvar del patíbulo... sino al padre de Martin...

—Qué piensa hacer? gritó este; donde vá?

—A decir que yo he muerto al vizconde... se me creerá... diré que entré aquí por primera vez para robar... que estaba con una muger, y los dos gritaron... que le herí; que cinco minutos despues llegó aquí su padre que le buscaba para prenderle... vió á su hijo ensangrentado, se arrojó á él, y... hé aquí por qué tiene tu padre sangre en su chaleco.

—Aceptar tal sacrificio de vuestra parte, jamás, dijo el conde.

—Decid pronto por qué, pues yo he muerto dos, dijo Bamboche á Martin; uno mas no es nada, yo solo tengo una cabeza que puedan cortarme... Adios, hermano... la última oracion (y dos lágrimas humedecieron los feroces ojos del bandido).... Ven con Vascona *la víspera del dia... que* (y llevó la mano á su cuello).... comprendes..... adios otra vez, hermano.

Y antes que el conde y Martin hubiesen podido moverse, se arrojó Bamboche á la escalera como si esperase escapar abriéndose paso entre los agentes de policia y los soldados, parte de los cuales encontró en el tramo del segundo piso iluminado por muchas luces. Héle aquí... yo le conozco... detenedle, gritó un agente al ver á Bamboche, pálido, con la cabeza descubierta, el vestido desordenado y blandiendo su puñal arro-

jarse al grupo, hiriendo levemente uno de los de la policía, no por ferocidad, pues pudo matarle, así lo dijo despues á Martin, pero queria hacer mas *verosimil* la escena. A pesar de su enérgica resistencia, que él mismo creyó desde luego inútil, le prendieron y ataron; y durante algunos momentos de calma, despues de arrestarle, dijo con su espantoso cinismo:

—Pero hablemos sinceramente. Confieso las dos muertes de que se me acusa, y ademas otra...

—Otra muerte! gritó el magistrado que acompañaba la fuerza armada, otra muerte!

—Sí, un jovencito. Estaba ahí, con una muger; yo entré en esta casa para robar, sorprendí á los amantes, se amedrentaron y gritaron: «ladrones.» Para hacer callar al jóven le herí de un silletazo. Y allá está!

—Pero dónde ha sucedido esto, miserable? gritó el magistrado.

—Al poco rato sentí haber sido tan brutal, dijo Bamboche sin responder á la pregunta que le acaban de hacer; porque llegó el padre..... y al verle, arrojándose al cuerpo de su hijo á mi pesar, me desazoné.

—Pero dónde ha sucedido eso? repuso el magistrado.

—Arriba... en el tercer piso, dijo Bamboche; allí hallareis al padre. Parece que espiaba al hijo, y quiso sorprenderle con esta muger, pues él y otro hombre llegaron en el momento que yo acababa de dar el golpe; ellos no pensaron sino en auxiliar al jovencito; el padre se echó sobre él... de tal modo que se llenó completamente de sangre.... Yo, yo escapé... vosotros me pillásteis... mi negocio es claro... pero yo no haré dengues ante la guillotina...

Es inútil decir que merced á la sangre fria y á la increíble presencia de ánimo de Bamboche, unidos desde luego á la verosimilitud de sus confesiones y á la parte real de sus aserciones, el crimen del conde Duriveau no fue sospechado ni remotamente; su conmocion, su palidez y aun la dificultad en responder á las primeras preguntas del magistrado, interrumpidas á propósito por este, á causa del sentimiento de conveniencia y de piedad que le causó tan cruel infortunio, se atribuyeron á la terrible emocion que debia experimentar aquel desgraciado padre por la muerte de su hijo.

Al solicitar y conseguir una órden para prender á Escipion, no ocultó el conde que queria sustraer á su hijo de la influencia de una pasion peligrosa; pareció por lo mismo muy natural, que viéndose el vizconde

espuesto á ser preso en casa de Vascona, se escapase de allí, y la buscase en aquel lugar oscuro y aislado. Así se esplicaba la presencia de Vascona en el teatro del crimen, y la venida del conde despues que pudo enterarse del sitio en que se ocultara su hijo huyendo de la prision.

Por último, quién pensará que en lugar de creer las confesiones tan probables de un malvado, culpable ya de dos muertes, se pudiera imaginar acusar de asesino de su hijo á un hombre respetable, ocupando en el mundo el lugar que ocupaba el conde Duriveau por sus relaciones y por su inmensa riqueza?

El proceso de Bamboche se instruyó muy pronto; y declarado culpable de tres muertes, fué condenado á la última pena.

Ni Martin ni Vascona olvidaron la

promesa que hicieron á su compañero de niñez.

La víspera del dia de la ejecucion y á virtud de gracia especial debian reunirse por última vez los tres amigos en el calabozo en que Bamboche esperaba la muerte.



LXXVIII.

LOS TRES AMIGOS DE INFANCIA.



EL cuartito donde habian puesto á Bamboche en capilla no tenia mas muebles que una cama de hierro, una mesa y una silla enclavadas al suelo. Detrás de la maciza puerta se paseaba un centinela. Haria cosa de un cuarto de hora que estaba Vascona con Bamboche, cuando llegó Martin acompañado del alcaide de la cárcel.

Desde la ocurrencia fatal de la calle de Marche-Vieux, cuando prendieron á Bamboche, Martin no habia vuelto á ver á sus compañeros; al hallarlos reunidos en aquel triste sitio, al estrechar sus manos, prorumpió en fuerte llanto; pasada esta primera emocion que los tres esperimentaron sinceramente, Martin le dijo á Vascona:

—Fuí á buscarte á tu casa, segun me lo indicabas en tu esquila...

—Motivos preponderantes me han obligado á no esperarte, pues tenia razones, que luego sabrás, para venir aquí antes que tú..... y Bamboche y ella se miraron misteriosamente... de un modo extraño...

—Ante todo, Martin, dijo Bamboche interpelándole vivamente; que es de mi hija?... de Coscoja?...

—Sigue muy bien. Fuí á sacarla del sitio donde la escondió Claudio

Gerard; una buena chica del cortijo cuidaba de llevarle diariamente de comer, y se ha demostrado de un modo tan evidente la inocencia de Coscoja que han desistido enteramente de la acusacion de infanticidio.

—Y ahora, dónde se halla la pobre niña? preguntó Bamboche.

—Con mi madre y Mr. Duriveau.

—Vamos... me tranquiliza mucho ver su suerte asegurada, dijo el reo un poco conmovido... dime... no sabe nada de mí.... no es verdad?.....

—Nada... mi madre... en algunos lívidos intervalos que tiene á veces... la rodea de tiernos cuidados..... la colma de caricias...

—Cómo! observó Vascona..... tu pobre madre está de nuevo loca?...

—Sabeis que tuvo un letargo tan fuerte y tan prolongado que creyeron habia muerto... pues cuando salió de él... se ha notado que nueva-

mente se han alterado sus facultades intelectuales... pero no es cosa grave, mucho menos que antes.... ahora su estado se reduce á pasar dias enteros sumida en un profundo estupor, durante el cual, ni oye ni entiende lo que le hablan: es insensihle á cuanto vé... pero pasada la crisis recobra la razon.

—Y tu padre?.... preguntó Vascona.

—En ocho dias se le ha vuelto el pelo blanco como la nieve. Ha dejado Paris para siempre, ha hecho trasladar á Sologne el cuerpo de Escipion... y él mismo ha marchado allí... donde piensa vivir en lo sucesivo.

—Y ahora, cómo se porta contigo y con tu madre? preguntó Bamboche.

—A estas horas se han publicado ya las amonestaciones para casarse

con mi madre, contestó Martín.

—Y eso á pesar de tener tu madre la cabeza trastornada? dijo Vascona maravillada.

—Sí, á pesar de todo, contestó Martín; pues hé aquí lo que monsieur Duriveau repite sin cesar: «Por mi crueldad ha perdido el juicio, yo debo tratar de curarla á fuerza de cariñosos cuidados..... la deshonoré, y debo tambien darle mi nombre para que recupere el honor.»

—Qué cambio! dijo Vascona sonriendo amargamente, y añadió con tono seco: y Mma. Wilson?

—Marchó á Inglaterra con su hija, pero la infeliz, dijo Martín lleno de pesar, conserva ya poca esperanza de salvar á Rafaela.... que está muriéndose...

—Y Claudio Gerard?... preguntó Bamboche.

—No se aparta de mi madre ni de

Mr. Duriveau, quien con humildad profunda le ha dado mil satisfacciones públicas y particulares, que han ablandado el corazón del hombre generoso, que no ha podido ver el hondo sufrimiento, los remordimientos continuos de mi padre, sin sentirse conmovido... Claudio Gerard ha desechado para siempre la cruel misantropía nacida en él de resultas de las persecuciones injustas, de las cuales fue víctima largos años.... Mr. Duriveau por su parte solo piensa en una expiación grande, noble, generosa; para reparar los males que ha causado... tiene proyectos vastos que redundarán en la felicidad de los infelices que le rodean y que tanto tiempo se han visto diezmados por la miseria y la enfermedad.

—Como Vascona, repito, qué cambio! dijo Bamboche, y riendo terriblemente añadió:

—Lo que es, con todo matar á un hijo! medio infalible de moralizar á un hombre.

—Siempre el mismo, dijo tristemente Martin... Hasta ahora Bamboche!...

—Pardiez, ahora mas que nunca, dijo el bandido echándose á reir. Quieres que porque mañana me cortan el pescuezo... me vuelva hoy bondadoso... y virtuoso.

—Ah amigo! dijo Martin, á pesar de todo, hay en tí rasgos de sublime virtud, piensa en lo que has hecho por mi padre.

—Rasgo sublime! dejarse prender cuando no puede uno escapar, verdad?

—Y el dia en qué robaste al doctor Clemente, y dejastes cuanto habias cogido por no comprometerme... no hicistes una accion buena y grande?..... Ojalá estos recuerdos sean

el consuelo de tus últimos momentos!

—Simplezas..... no obstante esos buenos sentimientos, he muerto á hacbazos un anciano y su muger para robarles veinte y tres francos...

—Pero te arrepientes de aquel crimen atroz?... exclamó Martin.

—No lo creas.... tenia hambre.... frio... y con los veinte y tres francos.

—Escucha Martin.... le dijo Vascona viéndole estremecerse al considerar tanta dureza de corazon..... reflexiona un instante en lo pue á tí mismo te ha pasado y verás que Bamboche merece se le disculpe, si se considera que tú que habias mamado los sanos principios de Claudio Gerard..... y que tú ademas, dotado de buenos sentimientos naturales has estado á pique de ser el cómplice del Anfisbena después de haber luchado

cuatro dias consecutivos entre el hambre y el frio.... sin poder hallar trabajo, es cierto?

—Demasiado cierto, contestó Martin abatido.

—Y llegándote á convencer de la imposibilidad de subsistir, añadió Bamboche; no te decidistes á esperar la muerte en el fondo de una cueva, porque te arredraba el suicidio?.... Pues bien! acuérdate, que yo he visto morir á mi padre sin auxilios de nadie, que luego le ví despedazar por los cuervos, que me cupo en suerte tener de mentores al Anfisbena y á Lebrelin, ser destinado á concluir mi fatal educacion en una carcel, y por último, me he criado como un lobo, como un lobo he vivido..... y muero lo mismo, royendo los barrotes de mi jaula... Ni merezco inspirar interés, ni deseo que me compadezcan; acabo como empecé...

me cortan la cabeza... hacen bien.... usan de su derecho... En mi infancia me ha tratado la sociedad como un perro vago... cuando me salieron los colmillos la traté como perro rabioso..... hay en todo esto fatalidad..... nada mas.

Al pronunciar estas últimas palabras, el reir de Bamboche, era contraído, casi doloroso.

Martin no pudo adivinar si era efecto de dolor moral ó físico, pero sí notó ser mucho mayor la palidez de Bamboche.

—Tampoco debes echar al olvido, mi buen Martin, observó Vascona siempre impasible; que Bamboche y yo fuimos entregados al vicio, corrompidos desde nuestra niñez..... y mas adelante siempre espuestos á las terribles consecuencias de la miseria y el abandono.

—Con todo, añadió Martin con a-

margura..... tambien vosotros pudisteis salvaros..... prueba de ello, son los dias que pasamos en *nuestra isla*... los recordais aun?..... Quién hubiera dicho, Dios mio!... cuando en aquellas hermosas y apacibles noches de verano, escuchábamos los dos la voz inspirada de Vascona, pidiendo al cielo que nos proporcionase una vida honrada y laboriosa, quién nos hubiera dicho, Dios mio! que algunos años despues nos reuniríamos los tres, donde estamos ahora!....

Y Martin no pudo contener el llanto.

En este momento Bamboche cuyo rostro se iba poniendo cada vez mas pálido, pareció experimentar una penosa opresion y su feroz semblante se descompuso notablemente.

—Qué tienes? le preguntó solícito Martin.

—Nada, añadió el bandido mirando de nuevo á Vascona de un modo singular: nada Martin, y le tendió la mano; soy de hierro, bien lo sabes, pero ese hierro tú y Vascona solos lo ablandais.... teneros abí á mi lado... y pensar que mañana... es cosa capaz de mover á un bronce... pero pasa esta impresion... ya ha pasado.

—Tienes la mano helada.... exclamó Martin estrechando entre las suyas la que le habia tendido Bamboche.

—Qué tiene eso de particular?.... dijo Vascona... mira..., yo tambien tengo las manos frias.

—Heladas... tambien, añadió Martin cada vez mas sorprendido.

—Es muy sencillo, dijo tranquilamente Vascona, la emocion.....

—Pardiez, la emocion sí... añadió Bamboche y se le serenó el semblante.

A pesar de cuanto decían, Martín se sentía acometido por una angustia inesplicable, por un vago terror, pues á veces le pareció que la frente de la jóven se arrugaba convulsivamente como si luchase contra un dolor interno... pero por otra parte Vascona seguía hablando con su acostumbrada ironía y con tal tranquilidad, que Martín olvidó sus temores. Callaron unos instantes y despues Vascona, tomó de nuevo la palabra. Quieres mi buen Martín que te dé una prueba mas de lo que antes te decia, que nuestra juventud, habiendo sido viciada, contagiada para siempre, desgraciadamente no habia cura para nosotros? prueba evidente de ello es que mi corazon encierra tanto ódio, tanta desesperacion como el de Bamboche.

—Es posible! exclamó Martín, tú, tú que reunes todas las dotes que pro-

porcionan la juventud, la hermosura, la riqueza y el genio! tú cuya gloria se estiende de uno á otro mundo..... blasfemas hablando así! Bamboche puede abonar en favor suyo la atmósfera corrompida en la que ha tenido necesidad absoluta de vivir en la miseria, en la bajeza, cubierta la frente de baldon y bebiendo cada dia en la copa amarga del infortunio! todo reunido esplica, disculpa la hiel que encierra su corazon contra la naturaleza que le ha condenado á tales resentimientos!..... si aborrece á la humanidad entera mañana paga con su cabeza el derecho de maldecir la sociedad que le ha abandonado á todas las eventualidades del mal! pero tú... que si bien..... sufristes una infancia terrible, mancillada... por tí, lo sé... has conseguido sin embargo, en dos años escasos, alcanzar una fama brillante... un caudal inmenso, tú

que tienes á tus piés un mundo entero que te lleva en triunfo, que te prodiga honores y coronas, mas resplandecientes que las que ciñen los soberanos, te atreves á hablar de ódio, de desaliento y esperanzas perdidas, cuando en torno tuyo debia respirar todo amor, mansedumbre y gratitud!.....

Vascona prestaba atencion á las palabras de Martin, siempre con sardónica calma; de vez en cuando trocaba una mirada de inteligencia con Bamboche que puesto de codos sobre la mesa, y con las manos puestas en la frente trataba de ocultar sin duda sus intensos padecimientos, pues á pesar de su fuerza moral, un sudor frio le caia gota á gota por la cara.

Vascona sonriendo le dijo á Martin:

—Con que... tú opinas que soy un

mónstruo de ingratitude para con mi brillante destino.

—No... he cambiado de parecer, debes ser muy desgraciada, en extremo, para ser insensible á semejantes halagos... así es que ya no me atrevo á vituperarte...

—Desgraciada si lo soy!..... dijo Vascona con su voz clara y vibrante, desgraciada tanto ó mas que lo fui en los dias aciagos de mi vida pasada....

Al ver Vascona la impresion penible que sus palabras producian en el ánimo de Martin, le dijo:

—Así..... tú crees que un poco de oro, un poco de genio, unos ramos y alguna fama, y mucho de todo esto si tú quieres... bastan para purificar un cuerpo y una alma que durante diez y seis años se han arrastrado en el cieno impuro de la miseria y el vicio? Tú lo crees Martin!..... puedes imaginar que porque un público me

haya prodigado mil bravos.... porque algunas señoras y algunas reinas me hayan llamado... *su querida y sublime amiga!*..... porque cuantos hombres me han conocido, pobres y poderosos hasta soberanos.... me hayan dicho ó escrito en resúmen: *sois hermosa, adorable, sin igual..... admitidme por vuestro amante?*... de jo por esto de haber sido prostituida desde la edad de ocho años... y de haber consentido en ser mas adelante no solo el juguete y la víctima del Lord Castelby... pero lo que es mas horrible, la cómplice de sus monstruosas depravaciones...

Martin callaba, miraba á Vascona lleno de espanto... sin hallar nada que replicar... pues muchas veces estas ideas le habian ocupado y conociendo cuán inútil era querer borrarlas, siempre las alejaba de su mente, deseoso de que una escepcion feliz

destruyese sus tristes previsiones.....

—Vamos... piensas tú que un baño de oro, que el humo del incienso que han quemado á mis piés, pudiese lavar semejantes manchas?... preguntó Vascona con la tranquilidad impasible que revestía sus espresiones de tan punzante ironía; ignoras amigo, como cunde, penetra la lepra que se pega siendo saltímbanquis, vagamunda, ladrona, cantora de calle y comparsa de un teatro? ignoras lo que influye en el porvenir haber uno entregado su cuerpo sin amor y hasta sin deseos... porque la precoz corrupcion de mi infancia mató mis sentidos, antes que la naturaleza los despertase en mí.... de ahí ha resultado, que he sido siempre un animado mármol.

—Dios mio.... Dios mio!... es horrible...

Has pensado quizás que he reco-

brado mi virginidad, añadió la infeliz mofándose de ella misma, con ironía impasible. Demasiado puedes comprender que una jóven hermosa, sin recursos de ninguna clase, debe haberse visto precisada á entregarse un dia por pan, otro por un asilo á los entes mas despreciables..... es la moneda corriente que abre la puerta de una vil taberna donde nos permiten á ese precio cantar para recoger unos cuartos, es la misma moneda que te pedirá todo empresario para recibírte en su teatro... Y quieres tú que la que así se vende para comer, para vivir, para trabajar... no se envilezca para siempre?... y sueñas con que *la gloria* baste para destruir el gusano roedor que ha carcomido el alma, y sea suficiente para curar esa lepra contagiosa; no, no... es imposible...

—Infeliz ahora te comprendo...

—Y dí? de semejante envilecimiento á la maldad, al ódio, á la desesperacion hay tanto trecho?.... Me dices, ten mansedumbre, cariño y gratitud para ese mundo que te prodiga oro, triunfos y coronas tributados á tu canto, á tu hermosura; mañana esa misma sociedad me miraria con desprecio, me echaria al olvido si desapareciera mi belleza si me faltára la voz... ese mundo me ha levantado del suelo como se levanta una flor brillante sin mirar si la ha producido un suelo vírgen ó un asqueroso estiércol; marchitada la flor se arroja con indiferencia.

—Pero en fin la gloria es algo?.... exclamó Martin no pudiéndose conformar con ver una existencia tan brillante, despojada de toda ilusion. No es algo entusiasmar á un pueblo entero, oír sus aplausos frenéticos?....

Vascona se encogió de hombros.

—Tambien en mi infancia, cuando estábamos con Lebrelin, á la edad de ocho años, me aplaudian ya con *passion, causaba fanatismo*. Cuántas veces no se han batido á la puerta de nuestro miserable tablado para verme?... pues bien, puedes creerlo, te hablo ahora sin disfraz alguno, mucho mas me han conmovido los toscos aplausos del pueblo, que los bravos entusiastas de la gente del gran mundo...

—Pero al menos, confiesa que te has enorgullecido de ser, de sentirte una artista sublime! exclamó Martin; noble y legítimo orgullo que habrá llenado algo el inmenso vacío de tu corazón.

Vascona soltó una estrepitosa carcajada.

—Sí, es cierto, muchas veces me he repetido.... *Soy realmente una artista sublime..... es indudable, tengo un*

talento portentoso... bueno! y qué?...

Martin no supo que contestar á estas últimas palabras *bueno! y qué?...*

Palabras espantosas si se tiene en consideracion el desden con el cual las pronunció Vascona, que barto comprobaba cuan sinceras eran.

—Convendré, si lo deseas, en que una vez, diez veces he sentido lo que tú llamas *legítimo y noble orgullo de mi genio...* y luego qué queda? no es siempre lo mismo... siempre la misma vanagloria de uno mismo, vanagloria que de continuo producida por una causa igual, motiva siempre efectos iguales..... á los seis meses disipados los vapores de la embriaguez, del orgullo.... dá náuseas tanta ridiculez...

—Pero, observó Martin no queriendo hasta lo último abandonar el terreno de la discusion, si tu alma no resiente tampoco ni la alegría del or-

gullo, no negarás que la gloria te proporciona oro, cuánto oro puedes desear.

—Oro?... qué falta me hace á mí? para ser bella no necesito galas..... y no hay en el mundo un ser á quien yo quisiera agradar..... He vivido tanto tiempo en fatal miseria..... que poseer lo necesario es un lujo para mí. Sin embargo, quise probar la opulencia, la magnificencia, al mes estaba harta y cansada..... Puede acaso compararse el estúpido goce del lujo con el entusiasmo de la gloria?..... y la gloria no me entusiasmaba...

—Pero con dinero... se puede hacer tanto bien...

—Y lo he hecho, mucho, mucho bien! En cuanto fuí rica di pasos para hallar á mi familia..... mi padre y mi madre habian muerto... solo quedaba de mi numerosa familia dos her-

manos y una hermana... los otros dispersos, quizás también difuntos... nadie sabía de ellos..... Quién sabe nunca el paradero de los infelices como nosotros?..... nacen y mueren sin que nadie lo note ni los eche de menos?..... Aseguré la suerte de mis tres hermanos á muchos otros he aliviado en sus infortunios... y luego vino un día en el que me dije también: qué es la caridad? como había dicho antes, qué es la fortuna, la gloria?... Y luego qué?...

—Con qué así, añadió Martín dolorosamente conmovido. Ya tu corazón viciado desde la niñez, está cerrado para siempre.... á cuantas emociones puras, generosas, fecundas existen... y solo vive animado por el sentimiento estéril, mas terrible que la muerte: *el ódio!!*

—Sí! sí! largo tiempo he saboreado el acerbo placer de la venganza!

esclamó Vascona, volviéndose pálida como una muerta y cubierta la frente de sudor frio lo mismo que Bamboche: este por su parte seguia con la cabeza apoyada en las manos fija la mirada, sonriendo á veces en señal de aprobacion, á las palabras desconsoladoras de Vascona, pero era su reir siniestro, convulso, doloroso y poco á poco se le iban descomponiendo totalmente las facciones, Martin no habia notado la alteracion marcada de las facciones de Bamboche, ocupado en escuchar las terribles confesiones de Vascona que embargaban enteramente sus sentidos. Esta volvió á repetir.

—Si largo tiempo! saboreé el acerbo placer de la venganza! oh con que alegría veia yo á esa maldita raza de los Escipion y de los Castelby seducida, encantada y embriagada de amor..... para luego tener la dicba

de verlos morir de desesperacion..... cuántas lágrimas les he hecho verter, cuántos sacrificios les he costado, cuánta sangre han derramado por mí esos viles vástagos de un árbol maldecido!... pero... añadió Vascona con aire melancólico..... pero luego..... aquellos mismos resentimientos, alimento único de mi existencia... se amortiguaban...

—Qué dices? exclamó Martin.

—Entonces para reanimarlos, añadió Vascona; sola, á pié..... me encaminaba hacia los barrios bajos, donde crecen y viven nuestros semejantes, disputando su miserable existencia á la miseria y á los vicios que ella engendra... aquel fatal espectáculo avivaba mi ódio, lo acrecentaba en proporciones gigantescas... derramaba en mi alrededor cuanto oro llevaba, y lleno el corazon de hiel, volvía á mi casa, á esperar en mi sala á

los ricos, á los afortunados que llenaban de desprecios á nuestros pobres hermanos... abandonados y miserables como nosotros lo fuimos un día...

Oh! aquellos..... en que hacia esas escursiones mi sangre se agitaba, mi ódio me hacia imaginar las venganzas mas feroces, semejantes al genio del mal los hostigaba invisiblemente unos contra otros y conseguia verlos deshonorados... arruinados..... suicidarse..... matarse entre sí hasta ver á un padre asesinar á su hijo..... pero luego me acometia el tedio, y perdia mi energía febril..... entonces para ahogar mis pensamientos tomaba ópio y me entregaba al adormecimiento total de mi ser...

—Infeliz! infeliz!

—Una sola esperanza me sostenia, la venganza que queria tomar de Escipion y su padre, venganza terrible

porque un mismo golpe debia vengar tus injurias... las de Bamboche... y las mias..... la he cumplido ya esa obra sangrienta sin compasion.... sin remordimientos, y á estas horas está mi alma tan abatida como antes.... y me repito con convencimiento profundo lo que tantas veces me he dicho á mí misma.... que significan las palabras *gloria, amor, riquezas, caridad, venganza y amistad... perdona, hermano mio*, esta blasfemia.... todas palabras vanas, *vanidad y vanidad....* ya ves que me he vuelto devota..... y... yo...

Vascona no pudo proseguir; faltáronle las fuerzas ficticias que sacaba de un valor moral, extraordinario.... pero de pronto el mal físico la venció, sus ojos se turbaron, sus lábios, ya frios, se volvieron cárdenos, un temblor general se apoderó de ella, sus dientes rechinaban.

—Dios mio, Vascona..... qué tienes? exclamó Martin... volando á su socorro, y ayudándola á sentarse en la cama, y espantado de los síntomas que veía añadió:

—Mira Bamboche.... en que estado se halla Vascona...

—Ya la veo... contestó el bandido apartando las manos que hasta aquel momento ocultaron su rostro, y Martin pudo ver entonces los estragos de una lenta agonía.

—Cielos!.... tú tambien, qué tenéis?... exclamó Martin. Socorro!... socorro!...

—Calla! le dijo Vascona haciendo un postrer esfuerzo para ahogar sus gritos con su helada mano. Silencio Martin... déjanos... Bamboche escapa del cadalso... yo me libro de la vida!!!

—Es horrible, Dios mio... los dos! exclamó Martin completamente tras-

tornado. Un veneno!! quizá!!!

—Sí, dijo Vascona, le he traído en un anillo..... y el carcelero no ha podido verlo...

—Morir tan joven... tan hermosa... en la mas honda desesperacion; exclamó Martin.

—Y en esta hora suprema.... repito, *y qué?* murmuró Vascona.

—Adios Vascona, adios Martin!... añadió Bamboche agonizando... muero como un perro... sin creer... sin haber creído en nada.... pero he guardado fielmente los juramentos... de... nuestra infancia.

Y abriendo con dificultad la chaqueta que habia revestido en la cárcel, descubrió su ancho pecho, donde llevaba grabados con caracteres indelebles:

A VASCONA MIENTRAS VIVA,
SU AMOR Ó LA MUERTE.

15 de febrero 1826.

**AMISTAD FRATERNAL MIENTRAS VIVA
Á MARTIN.***10 de diciembre de 1827.*

—Ay! exclamó Martin con desesperacion. Pongo por testigo ese generoso sentimiento de amistad que siempre ha imperado en nosotros... que ambos nacisteis para el bien... pero abandonados sin compasion desde la infancia por una sociedad madrastra... moris mártires de ella!!!!

—Hermano, dame otra vez tu mano, dijo Vascona cayendo moribunda en el lecho, puedes ya pedir socorro... pídelo!!...

Martin pidió en efecto socorro, pero fue en vano.

A la siguiente noche Martin acompañaba solo al campo del reposo eterno, el doble féretro de Vascona y Bamboche.



EPILOGO.

LA ESPIACION.



AS de un año había transcurrido desde la muerte de Vascona y Bamboche.

El mes de octubre rayaba á su fin.

Un viajero que quince meses antes hubiera recorrido la parte de Sologne, en que pasó la esposicion de nuestro relato, y que en la época en que esta-

mos hubiese cruzado por aquellos campos, se hubiera preguntado una y mil veces por cual prodigio se hallaban tan completamente desconocidos.

En efecto, en quince meses, las cinco ó seis leguas de territorio, propiedad del conde Duriveau, cinco ó seis leguas de terreno, en otro tiempo tan desierto, inculto y malsano, aquel pais habia mudado no solamente de aspecto, sino tambien de naturaleza. Todo respiraba limpieza, vida, salud y holgura; casas bien construidas, boyadas y rediles cómodos, árboles, frutos, canales, todo, todo en fin, indicaba que una mano benéfica gobernaba aquella tierra, antes germen de enfermedades, y luego germen de comodidad y bienestar.

La pequeña aldea de Tremblay y el semi-castillo feudal; habian tambien seguido la metamorfosis.

El cuerpo principal con sus dos alas habia quedado en pié y se habian estas prolongado hasta formar un inmenso paralelógramo. Una espaciosa galería de piedra sillar, seguia en el interior las líneas del paralelógramo, y formaba una terraza en el cuarto principal, y en el bajo un abrigo que permitia recorrer todas las construcciones sin temor de lluvia ni sol.

En la parte trasera estaba un jardin cuyos paseos y caminos, todos partian de un centro en el cual habia un cenador con cuatro bóvedas de mata, en cuyo frontispicio se leia la siguiente inscripcion, máxima favorita del doctor Clemente, citada ya en las memorias de Martin :

NADIE TIENE DERECHO A LO SUPERFLUO

EN TANTO QUE NO TODOS TIENEN LO NECESARIO.

Por la noche aquel jardin y aquellas bóvedas, estaban alumbradas po-

el gas, cuya resplandente luz se deramaba por todo el ámbito.

Digimos ya que el mes de octubre espiraba. Erase un dia de esos cálidos y encantadores; dias asaz frecuentes en otoño. Un ligero coche, especie de faeton, tirado por dos caballos de modesta apariencia, pero ágiles y vigorosos, detúvose en el punto mas alto del camino. recientemente construido, y desde el cual se descubrian todas las innovaciones de que acababamos de hablar.

Un hombre y una muger, jóvenes aun, ocupaban el coche, cuyo tiro guiaba el hombre; mientras que en el asiento de atrás estaba un criadito de unos quince años y una doncella; dos maletas de cuero colocadas en la caja delantera del faeton, anunciaban que Mr. y Mma. Just Clemente (tal era el nombre de los dos personajes), viajaban á cortas jornadas.

—A qué objeto se destinarán tan vastas construcciones? preguntó Regina á su esposo... mira... es un golpe de vista magnífico.

—En efecto, contestó Just, todo está recientemente hecho, y todo revela un trabajo de increíble actividad.

—Y sin embargo, no hemos dado con nadie en el camino... Es raro.... no es verdad Just?

—En verdad que es singular.... si quieres preguntaremos y sabremos á que objeto se destina tan magnífico establecimiento.

—Y quizás se nos permita verlo.

—No dudo que así será. como vos os encargueis de la petición, señora, dijo Just con chancero acento.

—Vamos señor adulador, contestó Regina en igual tono, guiad nuestros pobres caballos hácia ese palacio encantado.

—Obedezco, dijo Just mirando á

su esposa con ternura; y ahora te toca á tí, hermosa hada, encanto de los ojos, usar todo tu poderoso influjo, para que se desvanezcan cuantos obstáculos puedan oponerse á nuestra curiosidad.

—A pesar de la poca fé que tengo en mi papel de hada, probaremos.... dijo Regina sonriendo y luego añadió: Hablando formalmente, mi adorado Just, creo que no hay cosa tan independiente como nuestro modo de viajar por ese desierto pais.

Diez minutos despues apeábanse ambos esposos á la puerta de un patio inmenso, y Just preguntaba á una muger fresca, rolliza y jóven aun, vestida con sencillez, pero con suma limpieza y decencia; lo que en su traje llamaba la atencion era una medallita de plata, que sujeta á un cordon azul le pendia del cuello; la fisonomía de aquella muger, en quien el

lector habrá ya reconocido la Robin, respiraba franqueza, salud, y alegría.

—Podriais decirnos, buena mujer, le preguntó Just al apearse y saludando con suma deferencia, á quién pertenecen tan soberbias construcciones?

—A mí, señor.

—A vos? repuso lleno de asombro Just.

—Sí señor, á mí y á Perico.

Este Perico era el vaquero enfermizo que tambien conocieron nuestros lectores al principio de nuestro relato. Perico pasaba por el patio en aquel momento. Ya no era cual antes el vaquerillo débil, cuya naturaleza minada desde la cuna por las calenturas, preconizábanle cercana muerte; el *sulfato de quinina* habilmente administrado, le habia devuelto robustez y vida.

—Así pues, dijo Just con crecien-

te sorpresa, vos y ese niño jóven sois los dueños del establecimiento?

—Sí señor; como tambien lo somos de todos los ganados, caballerías, frutos, granos y demás.... él es dueño de todo..... como yo lo soy..... y como lo son otros, además...

—Segun eso no sois vosotros los únicos dueños? y dirigiéndose Just á Regina le dijo en voz baja, esta muger no está en su cabal juicio.

—Hay mas dueños?

—Somos entre todos setecientos sesenta y tres propietarios.

—Setecientos sesenta y tres propietarios!.... exclamó sonriendo Regina.

—Cuantos mas somos tanto mas vale nuestra hacienda, cada uno de por sí, dá su trabajo y así aumenta el valor.

—Y á quien pudiéramos dirigirnos para ver el establecimiento, quién di-

rige los trabajos? preguntó Just.

—El señor Claudio Gerard, á él podreis dirigiros y como no es la hora de la escuela, os acompañará por todas partes y dirigiéndose la Robin al vaquero le gritó: Perico!.... anda y dí al señor Claudio que hay aquí un caballero y una señora, que desean ver la *asociacion*.

En el momento en que Perico se disponia á egecutar la órden. sacó Just una targeta del bolsillo y se la entregó.

Mientras aguardaban la venida de Claudio, les propuso la Robin visitar la boyada, que ella como sub-directora regentaba, secundada por otras muchachas y muchachos todos como ella, rebosando salud, limpieza y contento...

Sorprendidos quedaron Just y Regina de cuanto allí vieron, tanto que Just exclamó:

—En verdad, no ví jamás cosa igual... está todo admirablemente dispuesto y ordenado.

De paso que la Robin acompañaba á nuestros viajeros, les referia todas las minuciosidades que destellaban grandes y provechosas en aquella asociacion, encareciéndoles mas y mas las comparaciones que la buena Robin hacia entre el estado de entonces, con el de años atrás; así fué que Just le dijo:

— Os oigo hablar de tristes pasados tiempos, decís que todo iba en aquella época de mal en peor, tanto para la gente como para los animales; porqué milagro... tan desgraciado pasado pudo transformarse así?

— Mirad... señor... ahí viene maesé Claudio..... él os lo esplicará mejor que yo...

En efecto, acercábase este; no ya vestido con sus repugnantes pieles,

sino con trage menos salvage. Sus facciones habian perdido su tipo de ferocia, y tenian el sello de melancólica gravedad y dulzura.

Al recibir Claudio Gerard la tarjeta de Just, se habia dado traza para mandar al conde y á Martin fuera de allí á dos leguas, á fin de que vigilaran ciertos trabajos.

—Tengo el honor de hablar al señor Claudio Gerard, antiguo maestro que fué de una aldea cerca de Evreux? preguntó Just.

—Al mismo, contestó Claudio, saludando al capitan, sí señor, y en cuanto leí vuestro nombre, he dado gracias al acaso que os traia....

—No necesito deciros caballero, repuso Just tendiéndole cordialmente la mano, cuanto me satisface volveros á hallar en semejante circunstancia y dirigiéndose á su esposa añadió: os presento al señor Claudio Gerard

mi querida Regina, solo añadiré una palabra; mi padre decia hablando de él: *es uno de los nuestros.*

—Cuando un hombre como el doctor Clemente dijo, refiriéndose á otro hombre *es uno de los nuestros*, contestó Regina tendiéndole tambien su blanca y torneada mano, debe este ser persona digna de respeto, amigo de mi esposo... y mio...

—Acabamos de ver la boyada acompañados por una buena é inteligente muger, que nos ha hechizado tanto por su sencillez, cuanto por su buen talento..... dijo Just, permitidme preguntaros si lo que vemos es un palacio? una inmensa esplotacion rural ó una fábrica inmensa?

—Algo de todo eso tiene; contestó Claudio, si quereis dignaros acompañarme..... os daré á conocer en pocas palabras el secreto de ese aparente misterio.

Ofreció Claudio Gerard su brazo á Regina, la hizo cruzar por un pasadizo que terminaba en el patio donde estaban las boyadas, y saliendo luego á la fuente monumental, indicó á Just la inscripcion que en ella se leia:

Nadie tiene derecho á lo supérfluo, en tanto que no todos tienen lo necesario.

Al ver ese emblema generoso que Just habia tantas veces oido repetir á su padre en los mismos términos, no pudo contestar en el primer momento; humedeció una lágrima sus párpados y miró á Regina con inefable enternecimiento.

—Os comprendo amigo mio; me llena de orgullo compartir vuestra generosa sensacion...

—El poder de las grandes verdades es un poder irresistible..... dijo Claudio, y tan cierto es que el gene-

roso pensamiento del doctor Clemente ha bastado para operar los prodigios de que os admirais.

—Esplicaos, repuso Just, harto comprendeis que ahora los menores detalles, tienen para mí doble intereses.

Despues de corto silencio Claudio Gerard dijo:

—Un hombre poderosamente rico habia largo tiempo vivido en la ociosidad, en la incuria de la suerte insaciable en que yacian la mayor parte de sus *hermanos*.... Herido de repente ese hombre y herido en mitad del corazon, ese hombre trasformado y regenerado por un golpe terrible... no buscó ya mas consuelos sino en la práctica de los grandes principios de la fraternidad humana. En vez de ser su dolor estéril.... ha sido fecundo...

—Semejante transformacion aun-

que tardia, revela por lo menos un fondo generoso, dijo Regina.

—Buscar el olvido de horribles pesares es llevar á cabo el bien... es practica que lo hace perdonar todo; añadió Just.

Si supieran que ese hombre de quien hablan con tanta simpatía es el conde Duriveau! se dijo para su co-
leto Claudio Gerard, quien luego re-
puso:

—Para ese hombre la máxima de vuestro padre: *Nadie tiene derecho á lo supérfluo, en tanto que no todos tienen lo necesario*, ha sido una revelacion.... la máxima se ha realizado.

—Nada tan generoso como ponerla en practica, no me admira la fecundidad de semejantes principios, pero sí, su aplicacion pronta y su vasta escala.

—Nace esto de que cuando se trató de la aplicacion del principio ese

hombre comprendió que había llegado ya la hora del sacrificio y de la abnegacion.

—Y de qué modo? preguntó Regina.

—Ese hombre conoció que en el estado de miseria y de rutinaria ignorancia, en que se hallaban sumidos aquellos á quienes regenerar queria para llevarlos á esa regeneracion moral y material, era preciso ofrecer á sus intereses ventajas reales, y herir sus corazones por medio de un ejemplo generoso..... Para ello juntó los colonos y á los habitantes de esta pobre aldea y les dijo: *«Desde que vivo entre vosotros, hubiera debido llenar los rigurosos deberes á que están obligados cuantos lo poseen todo, para con los que nada tienen..... Tengo, que espiar... lo pasado... confio en que el porvenir me absolverá..... oid mi proposicion: «El territorio de*

este término contiene seis mil fanegas de tierra, poco mas ó menos, que me pertenecen, salvo trescientas fanegas que entre todos, y divididas en mezquinas fracciones poseeis vosotros; *asociémonos*. Unamos mis tierras á las vuestras y formemos una hacienda que sea *nuestra*, y hágase lo mismo con ganados y caballerías. En esa asociacion vosotros pondreis brazos é industria, yo los terrenos, los medios é instrumentos necesarios al trabajo, y el dinero necesario para los primeros cultivos y establecimiento de las primeras construcciones: suministrándoos lo que acabo de decir, pongo yo tanto, solo, como vosotros juntos, lealmente deberia yo tener derecho á la mitad de los frutos... pero renuncio á ese derecho á esa desigualdad, en nombre de la fraternidad que me pone á vuestro nivel, solo pido una parte igual á la

de cada uno de vosotros..... y esta parte, quiero ganarla como vosotros por mi trabajo, aplicando todas las fuerzas de mi inteligencia á la buena administracion de nuestros negocios. He vivido durante cuarenta años en funesta y estéril ociosidad; mucho tengo que hacerme perdonar; así pues desde el dia de nuestra asociacion nadie tendrá más celo ni mas respeto que yo para el interés general.»

—Me admira en verdad cuanto referis! dijo Just.

—Tal abnegacion, añadió Regina; tal homenaje á la dignidad y fraternidad del trabajo es una leccion sublime.

—Y la promesa que este hombre hizo debió cumplirla religiosamente, dijo Claudio Gerard. No sin algun trabajo en verdad, se logró constituir la asociacion, hubo que vencer preocupaciones, fanáticas creencias,

temores hijos de la desconfianza, pero al fin se dió cima al filantrópico proyecto.

Pasaremos en silencio detallar la distribución de los locales que Claudio Gerard hizo notar á Just y á Regina; baste decir que cuanto pueda imaginar el hombre mas previsor, cuanto dictar pueden los mayores conocimientos agrícolas é higiénicos, todo se hallaba en aquella colonia, digna de imitacion.

De pronto, quedáronse suspensos, conmovidos los jóvenes esposos, un cuadro tierno é interesante hirió sus ojos.

Acababa de entrar en una de las salas la señora Petra..... andando á paso lento, y apoyada la mano en el hombro de la Coscoja.

La madre de Martin era todavía muy linda á pesar de su palidez; su fisonomía destellaba inefable bondad

y sufrimiento á la par; vestida de negro, segun costumbre, una simple gorra blanca hacia resaltar las dos anchas ondas de sus negrísimos cabellos.

Regulando Coscoja con sumo cuidado su paso por el de su madre iba con su antiguo salvaje, cuanto original traje, algunos ramitos de coscoja adornaban su hermosa y rizada cabellera; sus torneados brazos algun tanto tostados, veíanse medio desnudos; la única modificacion que la encantadora jóven habia hecho en su traje, era la de haber trocado sus zuecos, por unas medias blancas y botitos de becerro; veíanse su bello rostro, pálido y afectuoso como el de su madre, las huellas de una melancolía llena de resignacion... la infeliz Coscoja lloraba constantemente la pérdida de su hijo... á pesar de las lágrimas y vergüenza que le habia costado.

—Quién es esa hermosa jóven? preguntó Regina á Claudio.

—Jamás ví tanta belleza; cuánta dulzura en la fisonomía! cuánta inteligencia destellan sus ojos! añadió Just.

—La señora de pálido rostro, dijo Claudio; es la esposa del hombre á quien se debe el establecimiento, y la jóven hija suya y adoptiva tambien del marido, quien tiene además un hijo modelo de perfecciones...

Al notar la señora Petra ó mas bien la señora de Duriveau; la presencia de los desconocidos, acercóse á ellos, y tanto la Coscoja y ella como los dos esposos, se saludaron con suma deferencia. Regina y Just prodigaron mil elogios al hombre creador de tantos bienes.

Una hora despues Just y Regina habiendo concluido de recorrer todos

los departamentos de la asociación, habían vuelto al paralelogramo interior. Regina llevaba en la mano un lindísimo ramillete que Claudio Gerard le había dado. Nuestros tres personajes platicaban sobre las inmensas ventajas de tan fraternal asociación, cuando Regina dió un grito de terror... volvió Just la cabeza.... y vio á su esposa pálida.... convulsa....

—Es él! gritó Regina dejando caer el ramillete y acercándose á su marido, como para ponerse bajo su protección.

Era el conde Duriveau que ignorando estuviesen allí, acababa de entrar en el patio; estaba el infeliz padre de todo punto desconocido. Sus cabellos se habían vuelto blancos, su rostro marcaba profundas buellas de remordimientos y dolor.... Su porte antes elegante, su talle esbelto ha-

bia perdido elegancia y esbeltez, iba encorvado... su fisonomía toda, destellando agudos sufrimientos, su ademán de anonadamiento cruel, revelaban incurable desesperacion.

—Huyamos... huyamos Regina.... dijo Just; la presencia de este hombre en tan noble casa, es casi un sacrilegio!...

Claudio Gerard detuvo á Just cuando iba á alejarse, y con grave y sentido acento le dijo:

—Todo el bien que acabais de admirar, se debe..... al conde Duriveau!...

—A él... exclamó Just quedándose á su vez inmóvil de sorpresa.

—Sí, á él... muy culpable fué; pero mucho lo ha espiado.

—Al conde Duriveau!... repitió Just no acertando á creer lo que oía, mientras que el padre de Martin, abrumado y aterrado, la cabeza baja,

no podia ni osaba dar un paso mas.

—Sí, repuso Claudio Gerard, despues de la muerte de su hijo..... que acaeció por muy horrible acontecimiento... ese desgraciado padre... avergonzándose de su pasada vida ha procurado distraer su dolor... dolor sin embargo incurable... ya lo veis... trocando... este pais cual vos mismo lo habeis dicho poco há.... *en verdadera tierra de promision*... Os lo repito, Just. añadió Gerard con acento conmovido... en nombre de su arrepentimiento... en nombre del bien que aun hará, perdonadle.

Ambos jóvenes esposos se miraron... sin pronunciar una sola palabra, y sus generosos corazones se comprendieron.

Conmovidos, pero serenos, con ademán solemne, los dos se acercaron al conde quien caida la cabeza sobre el pecho, parecia clavado en el sitio

donde se hallaba..... aterrado por la vergüenza y el arrepentimiento.

—Caballero... dijo Just con sentida voz tendiendo su mano al conde, permitidme estrechar vuestra mano...

Estremecióse Mr. Duriveau, alzó vivamente la cabeza, sus ojos muertos, enrojecidos por el llanto, brillaron con inusitada alegría y miraron á Just con temerosa angustia.

—Caballero... añadió Regina con alterada voz, tendiendo tambien su temblorosa mano, sabemos los actos generosos de vuestra conducta.... la grandeza de ella..... quede lo pasado para siempre en el olvido.

Cuando Mr. Duriveau sintió el contacto de aquellas dos manos, saltáronle las lágrimas á su pesar, y solo con ahogada voz pudo decir:

—Gracias Dios mio! gracias!...

—Quedad con Dios... repuso Just contad con dos amigos mas..... que

desde ahora no pronunciarán vuestro nombre sino con el respeto que merece.

Los caballos de nuestros viajeros llegaron y el coche se alejó rápidamente.

— Esta escena habia tenido un testigo oculto.

— Era Martin.

El pobre Martin no se atrevió á aparecer ante Regina; Claudio Gerard enjugando sus ojos con el revés de la mano, cogió el ramillete de Regina.

Así que el coche se hubo alejado, arrojóse Martin en los brazos de su padre y le dijo...

— Valor... padre mio, valor; ya los habeis oido, son dos amigos mas..... oh!... creedme... es muy noble consuelo haber conquistado semejantes amistades!!

— Sí... repuso el conde abrazando

á su hijo con efusion, mucho me ar-
roba el corazon oirme decir esto *de-*
lante de tí, pero ellos no saben que
maté á mi hijo...

—Claudio lo sabe... dijo Martin...
tambien él es un alma grande... y os
ama y os respeta...

El conde tendió la mano á Claudio
y despues de estrechársela afectuosa-
mente, sentóse en un poyo cual si
hubiera sentido que sus fuerzas fla-
queaban.

Martin, el infeliz Martin, no fué
á los ojos de Regina, nunca sino un
criado probo y celoso, y su única re-
compensa fué el ramillete de Regina
que Claudio le dió...

La noche de aquel mismo dia es-
taba reunida en el Tremblay toda la
familia, cuando de improvise se abrió
la puerta de la habitacion y entró un

hombre que entregó á Martin un pliego asaz voluminoso.

Era una carta del rey, abrióla Martin y vió que terminaba como sigue:

«Mi corazon velará siempre por Just y Regina... pues jamás olvidaré que la madre de esta dió la prueba mas grande de abnegacion que cabe dar, sacrificando su reputacion para salvar la vida de una muger á quien amo yo con frenesí, y á la cual queria ella como á una hermana... y que se hallaba en peligro de muerte, merced á una traicion infame, cuando príncipe heredero estuve en París año de 1814.»

«Creo inútil repetiros que guardaré profundo secreto sobre vuestras confidencias.»

«He realizado los proyectos de que os hablaba en mi penúltima carta;

ved ahí en resúmen las determinaciones que he tomado, y que están ya puestas en práctica:»

«Prohibicion absoluta á todos los saltimbanquis de esplotar la infancia para los egercicios de su arte, bajo penas muy rigorosas.»

«Elevacion de los maestros de los pueblos á la clase de funcionarios públicos de primera clase, considerados en mayor gerarquía que las autoridades civiles, militares y religiosas, pues el que forma á un hombre honrado, instruido y laborioso, aquel que le CREA MORALMENTE en fin, debe estar en primera categoría.»

«Fundacion de inclusas, escuelas industriales, y agrícolas para los adultos; talleres públicos donde pueda todo hombre honrado hallar provisionalmente trabajo, pan y asilo; casas para inválidos civiles.»

«Orden de cerrar inmediatamente

todas las tabernas, lodazal y gérmen de las pasiones mas terribles.»

«Penas severas impuestas á la embriaguez.»

«Abertura de circos nacionales sostenidos por el gobierno, en los cuales los dias festivos, halle la poblacion toda, con solo la cuarta parte del dinero que gastaba en embrutecerse y emborracharse, diversion y espectáculos que le enseñan.»

«Estas son las primeras reformas..... creo que se llevarán debidamente á cabo..... y si fuese necesario... conspiraria abiertamente contra la aristocracia de nacimientos y fortunas.... aristocracia, aquí muy poderosa; y rey como soy, me pondría á la cabeza de mi pueblo... para derribarla.»

«Quedad con Dios; me considero

feliz con haberos dado esas pequeñas pruebas de la admiración que merecis, y me esforzaré para que ninguno de nuestros *hermanos* pueda pronunciar vuestro nombre sino con la gratitud que merece.»

Vuestro afectísimo.

C. O.

Cuando Martin hubo terminado su lectura, Mr. Duriveau preguntó casi con timidez á su hijo:

—Puedes leernos... toda la carta?

—El no... dijo sonriendo Claudio Gerard, no se atreveria á ello... pero yo... yo lo haré si Martin consiente.

Leyóla en efecto Claudio, y cuando la hubo concluido, Mr. Duriveau bañado en lágrimas de dulzura los ojos, abrazó á su hijo exclamando con voz tierna y conmovida:

—Hijo mio, querido y noble hijo,

por tanto tiempo despreciado..... ah! lloro... pero no ya de orgullo... sino de ternura...

Y luego, despues de haber estrechado con efusion á Martin y á la Coscoja en su corazon, Mr. Duriveau tendiendo la mano á Claudio y á Petra añadió:

—Sí amigos míos teneis razon, con una esposa cual la mia, un amigo como vos, dos hijos como Coscoja y Martin, y una espiacion continúa del mal por el bien... no debe uno desesperar del porvenir!

FIN DE MARTIN EL ESPÓSITO.

Nueva edicion, económica é ilustrada de

MARIA

LA HIJA DE UN JORNALERO.

Historia-novela original de D. Wenceslao Ayguals de Izco, precedida de una introduccion por Mr. Eugenio Sue.

No quedando ya mas que doscientos ejemplares de los seis mil que se tiraron de la edicion de gran lujo, y teniendo que hacer una reimpression de esta obra, ha determinado la *Sociedad Literaria* combinar la elegancia de la parte material con la mayor baratura posible, á fin de que puedan adquirir hasta las clases menos acomodadas esta produccion que con tanta energía aboga por los derechos del pueblo y rechaza las influencias estrangeras, en un argumento tierno y del mayor interés.

Nada diremos de un libro que ha sido ya juzgado por nacionales y estrangeros, y merecido del gran novelista Mr. Eugenio Sue la mas brillante apología. Otra recomendacion de no menor importancia es el éxito que ha obtenido no solo en España sino fuera de ella, habiéndose agotado en poco tiempo dos numerosas ediciones en Francia y Bélgica, donde se ha publicado con el título de *Marie l'espagnole, ou la victime d'un moine*. Nos limitaremos pues á la

PARTE MATERIAL.

Saldrá por entregas de 16 páginas en 4.º con todos los mismos grabados de la edicion anterior. Constará toda la publicacion de dos tomos ó sean

cincuenta entregas. Las que excedan de este número se darán gratis á los suscritores.

Se publicarán dos entregas cada semana con su cubierta, y se dará otra de lujo al fin de cada tomo para su encuadernación. Todos los jueves se repartirán en Madrid y se mandarán á las provincias sin demora.

Hallándose ya impresas las dos primeras entregas se atenderán los pedidos á vuelta de correo, y como el testo y los grabados no pueden ocasionar retraso alguno, quedará terminada esta publicación dentro de muy pocos meses.

PRECIO. Cada entrega costará solo UN REAL DE VELLON tanto en Madrid, llevada á casa de los señores suscritores como en las provincias franco el porte, baratura sin igual, que hace resultar al ínfimo precio de las publicaciones no ilustradas, una obra que contendrá mas de doscientos excelentes grabados.

Para mayor comodidad de los suscritores deberán solo adelantar dos reales, importe de dos entregas.

NOTA. A los que se suscriban INMEDIATAMENTE se les regalará al fin de la obra, el retrato del autor dibujado por el acreditado artista español D. José Vallejo y grabado sobre acero en París por el famoso Hopwood.

Los pocos ejemplares existentes de la edición de gran lujo se venden á 160 rs. en Madrid y 200 rs. en las provincias franco el porte.

SE SUSCRIBE: En Correos y principales librerías ó directamente haciendo remesa del importe al autor en una libranza sobre Correos ú otra de fácil cobro.

UNIVERSIDAD DE CADIZ



3720904327



